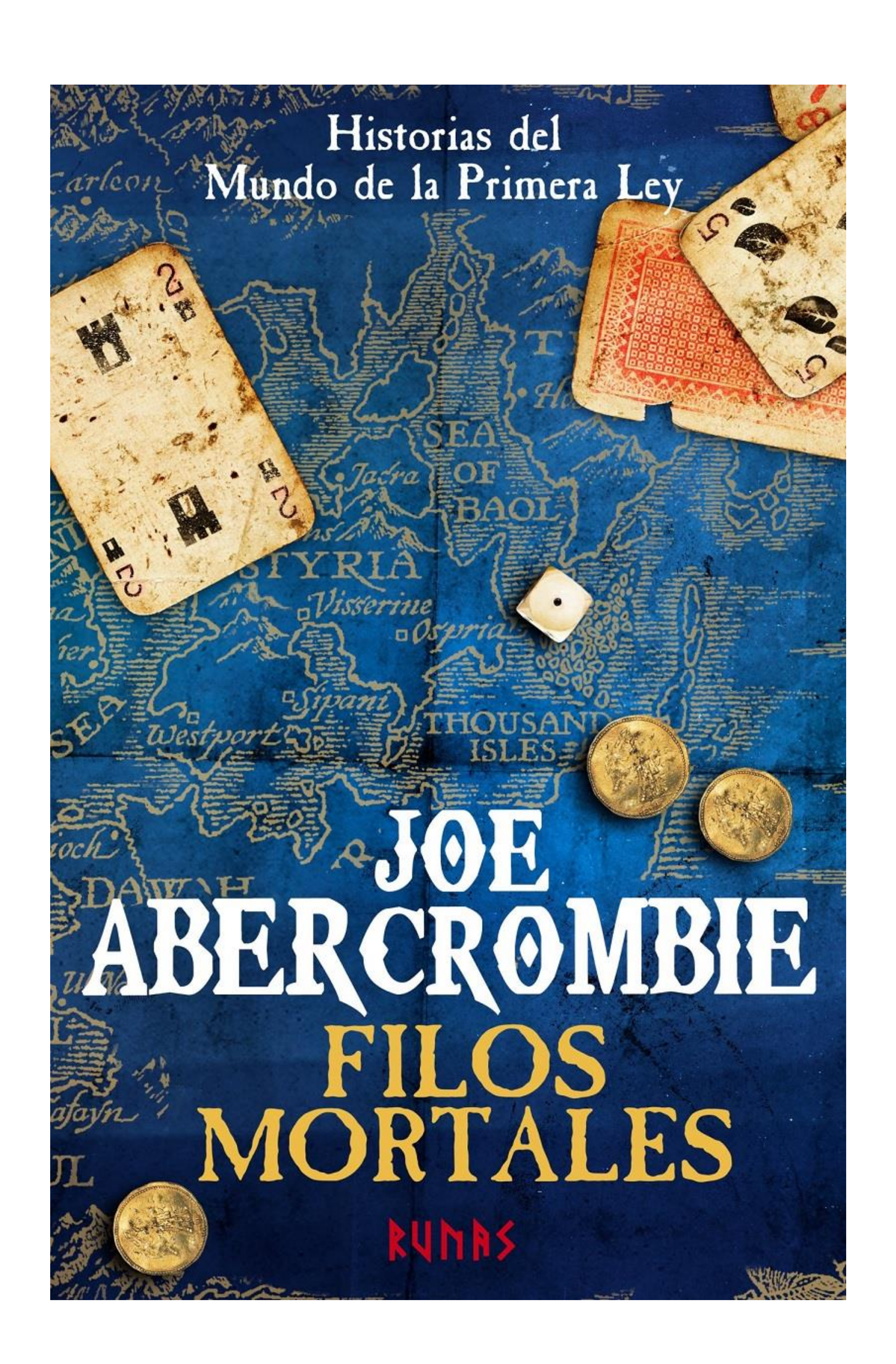

Historias del
Mundo de la Primera Ley
JOE
ABERCROMBIE
FILOS
MORTALES
RUNAS

Joe Abercrombie

Filos mortales

Historias del Mundo de la Primera Ley

Título original: *Sharp Ends. Tales from the World of the First Law*

Joe Abercrombie, 2016

Traducción: Javier Martín Lalanda

FILOS MORTALES

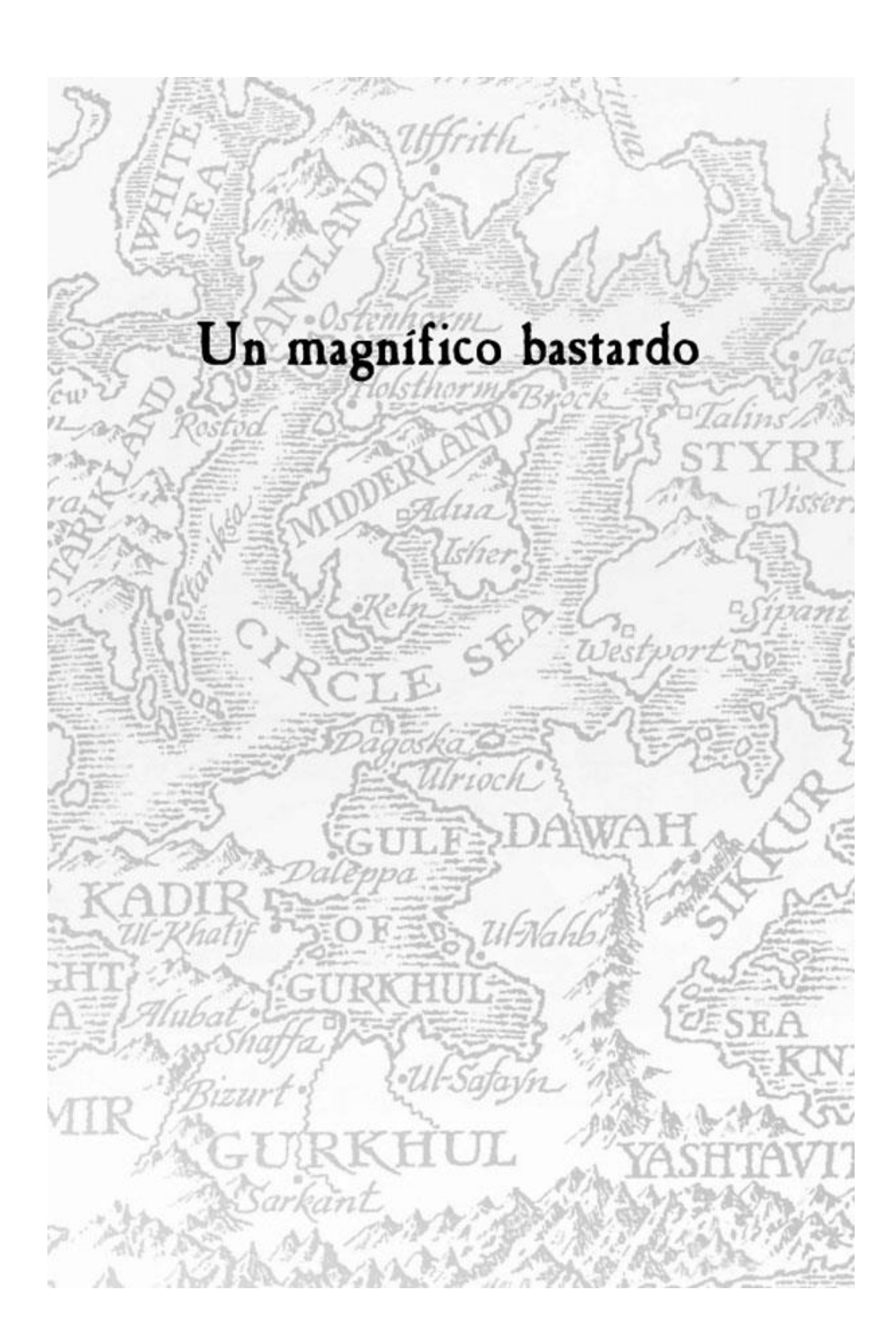
Historias del Mundo de la Primera Ley

JOE ABERCROMBIE

Traducción de Javier Martín Lalanda

Para mamá y papá,
porque no hubiera podido hacerlo
sin vuestro material genético

Un magnífico bastardo



Kadir, primavera de 566

–¡Sí! –decía a gritos Salem Rews, intendente del Primer Regimiento de Su Augusta Majestad–. ¡Mándalos al infierno!

El infierno era el lugar adonde el coronel Glokta solía enviar siempre a sus oponentes, ya se encontrasen en el Círculo, en el campo de batalla o en el terreno, ciertamente más feroz, de los compromisos sociales.

Sus tres desafortunados contrincantes lo seguían indolentemente, mostrando esa dejadez propia de los cornudos, los acreedores ignorados y los amigos desdeñados. Glokta hizo una mueca mientras bailaba alrededor de ellos, dejando bien alta la reputación que ostentaba por partida doble: la de ser el espadachín más célebre de la Unión y el más presumido. Daba saltos y vueltas, se alejaba con un contoneo, ligero como una efímera, imprevisible como una mariposa, para, cuando lo deseaba, regresar tan vengativo como una avispa ofendida.

–¡Esfuércense un poco! –ordenó, girándose para salir indemne de una estocada desmañada y propinar acto seguido el hábil golpe en los bajos del ejecutante que hizo que la multitud se partiera de risa.

–¡Buen espectáculo! –comentó el Lord Mariscal Varuz, balanceándose de alegría en su silla plegable.

–¡Un espectáculo *condenadamente* bueno! –terció el coronel Kroy, que estaba a su derecha.

–¡Excelente trabajo! –dijo entre risitas el coronel Poulder, situado a su izquierda, pues ambos coroneles competían entre sí en quién daba más la razón a su comandante. Como si no hubiese empresa más noble que humillar a tres reclutas que apenas habían cogido una espada en toda su vida.

Salem Rews, sin complacerse y avergonzándose por lo bajo, vitoreaba tanto como ellos, pero dejando que su mirada se apartase de vez en cuando de aquella exhibición tan fascinante como nauseabunda, para poder mirar por encima del valle y no ver el miserable ejemplo de desorganización militar que lo ocupaba.

Mientras sus comandantes se asoleaban en la cresta apurando el vino, riendo la complaciente exhibición de Glokta, saboreando el inapreciable lujo de una bocanada de brisa, abajo, en el crisol cocido por el sol, medio oculta por una bruma de polvo que hacía toser a todo el mundo, la mayor parte del ejército de la Unión se movía a duras penas.

Habían necesitado todo un día para que soldados, caballos y carros de suministros, estos últimos ya a punto de caerse en pedazos, cruzaran apretujados el estrecho puente, mientras el hilillo de agua que corría por el profundo barranco situado más abajo parecía burlarse de ellos. Para entonces, los hombres no marchaban de manera ordenada, sino formando hileras deshilvanadas, como si caminasen dormidos. Cualquier atisbo de orden de marcha había quedado atrás, y cualquier parecido con la forma, la disciplina o la moral sólo era un recuerdo lejano, pues todo —las casacas rojas, los bruñidos petos, los lánguidos estandartes dorados—, había adquirido el color ocre del polvo gurko, siempre agostado por el sol.

Mientras Rews se metía un dedo por el cuello de su camisa para ver si podía llegar algo de aire a su sudoroso cuerpo, no dejaba de preguntarse si no habría que poner un poco de orden en aquel caos. Porque, si los gurkos se presentaban sin avisar, nada bueno acontecería. Y los gurkos tenían la costumbre de mostrarse en el momento más inoportuno.

Pero Rews sólo era un intendente. Entre los mandos del Primero, era el menos

importante de todos, algo que nadie, ni siquiera él, se molestaba en ocultar. Encogió sus escocidos hombros y simplemente decidió —como casi siempre— que eso no era problema suyo. Como si se sintiese atraído magnéticamente por las cualidades atléticas sin parangón del coronel Glokta, volvió su mirada hacia él.

Aunque era evidente que aquel hombre habría quedado muy atractivo en un retrato, eran su pose y su manera de sonreír, de bufar, de arquear una ceja burlona, de *moverse*, lo que realmente le distinguían. Tenía el equilibrio de un bailarín, el porte de un héroe, la fuerza de un púgil, la celeridad de una serpiente.

Dos veranos antes, en el entorno considerablemente más civilizados de Adua, Rews había visto a Glokta vencer en el Certamen, y sin recibir un solo toque. Desde el gallinero, por supuesto, tan arriba del Círculo que los contendientes se veían muy pequeños. Aun así, su corazón no dejaba de brincarle en el pecho y él no dejaba de retorcer las manos cada vez que se movían los contrincantes. Observar de cerca a aquel ser idolatrado sólo había servido para aumentar la admiración que sentía por él. Para ser honestos, la había incrementado más allá de lo que cualquier juez ecuánime habría llamado «amor». Pero también había atemperado aquella admiración con un odio, cuidadosamente disimulado, tan lleno de amargura como de rencor.

Glokta lo tenía todo y, lo que no tenía lo conseguía sin que nadie pudiera impedírselo. Las mujeres lo adoraban y los hombres lo envidiaban. Y viceversa. Con toda la buena fortuna que le rodeaba, cualquiera hubiera pensado que era el hombre más risueño del mundo.

Pero Glokta era un absoluto bastardo. Y como, además de bastardo, era hermoso, rencoroso, dominante y horrible, eso le convertía en el mejor, y en el peor, hombre de la Unión. Era un dechado de obsesión ególatra. Una fortaleza de arrogancia imposible de conquistar. Su habilidad sólo era superada por su confianza en lo hábil que era. Los demás sólo eran peones con los que jugar, puntos que sumar, figurantes que aparecerían en el glorioso cuadro cuyo centro lo ocupaba él. Glokta era un auténtico tornado de bastardía que dejaba atrás un reguero de amistades perdidas, de carreras truncadas, de reputaciones destrozadas.

Su ego era tan poderoso que lo circundaba hasta más allá de los límites de su cuerpo, como una extraña aura capaz de alterar la personalidad de quien estuviese cerca y convertirlo en un bastardo casi tan grande como él. Sus superiores se convertían en cómplices llorones. Los expertos se remitían a su ignorancia. Los hombres decentes se veían reducidos a la condición de miserables aduladores. Las damas de buen juicio a nulidades que se reían como tontas.

Rews había oído en cierta ocasión que los seguidores más fervientes de la religión gurka solían hacer una peregrinación a Sarkant. De la misma manera podía esperarse que los bastardos más notorios peregrinasen para ver a Glokta. Los bastardos se arremolinaban a su alrededor como hormigas ante las sobras de un pastel. Se había rodeado de una fluctuante camarilla de bastardos, una pandilla de gente que apuñalaba por la espalda, un séquito dedicado al autobombo. Los bastardos le seguían como la cola al cometa.

Rews sabía que él mismo no era mejor que los demás. Cuando Glokta se burlaba de alguien, se reía ruidosamente, desesperado por si su obsequiosa aportación pasaba inadvertida. Y cuando la despiadada lengua de Glokta se fijaba en él, algo que inevitablemente sucedía antes o después, reía aún con más fuerza, encantado de recibir tanta atención.

–¡Dales una lección! –exclamó con voz chillona cuando Glokta consiguió que uno

de los individuos con los que entrenaba, se doblase en dos al recibir en las tripas el salvaje golpe de la empuñadura de la espada corta. Pero Rews no dejaba de preguntarse, mientras chillaba, cuál sería la lección que debían aprender. Que la vida era cruel, horrible e injusta, es de suponer.

Glokta atrapó con su espada larga el acero de uno de sus contendientes, enfundó rápidamente su espada corta y le atizó una bofetada en una mejilla que luego repitió en la otra, empujándolo hacia un lado con un bufido de burla. Los civiles, que habían llegado para observar los avances de la guerra, farfullaban palabras de admiración mientras las damas que los acompañaban murmuraban admiradas y movían sus abanicos a la sombra de los toldos agitados por el aire, y Rews sufría una parálisis producida por la alegría y la vergüenza, pues deseaba que aquellos bofetones hubiesen sido para él.

–Rews. –El teniente West se coló a su lado y apoyó una bota polvorienta en la valla.

West era uno de los pocos oficiales a las órdenes de Glokta que parecían inmunes al efecto de bastardía inducida, pues ante sus peores excesos expresaba una consternación nada popular. Paradójicamente, y a pesar de su baja cuna, era una de las pocas personas por las que Glokta parecía sentir un auténtico respeto. Y aunque Rews lo viera y lo comprendiera, se sentía incapaz de seguir el ejemplo de West. Quizá porque estuviera gordo o porque, simplemente, careciese de coraje moral. A fin de cuentas, carecía de todo tipo de coraje.

–West. –Dijo Rews, hablando por una comisura de la boca, pues no quería perderse ni un instante de la exhibición.

–He echado un vistazo al puente.

–¿Sí?

–La retaguardia se está derrumbando. Bueno, si es que aún nos queda retaguardia. El capitán Lasky está de baja por culpa de un pie. Dicen que quizá lo pierda.

–O sea, que ha dado un mal paso, ¿eh? –Rews se rió de su propia gracia, felicitándose por haber hecho uno de los típicos comentarios de Glokta.

–Sin él, su compañía es un caos.

–Bueno, supongo que eso es problema suyo… ¡Dale! ¡Dale! ¡Oooooh! –Glokta hacía un requiebro perfecto, apartaba de una patada el pie de un contrario y lo enviaba a rodar por el suelo.

–Un problema que puede convertirse rápidamente en el maldito problema de todos –proseguía West–. Los hombres no pueden más. Avanzan despacio. Y la columna de suministros sigue atascada…

–La columna de suministros siempre está atascada, como si cumpliera órdenes… ¡Oh! –Rews tragó saliva cuando Glokta, con una rapidez inaudita, evitó un golpe y alcanzó en la ingle a quien se lo propinaba –apenas era más que un chico, a decir verdad–, haciendo que se doblara en dos con los ojos desorbitados.

–Pero si aparecieran los gurkos… –dijo West, que no dejaba de mirar con cara de pocos amigos el reseco paisaje que se encontraba al otro lado del río.

–Los gurkos están a kilómetros de distancia. La verdad, West, siempre andas preocupándote por cualquier cosa.

–Alguien tiene que hacerlo…

–¡Pues ve a quejarte al Lord Mariscal! –Rews miraba a Varuz, que se ladeaba en su silla plegable, absorto en la contemplación de aquella embriagadora mezcla de esgrima y lucha libre–. ¿Qué crees que puedo hacer? ¿Pedir más forraje para los caballos?

Se oyó un fuerte chasquido cuando Glokta, con la parte plana de la hoja de su

espada, le cruzó la cara al último hombre que quedaba en pie, el cual cayó hacia atrás con un quejido de agonía, llevándose la mano a la mejilla.

–¿Esto es lo mejor que sabéis hacer? –Glokta avanzó y a uno de los que intentaban levantarse le dio tan sonora patada en el trasero que literalmente lo envió a morder el polvo, haciendo que todos se partiesen de risa. Glokta saboreó el aplauso como una de esas plantas parásitas de la jungla que absorben la savia de su huésped, haciendo reverencias, sonriendo y lanzando besos, y Rews aplaudió hasta que le dolieron las manos.

Qué bastardo era el coronel Glokta. Que magnífico bastardo.

Mientras sus tres sparrings-contendientes abandonaban cojeando el cercado, llevándose consigo heridas que pronto curarían y humillaciones que los acompañarían hasta la tumba, Glokta saltó la valla que rodeaba a las damas, concediendo particular atención a Lady Wetterlant… joven, rica, hermosa, aunque demasiado empolvada y, a pesar del calor, ataviada según la moda más elegante. Recientemente casada, pero con un marido mayor que ella, a quien la política del Consejo Abierto retenía en Adua. Corría el rumor de que, aunque hubiese satisfecho las necesidades financieras de su esposa, no parecía muy interesado en las mujeres.

Lo contrario del coronel Glokta, quien mostraba un interés por las mujeres que resultaba infame.

–¿Puede prestarme su pañuelo? –preguntó a la dama.

Rews había observado la manera tan especial en que hablaba a las mujeres que le interesaban. Su voz se hacía un poco más ronca. Se acercaba un poco más de lo que se suponía que era lo correcto. Una mirada impertérrita, como si sus ojos se hubieran pegado con cola a los de ella. No hace falta decir que, desde el momento en que conseguía lo que motivaba sus conquistas, ni arrojándose al fuego habrían logrado que se dignase volver a mirarlas. Entonces, con el desangelado zumbido de las polillas que dan vueltas alrededor de una vela, incapaces de resistirse al desafío de ser aquella tan especial que puede ir contracorriente, nuevos objetos de afecto se arrojaban sobre las llamas del escándalo para morir incineradas en él.

Lady Wetterlant enarcó una ceja cuidadosamente depilada.

–¿Por qué no, coronel? –dijo ella, intentando sacar el pañuelo de su corpiño–. Yo…

La dama y quienes la acompañaban profirieron un jadeo cuando, rápido como un rayo, Glokta levantó el pañuelo con la punta embotada de su espada larga. El sutil tejido cayó flotando por el aire para llegar a la mano que lo aguardaba con toda la seguridad de un truco de magia.

Una de las damas tosió débilmente. Otra movió, acariciante, sus pestañas. Lady Wetterlant seguía completamente tranquila, los ojos abiertos, los labios entreabiertos, la mano como congelada a mitad de camino del pecho. Quizá todos se estuvieran preguntando si el coronel hubiese podido abrir fácilmente, en caso de desearlo, las presillas de su corpiño.

Rews estaba seguro de que así habría sido.

–Gracias –dijo Glokta, dándose un golpecito en la frente.

–No me lo devuelva –murmuró lady Wetterlant con voz algo ronca–. Considérelo un regalo.

Glokta sonrió mientras, con un aleteo de tejido escarlata, deslizaba el pañuelo dentro de su camisa.

–Lo guardaré cerca de mi corazón –Rews lanzó un resoplido. Como si él tuviera corazón. Aunque Glokta bajó la voz, ésta seguía siendo perfectamente audible para todos

los presentes cuando preguntó–. ¿Podré devolvérselo más tarde?

–Sí, si tiene un momento –musitó ella, de suerte que Rews se vio obligado a preguntarse, una vez más, por qué ciertas cosas, que obviamente resultan muy pero que muy malas para uno, pueden llegar a parecer tan condenadamente atractivas.

Glokta ya había regresado a donde le aguardaba su público y abría los brazos como si quisiera estrechar a sus seguidores en un abrazo sin cariño, capaz de dominarlos, de aplastarlos.

–¿Acaso no hay entre ustedes, perros patosos, nadie que pueda ofrecer a nuestros visitantes un espectáculo más vistoso? –Al ver que la mirada de Glokta iba al encuentro de la suya, Rews sintió que se ahogaba–. Rews, ¿qué me dice de usted?

Hubo un asomo de risas entre las que destacó la de Rews, que fue la más sonora de todas.

–¡Oh, no podría! –respondió él, casi sin voz–. ¡No me gustaría ponerle en un aprieto!

En ese momento supo que acababa de excederse con el comentario. El ojo izquierdo de Glokta se contrajo nerviosamente y dijo:

–En un aprieto me pone usted cuando está conmigo en la misma habitación. Se supone que es un soldado, ¿o no? ¿Cómo demonios puede estar tan gordo con la comida tan espantosa que nos dan?

Más risas, y Rews que traga saliva y enarbola una sonrisa mientras siente que, bajo el uniforme, el sudor le cae por la espina dorsal.

–Bueno, señor, supongo que siempre he estado gordo. Incluso de pequeño. –En el súbito silencio que siguió, sus palabras cayeron a plomo con la atroz rotundidad con que las víctimas suelen hacerlo en la fosa común–. Muy… gordo. Exageradamente gordo. Soy un hombre muy gordo. –Se aclaró la garganta y deseó que se lo tragase la tierra.

Glokta apartó los ojos de él en busca de un adversario mejor. Se le iluminó el rostro.

–¡Teniente West! –dijo, con un floreo de su acero que fue como un relámpago–. ¿Y usted?

West se estremeció.

–¿Yo?

–Vamos, usted es probablemente el mejor espadachín de todo el maldito regimiento. –La sonrisa de Glokta aún se hizo mayor–. Quiero decir, el mejor exceptuando a uno.

West parpadeó ante los varios cientos de rostros expectantes que se encontraban en aquel sitio.

–Pero… no he traído ninguna arma con la punta embotada.

–No importa, usará la reglamentaria.

El teniente West bajó la mirada hacia el puño de su espada.

–Eso podría resultar peligroso.

La sonrisa del coronel Glokta era tan feroz que casi cortaba.

–Sólo si me toca con ella.

Más risas, más aplausos, un par de «hurras» de los soldados rasos, un par de suspiros de las damas. Cuando se trataba de conseguir que las damas suspirasen, el coronel Glokta no tenía rival.

–¡West! –exclamó alguien–. ¡West! –Y poco a poco se convirtió en un cántico–. ¡West! ¡West! ¡West! –Las damas reían mientras coreaban el nombre acompañándolo de palmadas.

–¡Adelante! –exclamó Rews junto con los demás, como si la obsesión de combatir

los poseyera a todos–. ¡Adelante!

Si alguien pensó que no era buena idea, se guardó aquella opinión para sí mismo. A algunos hombres, simplemente no hay que llevarles la contraria. A otros simplemente te gustaría verlos atravesados por una espada. Glokta pertenecía a los dos tipos.

West respiró profundamente y luego, tras un asomo de aplauso, saltó despacio por encima de la valla, se desabotonó la guerrera y la dejó en ella. Con el menor chirrido metálico y la menor mirada de infelicidad que le fue posible, desenvainó su espada de combate. Nada había en ella de la empuñadura enjoyada, de la cestería sobredorada o de los grabados en el antepecho de la hoja a los que tan aficionados eran muchos de los espléndidos jóvenes oficiales, del Primero de su Majestad. Nadie habría dicho que su espada era hermosa.

Sin embargo, había una hermosa economía de gestos en la manera en que West la cogía, una estudiada precisión en su postura, un control elegante en el juego de muñeca que mantenía la hoja igual de nivelada que si flotase en la superficie de un estanque en calma, con el sol chispeando en su punta mortalmente afilada.

Un silencio en el que no se oía ni respirar cayó sobre los presentes. Por más de baja cuna que fuese el joven teniente West, hasta el observador más ignorante hubiera asegurado que nada tenía de patán cuando empuñaba una espada.

–Veo que ha estado practicando –comentó Glokta, lanzando su espada corta a su ayudante, el cabo Tunny, y quedándose con la larga.

–El Lord Mariscal Varuz ha tenido la amabilidad de indicarme unas cuantas sugerencias –respondió West.

Glokta enarcó una ceja en dirección a su antiguo maestro de esgrima y comentó:

–Señor, nunca me dijo que estuviera viendo a otros.

–Glokta, usted ya ganó un Certamen –dijo el Lord Mariscal con una sonrisa–. La tragedia del maestro de esgrima consiste en que siempre tiene que andar buscando nuevos alumnos para conducirlos a la victoria.

–Me agrada que olisquee mi corona, West, pero descubrirá que aún no estoy preparado para abdicar. –Con la rapidez del rayo, Glokta saltó hacia delante para asestar una estocada y después otra. West lo bloqueó, y los aceros chirriaron y relucieron al sol. Cedió terreno, pero lenta y cuidadosamente, con los ojos siempre puestos en los de Glokta. Que volvió a atacar, tajo, tajo y estocada, demasiado rápido para que Rews pudiera seguirle. Pero West sí que lo siguió, parando las embestidas y retrocediendo por precaución, entre los «oohs» y los «aahs» que lanzaban los espectadores.

–Veo que ha estado practicando bastante –Glokta rechinaba los dientes–, pero, West, ahora aprenderá… ¡que el trabajo no puede suplir al talento! –Y se lanzó contra él con más ferocidad y rapidez que antes, y los aceros vibraron y sonaron estruendosos. Se acercó más, propinando al joven teniente una feroz patada en las costillas que le hizo estremecerse y tambalearse, pero West recobró instantáneamente el equilibrio, detuvo uno, dos ataques, se irguió y, aspirando una bocanada de aire, estuvo listo de nuevo.

Entonces Rews descubrió que anhelaba casi con dolor que West hiriese a Glokta en aquel rostro, tan horrible y hermoso, para que las damas suspirasen por otros motivos muy diferentes.

–¡Ah! –Glokta saltó hacia delante, lanzando estocadas, y West evitó la primera y, para sorpresa de todos, paró la segunda, desviándola con un chirrido de acero; luego atravesó la guardia de Glokta y lo empujó con el hombro. Durante un instante, Glokta se tambaleó, y West gruñó y enseñó los dientes, y su acero relampagueó al avanzar.

–¡Ahhgh! –Cuando Glokta retrocedió, Rews saboreó por un instante la visión de su rostro aturdido. El acero de entrenamiento de Glokta cayó de su mano y se deslizó por el polvo. Rews descubrió que había estado apretando los puños de alegría hasta que le dolieron.

West se acercó rápidamente a él.

–¿Se encuentra bien, señor?

Glokta se llevó una mano al cuello y luego, bajando la mirada, contempló, muy perplejo, los dedos manchados de sangre. Como si apenas pudiese creer que había sido tocado. Como si apenas pudiese creer que, después de haber sido tocado, sangrara como los demás hombres.

–Inaudito.

–Lo siento muchísimo, coronel –balbució West, bajando su acero.

–¿Por qué? –Dio la impresión de que Glokta consumía la energía que le quedaba en la retorcida mueca que acababa de hacer–. Fue un contacto de lo más elegante. Ha mejorado mucho, West.

Entonces la muchedumbre comenzó a aplaudir y luego a lanzar alaridos, y Rews observó que Glokta ponía en tensión los músculos de las mandíbulas y le volvía el tic del ojo izquierdo mientras levantaba una mano y chasqueaba los dedos.

–Cabo Tunny, ¿lleva consigo mi espada de combate?

El joven cabo, ascendido a aquel empleo justo el día anterior, parpadeó.

–Por supuesto, señor.

Con una rapidez sorprendente, la atmósfera se había vuelto desagradable. Como le sucedía con frecuencia a la atmósfera que rodeaba a Glokta. Rews miró nervioso a Varuz para que pusiera fin a aquel desatino letal, pero el Lord Mariscal había abandonado su asiento para bajar al valle y echar un vistazo, llevándose consigo a Poulder y a Kroy. Ninguna ayuda llegaría de los jefes.

Mirando al suelo, West envainó cuidadosamente su espada.

–Creo, señor, que por hoy ya hemos jugado bastante con cuchillos.

–Pero usted está obligado a permitirme que pueda pagarle con la misma moneda. El honor lo exige, West, realmente. –Como si Glokta tuviese la más mínima idea de qué era el honor aparte de un instrumento con el que manipular a la gente para que hiciera cosas estúpidas y peligrosas–. Seguro que lo entiende, aunque no sea de sangre noble.

West apretó las mandíbulas.

–Que los amigos luchen con aceros afilados cuando hay que luchar contra el enemigo, antes parece una necedad que algo honorable, señor.

–¿Me está llamando necio? –masculló Glokta, desenfundando con un gesto airado la espada de combate que el nervioso cabo Tunny acababa de llevarle.

–No, señor –West se cruzó de brazos obstinadamente.

Como la muchedumbre acababa de quedarse completamente en silencio, pudo escucharse una especie de alboroto en la lejanía. Rews consiguió distinguir palabras sueltas, como «ahí delante» y «el puente», pero estaba demasiado absorto en el drama para prestarles demasiada atención.

–Le insto a que se defienda, teniente West –rezongó Glokta mientras clavaba los tacones de sus botas en el polvoriento suelo, enseñaba los dientes y levantaba su resplandeciente acero.

En aquel momento se oyó un grito capaz de romperle a uno los tímpanos, que terminó convirtiéndose en un gemido entrecortado.

–¡Se ha desmayado! –dijo alguien.

–¡Denle aire!

–¿De dónde vamos a sacarlo? Si no corre nada de aire fresco en esta maldita región. –Una carcajada siguió a estas palabras.

Rews se apresuró a llegar al recinto donde estaban los civiles, con el pretexto de ofrecer ayuda, pues, aunque supiera aún menos de primeros auxilios que de intendencia, siempre existía la posibilidad de fisgar por debajo las faldas de la mujer que acababa de perder el sentido. Porque lo triste era que las damas que lo conservaban, raramente se lo permitían.

Se detuvo en seco antes de acercarse al amasijo de gente que quería ofrecer alguna ayuda, porque lo que vio más allá de los presentes le produjo la desagradable sensación de que sus abundantes tripas se le fueran a salir por el culo. Allí, en la distante extensión ocre que se encontraba al otro lado del puente, comenzaba a concentrarse una plaga de puntos negros que desprendían nubecillas de polvo. Y aunque Rews no fuera bueno en casi nada, tenía una especie de sexto sentido para el peligro.

Levantó un brazo tembloroso y dijo, gimoteando:

–¡Los gurkos!

–¿Qué? –Alguien tenía una risa nerviosa.

–¡Allí, por el oeste!

–¡Idiota, eso es el este!

–Un momento, ¿lo dice en serio?

–¡Nos matarán cuando estemos en la cama!

–¡Pues ahora estamos levantados!

–¡Silencio! –exclamó Varuz con voz tonante–. Esto no es un maldito colegio de señoritas. –El alboroto cesó y los oficiales quedaron sumidos al instante en un silencio culpable–. Mayor Mitterick, quiero que baje hasta allí, y que todos los hombres que encuentre, se preparen.

–Sí, señor.

–Teniente Vallimir, ¿sería tan amable de llevar hasta un sitio seguro a las damas y a los civiles que son nuestros invitados?

–Por supuesto, señor.

–Un puñado de hombres podría contenerlos en ese puente –dijo el coronel Poulder, estirando su lustroso bigote.

–Un puñado de héroes –rectificó Varuz.

–Un puñado de héroes muertos –dijo por lo bajo el coronel Kroy.

–¿Tienen hombres de refresco? –preguntó Varuz.

–Los míos están reventados –contestó Poulder, encogiéndose de hombros.

–Los míos también –añadió Kroy–. Yo diría que incluso más que eso. –Como si toda aquella guerra fuese una competición para ver qué regimiento se agotaba antes.

El coronel Glokta envainó de golpe su espada de combate.

–Los míos están descansados –dijo, y Rews sintió que el miedo que acababa de insinuársele en el estómago se extendía a sus miembros–. Llevan descansando después de la pequeña caminata que nos dimos. Se mueren de ganas. Me atrevería a decir, Lord Mariscal, que el Primero de Su Majestad podría contenerlos en ese puente el tiempo suficiente para que los hombres pudieran retirarse.

–¡Se mueren de ganas! –dijo, como en una especie de rebuzno, uno de los oficiales de Glokta que, ciertamente, estaba demasiado borracho para darse cuenta de que acababan

de nombrarlo voluntario.

Otro, que estaba un poquito menos bebido, bizqueó nervioso y miró hacia el valle. Rews se preguntó a cuántos hombres del Primero de Su Majestad se estaría refiriendo el coronel. El intendente del regimiento estaba seguro de no tener prisa en dar la vida por el bien común.

Pero el Lord Mariscal Varuz no había llegado a ser comandante del ejército de la Unión impidiendo que la gente se sacrificase para corregir sus equivocaciones. Así que le dio a Glokta una cálida palmada en el brazo.

–¡Sabía que podía contar con usted, amigo mío!

–Por supuesto, señor.

Entonces, con un horror que no hacía sino ir en aumento, Rews constató en carne propia que era cierto. Glokta siempre estaba dispuesto aprovechar la más mínima oportunidad de vano lucimiento, sin que le importase lo fatal que pudiera llegar a ser para quienes lo siguiesen hasta la boca del lobo.

Varuz y Glokta, respectivamente comandante en jefe y oficial favorito, maestro de esgrima y alumno más aventajado, que formaban la mayor pareja de bastardos que uno pudiera encontrar, se cuadraron y se saludaron el uno al otro con emoción fingida. Después, Varuz se marchó, dando órdenes a Poulder, a Kroy y a su propia recua de bastardos, presumiblemente para que el ejército se pusiera rápidamente a salvo y que el sacrificio del Primero de Su Majestad no fuese en vano.

Por eso, se decía Rews mientras miraba la tormenta de gurkos que se arremolinaba al otro extremo del puente, lo que estaba a punto de suceder tenía toda la pinta de terminar siendo un sacrificio.

–Es un suicidio –dijo en voz baja para sí.

–¿Cabo Tunny? –preguntó Glokta, mientras se abotonaba la guerrera.

–¿Señor? –El más entusiasta de los soldados jóvenes hizo el más entusiasta de los saludos.

–¿Podría traerme mi peto?

–Por supuesto, señor –y corrió a por él. Había un montón de gente corriendo para conseguir cosas. Oficiales, para conseguir soldados. Soldados, para conseguir caballos. Civiles, para conseguir huir, entre ellos Lady Wetterlant, que echaba una mirada ingenua por encima de un hombro. ¿No era Rews el intendente del regimiento? Podría tener algún asunto urgente que tratar. Y, sin embargo, sólo era capaz de quedarse quieto, con los ojos abiertos como platos y un tanto humedecidos, con la boca y las manos abiertas y sin saber qué hacer.

Allí se mostraban dos tipos diferentes de valor. El teniente West fruncía el ceño mientras se acercaba al puente, el rostro pálido y las mandíbulas en tensión, dispuesto a cumplir con su deber por mucho miedo que tuviese. Entretanto, el coronel Glokta sonreía con afectación a la muerte como si ésta fuese una amante insatisfecha que pidiese más, completamente impávido en su invencible creencia de que el peligro sólo era algo aplicable a la gente de baja cuna.

Tres tipos de valor, se dijo Rews, porque él también estaba allí, mostrando todos los síntomas de una auténtica falta de él.

No, cuatro tipos, porque el cuarto no tardó en aparecer bajo la figura del joven cabo Tunny, con el sol que resplandecía en el objeto resplandeciente que llevaba en sus ávidas manos, el peto de Glokta, y en sus ojos, que mostraban el valor de esa juventud deseosa de probarse a sí misma.

–Gracias –dijo Glokta cuando Tunny le abrochó las hebillas, mientras su mirada escrutaba el cuerpo cada vez mayor de caballería gurka que se iba concentrando al otro lado del río, pues la velocidad con que iban apareciendo cada vez más caballos daba miedo–. Ahora me gustaría que regresara a la tienda para llevarse mis cosas.

El rostro de Tunny reflejó la completa decepción que sentía.

–Esperaba cargar a su lado, señor…

–Por supuesto, y nada me gustaría más que tenerle a mi lado. Pero, si ambos morimos ahí abajo, ¿quién llevará mis efectos personales a mi madre?

–Pero, señor… –El joven cabo parpadeaba para evitar las lágrimas.

–Vamos, vamos –y Glokta le dio una palmadita en la espalda–. No me gustaría truncar una brillante carrera. No me cabe duda de que usted será lord mariscal un día de estos. –Glokta dio la espalda al joven cabo y lo apartó de su imaginación–. Capitán Lackenhorn, ¿quiere acercarse a los hombres y pedir voluntarios?

El prominente bulto que sobresalía al frente del fibroso cuello de Lackenhorn se agitó, inseguro.

–Coronel, ¿voluntarios para qué tipo de servicio?

Aunque el servicio ya resultaba una obviedad, pues se encontraba ante ellos en el valle situado más abajo, un vasto drama que se desplegaba lentamente en un gran escenario.

–¿Para qué tipo de servicio? Pues para echar a los gurkos de ese puente, viejo chivo idiota. Deprisa, que se armen y se preparen a su discreción.

El capitán esbozó una sonrisa nerviosa y salió a toda prisa, casi enredándose con su espada.

Glokta se dirigió a la valla y puso una bota en el listón de abajo y otra en el de arriba.

–¡Mis soberbios muchachos del Primero de Su Majestad, hoy quiero enseñarles a esos gurkos una pequeña lección!

Los oficiales jóvenes se amontonaron muy animados a su alrededor, como si ellos fueran patos, y migas los heroicos tópicos de Glokta.

–No ordenaré a ninguno de ustedes que me acompañe… ¡que cada uno lo discuta con su conciencia! –Torció los labios–. ¿Qué me dice, Rews? ¿Nos seguirá con sus andares de pato?

Rews pensó que su conciencia seguramente resistiría la tensión, así que dijo:

–Coronel, nada me gustaría más que unirme a la carga, pero mi pierna…

–Le entiendo perfectamente –dijo Glokta, resoplando–. Mover ese cuerpo suyo es un desafío para cualquier pierna. No me gustaría que infligiera semejante carga a un caballo que no se la mereciese. –Risas generalizadas–. Algunos hombres nacieron para hacer grandes cosas. Otros para hacer… lo que sea que usted hace. Por supuesto, Rews, que está excusado. ¿Cómo no podría estarlo?

Aquel insulto tan abrumador quedó paliado por una vertiginosa oleada de alivio. A fin de cuentas, el que ríe el último, ríe más alto, y Rews no creía que muchos de aquellos que le estaban atormentando pudieran reír después de que hubiese transcurrido una hora.

–Señor –dijo West, mientras el coronel saltaba desde la valla a la silla de montar con la agilidad de un acróbata–, ¿está seguro de que tenemos que hacer esto?

–¿Qué otra cosa supone usted que tenemos que hacer? –preguntó Glokta, tirando bruscamente de las riendas para que su caballo se volviera.

–Van a morir muchos hombres. Gente con familia.

–Pues sí, teniente, es de suponer. Es una *guerra*. –Unas cuantas risas obsequiosas de

algunos oficiales–. Por eso estamos aquí.

–Por supuesto, señor. –West tragó saliva–. Cabo Tunny, ¿tendría la amabilidad de ensillar mi caballo…?

–No, teniente West –Glokta intervino–, necesito que usted permanezca aquí.

–¿Señor?

–Cuando esto haya terminado, necesitaré uno o dos oficiales que sepan distinguir su trasero de un par de melones. –Dirigió una mirada llena de desprecio a Rews, que se subió un poco los pantalones–. Además, sospecho que esa hermana de usted, cuando crezca, tendrá el diablo en el cuerpo. No me gustaría sustraerla a su moderada influencia, ¿no le parece?

–Pero, coronel, yo debería…

–No le voy a escuchar, West. Se quedará aquí, es una orden.

West abrió la boca como si se dispusiese a hablar y lo pensó mejor y la cerró, se cuadró y saludó rígidamente. El cabo Tunny le imitó, con el brillo de una lágrima asomándole por la comisura de un ojo. Con un deje de culpabilidad Rews se esforzó por hacer lo propio, la cabeza caldeada por el horror y la alegría ante la perspectiva de un universo con un Glokta menos.

El coronel les sonrió, y bajo el resplandor del sol sus dientes perfectos, brillantes y blancos casi hicieron daño a la vista.

–Vamos, caballeros, no sean sensibleros. ¡Estaré de vuelta antes de que se den cuenta!

Y, con un tirón de riendas, hizo que su caballo se pusiera de manos, recortándose durante un instante contra el fúlgido cielo como una de esas estatuas heroicas; y Rews se preguntó si alguna vez habría existido un bastardo tan magnífico.

Luego, el polvo llovió sobre su rostro cuando Glokta bajó colina abajo como un trueno.

Derecho hacia el puente.

Pequeños favores

Westport, otoño de 573

Cuando Shev llegó aquella mañana para abrir, se encontró con un par de pies enormes, sucios y descalzos que sobresalían por la puerta de su fumadero.

Aunque algún tiempo antes aquello hubiera podido alarmarla, después de dos años Shev podía considerarse curada de espantos.

–¡Eh! –exclamó, dando un paso con los puños cerrados.

Fuera quien fuese el que se encontraba ante ella en el umbral de la casa, no quería o no podía moverse. Observó las largas piernas que terminaban en aquellos pies, cubiertas con unos pantalones sucios y rotos, y luego la andrajosa confusión de una chaqueta desgarrada. Finalmente, encajada en el mugroso rincón, y apoyada en la puerta de Shev, una maraña de largos cabellos rojos mezclados con ramitas y porquería.

Un hombre alto, sin duda. La única mano que Shev podía ver de él era tan larga como su propio pie, surcada de venas, sucia y con los nudillos llenos de costras. Le pareció que tenía una apariencia extraña. Era esbelto.

–¡Eh! –Acercó la punta de la bota derecha a la parte donde debía encontrarse el trasero de aquel tipo. Pero nada.

Escuchó unos pasos a su espalda.

–Buenos días, jefa. –Era Severard, que comenzaba la jornada. Aquel chico jamás se retrasaba. Aunque no fuera el más cuidadoso en el trabajo, su puntualidad era imbatible–. ¿Qué es eso de ahí?

–Ya ves, un pescado extraño que la marea ha arrastrado hasta mi puerta. –Shev echó hacia atrás unos cuantos cabellos pelirrojos y arrugó la nariz al ver que estaban pringados de sangre.

–¿Está borracho?

–Borracha. –Lo que había debajo era una mujer. Con huesos y mandíbulas prominentes y una piel pálida, cubierta con tantas costras negras, raspaduras y moratones que Shev frunció el rostro, y eso a pesar de que la gente con la que solía encontrarse siempre tenía alguna que otra herida.

Severard silbó por lo bajo.

–Menudo pedazo de mujer.

–A punto de caerse en pedazos por la paliza que alguien le ha dado. –Se agachó y acercó su rostro a la boca partida de la mujer para ver si respiraba–. Creo que aún vive. –Entonces se apartó a un lado y se puso en cuclillas, con las muñecas apoyadas en las rodillas y las manos colgando mientras se preguntaba qué podría hacer. Hubo un tiempo en el que, sin pensárselo dos veces, se metía de cabeza en cualquier lío que saliera a su encuentro, pero de alguna manera siempre controlaba las consecuencias.

–Bueno, ya ha sucedido –dijo Severard.

–Sí, desafortunadamente.

–No es problema nuestro, ¿o sí?

–No, afortunadamente.

–¿Quiere que la arrastre hasta la calle?

–Sí, no sabes cuánto quiero que desaparezca de aquí. –Shev miró el cielo y suspiró de nuevo, quizá con más ganas que antes–. Pero creo que mejor la arrastras hasta dentro.

–¿Está segura, jefa? Recuerde que la última vez que ayudamos a alguien…

–¿Segura? No. –Después de toda la mierda que le había caído encima en los últimos tiempos, Shev seguía sin saber por qué sentía la necesidad de hacer pequeños favores.

Quizá fuese *debido* a toda aquella mierda. O quizá a que dentro de su ser hubiese una parte más dura y pertinaz, como un hueso en un dátil, que se negaba a que toda aquella mierda que le había caído encima pudiera llegar a convertirla también a ella en mierda. Giró la llave y empujó con el codo para abrir la puerta–. Cógela por los pies.

Cuando se regenta un fumadero conviene saber mover cuerpos inertes, pero la última en beneficiarse de la tibia caridad de Shev resultó ser todo un desafío.

–Por todos los diablos –rezongó Severard, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, mientras ambos cargaban con aquella mujer por el pasillo que olía a rancio y veían la marca que su trasero dejaba en las tablas del piso–. ¿Qué tiene en el culo? ¿Un yunque?

–Un yunque pesaría menos –dijo Shev mientras apretaba los dientes, perdiendo el equilibrio por culpa del peso muerto de aquella mujer y rebotando en las paredes desconchadas. Lo último que hizo antes de quedarse sin aliento fue abrir de una patada la puerta de su oficina… el cuarto de escobas que llamaba «su oficina». Puso en tensión todos los músculos de su cuerpo para levantar a la mujer, golpeó su cabeza inerte con la parte superior del marco de la puerta mientras luchaba para que entrase por ella, tropezó con una fregona y cayó encima de un catre con la mujer encima de ella, lanzando un graznido de desesperación.

Aunque meterse en la cama con pelirrojas no la incomodaba sobremanera, Shev prefería que no estuviesen completamente inconscientes. También las prefería con mejor olor, al menos cuando se metían *en* la cama. Aquella apestaba a sudor rancio y a cosas pasadas y podridas.

–A esto conducen los favores –dijo Severard, riéndose de sí mismo–. A quedarse atrapada bajo todo el peso de un problema.

–So cabrón, ¿vas a burlarte de mí o a ayudarme? –le espetó Shev mientras los muelles sueltos gemían cada vez que se movía, y luego metió las piernas de la mujer dentro de la cama, pero los pies se quedaron colgando por fuera. Aunque no fuese una cama grande, parecía mucho más pequeña con aquella mujer dentro. Acabaron por quitarle la chaqueta andrajosa y el mugriento chaleco de cuero que llevaba debajo.

Cuando Shev anduvo dando tumbos todo un año en aquella feria itinerante, iba con ella un forzudo que se autodenominaba el Asombroso Zaraquon, aunque su nombre auténtico fuese el de Runkin. Solía desnudarse hasta la cintura y embadurnarse con aceite, y levantar todo tipo de cosas pesadas para los espectadores, pero cuando andaba entre bastidores y se había secado con una toalla, no podía contarse con él para que levantara del suelo ni un dedal. Su estómago era un montón de nudos de músculos que, al sobresalir de la piel siempre en tensión, hacían parecer a su dueño un ser más de madera que de carne.

El pálido diafragma de aquella mujer le recordó a Shev el del Asombroso Zaraquon, aunque más estrecho, largo e incluso delgado. Podía apreciar en él todos los pequeños tendones insertados entre las costillas, en movimiento cada vez que respiraba, aunque lo hiciera lentamente. Pero en lugar de aceite, su estómago estaba cubierto de magulladuras negras, rojas y moradas, por no hablar del gran verdugón rojo que parecía haber dejado el mango de un hacha en absoluto amistosa.

Severard suspiró lentamente y dijo:

–Le han dado una buena paliza, ¿eh?

–Sí. –Shev sabía perfectamente lo que aquella mujer debía de haber sentido; se estremeció mientras le quitaba el chaleco; luego estiró la manta y la cubrió con ella. Cuando la remetió un poco a la altura del cuello, sintiéndose como una idiota por hacer tal cosa, la mujer murmuró algo y, poniéndose de lado, se hizo un ovillo, de suerte que, cuando

comenzó a roncar, su pringoso pelo fluctuaba sobre su boca cada vez que respiraba.

–Dulces sueños –musitó Shev, aunque ella jamás los hubiese tenido. Tampoco es que necesitara tener una cama en aquel sitio, pero cuando una pasa varios años sin ningún sitio seguro donde dormir, adquiere la costumbre de poner una cama en cualquier lugar medio seguro que consiga encontrar. Se quitó de encima aquellos recuerdos y condujo a Severard por el pasillo–. Mejor ve a abrir las puertas. El negocio no está tan boyante como para desaprovechar cualquier oportunidad.

–¿Realmente cree que alguien vendrá tan temprano? –preguntó Severard, intentando quitarse de la mano un poco de sangre de la mujer.

–Si quieres olvidar los problemas, ¿por qué vivir con ellos hasta la hora de comer?

A la luz del día, el fumadero distaba mucho de ser la tentadora covachuela de las maravillas en la que Shev había soñado convertir aquel local. Plantó las manos en las caderas mientras echaba un vistazo en redondo, y entonces volvió a lanzar un suspiro de desgana. Se parecía demasiado al culo del mundo. Las tablas del piso estaban separadas, sucias y agrietadas, y los cojines tan sucios como una cocina de Baol; incluso una de las colgaduras baratas se había movido, dejando al descubierto el yeso mohoso que tenía debajo. Como las campanas de oración del anaquel eran lo único que sugería un leve toque de distinción, Shev dio a la mayor un golpecito afectuoso y luego se puso de puntillas para ajustar la colgadura en su sitio, de suerte que, aunque su nariz siguiera percibiendo el olor a cebolla podrida, al menos sus ojos ya no lo veían.

Incluso una mentirosa tan experimentada como Shev no habría podido convencer a una tonta tan crédula como Shev de que aquel lugar no era el culo del mundo. Pero era su culo del mundo. Y tenía planes para mejorarlo. Siempre tenía planes.

–¿Ya has limpiado las pipas? –preguntó cuando Severard acabó de abrir las puertas y llegó en un par de zancadas para correr la cortina hacia un lado.

–Jefa, a la gente que viene a este sitio no le importa si las pipas están limpias.

–Pero a mí sí. –Shev puso cara de enfadada–. Quizá este sitio no sea el más grande ni el más confortable, ni las cascarillas que puedan fumar en él las mejores. –Levantó las cejas al mirar el rostro granujiento de Severard–. Ni el personal más agraciado… pero ¿sabes qué es lo que nos hace ser competitivos?

–¿Que no somos unos careros?

–No, no, no. –Se lo pensó mejor–. Bueno, sí. ¿Qué otra cosa más?

–¿La atención al cliente? –Severard suspiró.

–*¡Tilín!* –Shev agitó la campana de mayor tamaño para suscitar aquel sonido celestial–. Así que limpia las pipas, tío vago, y echa algo de carbón al fuego.

–Sí, jefa. –Severard hinchó los carrillos, remendados con esa especie de barba poco tupida con la que se suponía que un chico conseguía cierto aire de adulto, pero que, en su caso, sólo servía para hacerle parecer más joven.

Cuando salía de la trastienda, Shev escuchó unos pasos que llegaban desde la entrada, así que se acercó al mostrador, puso las manos encima de él (el tajo lleno de hachazos de un carnicero, que había recogido en un vertedero de basura para luego alisarlo y barnizarlo) y adoptó sus maneras más profesionales. Las había copiado de Gusman, el vendedor de alfombras, que era el mejor comerciante que conocía. Trataba a la gente como si una alfombra fuera a solucionar todos sus problemas.

Las maneras profesionales se esfumaron en cuanto Shev vio quién era la que llegaba para pavonearse delante de ella.

–Carcolf –farfulló.

Por Dios, Carcolf era un problema. Un problema alto, rubio y hermoso. De olor agradable, de sonrisa dulce, rápido en el pensar y de ágiles dedos, tan sutil como la lluvia y tan de fiar como el viento. Shev la miró de arriba abajo. Sus ojos no le dejaban mucho donde elegir.

–Bueno, parece que se me va a arreglar el día –musitó.

–No sólo a ti –dijo Carcolf, pasando junto a la cortina de forma que la luz del sol iluminaba a contraluz su cabellera–. Ha pasado mucho tiempo, Shevedieh.

Con Carcolf dentro, la habitación daba la impresión de haberse hecho más grande. No era posible encontrar un adorno mejor que ella en ningún bazar de Westport. No llevaba la ropa ceñida, pero sí se ajustaba en los sitios importantes, y a eso se añadía esa manera suya de menear las caderas. Dios, menudas caderas. Parecían llenar el lugar, como si, al contrario que en las demás personas, no estuviesen unidas a una espina dorsal. Shev tenía entendido que había sido bailarina. Sin duda, el día que lo dejó fue una pérdida para la danza y una ganancia para el fraude.

–¿Vienes para fumar? –preguntó Shev.

–Me gusta tener la cabeza despejada –respondió Carcolf, riendo–. ¿Cómo, si no, puede una disfrutar de la vida?

–Supongo que eso depende de si tu vida es agradable o no.

–La mía lo es –respondió, recorriendo el local como si le perteneciera y Shev no fuese más que una parroquiana importante–. ¿Qué te parece Talins?

–Nunca me gustó –musitó Shev.

–Pues yo tengo allí un trabajo.

–Siempre me gustó ese sitio.

–Necesito una socia. –Aunque las campanas de oración no estuviesen en un estante bajo, Carcolf inclinó su cuerpo para echarles un buen vistazo. Al parecer, de manera completamente inocente. Pero Shev no creía que Carcolf hubiese hecho nada de manera inocente en toda su vida. En particular, inclinarse–. Necesito a alguien en quien confiar. Alguien que vigile mi trasero.

La voz de Shev sonó ronca.

–Si eso es lo que quieres, has dado con la chica apropiada, pero… –apartó la mirada mientras su imaginación se abría paso entre ella como las visitas no deseadas–, creo que no es eso lo que buscas, ¿tengo razón? Quiero decir que no te importaría que esa socia tuya pudiese abrir una cerradura o una cartera.

Carcolf apretó los dientes como si aquella idea acabara de ocurrírsele.

–*No me importaría*. Y no estaría mal que también supiese tener la boca cerrada –dijo, acercándose a Shev y mirándola de arriba abajo, pues le sacaba casi un palmo de estatura. Como a la mayoría de la gente–. Excepto cuando yo quisiera que la abriese, por supuesto…

–No soy idiota.

–No me servirías si lo fueses.

–Si voy contigo, lo más seguro es que acabe tirada en algún callejón con poco más que lo puesto.

Carcolf se inclinó aún más para susurrar. La cabeza de Shev se llenó de su aroma, que era mucho más atractivo que el olor a cebolla podrida o a pelirroja sudada.

–Te estaba imaginando tirada en el suelo, y sin nada puesto.

Shev soltó un quejido que sonó como un gozne oxidado. Pero se obligó a no agarrar a Carcolf como una chica que, a punto de ahogarse, se aferra a un tronco muy, pero que

muy, bonito. Llevaba pensando mucho tiempo con lo que tenía entre las piernas. Ya era hora de hacerlo con lo que tenía entre las orejas.

–Ya no hago ese tipo de trabajo. Tengo que ocuparme de mi local. Y de Severard, supongo…

–Siempre intentando arreglar el mundo, ¿eh?

–Nada de eso. Sólo lo que esté de mi mano.

–No puedes conseguir que toda la gente descarriada se convierta en problema tuyo, Shevedieh.

–No toda. Sólo ésta. –La verdad era que pensaba en la mujerona que tenía metida en su cama–. Sólo un par de…

–Ya sabes que está enamorado de ti.

–Lo único que hice fue echarle una mano.

–Pues por eso está enamorado de ti. Nadie lo había hecho antes. –Carcolf alargó una mano y, muy despacio, apartó con la punta de un dedo unos pocos cabellos sueltos de la cara de Shev. Suspiró–. Pobrecillo. Ese chico está llamando a la puerta equivocada.

Shev le agarró la muñeca y la apartó. El hecho de ser pequeña no significaba que cualquiera pudiese intimidarla.

–No es el único. –Sostuvo la mirada de Carcolf y bajó la voz, manteniéndola con un tono uniforme–. Disfruto con este teatro, Dios sabe que disfruto con él, pero me gustaría que lo dejaras. Si me quieres por lo que soy, mi puerta siempre estará abierta, y mis piernas también, un poco después. Pero si me quieres para estrujarme como a un limón y luego tirar las mondas por Talins… bueno, no te ofendas, pero te diré que no.

Carcolf hizo una mueca y miró al suelo. No tan bonita como su sonrisa, pero mucho más auténtica.

–No estoy segura de que te gustara sin la pose.

–¿Por qué no lo intentamos y vemos qué tal?

–Demasiado que perder –musitó Carcolf, y se soltó la mano. Cuando alzó la mirada, ahí estaba de nuevo la pose–. Bueno, si cambias de parecer… ya será demasiado tarde. –Y lanzando una mirada por encima del hombro, tan letal como la hoja de un cuchillo, Carcolf se marchó. Dios, qué manera de andar tenía. Como almíbar derramándose en un día cálido. ¿Cómo lo hacía? ¿Practicaba delante de un espejo? Seguro que varias horas al día.

Cuando se cerró la puerta, el encantamiento quedó roto y Shev volvió a suspirar de la manera cansada de siempre.

–¿Ésa era Carcolf? –preguntó Severard.

–Lo era –musitó Shev toda melancólica, mientras un residuo de aquel aroma celestial intentaba acabar con el olor a moho dentro de sus fosas nasales.

–No confío en esa zorra.

–Joder, no –dijo Shev, bufando.

–¿De qué la conoce?

–De muchos sitios. –De muchos sitios de alrededor de la cama de Shev pero no dentro de ella.

–Parecían íntimas –comentó Severard.

–Ni la mitad de lo que me hubiera gustado –musitó ella–. ¿Estás limpiando las pipas?

–Sí.

Shev oyó de nuevo el ruido de la puerta y se volvió con una sonrisa a medio camino entre la del vendedor de alfombras y la de amante necesitado. Quizá fuese Carcolf, que

volvía, estando ya segura de querer a Shev sólo por lo que era…

–Oh, Dios –dijo en voz baja, y su rostro cambió. Por lo general, lamentar una decisión solía llevarle un poco más de tiempo.

–Buenos días, Shevedieh –dijo Crandall.

Era un problema de una clase mucho menos agradable. Una cosita insignificante con cara de rata, estrecho de hombros y parco de ingenio, de ojos enrojecidos y mocoso de nariz; pero era hijo de Horald el Dedo, y eso, en aquella ciudad, lo convertía en un montón de… algo. Una cosa insignificante con cara de rata que detentaba un poder que no se había ganado y que lo convertía en un tipo irritable y brutal, así como en un picajoso rencoroso, celoso de todo aquel que tuviera lo que a él le faltaba. Y todo el mundo tenía algo que a él le faltaba, aunque sólo fuera talento, porte o una pizca de amor propio.

Por más que le resultara difícil imaginarse a alguien a quien menos quisiera ver en aquel sitio, Shev enarboló aquella sonrisa suya tan profesional.

–Buenos días, Crandall. Buenos días, Mason.

Mason entró inmediatamente detrás de su jefe, o mejor, del hijo de su jefe. Era uno de los matones de toda la vida de Horald, con cara ancha y surcada de cicatrices, orejas de coliflor, y una nariz tan deforme como un nabo, por todas las veces que se la habían roto. Era uno de esos bastardos duros de pelar que uno puede encontrar en Westport, lugar que posee un gran suministro de ellos. A causa de su considerable estatura y de lo bajo que era el techo, miraba a Shev algo inclinado y torció la boca en un gesto de disculpa. Como si dijera, *lo siento, pero nada de esto está a mi altura. Está a la altura de este necio*.

El necio en cuestión miraba fijamente las campanas de oración de Shev sin agacharse y torciendo la boca con desdén.

–¿Qué es esto? ¿Campanas?

–Campanas de oración –respondió Shev–. De Thond. –Intentó mantener el tono de voz cuando tres hombres pasaron al lado de Mason haciendo todo lo posible para parecer peligrosos y descubriendo que la estancia era demasiado estrecha e incómoda. Uno, con ojos saltones, tenía la cara picada de forúnculos; otro, que llevaba un chaleco de piel que era demasiado grande para él, se enredó con una cortina y a punto estuvo de romperla al tirar de ella; el último llevaba metidas las manos en los bolsillos y una mirada que decía que estaban llenos de cuchillos. Y seguro que así era.

A Shev le pareció que jamás había visto a tanta gente junta en su local. Lamentablemente, no iban a pagar nada. Echó un vistazo a Severard y vio que se mordisqueaba los labios de nervios, así que levantó una mano con la palma hacia delante, como diciendo *tranquilo, tranquilo,* aun admitiendo que ella misma tampoco estaba muy tranquila.

–No me parece que seas de las que rezan mucho –dijo Crandall, arrugando la nariz mientras observaba las campanas.

–Pues no –apostilló Shev–, soy como las campanas, doy al lugar cierta categoría espiritual. ¿Quieres fumar?

–No, y si quisiera, no vendría a un agujero de mierda como éste.

Se hizo el silencio, y el de la cara picada se inclinó para mirarla.

–¡Ha dicho agujero de mierda!

–Ya lo he oído –dijo Shev–. El sonido se propaga muy bien en una habitación tan pequeña como ésta. Y ya sé que es un agujero de mierda. Pero tengo planes para mejorarlo.

–Siempre tienes planes, Shev. –Crandall reía–. Pero nunca llegan a nada.

Era bastante cierto y, casi siempre, por culpa de bastardos como ellos.

–Quizá cambie mi suerte –replicó ella–. ¿Qué quieres?
–Quiero que robes algo. ¿Por qué, si no, vendría a ver a una ladrona?
–Hace tiempo que dejé de serlo.
–Por supuesto que lo sigues siendo. Sólo que ahora eres una ladrona que juega a regentar un agujero de mierda de fumadero. Y estás en deuda conmigo.
–¿Y qué es lo que te debo?
El rostro de Crandall se torció con una desagradable mueca.
–Todos los días que has vivido sin que te rompiese las piernas.
Shev tragó saliva. Aquel tipo de alguna manera había conseguido ser más cabrón que nunca.
La profunda voz de Mason retumbó tranquila y cordial.
–Esto es una pérdida de tiempo. Westport ha perdido una ladrona formidable y ha ganado una vendedora de cascarillas bastante mediocre. ¿Cuántos años tienes? ¿Diecinueve?
–Veintiuno. –Pero en ocasiones se sentía como si tuviese cien–. Tengo el don de parecer más joven.
–Sigues siendo demasiado joven para retirarte.
–Tengo la edad apropiada –replicó Shev– Sigo viva.
–Eso puede cambiar –dijo Crandall, acercándose a ella. Tanto como antes Carcolf, pero mucho menos bien recibido.
–No atosiguéis a la señora –dijo Severard, proyectando los labios hacia delante, como desafiante.
–¿Señora? –Crandall resopló–. No fastidies, muchacho, ¿lo dices en serio?
Shev observó que Severard escondía detrás de su espalda un bastón. Bastante largo, pesaba lo justo para golpearle a alguien en la cabeza. Pero lo último que necesitaba era que Severard agitase aquel bastón delante de Crandall. Para cuando Mason hubiera acabado con él lo tendría metido en el culo.
–¿Por qué no vas a la trastienda y barres el patio? –le sugirió Shev.
–No quiero… –Con las mandíbulas apretadas, listo para la acción, el muy inconsciente la miraba. Dios, quizá fuese cierto que estaba enamorado de ella.
–Vete. No te preocupes.
Él tragó saliva, fulminó con la mirada a los matones y se fue.
El sonoro suspiro de Shev consiguió atraer de nuevo todas las miradas. Sabía perfectamente que las cosas no pintaban bien para ella.
–Esa cosa que quieres… Si la robo, ¿estaremos en paz entonces?
–Quizá si, quizá no. –Crandall se encogió de hombros–. Depende de si necesito que vuelvas a robar.
–Te refieres a si lo necesita tu papá.
Uno de los ojos de Crandall se contrajo. No le gustaba que nadie le recordase que sólo era un pequeño capullo que vivía bajo la enorme sombra de su papá. Pero Shev siempre decía lo que no había que decir. O lo que había que decir, pero en el momento inapropiado. O quizá lo que había que decir y en el momento apropiado, pero a la persona inapropiada.
–Harás lo que se te ha dicho, pequeña zorra lamecoños –le espetó en la cara–, o quemaré esta mierda de tugurio contigo dentro. ¡Y también tus jodidas campanas de oración!
Mason vació el aire de sus carrillos llenos de cicatrices con un suspiro disgustado,

como diciendo: *Es una cosita insignificante con cara de rata, pero, ¿qué puedo hacer yo?*

Shev miró fijamente a Crandall. Diantre, sí que quería aporrearle en la cara. Lo quería con todo su ser. Durante toda su vida había tenido a ese tipo de bastardos apabullándola. Casi valdría la pena responder por una vez. Pero sabía que lo único que podía hacer era sonreír. Si golpeaba a Crandall, Mason la golpearía a ella diez veces más, y peor. No le gustaría hacerlo, pero lo haría. Se ganaba la vida haciendo cosas que no le gustaban. ¿No es lo que hacían todos?

Tragó saliva. Intentó que su furia pareciese miedo. La suerte siempre estaba en contra de gente como ella.

–Creo que no tengo otra elección.

Crandall le echó su fétido aliento mientras sonreía.

–¿Y quién la tiene?

Nunca pienses en el suelo, ahí está el truco.

Shev estaba sentada a horcajadas en el resbaladizo vértice del tejado, de suerte que las tejas rotas se le clavaban en la ingle cuando avanzaba, mientras pensaba en lo mucho que habría preferido esparrancarse encima de Carcolf. Abajo, en la calle muy frecuentada situada a su derecha, varios borrachos idiotas festejaban una broma a voz en grito y alguien parloteaba en suljuk, una lengua de la que Shev apenas comprendía una de cada treinta palabras. Sin embargo, el callejón vacío que quedaba a su izquierda parecía tranquilo.

Manteniéndose agachada, avanzó hacia la chimenea, sólo una sombra en la tiniebla, deslizando por encima de ella el lazo que había preparado con la cuerda. Aunque pareciese lo suficientemente seguro, dio un buen tirón para cerciorarse. Pues, a pesar de que Varini soliera decirle que pesaba dos tercios de nada, en cierta ocasión, si no hubiera sido por un alféizar situado en el punto preciso, habría arrancado una chimenea de cuajo y caído a la calle con media tonelada encima de mampostería.

Con mucho cuidado, con mucho cuidado, ahí está el truco, aunque nunca viene mal un golpe de buena suerte.

Como para entonces el corazón le latía a toda prisa, respiró hondo e intentó tranquilizarse. Sólo estaba desentrenada. Todo el mundo sabía que era la mejor ladrona de Westport. Por eso no querían que lo dejase. Y por eso *ella* tampoco quería dejarlo. Ésa era su bendición y su maldición.

–La mejor ladrona de Westport –dijo para sus adentros, y deslizó la cuerda hasta el borde del tejado, echando un vistazo por encima de él. Podía ver a los dos guardias situados a ambos lados de la entrada, con la luz de una lámpara brillando sobre sus yelmos.

Casi a la hora exacta, escuchó, airadas y chillonas, las voces de las putas. Vio a los guardias volver la cabeza. Más chillidos, y entonces captó brevemente a las mujeres peleándose antes de desaparecer en el callejón. Cuando los guardias fueron hacia allí, para vigilar, Shev sonrió. Aquellas chicas habían hecho un magnífico trabajo por un par de platas.

Espera a que llegue tu momento, ahí está el truco.

En un abrir y cerrar de ojos se cambió de alero, bajó por la cuerda y se coló por la ventana. Sólo le había costado unos cobres conseguir que la doncella no dejase cerrado el picaporte de las contraventanas. Lo cerró y se dejó caer sobre el otro costado. Alguien caminaba escaleras abajo, casi sin hacer ruido y despacio, pero Shev no quiso aventurarse. Apagó la vela con sus dedos enguantados y dejó que una confortable oscuridad dominase el pasillo.

La cuerda seguiría colgada, pero ya no podía hacer nada para evitarlo. No podía

permitirse un ayudante que la recogiese. Esperaba que cuando se diesen cuenta de que había una cuerda, ella ya se hubiera ido.

Salir y entrar deprisa, ahí está el truco.

Aún podía oír a las putas chillando en la calle. Para entonces ya habían atraído a la muchedumbre, que hacía apuestas acerca del resultado. Hay algo en una pelea entre mujeres que hace que los hombres nunca aparten los ojos de ella. Sobre todo, si las mujeres en cuestión no llevan mucha ropa encima. Shev se metió un dedo por el cuello de la ropa para refrescarse un poco y, reprimiendo el momentáneo instinto de ir a mirar, recorrió el pasillo sin hacer ruido y llegó a la tercera puerta, con las ganzúas ya preparadas.

La cerradura era condenadamente buena. La mayoría de los ladrones ni siquiera se habrían molestado en abrirla. Se habrían ido en busca de algo más sencillo. Pero Shev no era como la mayoría de los ladrones. Cerró los ojos, se pasó la lengua por el labio superior, metió las ganzúas dentro de la cerradura y comenzó a trabajarla. Sólo le llevó unos instantes sacarle las entrañas y hacerle cosquillas a los seguros. La cerradura emitió una tenue boqueada metálica cuando se abrió para ella, y entonces Shev apartó su lengua y las ganzúas, giró el pomo suavemente y la puerta se abrió con un chasquido, de suerte que se deslizó por ella justo al escuchar un ruido de botas por la escalera, sintiendo que sonreía en aquella oscuridad.

No había querido admitirlo, y mucho menos a sí misma, pero… ¡Dios, cuánto lo echaba de menos! El miedo. La excitación. El desafío. La emoción de coger lo que no era suyo. La emoción de saber lo buena que era para aquello.

–La mejor ladrona de Westport –dijo para sus adentros, y se dirigió derecha hacia la mesa. La cartera estaba justamente donde Crandall había dicho que estaría, así que, en un silencio aterciopelado y dichoso, se pasó la correa por un hombro. Todo estaba saliendo como lo había planeado.

Cuando se volvió hacia la puerta, una tabla crujió bajo su talón.

La mujer que estaba tumbada en la cama se incorporó. Una mujer con un camisón de color claro que la miraba directamente a los ojos.

Se suponía que allí no tenía que haber nadie.

Shev levantó una mano enguantada.

–Esto no es lo que parece…

La mujer lanzó el chillido más penetrante que Shev había oído en toda su vida.

La astucia, la precaución y los planes solamente permiten llegar al ladrón hasta ahí. La suerte es una zorra traidora que no siempre sigue el juego, así que entonces hay que ponerse en manos de la audacia. Shev corrió hacia la ventana, levantó una de sus negras botas y propinó una violenta patada a las contraventanas, rompiendo el picaporte y dejándolas abiertas de par en par mientras la mujer jadeaba para recobrar el aliento.

Un cuadrado de cielo negro. La segunda planta del edificio situado al otro lado de la calle. Justo enfrente, la imagen de un hombre que parecía sujetarse la cabeza con las manos. Calculó la distancia a la que se encontraba y se detuvo. No puedes pensar en el suelo. La mujer lanzó otro chillido capaz de vaciarle a uno la vejiga del susto. Oyó cómo la puerta se abría de golpe y los guardias chillaban, y entonces saltó.

El viento tiró de su ropa, haciéndola ondear, y luego sintió ese retortijón en el estómago que indica que comienzas a caer. Era como cuando se dejaba caer desde muy alto, en la época en la que había estado con aquella feria itinerante, alargando las manos para coger las de Varini. El reconfortante agarrón con el que sus manos cogían las suyas y la nubecilla de tiza cuando la levantaba y ya estaba segura. Todas las veces. Todas las veces

excepto la última, cuando él bebió demasiado y fue el suelo lo que la recogió, y no él.

Shev se abandonó. Una vez que caes, ya no puedes luchar. Sientes la necesidad de debatirte y pelear, pero el aire no te ayuda. Nadie lo hará. Nunca. Al menos, en su experiencia.

Con un golpe sordo, que le hizo rechinar los dientes, cayó justo encima del carro lleno de lana de oveja que Jens, previo pago, había colocado bajo la ventana. El hombre pareció apropiadamente sorprendido de ver cómo después de pelearse con su cargamento saltaba del carro, llevando la cartera consigo, y esquivaba a la gente para luego ocultarse en la oscuridad que reinaba entre la cervecería y el carro.

Tambaleándose, se apoyó en la pared, agarrándose un costado, gruñendo a cada respiro e intentando no llorar. Sus costillas habían chocado con el borde de la caja del carro y, por el dolor que sentía y la manera en que le daba vueltas la cabeza, pensó que debía de haberse roto una de ellas, si no más.

–¡Joder, qué dolor! –exclamó, apretando los dientes. Echó una mirada hacia el edificio mientras Jens le decía algo a su mula, el carro echaba a andar y un guardia que se asomaba por la ventana abierta señalaba hacia ella ferozmente con el dedo. Vio que alguien se deslizaba por una puerta lateral y la cerraba con mucho cuidado. Alguien alto, delgado, con una mata de cabello rubio que afloraba por debajo de un sombrero negro y una bolsa colgada del hombro. Una mujer que quitaba el hipo al andar y que, meneando las caderas, desapareció silenciosamente entre las sombras.

El guardia exclamó algo, casi rugiendo, y Shev se volvió, tropezó en el callejón, se coló a duras penas por la estrecha hendidura de la pared y se escapó.

Entonces recordó por qué había querido dejarlo y poner un fumadero.

Porque la mayoría de los ladrones no suelen durar mucho. Ni siquiera los buenos.

–Se ha hecho daño –dijo Severard.

Era muy cierto, pero Shev había aprendido a mantener ocultas sus heridas en la medida de lo posible. Según su propia experiencia, la gente era como los tiburones, que al ver la sangre se vuelven más voraces. Por eso negó con la cabeza, intentó sonreír y, torciendo el rostro lleno de sudor y agarrándose las costillas, dijo:

–No es nada, ¿hay muchos clientes?

–Sólo Berrick. –Señalaba con la cabeza al viejo fumador que, con los ojos cerrados y la boca abierta, estaba despatarrado sobre los mugrientos cojines, con su apagada pipa a un lado.

–¿Cuánto hace que la ha fumado?

–Unas dos horas.

Shev se agarró con fuerza el costado mientras se sentaba al lado del anciano y tocaba cariñosamente una de sus mejillas, diciendo:

–Berrick, deberías despertarte.

Sus ojos parpadearon antes de abrirse por completo, y su rostro arrugado mostró de repente una gran tristeza al ver a Shev.

–Está muerta –susurró–. Guardad intacta su memoria. Está muerta. –Y entonces cerró los ojos y las lágrimas cayeron por sus pálidas mejillas.

–Lo sé –dijo Shev–. Lo sé y lo lamento. Siempre te he permitido que te quedaras todo el tiempo que quisieras, pero ahora, y odio tener que decirlo, tienes que levantarte, Berrick. Puede haber problemas. Puedes volver más tarde. Severard, cuida de que llegue a su casa, ¿de acuerdo?

–Podría quedarme aquí y cuidar de usted…

Lo más seguro era que haría alguna estupidez y conseguiría que los dos acabaran muertos.

–He cuidado de mí durante todo el tiempo que puedo recordar. Anda y ve a dar de comer a tus aves.

–Ya les he dado de comer.

–Pues que coman otra vez. Prométeme que te quedarás fuera hasta que Crandall se vaya.

Malhumorado, Severard se rascó la mandíbula llena de pelusa. Mierda, el chico estaba realmente enamorado de ella.

–Se lo prometo. –Deslizó un brazo por debajo de los de Berrick y le ayudó a pasar, tambaleándose, por la puerta. Dos preocupaciones menores menos, aunque la importante aún siguiera quedando por resolver. Shev se quedó mirando fijamente al vacío, pensando en las precauciones que tendría que tomar ante la visita de Crandall. Vías de escape, armas ocultas, planes alternativos por si algo salía mal.

Los carbones con los que se encendían las pipas ardían en el cuenco de hojalata que estaba sobre su trébede. Shev tomó la jarra de agua, pensando en apagarlos, y luego consideró que podría arrojárselos a alguien en la cara, así que apoyó el cuenco contra la pared para llegar mejor hasta ellos. Los carbones chocaron unos contra otros y crepitaron.

–Buenas tardes, Shev. –Ella se volvió rápidamente, intentando no hacer una mueca al sentir un pinchazo de dolor en el costado. Para ser un hombre tan grande, era evidente que Mason sabía moverse con sigilo cuando lo deseaba.

Crandall entró de sopetón en el fumadero con toda la pinta de estar más amargado que de costumbre. Shev vio que dos de sus matones le guardaban las espaldas. Casaca Grande, con aquella prenda que le quedaba grande, y Manos en los Bolsillos, guardando las manos donde ya se supondrá.

Cuando la puerta del patio se abrió de golpe, Cara Picada pasó sigilosamente por ella y la cerró con un hombro. Demasiado lejos para poder utilizarla como vía de escape. Shev vio saliva. Tendría que decir lo imprescindible, no hacer nada para cabrearlos y librarse de ellos en cuanto pudiese. Ahí estaba el truco.

–El negro te favorece –dijo Mason, mirándola de arriba abajo.

–Por eso me lo pongo –le replicó ella, intentando parecer relajada, pero sin conseguir nada más que náuseas–. Y también para robar.

–¿Lo conseguiste? –le espetó Crandall.

Shev sacó la cartera de debajo del mostrador y se la lanzó con un ondear de correas.

–Buena chica –comentó mientras la cogía–. ¿La has abierto?

–No es asunto mío.

Crandall la abrió. Rebuscó en su interior. La miró con una cara que ni de lejos se parecía a la del comprador satisfecho que ella esperaba.

–¿Es una puñetera broma?

–¿Y por qué iba a serlo?

–No está aquí.

–¿Qué es lo que no está?

–¡Lo que se suponía que tenía que estar dentro! –Crandall sacudió la cartera delante de Shev, y la expresión de sus hombres se endureció un poco más.

Shev tragó saliva de nuevo, con una sensación de malestar en las tripas, como si se encontrara al borde de un acantilado y sintiese que la tierra temblaba.

–No dijiste nada respecto a su contenido. Tampoco dijiste que en aquella habitación

me encontraría a una campeona en la especialidad del grito pelado. ¡Sólo dijiste que cogiera la cartera y te la trajese!

Crandall arrojó al suelo la cartera vacía.

–Supongo que se lo habrás vendido a otro, ¿verdad?

–¿Cómo? ¡Si ni siquiera sabía qué había dentro! Si te hubiera engañado, ¿crees que me habría quedado a esperarte sólo con una sonrisa?

–¿Es que me tomas por tonto? ¿Crees que no vi a Carcolf cuando se iba?

–¿Carcolf? Sólo vino a verme porque tenía un trabajo… en Talins… –Shev empezó a sentirse como cuando no pudo coger las manos de Varini y vio que el suelo iba a su encuentro. Los hombres de Crandall se removieron, Cara Picada sacó un cuchillo con el filo mellado y Mason hizo una mueca más siniestra de lo acostumbrado y meneó lentamente la cabeza.

Oh, Dios. Carcolf había terminado por joderla. Pero no de la manera agradable. En absoluto de esa manera.

Shev levantó las manos como para pedir tranquilidad, intentando ganar tiempo para pensar en algo.

–¡Escucha! Me dijiste que cogiera la cartera, y yo la cogí.

Le desagradaba el tono lastimero de su voz. Sabía que implorar no le serviría de nada, pero no podía evitarlo. Miró hacia las puertas y a los matones que se iban acercando lentamente, y supo que la única pregunta que quedaba era cuánto daño le harían. Crandall se acercó a ella con el rostro deformado por la ira.

–¡Escucha! –dijo ella, chillando, y él le atizó un puñetazo en el costado. Aunque no fuese, ni con mucho, el peor golpe que había recibido en su vida, la mala suerte quiso que aquel puño aterrizase donde antes se había golpeado con el carro. Entonces, sintiendo un fogonazo de dolor que le recorría las tripas y subía hacia arriba, se dobló y le vomitó en los pantalones.

–¡Oh, maldita zorrita cabrona! ¡Sujetadla!

El de la cara picada la agarró por el brazo izquierdo, y el de la casaca ridícula por el derecho, al tiempo que la inmovilizaba apretándole con un brazo el cuello contra la pared, y los dos sonreían como si no se hubieran divertido tanto desde hacía tiempo. Shev también habría podido disfrutar más si Cara Picada no hubiese paseado su cuchillo por delante de su cara, si la boca no le hubiera sabido acre por el vómito, si el costado no lo hubiese tenido como ardiendo, y si ella no hubiese estado bizca, mirando un punto brillante.

–Dame tu hacha –dijo Crandall a Mason, chasqueando los dedos.

–Lo más seguro es que esa zorra de Carcolf esté detrás de todo esto. –Mason respiró profundamente–. Shevedieh no habría podido hacer nada sola. Si la matamos, no podrá ayudarnos a encontrar lo que buscamos, ¿eh?

–Ese asunto se acabó –dijo Crandall, una insignificancia con cara de rata–, ahora voy a dar una lección.

–Una lección, ¿para qué? ¿Y a quién?

–¡Dame tu maldita hacha de una vez!

A Mason no le gustaba nada de lo que sucedía, pero se había pasado toda la vida haciendo cosas que no le gustaban. Y no iba a dejar de hacerlas. Aunque su rostro dijera: *De veras que lo siento*, se sacó la hachuela de la casaca y puso con fuerza su pulimentado mango en la palma de Crandall, dándose la vuelta, disgustado.

Shev se retorció como un gusano partido por la mitad, pero apenas podía respirar por lo que le dolían las costillas, y porque aquellos dos bastardos la tenían bien agarrada.

Crandall se acercó más, cogió con fuerza su camisa y la retorció.

–Podría decir que me gustó conocerte, pero lo cierto es que mentiría.

–Jefe, intenta no salpicarme esta vez –dijo Cara Picada, cerrando sus ojos saltones para que los sesos de Shev no se le metiesen en ellos.

Shev soltó un quejido ridículo y apretó con fuerza los ojos cuando Crandall levantó el hacha.

¿Eso era todo? ¿Esa había sido su vida? Una mierda, pensándolo bien. Unos pocos momentos buenos compartidos con gente medio decente. Unos pocos favores. Unas cuantas victorias sin importancia después de todas aquellas derrotas. Siempre había supuesto que lo bueno estaba por llegar. Daría algo bueno. Recibiría algo bueno. Y resultaba que eso era todo.

–Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi una campana de oración.

Shev abrió los ojos. La pelirroja que aquella mañana había llevado a rastras hasta su habitación y de la que ya ni se acordaba estaba de pie, imponente en la sala de fumadores, con aquel chaleco de cuero destrozado encima, mirando las campanas de la estantería.

–Esta es muy bonita –dijo mientras pasaba por el bronce las yemas de sus dedos rozados–. Segunda Dinastía.

–¿Quién es esa jodida bromista? –gruñó Crandall mientras sopesaba la pequeña hacha que tenía en la mano.

Ella le miró perezosamente. O al menos así lo hizo el ojo que Shev podía ver, porque el otro se lo tapaba una maraña de cabellos rojos. Aquella cara huesuda estaba surcada de arañazos; la nariz llena de cortes, hinchada y manchada de sangre reseca; los labios, partidos e inflamados. Pero aquel ojo miraba de una manera peculiar mientras iba de Crandall a sus cuatro sicarios, para detenerse un momento en Mason y luego efectuar el recorrido inverso. Con desprecio. Como si acabara de tomarles la horma con aquella simple mirada y no le hubiese intimidado lo que había visto.

–Soy Javre –dijo la mujer que Shev había encontrado inconsciente a la puerta de su local. Tenía un acento bastante raro. Quizá de algún sitio del Norte–. La Leona de Hoskopp, y estoy muy lejos de ser una bromista; de hecho, suelen decirme que tengo un sentido del humor pésimo. ¿Quién me metió en la cama?

Sujeta a la pared por tres hombres, lo único que Shev podía hacer era levantar un dedo.

–Un favor que nunca olvidaré. –Javre asintió–. ¿Tienes mi espada?

–¿Espada? –consiguió decir Shev con voz ronca, porque el antebrazo que le atenazaba el cuello había dejado de apretar cuando su propietario se volvió para mirar a la recién llegada.

Javre dijo entre dientes:

–Sería peligroso que cayera en malas manos, pues se forjó con el metal de una estrella fugaz.

–Está loca –dijo Crandall.

–Jodida pirada –rezongó Manos en los Bolsillos.

–La Leona de Hoskopp –rectificó Casaca Grande con una risita.

–Pues tendré que conseguirla de nuevo –dijo ella, como si reflexionase–. ¿No conoceréis a algún ladrón decente?

Se hizo una pausa que Shev aprovechó para levantar un dedo.

–¡Ah! –Javre enarcó una de sus cejas pringadas de sangre–. Dicen que la Diosa nos pone a las personas adecuadas en el camino. –Frunció el ceño, como si justo en ese

momento acabara de comprender lo que pasaba–. ¿Estos hombres te están incomodando?

–Un poco –susurró Shev, haciendo una mueca al sentir el dolor difuso que parecía extenderse desde el costado hasta los extremos de los dedos.

–Mejor será comprobarlo, porque uno nunca sabe qué es lo que le gusta a la gente. –Javre movió lentamente sus hombros desnudos. A Shev le recordaron los del Asombroso Zaraquon, tan fibrosos como la madera y repartidos en cien manojos de vibrantes músculos–. Sólo os lo pediré una vez: soltad a la chica morena y marchaos.

–¿Y qué pasará si no lo hacemos? –Crandall se burlaba.

–Pues que mucho después de que todos nos hayamos ido al seno de la Diosa, los nietos de los nietos de aquellos que lo presenciaron, contarán entre susurros la terrible historia de cómo te destrocé.

Manos en los Bolsillos hundió aún más las manos en ellos y gruñó:

–Si ni siquiera tienes un arma…

–Amigo, yo soy el arma. –Javre se limitó a sonreír.

Crandall apuntó hacia ella con la cabeza, diciendo:

–Acabad con esa zorra.

Cara Picada y Casaca Grande soltaron a Shev, lo que fue una bendición, y se acercaron a Javre, que no pareció darse por aludida. Casaca Grande sacó de su casaca un garrote, lo que fue un tanto decepcionante porque le habría cabido una buena espada. Cara Picada volteó entre sus dedos la daga de filo mellado mientras sacaba la lengua, que era aún más fea que la hoja.

Javre se limitó a quedarse quieta con las manos en las caderas.

–Y bien… ¿acaso necesitáis una invitación por escrito?

Cara Picada le lanzó un tajo con el cuchillo que no llegó a su destino. La mujer le esquivó con una rapidez que incluso a Shev le costó trabajo seguir. La palma de su blanca mano apareció para asestarle un golpe en el cuello que sonó como el de la hachuela al cortar carne. Se derrumbó como si no tuviese huesos en el cuerpo y soltó el cuchillo, escupiendo y gorgoteando mientras manoteaba como un pez fuera del agua y los ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas.

Casaca Grande la alcanzó en un costado con su garrote, pero fue como si hubiese golpeado una columna, porque sonó igual. Javre apenas retrocedió. El puño que remataba su musculoso brazo se hundió en sus tripas antes de que él se doblara en dos con un quejido. Javre lo cogió por los pelos con su enorme puño derecho y estrelló su cabeza contra el tajo de carnicero que Shev usaba como mostrador, de suerte que su sangre salpicó hasta las colgaduras baratas.

–Mierda –dijo Crandall entre dientes, mientras se le aflojaba la mano con la que retenía a Shev.

Javre miró al que siempre llevaba las manos en los bolsillos, que acababa de quedarse boquiabierto.

–No tienes por qué avergonzarte –dijo–. Si yo tuviese polla, también estaría jugando con ella a todas horas.

El otro sacó de repente las manos y le lanzó un cuchillo. Shev observó el espejeo del metal y el gorjeo de su hoja.

Javre lo atrapó sin darle la menor importancia, como los malabaristas de aquella feria. Simplemente, lo recogió en el aire con la misma facilidad con que cualquiera habría podido coger la moneda que antes hubiera lanzado a lo alto.

–Gracias –dijo, y lo envió de vuelta, clavándoselo en el muslo al individuo, que

lanzó un agudo chillido mientras se tambaleaba en dirección a la puerta y salía a la calle.

Mason acababa de sacar su cuchillo, una cosa monstruosa a la que hubiera podido llamar «espada» sin temor a equivocarse. Javre volvió a poner los brazos en jarras.

–¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

–No puedo decir que lo quiera –dijo Mason, agachándose para adoptar una postura de combate–, pero no queda otra.

–Lo sé. –Javre flexionó nuevamente los hombros y levantó aquellas manos tan grandes que tenía–. Pero siempre vale la pena preguntar.

Saltó hacia ella. El cuchillo sólo era una mancha borrosa, pero ella consiguió apartarse. Volvió a lanzarle un tajo y ella volvió a esquivarle, vigilando mientras él se dirigía hacia la puerta y arrancaba la cortina de los ganchos que la sujetaban. Arremetió contra ella y sólo consiguió un surtidor de plumas al destripar un cojín, una lluvia de astillas al aplastar el mostrador con una de sus pesadas botas, y desgarrar en dos partes una de las colgaduras.

Mason lanzó un bramido como un toro herido y embistió nuevamente contra ella. Cuando la hoja del cuchillo relampagueó, a su encuentro, ella le agarró por la muñeca y con gran esfuerzo –visible en la gran vena hinchada de su brazo– la mantuvo a un dedo de distancia de su frente.

–¡Ahora te tengo! –La saliva se escurrió entre los dientes de Mason, que él apretaba con fuerza, cuando cogió a Javre por su grueso cuello y la obligó a retroceder un paso…

Ella tomó de la estantería la campana de oración de mayor tamaño y la estrelló contra su cabeza, produciendo un tañido tan sonoro que a Shev le castañetearon los dientes. Javre volvió a golpearlo y, retorciéndose, se liberó de la mano que la agarraba. Entonces Mason lanzó un gemido y cayó de rodillas, con la sangre chorreándole por toda la cara. Javre levantó el brazo derecho y le golpeó en la espalda, de suerte que la campana se rompió por el asa y, con un estruendo metálico cuyos ecos fueron apagándose gradualmente, llegó hasta el rincón.

Javre, con el rostro manchado por la sangre de Mason, levantó la mirada hacia Crandall.

–¿Has oído eso? –dijo, y enarcó sus cejas pelirrojas–. Es hora de rezar.

–Oh, demonios –dijo Crandall con un graznido. Soltó la hachuela, que cayó al piso, y levantó las manos abiertas–. Mira –añadió, tartamudeando–, soy el hijo de Horald. ¡De Horald el Dedo!

Javre se encogió de hombros mientras pasaba por encima del cadáver de Mason.

–Soy nueva en la ciudad. Todos los nombres me parecen iguales.

–¡Mi padre es quien manda en este sitio! ¡Da las órdenes!

Javre enseñó los dientes mientras pasaba por encima del cadáver de Casaca Grande.

–A mí no me las da.

–¡Te pagará! ¡Más dinero del que puedas contar!

Javre recogió el puñal de Cara Picada con la puntera de una bota.

–No lo quiero. Tengo gustos sencillos.

–¡Si me haces daño, te perseguirá y te alcanzará! –La voz de Crandall se hizo más chillona a medida que se apartaba de ella, cada vez más acobardado.

Javre volvió a encogerse de hombros y dio otro paso.

–Esperemos. Ése sería su último error.

–¡Por favor! –suplicó Crandall–. ¡Por favor! ¡Te lo ruego!

–Realmente, no es a mí a quien tienes que rogar –dijo Javre, asintiendo por encima

de su hombro.
Shev silbó y Crandall se volvió, sorprendido. Parecía aún más sorprendido cuando ella, con un crujido perfectamente audible, sepultó en su frente la hoja de la pequeña hacha de Mason.
–Aagghh –dijo él, con la lengua colgándole de la boca, y luego cayó hacia atrás, agarrándose a la estantería con una mano sin fuerza, volcándola y lanzando al aire el pebetero, de manera que una lluvia de carbones ardientes fue a parar a la pared.
–Mierda –dijo Shev cuando las llamas prendieron en las endebles colgaduras. Cogió la jarra de agua, pero su escaso contenido poco podía hacer. El fuego ya había prendido en la cortina que estaba al lado, y unas pavesas de cenizas ardientes caían volando.
–Mejor evacuamos el local –dijo Javre, y cogió por el brazo a Shev de manera que no se pudiese soltar, haciendo que pasara por la puerta, y dejando a cuatro hombres muertos tirados en el suelo de la habitación en llamas.
El que había llevado las manos metidas en los bolsillos estaba apoyado contra una de las paredes de la calle, agarrado a su cuchillo, que tenía clavado en el muslo.
–Espera… –dijo, cuando Javre le cogió por el cuello de la ropa y con un juego de muñeca lo envió tambaleándose al otro lado de la calle, hasta que su cabeza se estrelló contra una pared.
Severard llegó corriendo y se quedó mirando el edificio, pues las llamas ya lamían el marco de la puerta. Javre lo agarró y lo condujo afuera.
–No se puede hacer nada. Para ser un sitio donde había tantas llamas, la decoración no era la apropiada. –Y como para subrayar estas palabras, la ventana estalló y el fuego se desbordó a la calle, obligando a Severard a agacharse y a protegerse la cabeza con ambas manos.
–¿Qué diablos ha sucedido? –preguntó con un gemido.
–Que la cosa salió mal –musitó Shev, agarrándose el costado–. Salió mal.
–¿Llamas a eso «salir mal»? –Javre apartó de su magullada cara aquella cabellera roja sucia y, como si aquel día fuese uno más de tantos, contempló con una mueca la ruina en que se habían convertido las esperanzas de Shev–. ¡Yo diría que habría podido salir mucho peor!
–¿Y cómo? –le espetó Shev–. ¿Cómo cojones hubiera podido salir peor?
–Las dos podríamos estar muertas. –Y lanzó una risita cortante–. Haber salido con vida ya es una victoria.
–Esto es lo que sucede –sentenció Severard, y sus ojos brillaban por el fuego, que se reflejaba en ellos a medida que el edificio ardía con más fuerza–, esto es lo que sucede cuando se hacen favores.
–¡Ah, chico, deja de llorar! A la larga, los favores traen más favores. ¡La Diosa siempre nos ofrece una recompensa justa! Por cierto, me llamo Javre. –Le dio una palmada en el hombro que casi le tira al suelo–. Y dicho sea de paso, ¿no tendrás un hermano mayor? La lucha siempre me pone… ya sabes.
–¿Qué?
–¿Quizá otros hermanos?
Shev se agarró la cabeza. Parecía que fuera a estallarle.
–He matado a Crandall –susurró–. Maldita sea, lo he matado. ¡Ahora me perseguirán! ¡Y nunca pararán!
–Ffffff –Javre pasó un enorme brazo, musculoso y lleno de arañazos, por los hombros de Shev. Curiosamente, era tan agobiante como reconfortante–. Deberías conocer

a los bastardos que me persiguen. Y ahora, a recuperar la espada que me han robado…

Trabajos ridículos

Al este del Crinna, otoño de 574

Como siempre, Craw se mordía la piel endurecida que le crecía alrededor de las uñas. Y, como siempre, le dolía. Pensó que tenía que dejarlo. Como siempre.

–¿Por qué será –decía en voz baja, con un deje de amargura– que sólo me encargan trabajos ridículos?

La aldea se agazapaba en la bifurcación del río, una especie de nido de tejados de paja húmeda, crespos como el pelo de un idiota, y cercados por una valla de maderas desiguales tan alta como un hombre. Tres casas de planta rectangular, varias chozas de zarzas, redondas y amontonadas entre el barro, y, en la más grande, unos remates verticales de madera, tallados de la peor manera posible, con forma de cabeza de dragón o de lobo, o vaya usted a saber qué, para asustar a la gente, pero que a Craw sólo le hacían lamentar la falta de un buen trabajo de carpintería. El humo salía, renqueando, de las chimeneas, creando una suerte de manchones difuminados. Los árboles medio pelados aún agitaban sus hojas parduscas. A lo lejos, la luz del sol filtrada por los juncos brillaba en los pútridos pantanos como reflejada por mil espejos que llegaran hasta el horizonte. Pero no tenía nada de idílico.

Durante unos instantes, Wonderful dejó de rascarse la larga cicatriz que cruzaba su cabeza y dio su opinión:

–Para mí es evidente que es un sitio asqueroso.

–Estamos muy al este del Crinna, ¿no lo sabes? –Craw localizó un trocito de piel entre los dientes y la lengua y lo escupió, haciendo una mueca al ver la marca rosa que le había quedado en la uña, más dolorosa de lo que habría esperado–. En cientos de kilómetros a la redonda no hay más que sitios asquerosos. ¿Estás seguro, Raubin, de que hemos llegado al sitio correcto?

–Lo estoy. Ella fue muy *especificable*.

Craw frunció las cejas. No sabía si la ojeriza que sentía por Raubin se debía a que era él quien le proporcionaba trabajos que, por lo general, fracasaban, o a que era un capullo con cara de comadreja.

–La palabra es «específica», menguado.

–Bueno, lo has entendido, ¿no? Dijo que la aldea se encontraba en la bifurcación del río, al sur de los pantanos, que en ella había tres casas largas y que la mayor tenía unas maderas verticales talladas como cabezas de zorros.

–Aaaah –Craw chasqueó los dedos–. Así que intentan parecerse a los zorros.

–Esa gente es del Clan del Zorro.

–¿De veras?

–Eso es lo que ella me dijo.

–Y esa cosa que tenemos que llevarle, ¿qué es, exactamente?

–Pues una cosa –contestó Raubin.

–Eso ya lo sabemos.

–Más o menos… así de largo, supongo. No lo dijo, precisamente.

–¿Así que no fue… «especificable»? –preguntó Wonderful, con una sonrisa irónica que puso al descubierto todos sus dientes.

–Dijo que tenía una especie de luz alrededor.

–¿Una luz? –preguntó Craw–. ¿Cómo una maldita vela mágica?

Lo único que Raubin pudo hacer fue encogerse de hombros, lo cual no fue de ayuda para nadie.

–No lo sé. Dijo que sabríamos de qué se trataba cuando la viéramos.

–Qué bien. –Craw había dado antes por sentado que su estado de ánimo no podría decaer mucho más. En aquel momento estaba seguro de lo contrario–. Está realmente muy bien. ¿Así que quieres que apueste varias vidas, la mía y las de la gente de mi grupo, sólo porque se supone que sabremos de qué se trata cuando lo veamos?

Se alejó de las rocas, reptando hasta que la aldea quedó fuera de su vista, y luego se sacudió la porquería de la chaqueta, rezongando palabrotas porque era nueva y le había costado bastante trabajo mantenerla limpia. Hubiera debido imaginarse que, con la mierda de trabajos que siempre le tocaban, aquello sería una pérdida de tiempo. Bajó por la pendiente para volver con los demás, meneando la cabeza mientras avanzaba a grandes pasos entre los árboles para llegar a donde le aguardaban. Dando buenas zancadas, con aplomo. Las zancadas que daría un jefe. Es importante para un jefe, opinaba Craw, caminar como si supiera a donde va.

Y si no lo sabe, aún más.

Raubin se apresuró a seguirle y dijo, con voz quejumbrosa:

–Ella no lo dijo, precisamente. Me refiero a la cosa. Me refiero a que nunca lo dice. Simplemente me mira, con esos ojos… –tiritó– y dice: «Tráeme esa cosa», y dónde está. Con ese colorete y esa voz que tiene, y yo con ese sudor frío, por el miedo que te entra cuando te mira… –Tiritó otra vez, lo suficiente para que castañetearan sus dientes podridos–. No le pregunté, te lo puedo asegurar. Sólo quería salir corriendo para no mearme encima. Salir corriendo y llevarle cualquier cosa que ella quisiese…

–Bueno, no te fue tan mal con ella –dijo Craw–, pero ahora no sabemos dónde está eso.

–Por lo que yo sé –reflexionaba Wonderful mientras las salpicaduras de luz y de oscuridad nadaban sobre su huesudo rostro cada vez que se asomaba entre las ramas–, la carencia de detalles supone serias dificultades. En una aldea de ese tamaño hay todo tipo de cosas, pero ¿cuál es? Cuál, esa es la cuestión. –Daba la impresión de pensar mucho lo que decía–. Casi se diría que la voz, el maquillaje y la atmósfera terrorífica son, en este caso… contraproducentes.

–Oh, no –replicó Craw–, sería contraproducente si ella fuese la única que terminase Crinna abajo con la garganta cortada por culpa de algunos detalles imprecisos respecto al punto menos importante del trabajo que, por desgracia, hemos venido a hacer aquí –y le echó a Raubin una mirada de pocos amigos cuando éste salió de entre los árboles y penetró en el claro.

Scorry se había sentado para afilar sus cuchillos, ocho hojas colocadas sobre la hierba rala que había delante de sus piernas cruzadas, desde un pequeño alfiler no más largo que el pulgar de Craw, hasta un pesado cuchillo para trinchar que venía a ser una especie de espada corta. La novena estaba entre sus manos, pues mordía su acero con una piedra de afilar. Aprovechaba los chillidos y chirridos que suscitaba en ella para marcar el ritmo del penetrante y sereno cántico que entonaba. Scorry De Puntillas cantaba con una voz maravillosa. Aunque hubiera podido llegar a ser un bardo en otra era más feliz, en la presente sólo era un furtivo cuya única fuente de ingresos le venía de acercarse sigilosamente a la gente y apuñalarla. Y por más que Craw reconociese que eso era algo muy triste, así era la vida.

Brack-i-Dayn se sentaba al lado de Scorry, enseñando los dientes mientras roía un hueso de conejo casi pelado de la manera en que la oveja pasta la hierba. Una oveja enorme y muy peligrosa. Aquella pequeña cosa parecía un mondadientes al lado de su enorme puño

tatuado de azul. Yon Alegre le miró con desprecio, como si contemplase un cagajón enorme, algo que podría haber molestado a Brack si no hubiese sido por la reiterada costumbre de Yon de mirar de aquella manera a todo y a todos. En aquel momento parecía el hombre menos alegre de todo el Norte. A fin de cuentas, por eso le habían dado ese nombre.

Al otro lado del claro, Whirrun de Bligh estaba arrodillado delante de su larguísima espada, apoyada en un árbol para la ocasión. Se estrujaba las manos delante de la barbilla y se cubría con la capucha, de suerte que sólo era visible la punta de su nariz afilada. Al parecer, rezaba. A Craw siempre le habían inquietado un poco los hombres que rezaban a los dioses, y no digamos a las espadas. Pero así eran los tiempos, se suponía. En los días sangrientos, las espadas valían más que los dioses. Ciertamente, les habían superado en número. Además, Whirrun era un hombre del valle por el que se salía al norte y al oeste a través de las montañas próximas al Mar Blanco, donde nevaba en verano y nadie con una pizca de sentido común habría querido quedarse a vivir. ¿Quién podía saber lo que le pasaba por la imaginación?

–¿No os dije que era una auténtica mierda de aldea? –Never estaba a medio camino de encordar su arco. Ponía la mueca de siempre, como si se riese de todo y sólo él le viera la gracia. A Craw le hubiera gustado saber de qué se reía, le habría venido bien una carcajada. Ya comenzaba a suponer que se reía de todos.

–Supongo que tienes todo el derecho de decir eso –dijo Wonderful mientras entraba, contoneándose, en el claro–. Mierda. Auténtica.

–Bueno, por lo menos no hemos venido para quedarnos –dijo Craw–, sino para coger una cosa.

Yon Alegre, que tenía unos ojos tan siniestros como tumbas, frunció aún más el ceño, algo que a cualquiera le hubiera parecido imposible, y pasándose sus gruesos dedos por la espesa maraña de su barba preguntó:

–¿Y qué tipo de cosa, exactamente?

Craw echó otra mirada a Raubin.

–¿Quieres saber cómo es? –El muñidor se limitó a abrir las manos, perplejo–. Dijeron que lo sabríamos cuando la viésemos.

–¡Que lo sabríamos cuando la viésemos…! Pero ¿qué tipo de broma…?

–¿A mí qué me cuentas, Yon? El trabajo es el trabajo.

–Y nosotros estamos aquí, ¿a que sí? –dijo Raubin.

Craw se chupó un diente mientras le miraba.

–Es una observación acojonantemente brillante. Como todas las mejores, es cierta cada vez que la dices. En efecto, aquí estamos.

–Aquí estamos –repitió Brack-i-Dayn con su acento melodioso de montañés, mientras quitaba de aquel hueso la última partícula de grasa y lo arrojaba a la espesura–. Al este del Crinna, donde no brilla la luna y a doscientos kilómetros de cualquier sitio limpio donde poder cagar a gusto, en los mismos parajes donde a los salvajes zumbados que andan dando vueltas por ahí se les ocurrió atravesarse la cara con unos cuantos huesos.

Lo que tenía poco mérito, pensó Craw, que estaba tan cubierto de tatuajes que parecía más azul que blanco. Nada hay tan hiriente como el desprecio que un salvaje siente por otro.

–No puedo decir que no tengan alguna que otra ocurrencia curiosa al este del Crinna –dijo Raubin, encogiéndose de hombros–. Pero como ahora estamos aquí, donde se encuentra la puñetera cosa, ¿por qué no la cogemos y volvemos a casa cagando leches?

–¿Y por qué no coges tú la puñetera cosa, Raubin? –dijo, rezongando, Yon Alegre.

–Porque mi puñetero trabajo es decirte a ti, Yon Tocapelotas Cumber, de qué manera se puede coger la puñetera cosa.

Se hizo una pausa, larga y muy desagradable. Más fea que el hijo nacido de una oveja y de un hombre, como suelen decir los montañeses. Entonces Yon habló con su voz tranquila, la única que, incluso después de tantos años, a Craw le ponía la carne de gallina.

–Espero confundirme. Por los muertos, espero confundirme. Pero comienzo a tener la impresión… –se echó hacia delante y entonces todos vieron con espanto todas las hachas que llevaba encima– de que se me está faltando al respeto.

–No, no, para nada, no quería decir…

–*Respeto*, Raubin. Esa mierda no cuesta nada y puede evitar que un hombre tenga que ir sujetándose los sesos en el camino de vuelta a casa. ¿Soy lo suficientemente claro?

–Pues claro que lo eres, Yon, claro que lo eres. Me he pasado ampliamente de la raya, lo siento. No intentaba faltarte al respeto. Es toda esta presión, sólo eso. Tengo el cuello en el tajo como tú. Quizá no en este sitio, sino en casa, puedes estar seguro, si ella no consigue… –Raubin volvió a estremecerse con un violento escalofrío.

–No creo que una pizca de respeto sea mucho pedir…

–Ya basta –Craw movió las manos para que se callaran–. Todos estamos a punto de hundirnos en la misma cochina barquichuela que hace agua, y de nada sirve discutirlo. Lo que necesitamos es que cada uno de los hombres coja un cubo… y lo mismo digo de las mujeres.

–Yo siempre echo una mano –dijo Wonderful, que era todo inocencia.

–Eso no estaría mal. –Craw se puso en cuclillas, sacó un puñal y, ayudándose con su hoja, comenzó a dibujar en el suelo un mapa de la aldea, como Tresárboles había hecho hacía mucho, muchísimo tiempo–. Aunque no sepamos exactamente qué es esa cosa, al menos sabemos que está aquí. –Mientras los demás se juntaban, agachándose, arrodillándose, sentándose o acuclillándose, él seguía arañando la tierra–. Una casa larga en medio, con postes esculpidos con forma de cabeza de zorro. Si me preguntáis, os diré que son dragones, pero esa es otra historia. Hay una cerca alrededor, con dos puertas, norte y sur. Por aquí, casas. Ahí una pocilga, creo. Y esto puede ser una forja.

–¿Cuánta gente se supone que puede haber ahí dentro? –preguntó Yon.

Wonderful se pasó la mano por la cicatriz que tenía en la cabellera y torció el gesto al mirar el pálido cielo.

–Unos cincuenta o sesenta combatientes, supongo. Algunos ancianos y también unas pocas docenas de mujeres y niños. De todos estos, alguno sabrá manejar una espada.

–Mujeres luchadoras –Never enseñó los dientes–. Una desgracia.

–¿Te gustaría que esas zorras se quedaran en los fogones, verdad? –Wonderful le enseñaba los dientes.

–Oh, los fogones… –Brack se quedó mirando al cielo nublado como si le trajera recuerdos agradables.

–¿Sesenta guerreros? Y nosotros somos siete… más el paquete. –Yon Alegre curvó la lengua y lanzó un escupitajo a las botas de Raubin que describió un perfecto arco–. Vaya mierda. Necesitamos más hombres.

–Entonces no habríamos tenido suficiente comida. –Brack-i-Dayn posó una mano cansada encima de su barriga–. Ya casi no hay…

Craw le interrumpió.

–Tendremos que hacer planes en función de los que somos, ¿no? Está claro que

sesenta son demasiados para luchar limpiamente contra ellos. –Era evidente que ninguno se había metido en aquel equipo para luchar limpiamente–. Necesitamos un voluntario.

–¿Puedo preguntar por qué me estás mirando? –Never bizqueaba.

–Porque, guapito, los feos odian a los guapos más que nada en el mundo.

–Es un hecho que no puedo negar –dijo Never con un suspiro, echando hacia atrás su negra cabellera–. Tengo la maldición de un rostro hermoso.

–Tu maldición es una bendición para mí. –Craw señaló con un dedo el extremo norte del plano dibujado en la tierra, donde un puente de madera cruzaba un riachuelo–. Lleva tu belleza sin par hasta el puente, donde seguro que habrán apostado a algunos de guardia, y prepara una maniobra de diversión.

–¿Te refieres a que le dispare a uno de ellos?

–A que dispares cerca de ellos. Pero no mates a nadie sin motivo, ¿de acuerdo? Podrían ser tipos bastante agradables en otras circunstancias.

–¿Tú crees? –Never enarcó una ceja como si no acabara de creérselo.

Craw no lo creía realmente, pero no tenía ganas de sobrecargar más su conciencia. Ya casi no podía mantenerla a flote. Así que dijo:

–Haz que bailen un poco, nada más.

–Lamento muchísimo perdérmelo –Wonderful se dio una palmada en el pecho–. En cuanto suena la música, nadie baila mejor que nuestro Never.

–No te preocupes, ricura, ya bailaré después para ti –dijo Never, sonriéndola.

–Promesas, promesas.

–Sí, sí –Craw movió nuevamente la mano para que ambos se callaran–. Ya nos haréis reír a todos cuando hayamos terminado este trabajo ridículo, eso si aún respiramos.

–Quizá también te hagamos reír a ti, ¿eh, Wirrun? –dijo Wonderful.

–Quizá –dijo el hombre del valle, que estaba sentado con las piernas cruzadas y la espada sobre las rodillas.

–Formamos un pequeño grupo muy unido y nos gusta llevarnos bien.

–Ya lo veo. –La mirada de Whirrun había ido a parar al ceño enfurruñado de Yon Alegre.

–Somos como hermanos –dijo Brack, sonriendo con toda su cara tatuada–. Compartimos los riesgos, compartimos la comida, compartimos las recompensas y, de vez en cuando, incluso compartimos una carcajada.

–Jamás me llevé demasiado bien con mis hermanos –comentó Whirrun.

–Bueno, muchacho, pues ya ves que has recibido una bendición –le espetó Wonderful–. Se te ha dado una segunda oportunidad y una familia que te quiere. Si duras lo suficiente, sabrás cómo es.

La sombra de la capucha de Whirrun subió y bajó por su cabeza cuando él asintió lentamente, diciendo:

–Todos los días habría que aprender una lección nueva.

–Buen consejo –dijo Craw–, así que abrid bien los oídos. En cuanto Never consiga atraer la atención de unos cuantos, nos deslizamos hacia la puerta sur –e hizo una cruz en la tierra para indicar por dónde quedaba–. Dos grupos, uno a cada lado de la casa principal donde se encuentra la cosa, o al menos donde se supone que está. Yon y Whirrun conmigo, por la izquierda–. Yon volvió a escupir y Whirrun asintió de manera imperceptible–. Wonderful, tú con Brack y Scorry por la derecha.

–Muy bien, jefe –dijo Wonderful.

–De acuerdo –canturreó Brack.

–Bueno, bueno, bueno –dijo Scorry, y Craw lo tomó por un «sí». Apuñaló a cada uno de ellos con la uña mordisqueada del dedo índice de su mano derecha y añadió:

–Y comportaos de la mejor manera posible, ¿entendido? Silenciosos como la brisa de primavera. Y Brack, esta vez sin tropezar con las cacerolas.

–Miraré por dónde piso, jefe.

–Me parece bien.

–¿Tenemos algún plan alternativo? –preguntó Wonderful–. Por si sucede lo imposible y las cosas no siguen el esquema previsto…

–El de siempre. Coger el chisme, si podemos, y salir cagando leches. –Craw echó una mirada a Raubin.

–¿Yo? –Sus ojos eran como dos cacerolas.

–Quédate aquí y vigila los pertrechos.

Raubin suspiró profundamente, de alivio, mientras Craw torcía el gesto. No le molestaba que fuese un cobarde de cuidado, pues la mayoría de los hombres lo son. Incluso Craw lo era. Lo que le molestaba era que no lo ocultase.

–No te pongas demasiado cómodo. Si a los demás nos ocurre una desgracia por culpa de esos cabrones de Zorros, te encontraré antes de que se haya secado nuestra sangre, y lo más seguro es que te cortemos los cojones.

El suspiro de Raubin se detuvo en seco.

–Te cortemos la cabeza –susurró Never con los ojos muy abiertos, como asustado.

–Te saquemos las tripas y las guisemos –rezongó Yon Alegre.

–Te arranquemos la piel de la cara y te la pongamos de máscara –dijo Brack con voz tonante.

–Usemos tu nabo de cuchara –dijo Wonderful.

Durante unos instantes todos pensaron sobre esto.

–Entonces, de acuerdo –dijo Craw–. Despacito y con cuidado, entrad en la casa larga sin que nadie se entere y encontrad esa cosa. Y sobre todo… –miró de la manera más seria que podía al semicírculo de rostros manchados de barro, picados de viruela, con ojos brillantes, con barbas enmarañadas. La gente de su grupo. Su familia–, no os muráis ninguno, ¿de acuerdo? Armas.

En un santiamén y sin rechistar las armas quedaron delante de ellos, en el suelo. El grupo de Craw estaba listo para la acción, pues cada uno de sus miembros estaba tan familiarizado con su herramienta como un tejedor con su telar; sus armas estaban tan preparadas como andrajosas se hallaban sus ropas, tan brillantes y limpias como sucios estaban sus rostros. Cinturones, correas y cordones de las botas quedaron tensos con un siseo, y el metal chirrió, tintineó y repiqueteó mientras el cántico de Scorry, delicado y altisonante, subía cielo arriba.

Las manos de Craw se movían solas al repetir las viejas rutinas, y su imaginación vagaba a través de los años hasta otros tiempos en que había hecho lo mismo; otros lugares, otros rostros que le rodeaban. Muchos de aquellos a los que pertenecían habían regresado al barro hacía mucho tiempo. A algunos los había enterrado con sus propias manos. Esperaba que ninguno de quienes le acompañaban aquel día muriese en la operación para acabar convirtiéndose en barro y en recuerdos desdibujados. Comprobó su escudo: el asa forrada de cuero, en su sitio y sujeta; las correas, firmes. Comprobó su cuchillo, su cuchillo de repuesto y el repuesto de su cuchillo de repuesto, todos dentro de sus vainas y bien sujetos. Como alguien le dijo en cierta ocasión, nunca se tienen demasiados cuchillos. Era un buen consejo, con tal de que uno siempre tuviese presente donde los llevaba, no fuera a caerse y

a clavárselos en los huevos.

Todos estaban preparados. Excepto Whirrun. Se limitó a inclinar la cabeza mientras levantaba cuidadosamente su espada del tronco donde estaba apoyada y la guardaba hasta la cruz en su mugrienta vaina de cuero. La hoja envainada era más larga que sus piernas, ya largas de por sí. Echó la capucha hacia atrás, se pasó las uñas por el pelo, aplastado a causa de la capucha, y, moviendo la cabeza hacia un lado, se quedó mirando a los demás.

–¿Sólo llevas esa hoja? –le preguntó Craw mientras se colgaba la espada de la cadera, para tratar de congraciarse con él y ganarse su confianza. Con un grupo tan problemático como aquél, un poquito de confianza podía salvarle a uno la vida. Quizá salvarles a todos la vida.

Whirrun giró los ojos para mirarle.

–Te presento al Padre de las Espadas, llamada por los hombres con cien nombres: Cuchilla del Alba. Creatumbas. Cosechador de Sangre. El Más Noble y El Más Inmundo. *Scac-ang-Gaioc* en la lengua del valle, que significa la Partición del Mundo, la batalla que tuvo lugar al principio de los tiempos y que volverá a librarse a su final. –Durante un momento consiguió que Craw se preguntase si aquella maldita lista contaría con cien entradas, pero, afortunadamente, el otro se detuvo para fruncir el ceño ante su puño, forrado con un alambre de color gris mate–. Es mi recompensa y mi castigo. Es la única hoja que necesito.

–Es un poquito larga para comer con ella, ¿no? –preguntó Wonderful, que llegaba por el otro lado.

Whirrun enseñó los dientes al decir:

–Pues la hicieron para eso.

–¿Nunca la afilas? –preguntó Craw.

–Ella me afila a mí.

–De acuerdo. Como quieras. –Craw esperaba que Whirrun fuese tan bueno con aquella hoja tan grande como todos suponían, porque no podía decirse lo mismo de su faceta de conversador.

–Además, para afilarla, antes tienes que desenvainarla –dijo Wonderful, guiñándole a Craw el ojo que Whirrun no podía ver.

–Cierto. –La mirada de Whirrun se posó en su rostro–. Y una vez que el Padre de las Espadas ha sido desenvainado, no puede volver a ser envainado sin antes…

–¿Derramar sangre? –terminó ella por él. No hacía falta ser diestro con las runas para saber lo que seguía; Whirrun debía de haberlo repetido una docena de veces desde que salieron de Carleon. Las suficientes para que todos acabaran un poco cansados de oírlo.

–Derramar sangre –repitió Whirrun con una voz llena de misterio.

–¿No has pensado nunca, Wirrun de Bligh –Wonderful miraba a Craw–, que te tomas a ti mismo demasiado en serio?

Él echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo, diciendo:

–Cuando escuche algo divertido, entonces me reiré.

–¿Podemos hablar, jefe? –Craw sintió sobre su hombro la mano de Yon.

–Por supuesto –respondió, sonriendo de manera forzada.

Cuando Yon y Craw se hubieron alejado unos cuantos pasos de los demás, el primero repitió en voz queda las palabras que siempre decía antes de una batalla:

–Si hoy muero…

–Nadie va a morir hoy –dijo Craw, empleando las mismas palabras con las que siempre le interrumpía.

–Es lo que dijiste la última vez, antes de que enterrásemos a Jutlan. –Aquellas palabras consiguieron que la moral de Craw bajara otro peldaño más hasta el fango–. No es culpa de nadie, nos dedicamos a un trabajo muy peligroso y lo sabemos. La probabilidad de sobrevivir es alta, pero lo que digo es que si no…

–Iré a ver a tus hijos, les entregaré tu parte y les diré lo que hiciste.

–Eso es. ¿Y además?

–No lo adornaré.

–Entonces, de acuerdo. –Por supuesto que Yon Alegre no sonreía. Craw le conocía desde hacía años y no le había visto sonreír más de una docena de veces, y siempre cuando menos se lo esperaba. Pero asintió, satisfecho–. No se lo encargaría a nadie más.

–Bien. Genial. –Craw asintió. Nada le desagradaba más que aquello. Y mientras Yon regresaba con los demás, añadió para sus adentros–: Siempre trabajos ridículos…

Las cosas salieron exactamente como Craw había planeado. Aunque no era la primera vez que ocurría, fue una sorpresa agradable, eso desde luego. Los seis permanecían quietos y en silencio en la cuesta, siguiendo la tenue agitación de las hojas y de las ramas que indicaba que Never reptaba hacia aquella mierda de aldea. A medida que se acercaba a ella, su aspecto no mejoraba. Según la experiencia de Craw, las cosas raramente lo hacían. Se mordisqueó las uñas un poco más y vio que Never se arrodillaba en el matorral situado al otro lado del arroyo de la puerta norte, tomaba una flecha y tensaba la cuerda. Y aunque no fuese fácil decirlo desde la distancia, le pareció que conservaba aquella sonrisa astuta.

Cuando soltó la cuerda, a Craw le dio la impresión de que la flecha golpeaba una de las maderas de la cerca. Un débil griterío en alas del viento. Un par de flechas se tambalearon por el aire en la dirección opuesta, para desvanecerse entre los árboles cuando Never se volvió y echó a correr, perdiéndose en la espesura. Craw escuchó el sonido de algún tipo de tambor, más griterío, y luego llegaron unos hombres que cruzaron el puente a toda prisa, llevando en sus manos unas armas de hierro sin pulir, algunos de ellos arrastrando pieles o botas. Más o menos, unas tres docenas. Un buen trabajo. Siempre que Never lograra huir, por supuesto.

Yon meneó la cabeza al observar que un buen contingente del Clan del Zorro atravesaba el puente y se perdía entre los árboles.

–¿No es asombroso? Jamás me acostumbraré a ver lo ridículamente estúpida que es la gente.

–Siempre es un error sobreestimar a los bastardos –musitó Craw–. Menos mal que somos el equipo más listo de todo el Círculo del Mundo, ¿o no? Así que, ¿qué tal si hoy no la cagamos?

–Claro, jefe, siempre que prometas no cagarla tú –murmuró Wonderful.

–Uh. –Si pudiera cumplir esa promesa… Craw dio a Scurry una palmadita en el hombro y apuntó un dedo hacia la aldea. El hombrecillo le guiñó un ojo, se agachó y se deslizó en la maleza, reptando sobre su barriga, tan ágil como un renacuajo en una charca.

Craw se pasó la lengua seca por su seca boca. Siempre se quedaba escaso de saliva en momentos como aquél, y por más que se pasara la lengua, la cosa no mejoraba. Miró a los otros con el rabillo del ojo y no le pareció que estuvieran nerviosos. Se preguntó si no estarían disimulando y por dentro se sentirían como él, poniendo al mal tiempo buena cara, o si el único que estaba asustado era él. Al final, tampoco importaba gran cosa. Lo mejor que se puede hacer con el miedo es fingir que no se tiene.

Levantó el puño en alto, satisfecho de que la mano no le temblase, señaló a Scurry, y todos se pusieron en marcha. Abajo, hacia la puerta sur… si es que podía llamarse así al

hueco practicado en una valla podrida que se abría bajo el supuesto arco formado por unas cuantas ramas retorcidas y la calavera de un animal que había tenido el infortunio de llevar un par de terroríficos cuernos en medio del cráneo, lo que a Craw le llevó a preguntarse si en un radio de doscientos kilómetros habría alguna puñetera madera que estuviese derecha.

El único hombre de guardia permanecía debajo de la calavera, apoyándose en la lanza y mirando al infinito, con la cabellera revuelta y cubierto de pieles. Se metió un dedo en la nariz y luego lo levantó para observar el resultado, que tiró acto seguido. Alargó el brazo para rascarse el trasero. Con un sonido apagado, el cuchillo de Scorry se hundió a un lado de su cuello, cortándole la garganta con la misma rapidez y eficacia con que el pescador destripa un salmón. Craw torció el gesto, pero sólo momentáneamente, porque sabía que no había manera de evitarlo. Podría darse por contento si era el único hombre que perdía la vida para que ellos pudieran terminar aquella mierda de trabajo. Scorry lo agarró durante un momento, mientras la sangre brotaba a chorros del cuello rajado, y lo dejó caer muy despacio, guiando en silencio aquel cuerpo que se retorcía hasta uno de los lados de la puerta, a cubierto de la mirada de cualquiera.

Sin hacer más ruido que el que la brisa suscitaba en la espesura, Craw y los demás se apresuraron por la margen del riachuelo, doblemente resueltos y con las armas en la mano. Scorry aguardaba con el cuchillo ya limpio mientras miraba a un lado de la puerta, levantando la palma de una mano para indicar que aguardasen. Craw miró perplejo el rostro del muerto, que seguía con la boca abierta como si fuese a preguntar algo. Un alfarero hace cacharros. Y un panadero, pan. Pues eso era lo que hacía Craw. Lo llevaba haciendo toda su cochina vida, más o menos.

No era fácil sentirse orgulloso al verlo, por más que el trabajo hubiese sido ejecutado limpiamente. Seguía siendo el asesinato de un hombre que vigilaba su propia aldea. Porque se trataba de hombres, con pesares, esperanzas y todo lo demás, aunque vivieran al otro lado del Crinna y no se lavaran con mucha frecuencia. Pero, ¿qué podía hacer él? Craw tomó aire profundamente y lo expulsó lentamente. Sólo terminar el trabajo sin que ninguno de los suyos muriese. En tiempos difíciles, los pensamientos delicados pueden matarte más deprisa que la peste.

Miró a Wonderful y movió la cabeza en dirección a la aldea, y ella rodeó la puerta de entrada y entró por ella, deslizándose por el sendero que quedaba a su derecha, la afeitada cabeza girando cuidadosamente a derecha e izquierda. Scorry fue pisándole los talones y Brack después, sin hacer ruido a pesar de su corpachón.

Craw respiró profundamente y se dirigió hacia el sendero que quedaba a su izquierda, bizqueando mientras intentaba localizar los terrones de barro más duros y consistentes donde plantar los pies. Escuchó a su espalda el siseo de la respiración sorda de Yon y supo que Whirrun, a pesar de ser tan sigiloso como un gato, también le seguía. Luego distinguió una especie de chasquido. Quizá el de un telar. Oyó reír a alguien y no pudo decir si se lo estaba imaginando o no. Para localizar algún sonido, movió la cabeza a uno y otro lado como si le tirasen de un gancho en la nariz. Entonces todo el asunto le pareció tremendamente obvio. Quizá hubieran debido esperar a que anocheciera, pero a él nunca le había gustado trabajar a oscuras. Y menos después de aquel jodido desastre en Gurndrift, cuando los chicos de Pálido Como la Nieve acabaron peleándose accidentalmente con los de Huesocorto, y más de cincuenta hombres murieron sin que hubiera un enemigo en veinte kilómetros a la redonda. Demasiados para una noche.

Pero Craw también había visto morir a muchos hombres durante el día.

Se deslizó a lo largo de un muro de adobe y sintió el sudor del miedo. Ese sudor

pegajoso que llega cuando la muerte mira por encima de tu hombro. Todo lo ves con mayor nitidez. El entramado del muro, las piedras del barro. La manera en que la piel que rodea el puño de tu espada se ajusta a la palma de tu mano cuando mueves los dedos. La manera en que, cada vez que inspiras y llenas las tres cuartas partes de tus pulmones doloridos, escuchas un pequeño silbido. La manera en que, cada vez que pisas, la planta de tu pie golpea la plantilla de tu bota a través del roto del calcetín y se pega a ella para después soltarse.

Necesitaba conseguir un par de calcetines nuevos, eso era lo que necesitaba. Bueno, lo primero que necesitaba era acabar el día con vida, y luego, los calcetines. Quizá los rojos que había visto la última vez que estuvo en Uffrith. Entonces todos se rieron. Él, Yon, Wonderful y el pobre Jutlan, que había muerto. Se habían reído de aquel capricho tonto. Pero después él pensó… menudo lujo poder permitirse teñir los calcetines, y echó una mirada melancólica por encima del hombro a aquel excelente tejido. Podría volver después de acabar aquel trabajo ridículo, para comprarse un par de calcetines rojos. O dos pares. Los llevaría por fuera de las botas, para enseñar a la gente lo grande que era. Quizá a causa de ellos llegaran a llamarle Curnden Calcetines Rojos. A su pesar, sintió que esbozaba una sonrisa. Calcetines rojos, ése era el primer paso en el camino a la perdición si…

La puerta de una casucha situada a su izquierda se abrió, titubeante, y tres hombres salieron por ella, todos ellos riendo. El que iba delante volvió la peluda cabeza, con una sonrisa enorme empastada en la cara y unos dientes amarillos que sobresalían de ella. Miró de frente a Craw, a Yon y a Whirrun, y éstos, que se apoyaban en una de las fachadas laterales de una casa larga, se quedaron paralizados, abriendo la boca como niños a los que hubieran pillado robando galletas. Todos se miraron entre sí.

Craw sintió que el tiempo comenzaba a correr más despacio hasta el momento en que, de una manera extraña, casi se detuvo, tal y como siempre sucedía antes de un derramamiento de sangre. Disponía del tiempo suficiente para pensar en cosas intrascendentes. Para preguntarse si era un hueso de pollo lo que les atravesaba una oreja. Para contar los clavos de una de sus mazas. Ocho y medio. El tiempo suficiente para pensar en lo extraño que le resultaba no pensar en cosas más útiles. Era como estar fuera de su propio cuerpo, preguntándose qué hacer pero sintiendo que, probablemente, no dependería de él. Y lo más raro de todo era que aquella sensación la había tenido tantas veces en los últimos tiempos que ya la reconocía cuando se apoderaba de él. Ese momento desconcertante en el que todo se detenía y el mundo se caía en pedazos.

Mierda. Ya he vuelto…

Sintió el frío viento besando una de sus mejillas cuando Whirrun, como si segase, hizo describir un gran círculo a su espada. El hombre que iba delante no tuvo tiempo para esquivarla. La cara plana de la funda de la espada le alcanzó en una sien, lo levantó del suelo, le hizo darse una vuelta en el aire y lo envió a estrellarse contra la pared de la choza que estaba junto a ellos, donde quedó, retorcido en el suelo. La mano de Craw levantó por instinto la espada que llevaba. Whirrun se lanzó rápidamente hacia delante, alargando un brazo, y aplastó el pomo de su espada contra la boca del segundo hombre, tras lo cual volaron dientes y trozos de dientes.

Mientras se venía abajo como un árbol talado, con los brazos abiertos, el tercero intentó levantar una maza. Craw le tajó en un costado y el acero mordió a través de pieles y de carne con un golpe sordo y húmedo que suscitó una rociada de sangre. El hombre abrió la boca, exhaló un chillido fuerte y agudo, se tambaleó y cayó hacia delante con los ojos a punto de salírsele de las órbitas. Craw le abrió el cráneo con un golpe que hizo que la

espada estuviera a punto de saltar de su mano, y el chillido se convirtió en un gañido de sorpresa. El cadáver se quedó extendido, con la sangre derramándose por su cabeza abierta y manchando las botas de Craw. Era como si, a fin de cuentas, hubiera acabado poniéndose aquellos calcetines rojos. En eso había quedado no querer más muertes, y en eso había quedado ser tan silenciosos como la brisa de primavera.

–Joder –dijo Craw.

Para entonces, el tiempo se movía demasiado deprisa para su gusto. Cuando corría, el mundo se tambaleaba y se movía a tirones, llenándose de polvo. Resonaban gritos y el metal chocaba, su aliento y su corazón retumbaban en sus oídos como olas o como rugidos. Echó un vistazo por encima del hombro y vio a Yon apartando una maza con su escudo y rugiendo mientras tajaba a un hombre. Mientras Craw se volvía, una flecha llegada de algún sitio se clavó en el muro de adobe, justo enfrente de él, estando a punto de hacerle perder el equilibrio a causa del susto. Whirrun le empujó en el trasero y le hizo caer despatarrado en el suelo, haciéndole morder el polvo. Mientras se debatía, un hombre cargó directamente contra él, pero apenas pudo ver nada, excepto un rostro que gritaba y una cabellera despeinada y llena de barro. Craw se protegía detrás de su escudo cuando Scorry apareció de la nada y apuñaló en un costado a aquel cabrón que corría, haciéndole chillar y caer. Craw le sacó una tajada de la cabeza, y la hoja emitió un sonido metálico cuando cortó el hueso y golpeó el suelo con un ruido apagado, estando a punto de saltar de su puño en carne viva.

–¡Muévete! –exclamó, sin saber a quién se lo decía mientras intentaba sacar de la tierra la hoja de su espada. Yon Alegre pasó corriendo con el hacha salpicada de rojo y enseñando los dientes en un gruñido de locura. Whirrun le seguía, con rostro vacío y ojos que pasaban rápidamente de una choza a otra, la espada aún envainada en una mano. Rodearon la esquina de una casucha y llegaron a un patio extenso, lleno de estiércol mezclado con paja. Los cerdos gruñían y se retorcían en la pocilga dispuesta en uno de sus lados. La casa larga con las maderas talladas estaba en el otro, tenía una escalera que conducía a una puerta abierta de par en par y que daba a una profunda oscuridad.

Un hombre de cabellos rojos salió corriendo hacia ellos con un hacha en la mano. Wonderful le atravesó una mejilla con la flecha que le disparó a seis zancadas de distancia y él se detuvo, llevándose una mano a la cara, aunque luego intentó seguir adelante. Ella se le acercó, lanzó un grito de guerra, hizo un amplio molinete con su espada y le cortó la cabeza, que dio vueltas en el aire y generó una rociada de sangre antes de caer en la pocilga. Craw se preguntó durante unos instantes si aquel pobre bastardo aún sabía lo que estaba ocurriendo.

Luego vio que la pesada puerta de la casa larga comenzaba a cerrarse y que un pálido rostro se insinuaba por su hueco.

–¡La puerta! –exclamó a grito pelado mientras corría hacia ella a toda prisa, chapoteando en el barro y subiendo luego por aquella escalera cuyos peldaños bailoteaban. Al meter por el hueco una bota ensangrentada y llena de barro, justo cuando la puerta se cerraba de golpe, el dolor que le subió por la pierna le hizo lanzar un aullido y sus ojos estuvieron a punto de salirse de sus cuencas–. ¡Joder! ¡Mi pie!

Para entonces ya había una docena o más de miembros del Clan del Zorro rodeando aquel extremo del patio, gruñendo con más fuerza y más amenazadoramente que los cerdos. Empuñaban espadas melladas, hachas y mazas de factura tosca, y algunos también llevaban escudos, y uno de los que estaban en primera fila vestía una cota de malla oxidada con los bordes desgastados, y sus cuatro pelos los llevaba enmarañados con anillas de plata

toscamente forjadas.

–Atrás. –Whirrun se erguía ante ellos, alargando el brazo que empuñaba la espada como si ejecutara algún encantamiento que alejase el mal–. Atrás, hoy no tenéis por qué morir.

El que llevaba la cota de malla escupió y luego dijo, como gruñendo y hablando en un norteño entrecortado:

–¡Ladrón, muéstranos tu hierro!

–Os lo mostraré. Mirad al Padre de las Espadas, pues será lo último que veréis –y entonces desenvainó la espada.

Aunque los hombres le hubieran dado cien nombres –Cuchilla del Alba. Creatumbas. Cosechador de Sangre. El Más Noble y El Más Inmundo. *Scac-ang-Gaioc* en la lengua del valle, que significa La Partición del Mundo, etcétera, etcétera–, Craw tuvo que admitir que era un trozo de metal decepcionante. No vio llama ni luz dorada, ni escuchó trompetas lejanas, ni observó que su acero reflejase nada. Sólo escuchó el sonido suave que hizo la larga y húmeda hoja al liberarse de su vaina manchada, y contempló su color gris mate, sin percibir ningún resplandor ni adorno, excepto el brillo de algo que estaba grabado justo debajo de una cruz de lo más corriente.

Pero Craw tenía mayores preocupaciones que el hecho de que la espada de Whirrun no fuese merecedora de todos los cantares.

–¡La puerta! –dijo chillando a Yon mientras se agarraba a la puerta con la mano izquierda, se peleaba con su escudo y metía la espada por el hueco para hacer palanca, pero sin conseguir nada–. ¡Me he jodido el pie!

Yon rugió mientras subía por la escalera a toda prisa y cargaba contra la puerta con un hombro por delante. De repente, la puerta, arrancada de sus goznes, cedió y aplastó a algún idiota que estaba detrás de ella. Yon y Craw cayeron, tambaleándose, al suelo. En el interior, caliginoso por un humo dulzón que picaba en la garganta, se veía tan poco como al anochecer. Una forma se acercó a Craw, que levantó el escudo por instinto, sintiendo que algo chocaba contra él con un ruido sordo, y recibió en la cara una lluvia de astillas. Perdió el equilibrio y pisó algo, pero antes escuchó un ruido metálico y luego el que hace un objeto de cerámica al romperse. Algo surgió de repente, un rostro fantasmal, un collar de dientes que castañeteaban. Una y otra vez Craw le tiró varias estocadas con su espada y aquello cayó, un rostro pintado de blanco y salpicado de rojo.

Craw tosió, tuvo arcadas, tosió otra vez y bizqueó en aquella penumbra apestosa, la espada lista para acuchillar. Oyó a Yon rugiendo, luego el ruido apagado de un hacha al golpear en la carne y el chillido de alguien. El humo comenzó a despejarse, lo suficiente para que Craw distinguiera algunos detalles del interior de la casa. Unos carbones ardían en un hogar, iluminando de rojo y de naranja grisáceos por el hollín la red de incontables vigas esculpidas, cuyos juegos de sombras confundían la vista. El lugar estaba tan caliente como el infierno y olía tan mal como él. Unas colgaduras antiguas alrededor de las paredes, unas telas hechas jirones y embadurnadas de manchas. Un bloque de piedra negra en el extremo más alejado de ambos, sobre el que descansaba una estatua de tosca factura, y el destello del oro a sus pies. Una copa, pensó Craw. Un cáliz. Dio un paso hacia aquello, mientras intentaba quitarse la mugre de la cara con el escudo.

–¿Yon? –preguntó con fuerte voz.

–¿Craw? ¿Dónde estás?

Un sonido extraño le llegaba de algún lugar, unas palabras. Aunque no las entendiese, la manera como sonaban no le gustó. En absoluto.

–¿Yon?

De repente, una figura saltó desde la parte posterior de aquel bloque de piedra. Craw abrió unos ojos como platos y a punto estuvo de caer en el fuego cuando tropezó y fue hacia atrás.

La figura llevaba una túnica andrajosa de color rojo del que salían unos brazos extendidos largos y nervudos, embadurnados de pintura y de sudor; el rostro se lo cubría con una calavera de animal rematada por dos cuernos negros. Bajo la luz cambiante, todo aquello le hacía asemejarse a un diablo que acabara de salir derecho del infierno. Aunque Craw supiera que se trataba de una máscara, el extraño cántico que parecía surgir de la calavera y propagarse a través del humo hizo que el miedo le dominase. Tanto que ni siquiera pudo levantar la espada. Simplemente permaneció allí temblando como si todos los músculos se le hubiesen convertido en agua. Por más que reconociera que nunca se había sentido como un héroe, aquel tipo de miedo le era desconocido. Ni siquiera lo había sentido en Ineward al descubrir que Nueve el Sanguinario, con su cara de loco furioso manchada con la sangre de otros hombres, iba a por él. Estaba indefenso.

–Jo… jo…jo…

El sacerdote se acercó a él y alzó uno de sus largos brazos. Agarraba una cosa entre sus dedos embadurnados. Un trozo de madera retorcida que emitía un pálido resplandor.

La cosa. La cosa que habían ido a buscar.

La luz destelló cada vez más brillante, tanto que su retorcida forma pareció cambiar ante la mirada de Craw. Aquel cántico saturó sus oídos hasta que ya no pudo oír nada más, ni pudo pensar nada más, ni pudo ver nada que no fuera aquella cosa, cuya luz era tan abrasadora como la del sol, que robaba su aliento, vencía su voluntad, detenía su respiración, cortaba su…

Crack. El hacha de Yon Alegre partió en dos la calavera del animal y se clavó en la cara que había debajo de ella. La rociada de sangre siseó al caer en los carbones encendidos. Cuando Craw sintió que unas gotas le salpicaban la cara, parpadeó y movió la cabeza a uno y otro lado, liberándose de repente de la heladora garra del miedo. El sacerdote empezó a tambalearse y su cántico se convirtió en el gorgoteo de un canal de agua, con la máscara partida en dos y la sangre saliendo a borbotones por debajo de ella. Craw rugió al lanzar el tajo con su espada, que acabó mordiendo el pecho del hechicero y lanzándolo de espaldas. La cosa saltó de su mano y recorrió como una peonza las rústicas tablas del suelo, ya con su luz cegadora convertida en un tenue resplandor.

–Jodidos brujos –exclamó Yon, ahuecando la lengua antes de lanzar el escupitajo que cayó encima del cadáver–, ¿para qué se toman tantas molestias? ¿Cuánto se tarda en aprender toda esa jerga que les sirve menos que un cuchillo medio decente? –Frunció el ceño–. Uh, oh.

Al caer en el fuego, el sacerdote acababa de provocar una lluvia de carbones al rojo. Dos de ellos llegaron, rebotando, hasta el deshilachado borde de una de las colgaduras.

–Mierda. –Craw dio un paso titubeante para apartarlos de una patada. Pero, antes de que llegara, una llama chisporroteó en el tejido viejo–. Mierda. –Intentó pisarlo, pero la cabeza aún le daba vueltas, así que sólo consiguió que las pavesas se le pegaran al pantalón, tras de lo cual tuvo que brincar y sacudirse la pernera para quitárselas. Las llamas se extendieron, lamiéndolo todo más deprisa que la peste. Unas llamas más altas que un hombre, demasiadas para poder apagarlas–. ¡Mierda! –Craw retrocedió, sintiendo el calor en la cara cuando unas sombras rojas comenzaron a bailotear entre las vigas–. ¡Coge la cosa y vámonos!

Yon intentaba abrir las correas de su mochila de cuero.

–¡Tenías razón, jefe! ¡Tenías razón! ¡Plan alternativo!

Craw le dejó y corrió a toda prisa hacia la puerta, sin estar muy seguro de quiénes podrían seguir vivos al otro lado. Cuando salió bruscamente a la luz del día después de llevar tanto tiempo en la penumbra, la luz le hirió en los ojos.

Allí estaba Wonderful, con la boca completamente abierta. Una flecha se apoyaba en la cuerda de su arco, a medio camino de tener la tensión requerida, apuntando al suelo a causa de sus manos sin fuerza. Craw no podía recordar cuándo había sido la última vez que la sorpresa había hecho mella en ella.

–¿Qué pasa? –preguntó, mientras su espada se encajaba en el marco de la puerta y él farfullaba en sus intentos por liberarla–. ¿Estás herida? –Guiñaba los ojos al sentir la luz del sol, cubriéndoselos con el escudo–. ¿Qué… –se detuvo en los peldaños y se quedó con la mirada fija–. Por los muertos.

Whirrun apenas se había movido, pues aún agarraba fuertemente en su puño al Padre de las Espadas, con la hoja larga y mate apuntando al suelo. Sólo que en aquellos momentos estaba cubierto de sangre de pies a cabeza, y los cadáveres descuartizados, destrozados, retorcidos y tajados de la docena de hombres del Clan del Zorro que se habían enfrentado a él yacían dispersos en un amplio semicírculo cuyo centro eran sus botas, y otras cosas que habían estado unidas a ellos se encontraban esparcidas por un círculo mucho mayor.

–Los ha matado a todos. –El rostro de Brack se llenó de arrugas a causa del desconcierto–. Así, como suena. Yo ni siquiera llegué a levantar mi martillo.

–Maldita cosa –musitó Wonderful–. Maldita cosa –y arrugó la nariz–. ¿Eso que huelo es humo?

Yon salió corriendo de la casa, tropezó con la espalda de Craw y por poco no los manda a ambos escaleras abajo.

–¿Has cogido la cosa? –le espetó Craw.

–Creo que sí… –Yon parpadeó al ver a Whirrun, que seguía de pie en el centro del círculo de la carnicería–. Por los muertos, creo que sí.

Whirrun comenzó a andar hacia ellos, desviándose hacia un lado cuando una flecha serpenteó y acabó clavándose en una de las fachadas de la casa. Agitó la mano libre.

–Mejor deberíamos…

–¡Corred! –exclamó Craw. Quizá un buen jefe deba esperar hasta que todos estén a salvo. Ser el primero en llegar al combate y el último en abandonarlo. Eso era lo que Tresárboles acostumbraba hacer. Pero ni falta hará decir que Craw no era Tresárboles, y corrió como un conejo que tuviera el rabo en llamas. Mandando con el ejemplo, solía decir. Escuchó a su espalda las cuerdas de los arcos. Una flecha pasó volando, justo a la distancia de un brazo, y se quedó vibrando, clavada en una de las chozas. Luego otra. El pie aplastado era una agonía, pero él avanzaba cojeando, moviendo el brazo del escudo. Corriendo pesadamente hacia el tosco e inestable arco, que se encontraba bajo la calavera del animal–. ¡Vamos! ¡Vamos!

Wonderful pasó precipitadamente a su lado con pies que volaban, echándole barro a Craw en la cara, que vio a Scorry pasar rápidamente entre dos chozas situadas más adelante para rodear, tan rápido como un lagarto, una de las puertas y salir de la aldea. Así que se lanzó tras él, pasando bajo el arco de ramas. Al saltar a la orilla cayó sobre el pie herido, recorrió su cuerpo una sacudida y al apretar los dientes atrapó la lengua entre ellos. Siguió avanzando a trompicones y cayó entre los helechos del pantano, rodando por encima de su

escudo, con el buen tino de soltar la espada para no acabar cortándose la nariz. Peleó para levantarse y subió por la pendiente con piernas que ardían, con pulmones que quemaban, entre los árboles, los pantalones empapados hasta las rodillas por el agua del pantano. Al lado de él oyó a Brack, que se movía pesadamente y gruñía por el esfuerzo y, detrás, las quejas de Yon:

–Puta… mierda… mierda de huida… qué mierda…

Craw dejó atrás el sotobosque y llegó renqueando al claro donde habían preparado el plan. Un plan que no había ido como la seda, que digamos. Raubin seguía cuidando de los pertrechos. Con las manos en las caderas, Wonderful estaba cerca de él. Never estaba arrodillado en el extremo más lejano del claro con una flecha lista en el arco. Sonrió al ver a Craw.

–Entonces, jefe, ¿lo conseguisteis?

–Mierda. –Craw se inclinó, porque la cabeza aún le daba vueltas, y tomó aire–. Mierda. –Se irguió y, con la cara ardiendo, se quedó mirando al cielo, incapaz de pensar en otra palabra que no fuera aquella y sin el aliento que le permitiera pronunciar la siguiente que se le ocurriera.

Brack parecía incluso más roto que Craw, si es que eso era posible, acuclillado como estaba, con las manos encima de unas rodillas que temblaban, el enorme tórax que subía y bajaba, la enorme cara tan roja como un trasero recién azotado, pero sólo en las partes libres de tatuajes. Yon, que se tambaleaba, se apoyó en un árbol resoplando, y su piel brillaba por el sudor.

–Por los muertos, gordos y viejos como estáis, sois un desastre –dijo Wonderful, que no se había quedado sin aliento, dando a Never una palmadita en el brazo–. El trabajo que hicimos en la aldea no estuvo mal. Pero si te hubieran cogido, seguro que te habrían despellejado.

–Qué más quisieras –dijo Never–. Ya deberías saber que soy el mejor del Norte huyendo.

–Es un hecho.

–¿Dónde está Scorry? –preguntó Craw, que ya había recobrado el aliento suficiente para poder preocuparse por los demás.

–Patrullando alrededor de nosotros para asegurarse de que nadie viene a atacarnos –dijo Never, moviendo el pulgar.

Whirrun entró despacio en el claro, con la capucha echada de nuevo y el Padre de las Espadas enfundado y cruzado sobre sus hombros como el yugo de una lechera, con una mano en el pomo y la otra colgando encima de la hoja.

–¿No nos han seguido, verdad? –preguntó Wonderful, enarcando una ceja.

–No –Whirrun denegó con la cabeza.

–No puedo decir nada en contra de esos pobres bastardos. Retiro aquello de que te tomabas a ti mismo demasiado en serio. Simplemente lo eres, eres un cabrón muy serio cuando empuñas esa espada.

–¿Cogisteis la cosa? –preguntó Raubin, con la cara pálida de preocupación.

–Sí, Raubin, te hemos salvado el pellejo. –Craw se pasó una mano por la boca, y el dorso se le quedó lleno de sangre de su lengua mordida. Lo habían conseguido, y comenzaba a recobrar lentamente el sentido del humor–. Ah, ¿te imaginas que hubiéramos dejado atrás esa cosa de mierda?

–No te preocupes –dijo Yon, abriendo su mochila–. Yon Cumber Alegre es una vez más el puto héroe. –Y metió dentro una mano y sacó la cosa.

Craw parpadeó. Después frunció el ceño. Después se la quedó mirando. El oro relucía bajo la luz evanescente, y él sintió que su ánimo se hundía.

–¡Yon, esa mierda no es lo que andábamos buscando!

–¿No lo es?

–¡Eso es una copa! ¡Nosotros buscábamos la *cosa*! –Clavó su espada en el suelo y movió una mano–. ¡La puñetera cosa que tenía una puñetera luz a su alrededor!

–¡Nadie me dijo que tuviese una puñetera luz! –Yon se le había quedado mirando.

Todos quedaron en silencio durante un instante en el que no dejaron de pensar en lo sucedido. No se escuchaba ningún sonido excepto el del viento, que hacía susurrar a las hojas marchitas y crepitar a las negras ramas. Entonces Whirrun echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. Una pareja de cuervos abandonaron una rama, sobresaltados por tanto ruido, y escalaron perezosos el cielo gris.

–¿De qué coño te ríes? –le espetó Wonderful.

Debajo de su capucha, el retorcido rostro de Whirrun relucía por las lágrimas de felicidad.

–¡Os dije que me reiría cuando algo me resultara divertido! –dijo, guardando silencio de nuevo, doblando la espina dorsal de su cuerpo convulso como si fuese un arco en tensión.

–Deberíais volver –dijo Raubin.

–¿Volver? –musitó Wonderful, y su rostro surcado por el barro dio a entender sin género de dudas que no podía creer lo que escuchaba–. ¿Volver, loco cabrón?

–¿Viste que aquella casa terminó ardiendo? –le espetó Brack, señalando con uno de sus enormes brazos, aún temblorosos, la espesa columna de humo que salía de la aldea y que el viento se encargaba de llevar hacia el cielo.

–¿Y qué era? –preguntó Raubin mientras Whirrun lanzaba un nuevo grito al cielo, tosiendo, atragantándose, apenas manteniéndose sobre los pies.

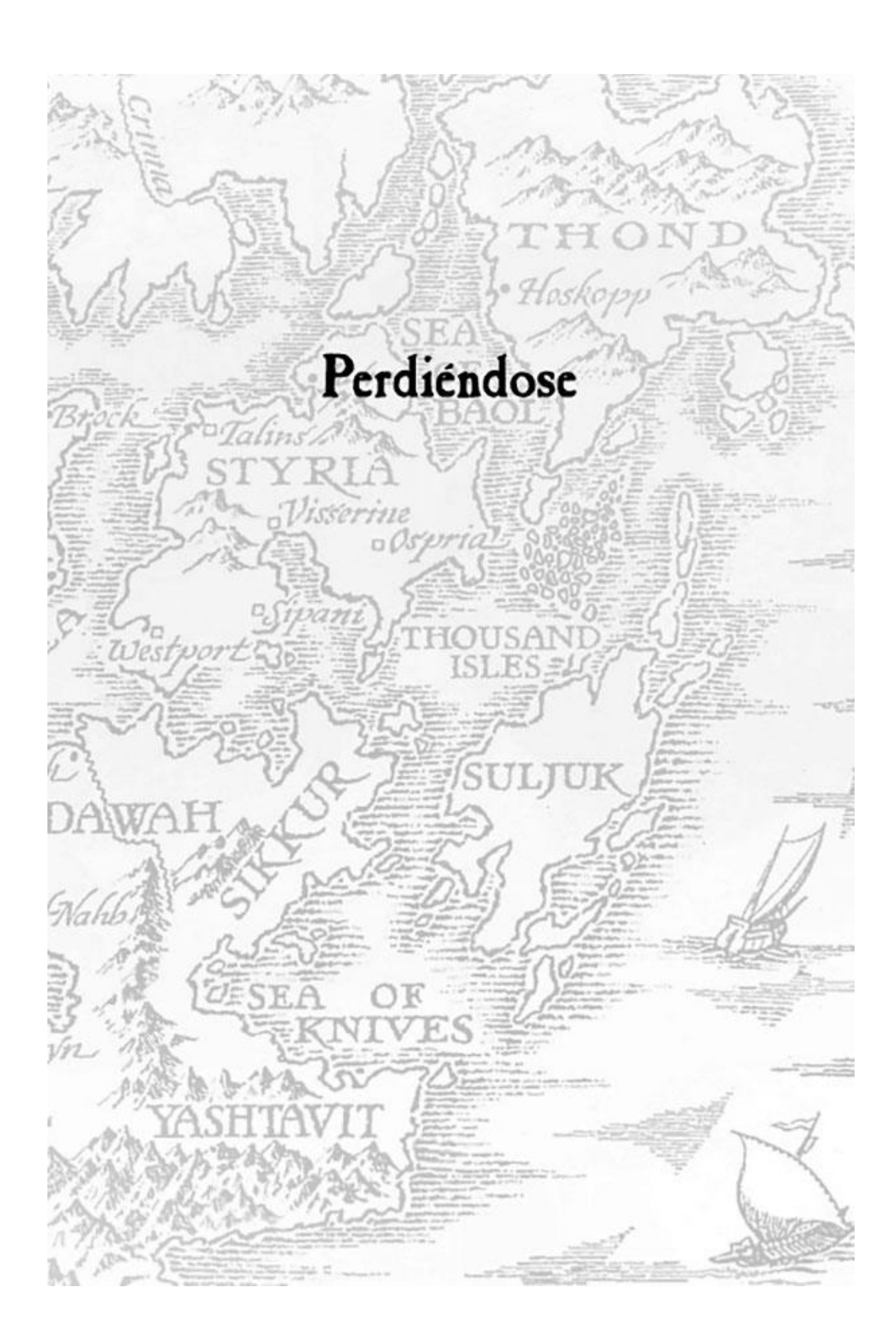
–Oh, sí, ardió del todo, y lo más seguro es que también ardiera esa maldita cosa que estaba dentro de ella.

–Bueno… no lo sabemos… ¡tendríais que ir a rebuscar entre las cenizas!

–¿Y qué tal si rebuscamos entre tus *putas* cenizas? –exclamó Yon, tirando la copa al suelo.

Craw suspiró profundamente, se restregó los ojos y se estremeció al posar la mirada en aquella mierda de aldea. A su espalda, las carcajadas de Whirrun sacudían la penumbra.

–Como siempre –musitó Craw para sí–. ¿Por qué, cómo siempre, acabo pringándome con un trabajo ridículo?



Perdiéndose

Tierras Cercanas, verano de 575

–Quizá deberíamos perdernos –decía Javre.

–Oh, no, no, no, esta vez no. –Shev replicó con mucha energía–. No puedes ir por la vida como un huracán, dejando atrás los escombros de los desastres causados por tus errores.

Guardaron silencio mientras apretaban el paso, siempre caminando a oscuras, Shev casi corriendo para no quedarse atrás de las inmensas zancadas de Javre, y ambas con cara de preocupación, cavilando.

–¿No es lo que estuvimos haciendo el año pasado?

–Bueno, pues… –Shev parecía pensárselo–. ¡Ahí quería llegar! ¡No podemos *seguir* haciendo eso!

–Ya veo. Pues le entregamos la joya a Tumnor, recogemos el dinero que se nos debe, pagamos nuestras deudas de juego…

–*Tus* deudas de juego.

–¿Y luego qué? ¿Quieres echar raíces en este sitio? –Javre enarcó una ceja pelirroja mientras contemplaba los edificios a punto de derrumbarse, la calle sembrada de desperdicios y el mendigo que apestaba a pescado y que tosía como un enfermo delante de la puerta de una casa.

–Claro que no. Nos largamos.

–Y lo que dejamos la pasada noche –Javre estiró el cuello mientras caminaban–, ¿también dirías que son los escombros de un desastre?

–Diría que fue… –Shev se preguntó cuánto se podría estirar aquella verdad antes de saltar por los aires– una serie de contratiempos.

–Pues a mí me parecían escombros. Supongo que a lo que queda después de que la fachada de una casa se derrumbe, tú lo llamarás escombros, ¿o no?

Shev volvió a echar una rápida mirada por encima del hombro, para asegurarse de que nadie las seguía, y respondió:

–Supongo que alguna alma poco caritativa lo describiría así.

–Entonces, Shevedieh, explícame, si puedes, en qué se diferencian nuestras maneras de hacer las cosas, obviando el detalle de que dejamos la ciudad con menos dinero que el que teníamos cuando llegamos.

–¡Y también con menos enemigos! ¡Estoy cansada de dejar una nueva marca en todos y cada uno de los asquerosos lugares por donde pasamos, como el conejo que va soltando cagadas por todas partes! Antes o después puedo necesitar lo que sea en alguno de esos sitios. Y sólo encontraré en ellos a nuestros malditos *enemigos*. ¡No sé si sabes que me despierto por la noche sudando!

–Eso es por todas las especias que tomas en la comida –repuso Javre–. No sé cuántas veces te habré advertido acerca de tu dieta. Y tener enemigos no es tan malo. Con los enemigos aprendes la manera de cómo… *impresionar*.

–Oh, ya sé que tú siempre impresionas a la gente, no lo negaré. Menuda impresión les hiciste anoche a esos chicos.

Con un impacto que sonó como la puerta que se cierra de repente, Javre golpeó con uno de sus roñosos puños la palma encallecida de una de sus manos. Luego, exhibiendo una enorme y blanca dentadura, dijo:

–Claro que se la hice.

–Pero yo soy una ladrona, Javre, no… lo que quiera que seas. Se supone que no

tengo que llamar la atención.

–¡Ah! –Javre volvió a enarcar la ceja pelirroja de antes mientras la miraba de soslayo–. Por eso lo de ir de negro.

–Tendrás que admitir que me sienta bastante bien.

–¡Realmente eres una oscura y seductora corruptora de doncellas inocentes! –El codazo que, bromeando, Javre le dio en las costillas, estuvo a punto de tirarla contra la pared más cercana. Luego, cogiéndola de la mano, la llevó hacia sí con un abrazo de oso, de suerte que una de las mejillas de Shev se aplastó contra uno de los sobacos de Javre–. ¡Entonces lo haremos a tu manera, Shevedieh, amiga mía! ¡Tan honrada, auténtica y moralmente correcta como han de ser los ladrones! Pagaremos lo que debemos y luego iremos a emborracharnos y a buscar algunos hombres.

Después del codazo, Shev todavía intentaba conseguir un poco de aire.

–¿Y qué se supone que debo hacer con ellos?

–Los hombres serán para mí. –Javre hizo una mueca–. Soy una mujer de Thond y tengo unos apetitos exagerados. Tú podrás mirar.

–Mis más efusivas gracias por tan gran honor –dijo Shev, librándose del peso del musculoso brazo de Javre.

–Es lo menos que puedo hacer por ti. Hasta ahora has sido una buena ayudante.

–Yo pensaba que había sido una buena compañera.

–Eso es lo que piensan todos los buenos ayudantes –dijo Javre, dirigiéndose a largos pasos hacia la puerta principal de *El Esclavista Lloroso*, cuyo cartel colgaba de manera muy precaria de un poste oxidado.

Shev cogió a Javre por el brazo, y sólo agarrándose a él con todo su peso y enterrando los talones en el barro, pudo impedir que avanzara un paso más.

–Tengo la impresión de que Tumnor nos aguarda.

–En eso quedamos. –Javre la miró, extrañada.

–Puesto que no fue muy explícito acerca del trabajo, es posible que intente gastarnos alguna jugarreta.

–¿Crees que podría incumplir el acuerdo? –Javre parecía preocupada.

–¿Acaso mencionó las trampas? –preguntó Shev, que no dejaba de tirar del brazo de Javre–. ¿O la larga caída? ¿O la pared? ¿O los perros? Y habló de dos guardias, no de doce.

–Y tampoco dijo nada acerca del brujo. –A Javre se le marcaban los músculos de la cara cada vez que apretaba la mandíbula.

–Exacto. –Cuando Shev intentó tomar aire, todas las fibras de su ser temblaron por el esfuerzo.

–Por el Aliento de la Madre, tienes razón.

Shev lanzó un suspiro de alivio mientras se relajaba, dando una palmada al brazo de Javre cuando se soltó de él.

–Me acercaré sigilosamente al callejón al que da la puerta de atrás y me aseguraré…

–¡La Leona de Hoskopp nunca entra por la puerta de atrás! –La sonrisa de Javre era enorme. Luego fue hacia la escalera, levantó una bota, dio una patada a la puerta principal, la arrancó de sus goznes y, entre el ondear de los flecos de aquella chaqueta que antes había sido blanca, entró a grandes zancadas en el establecimiento.

Durante un instante, Shevedieh consideró seriamente la posibilidad de echar a correr a toda velocidad calle abajo, pero luego suspiró y siguió los pasos de Javre.

Aunque *El Esclavista Lloroso* no fuera un tugurio particularmente acogedor, Shev tuvo que admitir que conocía sitios peores; de hecho, la mayor parte de los últimos años los

había pasado en ellos.

Era grande, tanto como un granero, con una balconada en el primer piso, y se encontraba malamente iluminado por una lámpara de araña circular provista de velas humeantes que estaban metidas en unas cazoletas de cristal. En un extremo del piso, el cual se hallaba lleno de paja sucia y de una mezcolanza dispareja de sillas y mesas, alcanzaba a ver un mostrador torcido que acogía en sus anaqueles las bebidas espirituosas más baratas de docenas y docenas de culturas.

El lugar olía a humo y a sudor, a bebidas derramadas y a salpicaduras de vómito, a desesperación y a oportunidades desaprovechadas, y se parecía muchísimo a como era tres noches antes, cuando ambas aceptaron el trabajo, justo antes de que Javre perdiera a los dados la mitad de los ingresos que a ambas les habían prometido. Pero había una diferencia notable: que tres noches antes el local estaba lleno a rebosar con todo tipo de escoria, y que aquella noche toda aquella escoria parecía concentrarse en una única persona.

Tumnor estaba sentado en la mesa situada en el centro de la estancia, con una sonrisa inmóvil en su cara gorda y el brillo del sudor en la frente. Parecía muy nervioso, incluso para un hombre que se dispone a jugar una mala pasada a cierta pareja de notorias ladronas. Era como si tuviese miedo de perder la vida en cualquier momento.

–Es una trampa –dijo entre dientes, sin apartar las manos de la superficie de la mesa.

–¡Ya nos lo habíamos imaginado, maldito! –dijo Javre.

–No –musitó él, mirando rápidamente a uno y otro lado y luego a ellas, para repetir después el proceso–. Una *trampa*.

Sólo entonces reparó Shev en que tenía las manos clavadas a la mesa. Rastreó el sitio adonde miraba, dejó atrás una mancha oscura que tenía un sospechoso parecido con la sangre seca y llegó a la zona que estaba a oscuras. Allí vio una figura. El brillo de unos ojos. El tenue reflejo de un acero. Un hombre sin miedo y en guardia. Acto seguido, en los rincones más oscuros de la posada vio otros destellos reveladores… el hombre del hacha, como encajado detrás de un armario de bebidas; la nariz del ballestero que se asomaba furtivamente por la balconada de más arriba; el par de botas que sobresalían por la puerta de la bodega, las cuales, supuso Shev, aún debían de calzar los pies de uno de los hombres contratados por Tumnor. El corazón le dio un brinco en el pecho. No le gustaba tener que luchar, pero tenía la insuperable sensación de que no tardaría en hacerlo.

–Todo parecer indicar –musitó Shev, inclinándose hacia Javre– que la escoria que iba a engañarnos ha sido engañada por otra escoria peor.

–Sí –susurró Javre. Sus susurros eran más audibles que los del resto de la gente–. Me encuentro ante un conflicto, ¿a quién matar primero?

–¿Crees que podríamos negociar una salida? –aventuró Shev, llena de esperanza. Era importante no perderla.

–Shevedieh, debemos considerar la posibilidad de que pueda haber algo de violencia.

–Tu presciencia es extraordinaria.

–Cuando las cosas se desmadren, te estaré eternamente agradecida si te ocupas del ballestero de la balconada.

–Entendido –musitó Shev.

–Casi todos los demás creo que me los puedes dejar a mí.

–Muy amable.

Los inconfundibles sonidos de unas pesadas botas al caminar y del metal al tintinear

les llegaron desde la zona de la taberna situada al fondo; el rostro de Tumnor se aflojó aún más y unas perlas de sudor resbalaron por sus mejillas.

–El malo se acaba de presentar –comentó Javre, entornando los ojos.

–¿No te parece que a los malos siempre les gusta hacer un poco de teatro? –murmuró Shev.

Cuando emergió a la tenue luz de las velas, comprobaron que era delgada y muy alta. Quizá casi tan alta como Javre. De corta y negra cabellera. Y uno de sus musculosos brazos desnudos se hallaba lleno de tatuajes azules; el otro, cubierto con placas de acero mellado, estaba rematado por un guantelete a modo de garra, y sus curvadas uñas de metal afilado tintineaban cuando ella caminaba. Sus ojos muy verdes destellaron cuando las miró con una sonrisa.

–Ha pasado mucho tiempo, Javre.

Javre proyectó sus labios hacia delante, diciendo:

–¡Oh, por el trasero de la Diosa! Bienvenida, Weylen. O, por lo menos, malvenida.

–¿La conoces? –preguntó Shev entre dientes.

–Debo admitir que no me resulta del todo desconocida –contestó Javre con una mueca–. Era la Decimotercera de las Quince.

–Ahora soy la Décima –explicó Weylen–. Desde que mataste a Hanama y a Birke.

–Ambas tuvieron la misma oportunidad para escoger que la que tú tienes ahora. –Javre se encogió de hombros–. Y escogieron la muerte.

–Eh… –Shev levantó un dedo de su enguantada mano–. ¿Puedo preguntar… de qué diablos estáis hablando?

La mujer de ojos esmeralda se acercó a ella.

–¿No te lo ha contado?

–¿Contarme qué?

–Lo de esas amigas mías de las que te hablé, las del templo. –El gesto de Javre se torció aún más.

–¿Las del templo de Thond?

–Sí. No son muy amigas.

–Entonces… ¿eran neutrales? –aventuró Shev, llena de esperanza. Era importante no perderla.

–Más bien enemigas –dijo Javre.

–Ya entiendo.

–Las quince Templarias que forman parte de la Orden Dorada sólo pueden abandonar el templo por mandato expreso de la Suma Sacerdotisa. Bajo pena de muerte.

–Déjame adivinar. Tú no tenías ese permiso, ¿verdad? –preguntó Shevedieh, mirando en redondo toda aquella exhibición de aceros afilados.

–En esas palabras, no.

–¿En qué palabras?

–En ninguna; no lo tenía.

–Su vida pende de un hilo –dijo Weylen–, como la de cualquiera que le ofrezca socorro –y alargó el índice de aquella mano que era como una garra de acero y lo hundió en la coronilla de Tumnor. Éste emitió un sonido similar a una ventosidad y cayó hacia delante, entre el borboteo de la sangre que manaba de la limpia herida que tenía en la cabeza.

Shev levantó las manos con las palmas por delante.

–Bueno, le aseguro que yo no le he ofrecido socorro[1]. Me gusta socorrer un poco,

como a cualquier chica, si no bastante más, pero ¿cómo voy a socorrer a Javre? –Movió la mano con gentileza, asegurándose de que el mecanismo estaba preparado y deseando que sólo pareciese que hacía un simple gesto desenfadado–. No lo digo por ofender; en realidad creo que algún día será un marido excelente para varios hombres, pero puedo asegurarle que no es mi tipo. –Shev enarcó las cejas al mirar a Weylen que, por cierto, sí se acercaba bastante a su tipo, cuyos ojos sí parecían decirle algo–. Y, sabe usted, no es por darme importancia, pero cuando *ofrezco* socorro, tengo todo el que una mujer puede…

–Se refiere a dar ayuda –dijo Javre.

–¿Eh?

–El socorro. No tiene significado sexual.

–Oh.

–Matadlas –dijo Weylen.

El hombre de la ballesta levantó su arma, y la luz de las velas titiló en la afilada punta del dardo, mientras varios sicarios más abandonaban las sombras blandiendo una desagradable selección de armas. Shev se preguntó si acaso alguna arma parece agradable cuando la empuñan contra ti.

Shev torció la muñeca y el mecanismo lanzó hacia su mano un cuchillo arrojadizo. Desafortunadamente, como el resorte había quedado demasiado comprimido, el cuchillo pasó velozmente entre los dedos que se disponían a agarrarlo y se clavó en el techo, cortando la cuerda que sostenía la araña. Con un rechinar de poleas, aquella cosa enorme comenzó a caer a plomo hacia ellas.

El hombre de la ballesta sonrió mientras apretaba el gatillo, apuntando al corazón de Shev. Un matón levantaba un hacha enorme por encima de su cabeza. Casi al instante, un enorme peso de madera, vidrio y cera le cayó encima, aplastándolo, de suerte que el dardo de la ballesta entró por uno de los costados de la araña un instante antes de que ésta se estrellase contra el suelo con un impacto demoledor, aplastando a dos asesinos más y lanzando una lluvia de polvo, astillas, cerámica rota y velas.

–Mierda –musitó Shev, que había quedado aturdida y bizqueaba mientras se apagaba el eco del estruendo. Ella y Javre habían permanecido juntas en el centro del desastre circular causado por la araña, y todo parecía indicar que se encontraban ilesas.

Shev lanzó un grito triunfal que, como solía pasar con sus gritos triunfales, se convirtió en un gorgoteo de horror cuando un asesino sin aplastar saltó por encima de los restos de la araña, moviendo una cosa brillante que resultó ser su espada. Saltó hacia atrás, tropezó con una mesa, cayó encima de una silla, rodó, vio que una hoja pasaba a su lado como un relámpago, se metió debajo de otra mesa, y una lluvia de polvo la envolvió cuando alguien se puso a golpear la mesa con un hacha. Escuchó ruidos de aplastamiento, aceros chocando unos contra otros, juramentos y todo el estrépito habitual en cualquier pelea tabernaria.

Por todos los diablos, a Shev no le gustaban las peleas. Las *odiaba*. Pero, considerando lo mucho que las odiaba, había estado metida en demasiadas. El hecho de acompañar a Javre no había mejorado su historial, ni respecto a eso ni a ninguna otra cosa. Se deslizó fuera de la mesa, se puso en pie de un salto, recibió un puñetazo en la cara y fue a parar junto al mostrador, medio mareada, farfullando e intentando apartar las lágrimas de sus ojos.

Uno de los matones se le acercó por encima de su cabeza con un cuchillo, y entonces ella, con un movimiento de cintura, esquivó el acero, que relampagueó a su lado y se hundió con un sonido blando en el mostrador. Luego se proyectó hacia delante, le asestó

un cabezazo en la cara y cuando él, tambaleándose, se llevó las manos a la nariz, arrancó el cuchillo de la madera y lo lanzó, girando por el aire para terminar clavándolo en la frente del ballestero cuando este apuntaba el arma que acababa de recargar. Con los ojos en blanco, cayó por la balconada y fue a parar a una mesa situada más abajo, mandando a volar vasos y botellas.

–Menuda lanzadora de cuchillo –Dijo Shev para sí misma–. Hubiera podido… ¡Agg! –Su presunción y su aliento la abandonaron al mismo tiempo cuando un tipo chocó con ella y la lanzó hacia un lado.

Era un hombretón de una fealdad insuperable, que balanceaba de aquí para allá una maza casi tan grande y fea como él, aplastando vidrios y muebles, y llenando el aire de astillas. Shev gimoteó todas las maldiciones que se le ocurrían mientras hacía fintas y regates, trepando y saltando a la desesperada, sin atreverse a perder un instante en buscar una salida, quedándose poco a poco sin espacio ni tiempo, a medida que la acorralaba en un rincón.

Cuando aquel individuo levantó su maza para golpear, su ancha cara estaba deformada por la rabia.

–¡Aguarda! –le imploró Shev, señalando con el dedo algún sitio situado por encima del hombro de él.

Era sorprendente la de veces que aquel truco funcionaba. Él giró la cabeza para mirar el tiempo preciso para que ella le diera una patada en los testículos todo lo fuerte que pudo. Boqueó y se tambaleó mientras se le aflojaban las rodillas, momento que Shev aprovechó para sacar su daga y clavársela en el punto donde el cuello se le juntaba con el hombro. Gimió, intentó seguir de pie y cayó de cara, chorreando sangre.

–Lo siento –dijo Shev–. Maldición, lo siento. –Y era cierto que lo sentía, como siempre. Pero mejor lamentarse que estar muerta. Como siempre. Era una lección que había aprendido hacía mucho.

Ya no hubo más combates. Javre estaba junto a los restos de la araña, con su mugrienta chaqueta blanca llena de salpicaduras de sangre, y los cadáveres retorcidos de una docena de asesinos dispersos a su alrededor. Y tenía a otro con la cabeza sujeta en el hueco de un brazo, y a un segundo contra una mesa agarrado por el cuello, que pataleaba y se debatía sin poder soltarse.

–Las cosas no deben de ir bien. –Y con una mueca de su rostro y un ligero movimiento de su musculoso brazo, partió el cuello del primero y dejó que su cuerpo cayera desmadejado al suelo–. El templo solía contratar a matones mejores. –Ladeó un hombro y lanzó al otro por una ventana, y el chillido de desesperación de él sólo cesó cuando su cabeza hizo un ruido blando al chocar contra una de las columnas que sostenían el edificio.

–Eran lo mejor que pude encontrar en tan poco tiempo –dijo Weylen, llegando por detrás de ella–. Pero siempre supe que acabaríamos así. –Y sacó una espada curva cuya larga hoja le pareció a Shev que era de un humo negro que se retorcía.

–No necesariamente –repuso Javre–. Te ofrezco dos opciones, las mismas que tuvieron Hanama y Birke. La primera es regresar a Thond. Regresa a donde se encuentra la Suma Sacerdotisa y dile que no seré esclava de nadie. Jamás. Y dile también que soy libre.

–¿Libre? ¡Ja! ¿Acaso crees que la Suma Sacerdotisa aceptará esa respuesta?

–Dile que no pudiste encontrarme. –Javre se encogió de hombros–. Dile lo que quieras

–¿Y la segunda? –Weylen torcía la boca con amargura.

–Ver mi espada. –Chasqueando las articulaciones, Javre enderezó los hombros mientras sus botas adoptaban una postura más cómoda y ella sacaba de su chaqueta una especie de hato largo y estrecho, entrapajado con vendas y trozos de tela, en uno de cuyos extremos Shev pudo percibir un destello dorado.

Weylen levantó la barbilla y sonrió de manera forzada.

–Ya sabes que sólo tenemos una opción.

–Lo sé –Javre asentía–. ¿Shevedieh?

–¿Sí? –contestó Shev con voz ronca.

–Cierra los ojos.

Los apretó con fuerza mientras Weylen saltaba encima de una mesa y lanzaba un grito de guerra fuerte, gutural y horrible. Escuchó pisadas sobre las tablas del suelo, a una velocidad inhumana.

Y después un impacto metálico que le hizo retroceder, acobardada por la brillante luz rosada que, súbitamente, se filtró por sus pestañas. Un chirrido, un estertor, y la luz que desaparece.

–Shevedieh.

–¿Sí? –dijo ella, casi sin voz.

–Ya puedes abrirlos.

Javre aún tenía el hato en una mano, cubierta por los jirones de tela que ondeaban a su alrededor. Con la otra mantenía levantada a Weylen, cuyos brazos sin fuerza caían hacia atrás, arañando el suelo con sus nudillos encajados en acero. Tenía una mancha roja en el pecho, pero parecía tranquila. Aparte de la sangre negra, que brotaba de su espalda y salpicaba las tablas del suelo.

–Te encontrarán, Javre –susurró, y unas gotitas de sangre afloraron a sus labios.

–Lo sé –dijo Javre–, y todas podrán escoger. –Bajó a Weylen al suelo, dejándola en medio del charco de sangre, la suya, cada vez mayor y, con suma delicadeza, cerró los párpados que cubrían aquellos ojos tan verdes–. Que la Diosa se apiade de ti –musitó.

–Que antes se apiade de nosotros –musitó Shevedieh, enjugando la sangre que goteaba de su nariz palpitante mientras se acercaba al mostrador con la daga lista para inspeccionar detrás de él. El propietario de la posada estaba agachado detrás, y más que se agachó al verla.

–¡No me mate! ¡Por favor, no me mate!

–No lo haré. –Ocultó la daga detrás de su espalda y le enseñó la palma de la mano–. Nadie lo hará. Todo está bien, se han… –intentó decir «ido», pero al mirar alrededor y contemplar el desastre que dominaba la posada, no tuvo más remedio que decir, con voz ronca– muerto. Ya puede levantarse.

Lo hizo lentamente, miró por encima del mostrador y casi se le desencajó la mandíbula.

–¡Por los…!

–Debo disculparme por los daños –dijo Javre–. Parecen peores de lo que son.

Una parte de la pared que estaba más lejos de ellas, completamente agrietada, escogió aquel momento para derrumbarse y caer a la calle, lanzando una nube de polvo y piedras que a Shev le hizo retroceder entre toses.

Javre proyectó sus labios hacia delante, y apoyó contra ellos la punta de un dedo antes de decir pensativamente:

–Quizá sí que sean, precisamente, tan graves como parecen.

Shev lanzó un suspiro de dolor. No era el primero que lanzaba desde que había

conocido a Javre, la Leona de Hoskopp, y estaba segura de que no sería el último. Sacó la pequeña bolsa que escondía bajo su camisa, le quitó el nudo y dejó que la joya rodase hasta llegar a la esquina del mostrador, donde se detuvo y relució.

–Por las molestias –dijo, dirigiéndose al asustado posadero. Luego limpió su daga en la chaqueta del cadáver más cercano, la devolvió a su vaina, se dio la vuelta sin añadir nada más, se encaminó hacia la puerta convertida en astillas y salió a la calle.

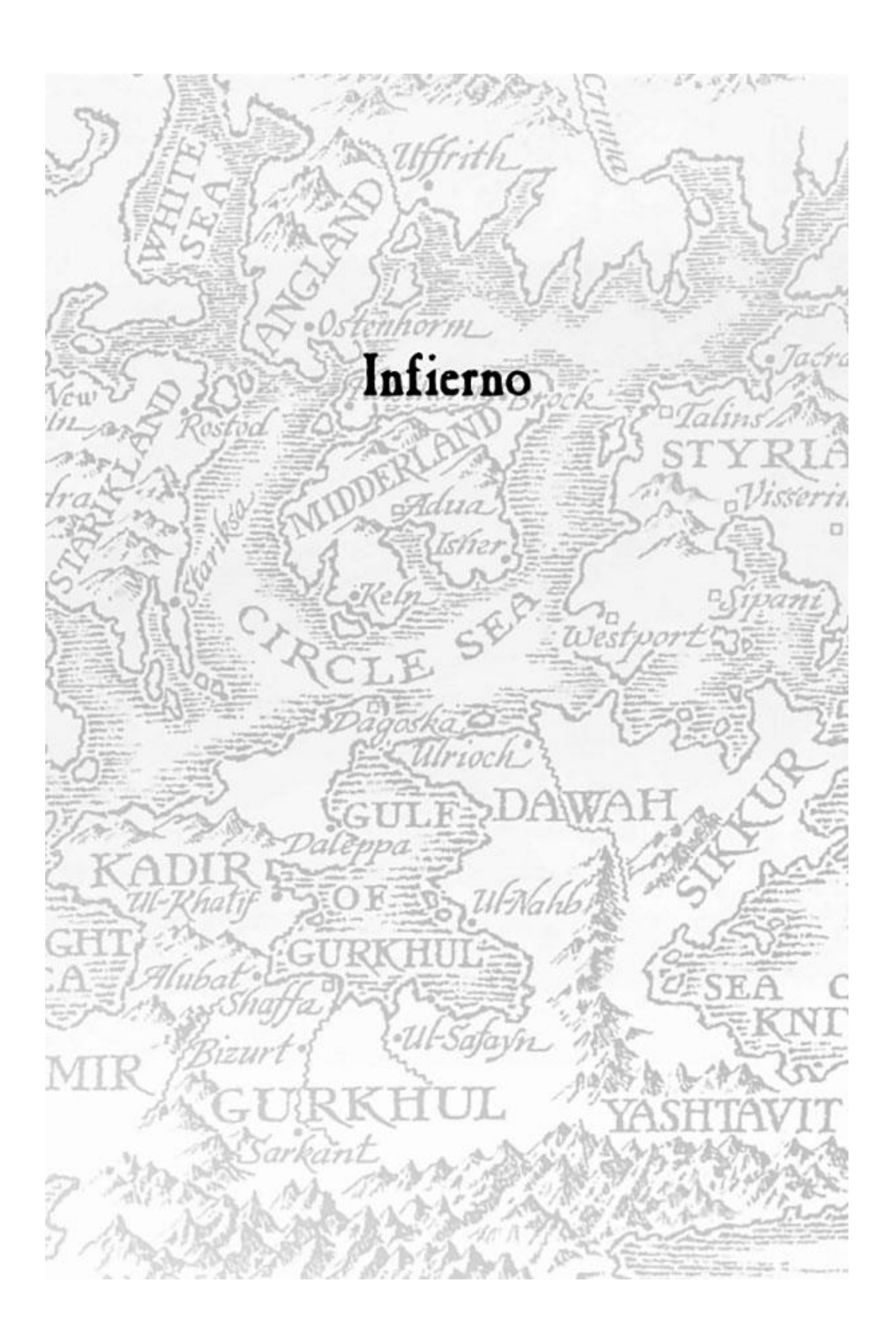
La aurora llegaba y el sol confería una tenue pincelada gris a la parte oriental del cielo sobre los ruinosos tejados. Shev respiró profundamente y movió la cabeza, diciendo para sus adentros:

–Maldita sea, Shevedieh, la conciencia es una carga enorme para una ladrona.

De atrás le llegaron los fuertes pasos que daba Javre al caminar. Sintió a su espalda su imponente presencia y escuchó su voz profunda cuando se inclinó para decirle al oído:

–Y ahora, ¿te apetece perderte?

–Sí, creo que será lo mejor –contestó Shev, asintiendo.


WHITE SEA
ANGLAND
Uffrith
Ostenhorm
Rostod
STARIKLAND
Starikasa
MIDDERLAND
Adua
Isher
Keln
CIRCLE SEA
Westport
Talins
STYRIA
Sipani
Dagoska
Ulrioch
DAWAH
GULF OF GURKHUL
SIKKUR
KADIR
Daleppa
Ul-Khatif
Ul-Nahb
Alubat
Shaffa
Ul-Safayn
Bizurt
GURKHUL
Sarkant
YASHTAVIT

Infierno

Dagoska, primavera de 576

Temple corría.

No era, en absoluto, la primera vez. Se había pasado media vida huyendo de lo que fuese, y la mayor parte del tiempo restante huyendo para volver a los sitios de donde había huido. Pero nunca antes había corrido de aquella manera. Corría como si el infierno se abriera a su espalda. Y así era.

El suelo volvió a temblar. La luz destelló en la noche. Temple lo vio con el rabillo del ojo y vaciló. Instantes después le llegó un estruendo atronador, tan fuerte que le zumbaron los oídos. El fuego se elevó por encima de los edificios que estaban a su izquierda, alargó sus brazos de locura y roció con llamas líquidas la Ciudad Alta. Un pedrusco, tan grande como la cabeza de un hombre, cayó justo delante de Temple, rebotó en el suelo y se estrelló contra una pared, levantando una nube de polvo. Otras piedras más pequeñas comenzaron a caer, con ruidos metálicos y un sonido parecido al del granizo.

Temple seguía corriendo sin fijarse en nada. Nada podría hacer si el fuego gurko caía del cielo y lo convertía en pavesas que nadie encontraría. Muy poca gente le lloraría. Una gota minúscula en un océano de tragedia. Sólo le quedaba esperar que Dios hubiera decidido salvarlo, pero no se le ocurría ninguna buena razón para que quisiera hacerlo.

Aunque no fueran muchas las cosas de las que estaba seguro, una de ellas era que no quería morir.

Asaltado por un súbito acceso de tos, se detuvo junto a un muro. Los pulmones le dolían a causa del humo que respiraba. Ese humo que llevaba varios días respirando. Los ojos le lloraban. Por el polvo. Por el miedo. Giró la cabeza para localizar el camino que había estado siguiendo. Las murallas de la Ciudad Alta, almenas melladas que se recortaban en negro contra el fuego. Los hombres combatían en ellas, unas figuras menudas iluminadas de rojo.

No había esperanza. Llevaban varios días sin esperanza. Pero aún seguían combatiendo. Quizá para proteger lo que era suyo. Sus propiedades, sus familias, su manera de vivir. Quizá combatiesen por amor. Quizá por odio. Quizá ya no les quedase nada más.

Temple no tenía ni idea de los motivos que impelían a la gente a luchar. Nunca había sido un guerrero.

Se escabulló por una de las aceras de una calle llena de escombros, tropezó con una viga caída, se desolló las rodillas y llegó, tambaleándose, a una esquina; entonces levantó una mano para protegerse del calor de un edificio que ardía, en medio del crepitar de las llamas y del humo que, dando vueltas, subía al cielo en medio de la noche.

Fuego, fuego por todas partes. *He visto el infierno,* había dicho Verturio, *y es una ciudad populosa sometida a asedio*. Dagoska llevaba varias semanas siendo el infierno. Temple no ponía en duda que mereciera encontrarse allí. Sólo que no recordaba haber muerto.

Vio unas figuras que se apiñaban junto a una puerta, un hombre que agitaba un hacha, el sonido de la madera al partirse. ¿Las tropas de los gurkos ya habían franqueado la muralla? ¿No sería que, mientras aún quedaba algo para saquear, los saqueadores aprovechaban aquellos momentos para hacerlo? Temple pensó que apenas podía culparles por ello. Hacía años que él mismo había saqueado todo lo que podía. ¿Y qué? ¿En aquellos momentos, qué importaba?

Donde no hay ley, no hay crimen.

Siguió avanzando sigilosamente, manteniéndose agachado y cubriéndose la boca

con los jirones de una manga. Nadie hubiera podido imaginarse jamás la blancura virginal de aquella túnica de acólito. En aquellos momentos estaba tan desgastada y llena de mugre como los andrajos de pordiosero que antes había llevado encima, manchada de ceniza, porquería y sangre, la suya y la de aquellos a quienes había intentado ayudar. La de aquellos a quienes no había podido ayudar.

Temple había vivido en Dagoska toda su vida. Había crecido en aquellas calles. Las conocía tan bien como cualquier niño el rostro de su madre. Pero en aquellos momentos apenas las reconocía. Las casas eran cáscaras renegridas, con vigas al aire que parecían las costillas de carcasas abandonadas, tocones chamuscados de árboles, montones de cascotes tirados en calzadas cuarteadas por las grietas. Seguía viendo la roca más adelante, con las luces de la ciudadela encaramadas en ella. Entonces, surgiendo por encima de un tejado derruido, apareció uno de los esbeltos chapiteles del Gran Templo y corrió hacia él.

Toda la ciudad estaba en llamas. El hecho de que ya no cayera fuego del cielo sólo sirvió para que Temple estuviera más asustado. Porque, cuando el fuego deja de caer, es cuando llegan los soldados. Siempre había estado huyendo de los soldados. Antes de los gurkos habían sido los de la Unión, y antes de los de la Unión, los de Dagoska. Dale una espada a un hombre y hará siempre lo mismo, sea cual sea el color de su piel.

Allí se había levantado un mercado donde la gente rica compraba carne. Apenas quedaban de él unos cuantos arcos ennegrecidos. De niño, con las palmas extendidas, había mendigado en aquel mercado. Más mayor, había robado en él a un comerciante. Con unos pocos años más, cierta noche había besado a una chica cerca de la fuente. En aquellos momentos, la fuente estaba agrietada y obstruida por la ceniza. ¿Y la chica? ¿Quién sabe dónde estaría?

Había sido un lugar muy bonito. Una calle espléndida en una ciudad espléndida. Todo había desaparecido, ¿y para qué?

–¿Esto era lo que planeabas? –susurró al cielo.

Pero Dios raramente responde a los mendigos jóvenes. Aunque se hayan educado en el Gran Templo.

–Socorro –decía una voz desfallecida–. Socorro.

Una mujer estaba entre unos escombros cercanos. Casi la pisó al llegar corriendo hasta ella. El fragmento de una bomba de los gurkos la había alcanzado, o quizá uno de los cascotes de los edificios en llamas. El cuello lo tenía abrasado y lleno de ampollas, y parte de la cabellera se le había quemado. Uno de sus hombros era una ruina, y el correspondiente brazo lo tenía debajo de la espalda, retorcido. Temple no podía decir qué era ropa desgarrada y qué era carne desgarrada. Olía como la carne asada. Aquel olor consiguió que el estómago vacío de Temple se quejara por el hambre y apenas un instante después, quiso vomitar. La garganta de la mujer chasqueaba a cada respiración y algo borboteaba en su pecho. En su cara salpicada de negro relucían unos ojos negros, muy abiertos.

–Oh, Dios –susurró Temple. No sabía por donde comenzar. No había ningún sitio por donde hacerlo.

–Socorro –volvió a susurrar ella, agarrándole mientras su mirada se clavaba en la suya.

–No puedo hacer nada –dijo Temple casi sin voz–. Lo siento.

–No, no, por favor…

–Lo siento. –Apartó los dedos de ella mientras intentaba no mirarle a los ojos–. Que Dios tenga compasión de ti –aunque era evidente que no la tenía–. ¡Lo siento! –Temple se

levantó. Se volvió. Y se fue.

Mientras los gritos de la mujer se desvanecían a su espalda, Temple intentó convencerse de que no sólo había hecho lo fácil, sino también lo correcto. No había nada que hubiera podido hacer por ella. No habría podido salir con vida de aquello. Los gurkos estaban demasiado cerca. No podría correr más deprisa que ellos si cargaba con la mujer. Tenía que avisar a los demás, era su deber. No podía salvarla. Sólo podía salvarse a sí mismo. Antes que muriesen los dos, que sólo muriese uno, ¿o no? ¿Dios lo comprendería? Seguro que sí, Dios lo comprendía todo.

Situaciones como aquella ponían de manifiesto de qué están hechas las personas. Durante un tiempo, Temple había llegado a convencerse de que era buena persona, aunque resulta fácil ser virtuoso cuando tu virtud no es puesta a prueba. Del mismo modo que un excremento de camello cocido al sol sigue oliendo tan mal como antes si se perfora su costra, Temple, por debajo de su corteza de santurronería, seguía siendo el mismo cobarde egoísta de siempre.

Como hubiera dicho Khadia, *la conciencia es esa parte de Sí Mismo que Dios pone en todos. Un fragmento de lo divino. Siempre hay elección*.

Sin estar muy seguro de todo eso, Temple hizo un alto y miró fijamente las manchas de sangre que los dedos de la mujer le habían dejado en la manga. ¿No debería volver? Y allí se quedó, temblando, respirando angustiado, atrapado entre lo correcto y lo incorrecto, entre el sentido común y la estupidez, entre la vida y la muerte.

En cierta ocasión, Khadia le había dicho que, para ser buena persona, pensaba demasiado.

Echó una mirada por encima del hombro para reconstruir el itinerario que había seguido. Vio llamas y edificios iluminados por los colores chillones de las llamas. Y, recortándose contra las llamas, distinguió unas siluetas negras que se movían. Las esbeltas sombras de las lanzas y las espadas, los yelmos altos de los soldados gurkos. ¿Era un efecto de la luz al rielar entre la calina o, ciertamente, distinguía otra figura? La figura de una mujer alta y delgada que caminaba contoneándose, vestida con una armadura blanca, el destello de una cabellera dorada que relucía. El miedo aferró la garganta de Temple y le hizo caer, gatear y echar a correr. El impulso inconsciente del niño criado en las calles. El del conejo que ve la sombra del halcón. Aunque apenas supiera por qué debía seguir con vida, sí que sabía que no quería morir. Jadeando, tosiendo, con piernas que le ardían, subió con mucho esfuerzo por la agrietada escalera que conducía hasta el Gran Templo. Sintió un momento de alivio cuando la familiar fachada apareció ante su vista, aun sabiendo que no pasaría mucho tiempo antes de que los soldados gurkos entrasen como la marea en aquella plaza. Los soldados gurkos… o algo peor.

Cruzó a toda prisa las impresionantes puertas mientras las cenizas se arremolinaban a su paso y los papeles quemados planeaban por el cielo en aquel viento cálido. Aporreó las puertas hasta que le dolió el puño, y pronunció su nombre hasta que la garganta se le quedó en carne viva. Una portezuela se abrió súbitamente en una de las puertas principales y él gateó por ella. Luego, para alivio suyo, se cerró tras él.

A salvo. Aunque sólo fuese durante unos breves instantes. A fin de cuentas, quien viaja por el desierto debe aceptar toda el agua que le ofrezcan.

La primera vez que Temple entró en aquel espacio glorioso y contempló los centelleantes mosaicos, la filigrana de su mampostería, la luz que, al derramarse a través de sus ventanas con forma de estrella, hacía destellar las doradas letras escritas en lo alto de las paredes, había sentido la mano de Dios sobre su hombro.

En aquellos momentos ya no sentía la presencia de Dios. Sólo unas pocas lámparas iluminaban aquel espacio tan vasto, y las sombras de las llamas que ardían al otro lado de las ventanas fluctuaban en el techo. Apestaba a miedo y a muerte, un olor que parecía multiplicarse a causa de los quejidos de los heridos y del interminable cuchicheo de las plegarias desesperadas. Incluso los rostros de los profetas representados en los mosaicos, que antaño le parecieron animados por un éxtasis celestial, estaban congelados en una mueca de terror.

El lugar estaba atestado de gente… hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos sucios y desesperados. Temple se abrió paso a codazos entre la muchedumbre, intentando tragarse el miedo, intentando no pensar en otra cosa que no fuera encontrar a Khadia, a quien, finalmente, descubrió en el estrado sobre el que antes se había levantado el púlpito. Había hecho jirones una de las mangas de su camisa blanca para sacar vendas de ella, y la otra la tenía manchada de sangre hasta el codo, por haber estado atendiendo a los heridos. Aunque tuviese los ojos hundidos y las mejillas demacradas, cuanto más desesperada se hacía la situación, más tranquilo parecía sentirse.

Y Temple se preguntó de dónde sacaría la fortaleza necesaria para cargar con el peso que representaban las vidas de todas aquellas personas.

Había varios soldados de la Unión, quizá una docena a su alrededor, y los instintos de antaño afloraron en Temple. Aunque por respeto a aquel lugar sagrado mantuviesen envainadas las espadas, sus manos buscaban nerviosamente las empuñaduras. El general Vissbruck se contaba entre ellos, y una larga estría de ceniza surcaba su cabeza tostada por el sol. Si antes del asedio había estado bastante rollizo, ahora el uniforme le quedaba muy holgado. En Dagoska todos estaban mucho más delgados que antes.

–Los soldados gurkos han penetrado por la Puerta Norte y llegan a la Ciudad Alta. –Por supuesto que hablaba en el idioma de la Unión, que Temple conocía tan bien como cualquier nativo de Midderland–. No tardaremos mucho en perder la muralla. Sospechamos que ha habido traición.

–¿Sospecha de Nicomo Cosca? –preguntó Khadia.

–Sospeché de él durante algún tiempo, pero sea lo que sea, en absoluto es un necio. Si hubiera querido vender la ciudad, lo habría hecho cuando aún podía recibir un buen precio por ella.

–¿Qué tal el de su propia vida? –le espetó el soldado que llevaba un brazo en cabestrillo.

–A eso nunca le dio el menor valor –dijo Vissbruck, medio burlándose–. Ese hombre desconoce por completo lo que es el miedo.

Por los dioses, eso debía de ser una bendición. Porque, por lo que Temple podía recordar, el miedo siempre había sido su amigo más íntimo.

–En cualquier caso, eso ya no importa –decía Vissbruck–. Nos haya traicionado o no, siga vivo o haya muerto, ahora está en el infierno, lo mismo que nosotros. Retrocedemos hacia la Ciudadela. *Haddish*, debería venir con nosotros.

–Y cuando lleguen los gurkos, ¿adónde retrocederá?

Vissbruck tragó saliva, y su nuez prominente se le marcó en la garganta. Siguió hablando como si Khadia no hubiera dicho nada. Tal y como la gente de la Unión llevaba haciendo desde que llegaran a Dagoska.

–Usted ha sido un líder valiente y un auténtico amigo de la Unión. Se ha ganado un puesto en la Ciudadela.

Khadia esbozó una sonrisa cansada cuando dijo:

–Si me he ganado algún puesto es aquí, en mi templo, entre mi gente. Y me enorgullezco de no abandonarlo.

–Sabía que diría eso. Pero tenía que intentarlo.

–Ha sido un honor. –Khadia alargó una mano.

–El honor ha sido mío. –El general dio un paso hacia delante y abrazó al sacerdote. El hombre de la Unión y el hombre de Dagoska. El de piel clara y el de piel oscura. Un espectáculo singular–. Siento –añadió, mientras las lágrimas se asomaban por sus ojos– no haber sabido comprender sus pensamientos antes de que fuera demasiado tarde.

–Nunca es demasiado tarde –dijo Khadia–. Espero que volvamos a encontrarnos en el cielo.

–Si así es, espero que sus creencias hayan sido las correctas, y no las mías. –Vissbruck soltó a Khadia, giró sobre sus talones y se detuvo. Miró hacia atrás y añadió–: El superior Glokta me dijo que es preferible quitarse la vida antes que caer prisionero de los gurkos. –Khadia parpadeó y permaneció en silencio–. A pesar de lo que uno pueda pensar de nuestro antiguo líder, después de que los gurkos lo hicieran prisionero en esto es un experto imbatible. –El *Haddish* seguía guardando silencio–. ¿Qué opina al respecto?

–Consideramos que darse muerte uno mismo es una ofensa a Dios –Khadia se encogió de hombros y añadió–. Pero en ocasiones como ésta, ¿quién puede decir lo que es o no correcto?

–Nos han apartado de la Unión. De nuestras familias. De Dios. Ahora todos debemos encontrar una salida. –Y caminó con buen paso hacia la entrada posterior del templo, y el mármol resonó bajo los talones de las botas cuando el gentío se apartó para dejarle pasar a él y a sus soldados.

Temple se abalanzó para coger a Khadia por el brazo.

–¡*Haddish*, debes ir con ellos!

Con delicadeza, Khadia apartó de su muñeca los dedos de Temple. Igual que Temple había apartado los dedos de la moribunda.

–Me alegro de ver que sigues vivo, Temple. Me preocupabas. Pero estás sangrando…

–¡No es nada! Tienes que irte a la Ciudadela.

–¿Tengo que irme? Temple, siempre podemos elegir.

–Ya llegan. Llegan los gurkos. –Tragó saliva. Incluso en aquellos momentos, el hecho de pronunciar aquellas palabras le dejaba sin fuerzas–. Llegan los Devoradores.

–Lo sé. Por eso debo quedarme.

Temple apretó los dientes. La tranquilidad que mostraba el anciano le estaba poniendo furioso, y él sabía por qué. No se trataba de la salvación de Khadia, sino de la suya. Quería que el sacerdote huyera para poder huir con él. Incluso sabiendo que no habría ningún sitio a salvo de los Devoradores. Si no lo había en todo el mundo, menos en Dagoska. El hecho de refugiarse en la Ciudadela apenas le daría algunos días más, y posiblemente, no tanto.

El *Haddish* sonrió como si lo viese todo. Lo veía todo y también le perdonaba por eso.

–Debo quedarme –dijo–. Pero tú debes irte. Si crees que necesitas mi permiso, te lo concederé con mucho gusto.

Temple lanzó una maldición. Le habían perdonado demasiadas veces. Quería que le insultaran, que le recriminaran, que le golpearan. Quería un motivo para tomar el camino fácil y huir, pero Khadia no le permitía tomar el camino fácil. Por eso Temple siempre lo

había amado. Había lágrimas en sus ojos. Maldijo. Pero se quedó.

–¿Qué hacemos? –preguntó con voz desfallecida.

–Atender a los heridos. Confortar a los débiles. Enterrar a los muertos. Rezar.

No dijo «luchar», pero aquella palabra estaba presente en la mente de más de uno. Cinco acólitos se habían congregado al lado de un muro sin saber qué hacer, tan furtivos como niños que se dispusieran a poner en práctica algún juego prohibido. Temple vio el destello de una hoja. Un hacha que sobresalía entre los pliegues de una túnica.

–¡Bajad esas armas! –les amonestó Khadia, avanzando a grandes pasos hacia ellos–. ¡Estamos en un templo!

–¿Crees que los gurkos respetarán esta tierra consagrada? –gritó uno de ellos en cuyos ojos podía verse la locura del miedo–. ¿Crees que dejarán sus armas a un lado?

–Dios los juzgará por sus crímenes. –Khadia estaba tan tranquilo como el agua de un estanque–. Y a nosotros por los nuestros. Deponed vuestras armas.

Los acólitos se miraron entre sí y cambiaron el peso de un pie a otro, pero aunque siguieran armados, ninguno de ellos tuvo el coraje de ir al encuentro de la mirada impertérrita de Khadia. Así que uno tras otro dejaron caer sus armas.

El *Haddish* puso una mano en el hombro del joven que le había desafiado y dijo:

–Hijo mío, en cuanto cogiste un arma, te pasaste al bando equivocado. Tenemos que actuar como quisiéramos actuar. Tenemos que actuar como quisiéramos que los demás actuasen. Y ahora más que nunca.

–¿Y en qué medida nos ayudará eso? –preguntó Temple, sin ser consciente de que hacía aquella pregunta.

–Al final, ¿eso qué importa? –Khadia miró hacia las grandes puertas, se irguió y cuadró sus hombros.

Temple se dio cuenta de que fuera acababa de hacerse el silencio. En la plaza que antaño había resonado con las llamadas a la oración de los sacerdotes. Después, con los reclamos de los comerciantes que vendían sus productos. Y mucho después, con los lamentos de los heridos, de los que habían quedado huérfanos y de los desamparados. El silencio sólo podía significar una cosa.

Que ya habían llegado.

–¿Recuerdas a qué te dedicabas cuando nos vimos por primera vez? –le preguntó Khadia.

–Era un ladrón. –Temple tragó saliva–. Un necio. Un chico sin código ni propósito.

–¡Y mira en lo que te has convertido!

Apenas se sentía muy diferente de entonces cuando dijo:

–¿Y en qué me convertiré si tú me faltas?

–Eso está en tu mano. Y en las de Dios. –Khadia sonrió cuando le puso una mano en el hombro. Luego se acercó aún más a él, para añadir en voz baja–: No hagas ninguna locura, ¿me oyes? Tienes que vivir.

–¿Por qué?

–Los gurkos pasarán como una tormenta, una plaga o una nube de langostas. Cuando eso ocurra, Dagoska necesitará gente buena.

Temple estaba a punto de decirle que él no era cualquier ladrón, cuando resonó en las puertas un golpe fortísimo. Las grandes puertas se estremecieron, el polvo entró por ellas y las lámparas parpadearon violentamente. Un grito entrecortado recorrió las gargantas de todos los allí presentes, que retrocedieron para guarecerse entre las sombras que velaban el extremo más distante del templo.

Otro golpe, y las puertas, el gentío y Temple se estremecieron al unísono.

Entonces se escuchó una palabra. Pronunciada con voz de trueno, imposible, ensordecedora, tan fuerte como el doblar a muertos de una campana enorme. Aunque Temple desconociera la lengua a la que pertenecía, vio sus letras escritas en las puertas con una luz cegadora. Las pesadas puertas reventaron en medio de una nube de astillas y de trozos de madera que cayeron sobre el pavimento de mármol y se dispersaron, cubriendo una gran zona.

Una figura pasó entre los retorcidos goznes. Una figura vestida con una armadura blanca decorada con letras de oro, con una sonrisa en el rostro, un rostro tan perfecto como si alguien lo hubiese tallado en vidrio negro.

–¡Saludos del profeta Khalul! –exclamó con voz cálida y cordial, y el gentío gimoteó y retrocedió aún más.

Las letras de fuego aún seguían escritas en la retina de Temple, letras sagradas, letras impías, y en sus oídos aún resonaban sus ecos. Una chica gimió a su lado y se tapó la cara con las manos. Temple apoyó su rostro en el hombro de ella, para calmarla y también para calmarse. Más figuras entraron lentamente en el templo. Figuras vestidas con armaduras blancas.

Aunque los recién llegados sólo fuesen cinco, la muchedumbre retrocedió, encogida, como si ellos fuesen corderos y lobos los intrusos, y, amedentrados, se juntaron unos con otros. Una mujer se acercó a Temple, hermosa, espantosa, tan alta y delgada como una lanza, y la luz de su pálido rostro era como el brillo nacarado de una perla, y su cabello dorado flotaba en el aire como si llevase consigo su propia brisa.

–Hola, preciosos míos. –Sonrió a Temple, abrió la boca y pasó su lengua larga y puntiaguda por uno de sus dientes largos y puntiagudos, para luego cerrarla y guiñarle un ojo. Y a Temple las tripas se le hicieron agua.

Alguien gritó. Alguien saltó de entre la muchedumbre. Uno de los acólitos. Temple captó un relámpago metálico en la oscuridad, se tambaleó en la ola de pánico que agitó súbitamente a la muchedumbre.

–¡No! –exclamó Khadia.

Demasiado tarde. Uno de los Devoradores acababa de moverse. Tan rápido como el relámpago e igual de letal. La Devoradora cogió al hombre por la muñeca, lo levantó del suelo, le hizo dar vueltas con una fuerza increíble y lo lanzó por el aire, haciéndole recorrer el templo a lo ancho, como un niño caprichoso haría con una muñeca rota, y su daga caída tintineó sobre las baldosas.

Su grito cesó de repente cuando se estrelló contra la pared a una altura de más de diez pasos, para luego resbalar desmadejado hasta el suelo en una lluvia de sangre y de mármol roto. Tenía la cabeza aplastada, deformada de una manera inimaginable, y todos agradecieron que su rostro quedase mirando a la pared.

–Dios –susurraba Temple–. Oh, Dios.

–¡Todos vosotros, tranquilos! –exclamó Khadia, levantando un brazo.

–¿Eres su líder? –preguntó el jefe de los Devoradores, enarcando una ceja. Y aunque su rostro oscuro fuese joven, terso y hermoso, sus ojos eran viejos.

–Soy Khadia, el *Haddish* de este templo.

–Ah, un sacerdote. Un hombre del Libro. Dagoska ha sido la cuna de muchos hombres santos. De filósofos reverenciados, de teólogos admirados. De hombres que escuchan la voz de Dios. ¿Eres tú uno de ellos, *Haddish* Khadia?

Temple ignoraba por qué Khadia no mostraba miedo. Hablaba como si se dirigiera a

un miembro de su congregación. Incluso aquel diablo nacido del infierno, aquel devorador de carne humana, le trataba como si ambos tuviesen un mismo rango.

–Sólo soy un hombre, pero intento comportarme con rectitud.

–Lo creas o no, eso es lo que intentamos todos. –El Devorador miró desganado su mano y la cerró, abriendo luego los dedos lentamente, como si la arena escapase de ella–. Y aquí es adonde me ha conducido el camino hacia la rectitud. ¿Sabes quién soy? –Su rostro perfecto no mostraba ni asomo de triunfo burlón, sólo tristeza.

–Eres Mamún –dijo el *Haddish* Khadia–. El fruto del desierto. Tres Veces Bendito y Tres Veces Maldito.

–Así es. Pero a cada año que pasa, el peso de las maldiciones se hace mayor, y las bendiciones parecen convertirse en polvo.

–Sólo puedes culparte a ti mismo –dijo Khadia, muy tranquilo–. Rompiste la ley de Dios al comer la carne de los hombres.

–Y de las mujeres, y de los niños y de todo lo que respira. –Mamún miró con el ceño fruncido el destrozado cadáver del acólito. Una Devoradora acababa de acuclillarse junto a él y de meter un dedo en el charco de sangre, para luego manchar con él su rostro sonriente–. Si entonces hubiese sabido lo que hoy sé, las cosas habrían sido muy diferentes. –Sonrió con tristeza–. Pero es fácil hablar del pasado; imposible volver a él. Aunque posea un poder que no puedes ni imaginar, sigo siendo prisionero de mis actos. No puedo huir de la celda que construí para mí. Las cosas son lo que son.

–Siempre tenemos elección –dijo Khadia.

Mamún le sonrió. Era una sonrisa extraña. Casi… llena de esperanza.

–¿Eso crees?

–Eso nos dice Dios.

–Entonces te ofrezco la posibilidad de elegir. Podemos tomarlos –echó un vistazo a la multitud, y cuando sus ojos vidriosos pasaron por donde estaba Temple, éste sintió que se le erizaban los pelos de la nuca–, podemos tomarlos a todos, y a ti te perdonamos.

La Devoradora de cabello dorado volvió a guiñarle el ojo a Temple, que sintió que la chica que estaba a su lado temblaba lo mismo que él.

–O podemos tomarte a ti –prosiguió Mamún– y perdonarlos a ellos.

–¿A todos? –preguntó Khadia.

–A todos.

Temple supo que era el momento de dar un paso al frente. De hacer lo que querría hacer. De actuar como desearía que los demás actuasen. Era el momento del coraje, de olvidarse de uno mismo, de la solidaridad con el hombre que le había salvado la vida, que le había mostrado piedad, que le había dado una oportunidad que no se merecía. De dar un paso adelante para ofrecerse en lugar de Khadia. Era el momento.

Pero no se movió.

Nadie lo hizo.

Sin embargo, el *Haddish* sonrió cuando dijo:

–Has hecho un mal trato, Devorador. Habría entregado con gusto mi vida por uno solo de ellos.

La mujer rubia levantó sus largos brazos, echó la cabeza hacia atrás y comenzó a cantar. Poderosa y de una pureza deslumbrante, su voz se elevó por el espacio situado por encima de ellos, más hermosa que cualquier otra música que jamás hubiese escuchado Temple.

Mamún se arrodilló delante de Khadia y apretó una mano contra su corazón.

–El cielo entero se regocija al hallar a un hombre recto. Lavadlo. Dadle agua y alimentos. Llevadlo con honor a la mesa del Profeta.

–Que Dios sea contigo –musitó Khadia por encima del hombro, aún con la sonrisa en el rostro–. Que Dios sea con todos vosotros. –Y abandonó el templo, escoltado por dos Devoradores que caminaban con la cabeza agachada en señal de respeto mientras que él erguía la suya.

–Qué pena –dijo la Devoradora, con el rostro embadurnado de sangre y un mohín de desilusión. Cogió el cadáver del acólito por un tobillo y lo arrastró tras ella mientras se dirigía con arrogancia hacia las puertas dejando un rastro de sangre por el suelo.

Mamún se detuvo un instante ante las destrozadas puertas.

–Los demás sois libres. Al menos de nosotros. Porque nunca podréis escapar de vosotros mismos.

¿Cuánto tiempo estuvieron juntos, sudorosos, después de que se hubieran ido los Devoradores? ¿Cuánto tiempo estuvieron en silencio, mirando las derruidas puertas? Helados de terror. Dominados por la culpa. ¿Minutos? ¿Horas? Mientras tanto, escucharon lo que sucedía fuera, el incendio, el chocar entre sí de los aceros, los gritos, los sonidos del saqueo de Dagoska. Como sonaba el fin del mundo.

Finalmente, la chica que estaba al lado de Temple se apoyó en él y preguntó, con un susurro quebrado:

–¿Qué hacemos?

Temple tragó saliva y contestó:

–Atender a los heridos. Confortar a los débiles. Enterrar a los muertos. Rezar.

Por Dios, qué falso sonaba. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Dos son compañía



En algún lugar del Norte, verano de 576

–Esto es el infierno–, murmuraba Shev, mirando por el borde del cañón–. El infierno. –La roca, húmeda y de un negro lustroso, desaparecía entre la bruma, y aún más abajo debía de correr el agua cuyo sonido escuchaban–. Dios, cómo odio el Norte.

–Bueno –le decía Javre, echándose hacia atrás el pelo, que se había vuelto lacio y de color castaño a causa de la eterna humedad–, no creo que Dios te esté escuchando.

–Oh, eso ya lo sé desde hace tiempo. Nadie me escucha.

–Yo sí. –Javre se apartó del borde y, con sus acostumbradas zancadas, volvió al trillado camino de cabras que habían seguido hasta entonces, echando la cabeza hacia atrás y despreocupándose de la lluvia mientras su capa empapada ondeaba por el viento, azotando sus pantorrillas manchadas de barro–. Y lo más importante, lo que escucho me aburre soberanamente.

–No juegues conmigo, Javre. –Shev se apresuró a alcanzarla, intentando localizar las zonas menos embarradas para pisar en ellas–. Estoy harta. ¡Ya no aguanto más!

–Eso es lo que dices siempre. Y al día siguiente aguantas más.

–¡Estoy muy furiosa!

–Te creo.

–¡Lo digo en serio!

–Si tienes que decirle a alguien que estás furiosa y luego añades que lo dices en serio, puedo asegurarte que tu furia no ha conseguido el efecto deseado.

–¡Odio el maldito Norte! –Como si fuera a hacerle daño a alguien, y no a sí misma, Shev dio un pisotón en el suelo cuyo único resultado fue llenarse la pierna de porquería húmeda. Y no era que pudiese ensuciarse o empaparse mucho más de lo que estaba–. ¡Todo este sitio es una *mierda*!

–Al final, todo lo es –dijo Javre, encogiéndose de hombros.

–¿Cómo puede vivir alguien con tanto frío?

–Porque el frío revigoriza y no deprime. ¿Quieres que te lleve a hombros?

–¿Acaso soy un maldita niña? –De hecho, a Shev le habría gustado mucho, pero su maltrecho orgullo la obligaba a seguir a pie, chapoteando en el barro.

–¿Nunca te dijeron que no debías preguntar a menos que quisieras la respuesta? ¿Quieres que te responda?–Javre enarcaba las cejas.

–No, si vas a intentar hacer alguna gracia.

–¡Vamos, Shevedieh! –Javre se inclinó para pasarle uno de sus largos brazos por los hombros y darle un apretón de boa–. ¿Dónde está esa pícara despreocupada de la que me enamoré en Westport, que siempre se enfrentaba a las contrariedades con una risa, una cabriola y un guiño? –Y sus ágiles dedos reptaron por el estómago de Shev.

–Hazme cosquillas otra vez y te lo clavo hasta las cachas –dijo Shev, sacando un puñal.

Javre vació de aire sus mofletes, apartó el brazo y pisoteó el barro antes de decir:

–No seas melodramática. Es agotador. Lo que necesitamos es un sitio seco para ti y alguna chica guapa de granja a cuyo lado puedas acurrucarte, y ya verás como mañana te sientes mucho mejor.

–¡Aquí no hay chicas guapas de granja! ¡Ni chicas! ¡Ni granjas! –Tendió los brazos hacia la oscuridad, el barro y la roca batida por el viento–. ¡Aquí no hay ni puñeteros mañanas!

–Pero hay un puente –dijo Javre, apuntando con un dedo–. ¿Lo ves? ¡Las cosas van

mejorando!

–Jamás me sentí tan animada –comentó Shev, rezongando.

Se refería a una maraña de sogas deshilachadas que colgaban de unos postes viejos, los cuales estaban grabados con runas y manchados con deyecciones de aves, y unas planchas medio podridas, atadas a ellas para dar la impresión de que el conjunto era un puente de cuerdas, aunque muy precario. Cuando Javre lo pisó, bajó casi tanto como el ánimo de Shev, balanceándose de manera alarmante por efecto del viento, entre el traqueteo de las planchas.

–Maldito Norte –dijo Shev mientras se abría paso por el puente y comprobaba las sogas–. Si hasta sus puentes son una mierda.

–Pero sus hombres no están mal –dijo Javre, moviéndose a sus anchas como si no tuviese miedo–. No muy sutiles, pero llenos de entusiasmo.

–Genial –dijo Shev mientras avanzaba lentamente, intercambiando una mirada de desconfianza con el cuervo que se había encaramado encima de uno de los postes–. Hombres. Lo único que no me interesa en absoluto.

–Deberías probarlos.

–Ya lo hice. Una vez. Y nada. Es como intentar mantener una conversación con alguien que ni siquiera habla tu idioma y además tampoco sabe de lo que estás hablando.

–Cuando están en posición horizontal, a algunos se les entiende mejor que a otros.

–No. Simplemente *no*. Todo ese vello, y ese corpachón, y esos dedazos que te toquetean, y… las *pelotas*. Piénsalo, *pelotas*. ¿Cómo pueden tener algo así? Son una parte de la anatomía especialmente desagradable. Creo que… se trata de un diseño defectuoso… eso es.

–Es una burla de la creación –Javre suspiró– que no todos hayamos recibido una figura tan perfecta como la tuya, Shevedieh, toda fibra y tendones.

–Tendría un poco más de carne encima si ambas no nos alimentáramos de grandes esperanzas y, de vez en cuando, de conejo. Quizá no sea perfecta, pero las rodillas no me crujen… Agárrate. –Habían llegado a la parte central del puente, que se combaba, y Shev ni siquiera podía distinguir la roca. Sólo las sogas que en ambos sentidos se perdían en la neblina.

–¿Qué? –musitó Javre, indicando que se detuviera.

El puente había comenzado a balancearse. El sonido de unas fuertes pisadas se iba acercando a ellas.

–Alguien ha entrado por el otro extremo –dijo Shev en voz baja, torciendo la muñeca para que la daga abandonara la manga y cayera en la abierta palma de la mano que la aguardaba. Aunque un combate fuese lo último que deseaba, había llegado a comprender que nunca está de más tener a mano un buen cuchillo.

Una silueta comenzó a delinearse. Al principio sólo era una sombra cambiante a medida que el viento iba aclarando la bruma. Primero iba un hombre bajo, después uno alto. Luego un hombre con un rastrillo al hombro. Después un hombre medio desnudo con una espada enorme.

Shev trató de mirar sacando la cabeza a la altura del codo de Javre, aguardando a que aquello cobrara algo de sentido. Pero no fue así.

–Es algo… inusual –dijo Javre.

–Maldito Norte –musitó Shev–. Nada de lo que aquí pasa puede sorprenderme.

El hombre se detuvo a dos pasos largos de distancia, sonriendo. Pero con una sonrisa más de locura que de buen humor. Afortunadamente llevaba pantalones,

confeccionados con algún pellejo mal curado, y unas botas absurdas, rematadas en su parte superior con piel. Por lo demás, estaba desnudo, y su pálido torso, lleno de músculos prominentes, surcado de cicatrices y perlado de rocío. La espada parecía aún mayor vista de cerca, como si algún optimista hubiese decidido forjarla para que sólo la usaran gigantes. Era casi tan alta como su propietario, que en absoluto era bajo, pues más o menos miraba a Javre a la altura de los ojos.

–Alguien nos está compensando por algo –musitó Shev para sí.

–Saludos, señoras –dijo aquel hombre, con un acento muy marcado–. Buenos días.

–No lo son ni de coña –rezongó Shev.

–Bueno, serán todo lo que ustedes quieran que sean, ¿no les parece? –y levantó las cejas, expectante. Pero como ninguna dijo nada, él añadió–: Soy Whirrun de Bligh. Algunos me llaman Whirrun el Tarado.

–Enhorabuena –dijo Shev.

–Entonces, ¿ha oído hablar de mí? –Parecía contento.

–No. Bligh, ¿por dónde cae el infierno?

–La verdad, no podría decirle –contestó él con una mueca.

–Yo soy Javre –dijo Javre, hinchando su considerable pecho–. La Leona de Hoskopp. –Shev giró los ojos dentro de sus órbitas. Por Dios… los guerreros y sus malditos títulos, y sus malditas presentaciones, y su maldita manía de sacar pecho–. Estamos cruzando este puente.

–¡Ah! ¡Yo también!

–¿Qué es esto? –Shev rechinaba los dientes–. ¿Una competición para ver quién dice más obviedades? ¿No os habéis dado cuenta de que nos hemos cruzado en mitad del puente?

–Sí. –Whirrun lanzó una gran nube de vaho por la nariz y suspiró al ver que desaparecía–. Sí, nos hemos cruzado.

–Menuda espada –dijo Javre.

–Te presento al Padre de las Espadas, llamada por los hombres con cien nombres: Cuchilla del Alba. Creatumbas. Cosechador de Sangre. El Más Noble y El Más Inmundo. *Scac-ang-Gaioc* en la lengua del valle, que significa La Partición del Mundo, la batalla que tuvo lugar al principio de los tiempos y que volverá a combatirse a su final. Algunos dicen que es la espada de Dios, caída de los cielos.

–Huh. –Javre levantó el hato andrajoso con forma de espada que llevaba consigo–. Mi espada la forjaron de una estrella fugaz.

–Pues parece un hato andrajoso con forma de espada.

–Tengo que mantenerla envuelta –dijo Javre, entornando la mirada.

–¿Por qué?

–Porque su brillo te cegaría.

–Oooooooooh –dijo Whirrun–. Lo más gracioso de todo esto es que ahora tengo ganas de verla. ¿Podría echarle un buen vistazo *antes* de quedarme ciego o…?

–¿Ya habéis terminado el concurso para ver quién orina más lejos?

–Yo nunca participaría en un concurso de ese tipo con un hombre. –Javre proyectó los labios hacia fuera, se llevó una mano a la ingle e indicó con un dedo la trayectoria más probable–. Ya lo he intentado antes y digas lo que digas de las pollas, llegan mucho más lejos. Mucho más. ¿Qué? –preguntó, poniendo cara de pocos amigos cuando miró a Shev por encima del hombro–. No puede hacerse, por mucho que bebas. Pero si *realmente* quieres un concurso de meadas…

–¡No lo quiero! –le espetó Shev–. ¡Lo único que ahora quiero es un sitio seco para matarme!

–¡Siempre tan melodramática! –dijo Javre, meneando la cabeza–. Es tan melodramática que una acaba cansándose.

–Hay una línea muy fina entre pasarse de dramatismo y no llegar, ¿no te parece? –Whirrun encogía los hombros.

–Cierto –dijo una pensativa Javre–. Muy cierto.

El ligero crujido del puente les obligó a hacer una pausa.

–Bueno –dijo Shev– todo esto está muy bien, pero nos persiguen los agentes del Gran Templo de Thond y algunos tipos a sueldo de Horald el Dedo, así que, si no te importa…

–De hecho, sí que me importa. Porque a mí también me persiguen… los agentes del rey de los hombres del Norte, Bethod. Con esta guerra demente contra la Unión, seguro que pensáis que tendrá mejores cosas que hacer, pero Bethod, por más que no me guste, es pertinaz, y eso tengo que reconocerlo.

–Asquerosamente pertinaz –dijo Shev.

–No diré lo contrario –se lamentó Whirrun–. Cuanto más crece el poder de un hombre, más menguan sus buenas cualidades.

–Muy cierto –musitó Javre–. Muy cierto.

Otro largo silencio en el que el viento sopló con fuerza, haciendo oscilar el puente de manera alarmante. Javre y Whirrun se miraron con mala cara el uno al otro.

–Échate a un lado –dijo Javre– y seguiremos nuestro camino.

–Creo que no lo haré. Sobre todo estando en un puente tan estrecho como éste. –Whirrun entornó ligeramente los ojos–. Y hay algo en tu tono que me ofende.

–Tu sensibilidad tan delicada sufrirá muchísimo cuando te dé una patada en el culo. Échate a un lado.

Whirrun bajó al Padre de las Espadas y lo colocó con la punta hacia abajo.

–Mujer, me temo que, después de todo, tendrás que enseñarme esa hoja tuya.

–Será un placer…

–¡Aguardad! –terció Shev, se deslizó delante de Javre mientras levantaba la palma de una mano para tranquilizarlos–. ¡Sólo un momento! Podéis mataros el uno al otro con mis bendiciones, pero si comenzáis a agitar en este puente vuestras enormes e impresionantes espadas, la probabilidad de que cortéis una de las sogas será enorme, y entonces no os habréis matado entre vosotros, sino que también me habréis matado a mí, y para eso no creo que pueda daros mis bendiciones.

–Tiene bastante sentido –dijo Whirrun, enarcando las cejas.

–Shevedieh puede ser una pensadora muy profunda –dijo Javre, asintiendo. Señaló el camino por donde habían llegado–. Volvamos a nuestro extremo para luchar.

Shev soltó una exclamación.

–O sea, que no quieres echarte a un lado para dejarle pasar, pero no te importa retroceder para luchar con él…

Javre parecía desconcertada.

–Por supuesto. Sólo estoy guardando las formas.

–¡Exacto! –dijo Whirrun–. Las formas lo son todo para una persona que respeta las buenas formas. Por eso tenemos que ir a mi extremo del puente para luchar.

A Javre le llegó el turno de entornar la mirada. Y era tan peligrosa entornándola como luchando, lo que ya es decir.

–Mejor el mío.
–Mi extremo –dijo Whirrun con un gruñido–. Insisto.
Shev se masajeó las sienes. Era un milagro que no las tuviese desgastadas por todo lo que se las había masajeado en los últimos años.
–¡Eh, so idiotas! ¿Es que vais a poneros a pelear para ver dónde queréis pelear? ¡Nosotras íbamos hacia allí! ¡Y él nos permite que sigamos nuestro camino! ¡Así que sigámoslo!
Javre entornó aún más los ojos. Ya eran, prácticamente, unas hendiduras azules cuando dijo:
–De acuerdo. Pero no creas, Shevedieh, que nos impedirás combatir.
–Lejos de mí el impedir un derramamiento de sangre –dijo Shev, suspirando casi sin fuerzas.
Con la punta hacia abajo, Whirrun encajó su gran espada en una fisura de las rocas y dejó que oscilara lentamente.
–Dejemos las hojas a un lado. El Padre de las Espadas no puede ser empuñado sin que haya derramamiento de sangre.
–¿Asustado? –le espetó Javre.
–No. La bruja Shoglig me reveló el momento y el lugar de mi muerte, y no es ni aquí ni ahora.
–Huh. –Javre dejó su espada en el suelo y comenzó, uno tras otro, a chasquear los nudillos estruendosamente–. ¿Y te dijo que yo te daría una patada tan fuerte que te cagarías encima?
–Ella predijo que me cagaría encima, pero eso fue por un guiso que estaba pasado y, de cualquier modo, sucedió hace ya tiempo. –El rostro de Whirrun adoptó una expresión contemplativa–. Fue el año pasado, cerca de Uffrith. Por eso llevo estos pantalones nuevos. –Se inclinó para mirarlos con una sonrisa de satisfacción y luego miró a Shev con el ceño fruncido–. Confío en que tu sirvienta se quedará al margen.
–¿Sirvienta? –le espetó Shev.
–Shevedieh no es mi sirvienta –explicó Javre.
–Gracias.
–Por lo menos es una secuaz. Quizá, incluso una socia.
–¡Somos compañeras! ¡Un dúo! –Shev se llevó las manos a las caderas.
–No. ¿Un dúo? No, no, no. –Javre reía.
–Sea lo que sea –dijo Whirrun– tiene pinta de ladrona. Espero que no me apuñale por la espalda.
–¡No te *preocupes* por eso! –le espetó Shev–. Créeme cuando te digo que lo menos que me apetece es seguir participando en esta estupidez. Y, en cuanto a lo del latrocinio, intenté dejar el negocio y abrir un fumadero, pero *mi compañera* aquí presente, ¡lo incendió!
–A lo más, socia –dijo Javre–. Y te recuerdo que fuiste tú la que tiró los carbones. En serio, Shevedieh, siempre estás buscando a alguien para echarle la culpa. Si algún día quieres ser la mitad de un dúo, tendrás que aprender a asumir las responsabilidades.
–¿Un ahumadero? –preguntó Whirrun–. ¿Te gusta el pescado?
–No, no –contestó Shev–. Bueno, sí, pero me refería a un fumadero, no es exactamente lo mismo… Déjalo. –Se dejó caer encima de una piedra y apoyó la barbilla en los puños.
–Si quieres que pongamos reglas… –Javre hizo una mueca mientras se remangaba

el busto–. ¿Qué tal si decimos que nada de golpes en las tetas? Los hombres no os dais cuenta de lo que duele.

–Bien. –Whirrun levantó una pierna para acomodar lo que tenía en la ingle–. Si evitas las pelotas. Estas malditas pueden ser un engorro.

–Es un diseño defectuoso –matizó Shev–. ¿No te lo dije? Un diseño defectuoso.

Javre se quitó la chaqueta y la tiró a la cabeza de Shev.

–Gracias –dijo ella mientras se la quitaba de la cabeza y de los hombros, que tenía empapados.

Javre levantó los puños y Whirrun asintió con la cabeza al ver sus articulaciones en tensión.

–Es indudable que tienes una figura impresionante –dijo mientras levantaba los puños a su vez y flexionaba sus leñosos músculos–. Pero no creas que eso hará que me apiade de ti.

–Bien. ¿Qué tal si te apiadas de la zona del pecho?

–Bueno, en eso habíamos quedado. –Whirrun enseñaba los dientes–. Quizá sea esta una batalla para ser cantada.

–Pues no creo que tú puedas cantarla sin dientes.

Intercambiaron unos cuantos golpes tremendamente rápidos. El puño de Whirrun se hundió entre las costillas de Javre con un ruido sordo, pero ella apenas se dio por enterada, lanzándole tres puñetazos y acertándole de lleno en la mandíbula con el último. Él ni siquiera se tambaleó, limitándose a dar rápidamente un paso atrás para volver a ponerse en guardia.

–Eres fuerte –comentó– para ser una mujer.

–Ya verás lo fuerte que soy.

Arremetió contra él con una virulenta ráfaga de golpes que sólo hirió el aire, mientras Whirrun cambiaba bruscamente de trayectoria, tan escurridizo como un pez en el agua, a pesar de su tamaño. Sonó como bofetadas cuando Javre, rechinando los dientes, paró los golpes de él con sus antebrazos, encajó un bofetón en la frente y agarró a Whirrun por un brazo. Entonces se arrodilló con una sola pierna y lo levantó por encima de su cabeza, pero él se enderezó tan deprisa como cuando Shev ejecutaba su número en aquella lejana feria, golpeó la hierba con el hombro, rodó por el suelo y se puso de pie, siempre sonriendo.

–Todos los días habría que aprender una lección nueva –comentó.

–Eres rápido –dijo Javre– para ser un hombre.

–Ya verás lo rápido que soy.

Se acercó a ella, hizo una finta por arriba, se agachó por detrás del talón que ella adelantaba y la agarró por la otra pantorrilla, levantándola sin esfuerzo para derribarla. Pero Javre ya había cerrado la pierna alrededor del cuello de él, arrastrándolo al suelo consigo. En un revoltijo de miembros, ambos cayeron al embarrado suelo, rodando por él con poca dignidad, retorciéndose mientras les chasqueaban los huesos, dándose de golpes y cayendo de rodillas, bufando y gruñendo.

–Esto es el infierno. –Shev emitió un largo quejido y observó la niebla–. Esto es… –entonces se detuvo, con el ánimo más bajo que nunca–. Eh, vosotros –musitó, levantándose lentamente–. ¡Vosotros dos!

–Estamos… –dijo Javre con un bufido mientras clavaba a Whirrun una rodilla en las costillas.

–Un poco… –dijo Whirrun con un bufido mientras le daba a Javre un cabezazo en

la boca.

–¡Atareados! –dijo Javre con un bufido mientras rodaban el uno encima del otro, metidos en un charco.

–Quizá deberíais parar –gruñó Shev. Unas figuras comenzaban a emerger de la bruma. Tres al principio. Luego cinco. En aquellos momentos eran siete, y uno de ellos iba a caballo–. Me parece que los agentes de Bethod ya han llegado.

–¡A mover el culo! –Whirrun se soltó de Javre, corriendo a coger su espada y poniendo la mano en la empuñadura en una postura imponente, solo empañada por un costado completamente desnudo y manchado de barro. Shev tragó saliva y dejó que la daga volviese a caer en la palma de su mano. La operación le llevó mucho más tiempo del que a ella le hubiese gustado.

El primero en salir de cuerpo entero de la niebla fue un chico de aspecto nervioso que no tendría más de quince años, el cual intentaba tender su arco con manos bastante temblorosas y apuntar con él a Whirrun. Luego apareció una selección de norteños con barbas impresionantes, siempre que a uno le gusten las barbas, lo cual no era el caso de Shev, y armados de una manera aún más impresionante, siempre que a uno le gusten las armas, lo cual tampoco era el caso de Shev.

–Buenas tardes, Flood –dijo Whirrun, soltando unas gotitas de sangre por su labio partido.

–Whirrun –dijo el que, según Shev, debía de ser el jefe, apoyándose en su lanza como si llevase mucho tiempo caminando.

Whirrun empezó a contar a los norteños con un dedo que iba de uno a otro, moviendo los labios mientras lo hacía.

–Son siete –dijo Shev.

–¡Ah! –dijo Whirrun–. Eso es, esta chica piensa muy deprisa. ¡Siete! Me conmueve que Bethod pueda prescindir de tanta gente por mí. Suponía que necesitaba a todos los hombres en esta guerra contra los sureños. Dicen que estoy chiflado, pero esa guerra… eso sí que es una locura.

–No puedo decir que disienta –dijo Flood, peinándose la barba con sus dedos sucios–, pero no soy yo quien lo decide.

–Algunos hombres no tienen los redaños que hacen falta para decidir.

–Y otros hombres sólo acaban cansándose de que sus decisiones siempre sean las peores. Whirrun, sé que ser difícil está en tu naturaleza, pero ¿podrías intentar no serlo durante un rato? Bethod es ahora el rey del Norte. No puede tener como súbditos a individuos que van a su aire.

–Yo soy Whirrun de Bligh –dijo Whirrun, hinchando de aire su considerable pecho–. Y siempre hago las cosas a mi aire.

–Oh, Dios –musitó Shev–. Es el Javre masculino. Javre, es como tú en hombre.

–La verdad es que se acerca bastante –confesó Javre casi a regañadientes, apartándose del pelo las cagarrutas de oveja que se habían pegado en él durante la pelea–. ¿Por qué sólo uno de vosotros va a caballo?

Los del Norte se miraron unos a otros como si aquella pregunta fuera una fuente de fricciones entre ellos.

–Hay una guerra –contestó de mala gana uno con los dientes podridos– y por eso no hay muchos caballos.

–Como si no lo supiera –dijo Shev, chanceándose–. ¿Crees que yo iría andando si pudiera evitarlo?

–Ese caballo es el mío –dijo Flood–, pero como Kerric tiene mal una pierna, se lo he dejado.

–Todos tenemos mal alguna pierna –rezongó un norteño enorme, que llevaba una barba exagerada y un hacha que aún lo era más.

–No creo que éste sea el momento de volver a abrir la discusión acerca de quién se lleva el caballo –le espetó Flood–. Bien saben los muertos que ya hemos discutido bastante este asunto ¿no os parece? –Y, con un gesto, comenzó a desplegar a los suyos a derecha e izquierda–. De cualquier modo, Whirrun, ¿quién diantre son estas mujeres?

Mientras Shev hacía girar sus ojos hacia arriba, Javre se hinchó antes de decir:

–Yo soy Javre, la Leona de Hoskopp.

–¿Y tu sirvienta? –Flood enarcaba una ceja.

Shev emitió un gemido de cansancio antes de decir:

–Oh, por…

–No es una sirvienta, sino una secuaz –dijo Whirrun–. ¿O será… secuaza? ¿Existe esa palabra?

–¡Compañera! –saltó Shev.

–No, no. –Javre disentía con la cabeza–. ¿Compañera? No.

–Realmente no importa –dijo Flood, que ya comenzaba a impacientarse–. La cuestión es que Bethod quiere hablar contigo, Whirrun, así que vendrás con nosotros aunque tengamos que hacerte daño…

–Un momento. –Javre acababa de levantar una de sus manazas–. Este hombre y yo estábamos en medio de resolver un desacuerdo anterior. Podréis hacer daño a lo que quede de él cuando yo haya terminado.

–Por los muertos. –Flood se apretó los ojos con el índice y el pulgar de la mano derecha y luego se los masajeó con fuerza–. Qué complicación. ¿Por qué será que las cosas siempre se complican?

–Créeme –dijo Shev, apretando con fuerza su cuchillo– si te digo que comprendo tu dolor. ¿Ibas a luchar contra él, por nada, y ahora vas a luchar *por* él, por nada?

–Resistiremos en este sitio adonde nos trajo la Diosa –dijo Javre con voz ronca mientras los nudillos se le ponían blancos donde agarraba su espada.

Flood lanzó un suspiro de exasperación antes de decir:

–Whirrun, no es necesario un derramamiento de sangre…

–Yo estoy con él –dijo Shev, levantando un dedo.

–… pero, realmente, no me dejáis muchas más opciones. Bethod te quiere delante de la silla de Skarling, vivo o muerto.

–Shoglig me indicó el momento de mi muerte –Whirrun enseñaba los dientes–, y este no es el lugar ni el…

Se disparó un arco. Era el de aquel chico al que le temblaban las manos, tan sorprendido como los demás por haber soltado la flecha. Whirrun la cogió. Se limitó a agarrarla en el aire, limpiamente.

–¡Aguarda! –exclamó Flood, pero ya era demasiado tarde. El hombre de la barba exagerada se dirigió a la carrera hacia Whirrun, rugiendo, babeando, moviendo su hacha. En el último instante, Whirrun giró lentamente el Padre de las Espadas para que el astil del hacha chocase con un estruendo metálico contra la vaina que resguardaba su hoja, y apuñaló al barbudo en el cuello con la flecha. El hombre se derrumbó en el suelo, gorgoteando.

En aquel momento ya todos gritaban.

Para ser alguien a quien no le gustaban las peleas, Shev fue a parar a donde había un montón de aquellos bastardos. Si había aprendido algo, era que uno tenía que hacer lo que tenía que hacer. Esfuérzate todo lo que puedas en negociar, pactar, posponer; pero cuando llegue el momento de combatir… no titubees. Y lanzó el cuchillo.

Si hubiera pensado sobre ello, se habría dado cuenta de que ya no quería cargar más su conciencia, y de que matar a un caballo no era tan malo como matar a un hombre. Y si lo hubiera pensado más, podría haber tenido en cuenta que el hombre había decidido estar en aquel lugar, mientras que el caballo no había decidido nada, por lo que, probablemente, el hombre se lo merecía más. Pero si se lo hubiera pensado aún más, podría haber tenido en cuenta que aquel hombre, posiblemente, no había decidido estar en aquel lugar más de lo que lo había decidido ella misma, sino que, como hace la corriente del río con la piedra que acaba en su ribera, la vida lo había arrastrado, dependiendo de su situación, de la gente que conocía, de su carácter y de su mala suerte, sin grandes probabilidades de cambiar nada.

Pero como la gente que pierde mucho tiempo pensando en combates no suele sobrevivir a ellos, Shev dejó los pensamientos para después y lanzó su cuchillo hacia el blanco más grande.

El cuchillo se clavó en los cuartos traseros del caballo, cuyos ojos se desorbitaron. Se encabritó, tropezó y se tambaleó, de suerte que Shev tuvo que apartarse del camino mientras el jinete tiraba desesperadamente de las riendas. El caballo corcoveaba y coceaba y, cuando la cincha se rompió y la silla se deslizó por su grupa, cayó de lado encima de su jinete; entonces puso fin abruptamente a su gemido de desesperación, para luego resbalar en el borde rocoso del cañón y desaparecer de la vista.

De esa manera, Shev tuvo que cargar en su conciencia con el caballo *y* el jinete. Pero la triste realidad era que sólo los vencedores lamentan lo que han hecho en una pelea, y Shev tenía ahora otras preocupaciones. A saber, el hombre con los dientes más asquerosos que jamás hubiera visto, cuya maza resultaba intimidante. ¿Por qué los enseñaba con una sonrisa burlona? Dios, si ella hubiera tenido aquellos dientes, habría sido necesaria una palanca para hacerla abrir los labios.

–Ven aquí –dijo él, gruñendo.

–Me parece que no –respondió Shev, siseando.

Se alejó como pudo, mientras sus talones hacían saltar la grava mojada y los chirridos, los golpes y el estrépito metálico del combate iban quedando atrás. Gateando, siempre gateando de un desastre a otro. Con frecuencia al borde de algún ignoto cañón, al menos en sentido metafórico, del que, como siempre, no conseguía apartarse del todo.

El guerrero de los dientes repugnantes la agarró por el cuello de la ropa con la mano que tenía libre, sacudiéndola con tanta fuerza que le arrancó la mitad de los botones, y empujándola hacia atrás de forma que su cabeza chocó contra la roca. Ella le apuñaló con el otro cuchillo que tenía, pero la hoja sólo raspó su cota de malla, y se le cayó de la mano. Un instante después, el puño del hombre se hundía en sus tripas y la dejaba sin aire con un quejido estremecedor.

–Ya te tengo –le dijo, gruñendo, a la cara, y su simple aliento casi le hace perder la consciencia. Levantó la maza.

–Detrás de ti… –Shev acababa de levantar un dedo para indicar un punto situado a la espalda del hombre.

–Si crees que voy a…

Se escuchó un ruido sordo y fuerte cuando el Padre de las Espadas lo rajó desde un hombro hasta las tripas, liberando tantas vísceras en la cara de Shev como si le hubieran

arrojado un cubo lleno de ellas.

–¡Arrgggh! –Shev se deslizó por debajo de la carcasa de aquel hombre, intentando librarse a patadas de aquellos despojos de matadero, que la habían caído encima–. ¡Por Dios! –gimoteó, gateando, temblando y escupiendo, con la ropa empapada en sangre, los cabellos chorreándole sangre, la boca, los ojos y la nariz llenos de sangre–. ¡Oh, Dios!

–Mira el lado bueno de las cosas –decía Whirrun–. Al menos no es la tuya.

Los hombres de Bethod estaban esparcidos por la hierba enfangada, despedazados, retorcidos, desangrándose. El único que aún se mantenía en pie era Flood.

–Un momento, escuchad… –dijo, lamiéndose los labios y levantando la lanza mientras Javre caminaba hacia él–. No quería que las cosas llegasen a ese extremo…

Ella sacó la espada de su vaina, y Shev retrocedió cuando dos borrones de luz cegadora pasaron ante su vista. La parte superior de la lanza de Flood cayó al suelo, y luego la inferior, de suerte que él se quedó agarrando un palo tan grande como los pies de Shev. El hombre tragó saliva, tiró el palo al suelo y levantó las manos.

–Ahora vuelve con tu amo, Flood –dijo Whirrun–, y agradece a los muertos la buena suerte que ha guiado tus pasos. Dile que Whirrun de Bligh sólo baila a la música que él mismo toca.

Con los ojos tan abiertos como platos, Flood asintió y comenzó a retroceder.

–¡Y si ves por ahí a Curnden Craw, dile que no he olvidado que me debe tres gallinas!

–¿Gallinas? –musitó Javre.

–Una deuda es una deuda –dijo Whirrun, apoyándose indolentemente en el Padre de las Espadas, con su pálido cuerpo desnudo, que ahora estaba salpicado de sangre y de barro–. Hablando de lo cual, nosotros todavía tenemos un negocio pendiente.

–Lo tenemos. –Con los labios fruncidos, como si cavilase, miró lentamente a Whirrun de arriba abajo. Era una forma de mirar que Shev ya conocía de antes, y sintió que el ánimo se le hundía aún más, siempre que eso fuera posible–. Pero ahora se me está ocurriendo otra forma de zanjarlo.

–Ah… Ah… Ah…

Shev se arrodilló, temblando, al lado de un charco de agua de lluvia enfangada, murmurando todas las maldiciones que conocía, peleándose con un jirón de la camisa de uno de los muertos para limpiarse las vísceras que tenía entre las tetas e intentando desesperadamente no escuchar los gruñidos guturales de Javre que salían por detrás de la roca. Era como no querer enterarse de que alguien te está metiendo unos clavos por la cabeza.

–Ah… Ah… Ah…

–Esto es el infierno –dijo entre dientes, mientras observaba su propio reflejo manchado en aquel charco fangoso y ensangrentado–. Esto es el infierno.

¿Qué había hecho ella para merecer estar allí? Abandonada en aquel lugar sin amor, sin luz, desolado. Un lugar salado por las lágrimas de la gente honrada, como su madre solía decir. La cabellera se pegaba a su cara húmeda y fría como las malditas algas a un bote podrido. Tenía la piel tan irritada que su carne de gallina apenas se diferenciaba de la que dejaba el eczema. La nariz le goteaba sin parar, enrojecida de tanto limpiársela. Su hundido estómago rugía. El magullado cuello le latía. Los pies llenos de ampollas le dolían. Sus marchitos sueños se desmoronaban. Los…

–Ah… Ah… Ah… –El gruñido de Javre estaba subiendo de volumen, y a él vino a unirse un berrido largo y monocorde que procedía de Whirrun:

–Rrrrrrrrrrrrrr…

Shev se encontró preguntándose qué habían ido a hacer allí, y se dio una palmada en la sien, como si así pudiera eliminar aquel pensamiento. ¡Tenía que concentrarse en sentir lástima de sí misma! ¡En pensar en todo lo que había perdido!

El fumadero. Bueno, eso no había sido tan importante. Sus amigas de Westport. Bueno, lo cierto era que ni a una sola de ellas le habría confiado un cobre. Severard. No había duda de que, por más que aquello le hubiera trastornado, estaría mucho mejor con su madre en Adua. Carcolf. ¡Maldición, Carcolf la había traicionado! Pero, ¡Dios, que caderas! ¿Cómo podía enfadadarse con alguien que tenía unas caderas como las suyas?

–Ah… Ah… Ah…

– Rrrrrrrrrrrrrr…

Se deslizó dentro de su camisa, la cual, después de sus esfuerzos por lavarla, había dejado de ser una simple camisa ensangrentada para convertirse en una camisa ensangrentada, sucia y empapada de agua helada. Se estremeció de disgusto mientras se secaba la sangre de los oídos, la nariz, las cejas.

¿Acaso no hacía pequeños favores a la gente siempre que le era posible? ¿Unos cobres para los mendigos cuando podía permitírselo y ese tipo de cosas? En cuanto a lo demás, ¿no había tenido siempre buenos motivos? ¿O sólo eran simples excusas?

–Oh, Dios –dijo para sí, apartando de su cara aquellas greñas pringosas.

La horrible realidad era que no se encontraba peor de lo que se merecía. Posiblemente, mucho mejor. Si eso era el infierno, ella se lo había ganado a pulso. Respiró profundamente y soltó el aire haciendo ruido.

–Ah… ah… ah…

–Rrrrrrrrrrrrrr…

Miró hacia el puente con los hombros hundidos.

Se detuvo con el ánimo más por los suelos que nunca. Justo a la altura de sus pies llenos de ampollas.

–Vosotros –musitó Shev, manoseando los botones de su camisa–. ¡Eh, vosotros dos!

–Estamos… –era la voz estrangulada de Javre.

–Un poco… –dijo Whirrun con un gemido.

–¡Atareados!

–¿Podéis dejar de follar? –gritó Shev, sacando un cuchillo y ocultándolo detrás del brazo. Entonces se dio cuenta de que había metido los botones por los ojales equivocados, porque una parte de la camisa la llevaba colgando, y como estaba mojada se le pegaba a la pierna. Pero ya era un poco tarde para arreglarlo. Porque nuevas figuras salían de la niebla. Desde el puente. Primero una. Luego dos. Tres mujeres en total.

Unas mujeres altas que caminaban contoneándose de la misma manera que Javre. Esa manera de contonearse que no dejaba duda acerca de quiénes eran las que mandaban en el sitio por donde pisaban. Las tres llevaban espadas. Las tres miraban con sonrisas altaneras. Las tres, de eso ya no tenía duda Shev, eran Templarias de la Orden Dorada, y venían para detener a Javre por orden de la Suma Sacerdotisa de Thond.

La primera tenía los cabellos negros recogidos en una larga diadema hecha con hilo de oro y unos ojos viejos en su rostro joven. La segunda tenía una gran cicatriz, sin duda de una quemadura, que le recorría una mejilla y parte del cuero cabelludo, y había perdido una oreja. La tercera, que llevaba muy corta la roja cabellera, entornaba una mirada de ojos socarrones al observar a Shev de arriba abajo.

–Estás muy… *mojada* –comentó.

–Es el Norte –replicó Shev, tragando saliva–. Todo está un poco húmedo.

–Maldito Norte –dijo la de la cicatriz, escupiendo–. No hay caballos por ningún sitio.

–Ni pagando con dinero ni con amor –dijo la pelirroja– y créeme, lo hemos intentado de las dos maneras.

–Quizá sea la guerra –sugirió la morena.

–Es el Norte. Siempre hay alguna guerra.

Whirrun suspiraba profundamente cuando surgió, desde la parte posterior de la roca, abrochándose el cinturón.

–Aunque esta conversación suponga un claro ataque a nuestro modo de vida, creo que no puedo censurárselo. –Y, apoyando el Padre de las Espadas en uno de sus hombros, se colocó al lado de Shev.

–No eres tan gracioso como te crees –dijo la de la cicatriz.

–Lo cierto es que pocos de nosotros –replicó Shev– somos tan graciosos como creemos.

Javre salió de la parte posterior de la roca, y las tres mujeres se agitaron, nerviosas, al verla. Las sonrisas altaneras se mudaron en ceños fruncidos. Las manos reptaron hacia las armas. Shev podía sentir la violencia acercándose, tan imparable como el día y la noche que se suceden; por eso agarró con fuerza aquel cuchillo suyo tan insuficiente. Con todas las peleas en las que había estado metida, ya era hora de que hubiera aprendido a usar una espada. O quizá una lanza. Podría parecer más alta con una lanza, pero entonces tendría que llevar aquel maldito chisme consigo. ¿Qué tal algo con una cadena, que abultara muy poco al enrollarse?

–Javre –dijo la de la diadema.

–Sí. –Javre dedicó a las mujeres aquella mirada suya de luchadora. Aquella mirada descuidada que parecía decir que les había tomado la horma al instante y que no se sentía impresionada por ellas.

–Así que estás aquí.

–¿Y en qué otro sitio podría estar más que en el que estoy?

La morena levantó su esbelta mandíbula al preguntar:

–¿Por qué no haces las presentaciones?

–Me parece demasiado esfuerzo, teniendo en cuenta que pronto os habréis marchado.

–Dame ese capricho.

–Os presento a Golyin, Cuarta de las Quince –dijo Javre, suspirando–. Antaño, buena amiga mía.

–Me gusta pensar que aún sigo siéndolo.

–¿Acaso una buena amiga persigue a la que, según ella, es su amiga por todo lo largo y ancho del Círculo del Mundo? –dijo Shev con un bufido y luego, recobrando el aliento, añadió–: Por no mencionar a la compañera de su buena amiga.

Los ojos de Golyin fueron lentamente al encuentro de los de Shev, y había tristeza en ellos.

–Sí, si esa buena amiga ha jurado hacerlo. Quizá en los buenos tiempos, esa amiga se hubiera lamentado de que el mundo fuera de esta manera, retorciéndose las manos y pidiendo a la Diosa que la guiara, pero, a pesar de todo… –suspiró profundamente–, lo habría hecho. Javre, tendrías que haber sabido que antes o después te atraparíamos.

Cuando Javre se encogió de hombros, sus articulaciones se contrajeron

involuntariamente.

–En ningún momento he querido esconderme demasiado. Tus problemas comenzarán en cuanto intentes capturarme –dijo, y después saludó con la cabeza a la que tenía la cicatriz que, lenta, tranquila y silenciosamente tomó el camino que bordeaba la cumbre del cañón situado a la derecha de todas ellas–. Os presento a Ahum, Undécima de las Quince. ¿Te sigue doliendo la cicatriz?

–Me aplico una loción anestésica –respondió, torciendo el labio–. Y ahora soy Novena.

–Y dentro de poco, Simpena. –Javre enarcó una ceja mientras miraba a la pelirroja que se acercaba a ellas por la izquierda–. A ella no la conozco.

–Soy Sarabin Shin, Decimocuarta de las Quince, y los hombres me llaman…

–No me importa –dijo Javre, interrumpiéndola–. Os ofrezco las dos opciones que di a Hanama, a Birke, a Weylen y a las demás. Volved al lado de la Suma Sacerdotisa y decidle que no seré esclava de nadie. Jamás. De lo contrario, veréis mi espada.

Se escuchó el ya familiar chasquido de las articulaciones cuando Javre enderezó sus hombros, para luego, adoptando una postura más estable, levantar en su mano izquierda aquel hato con forma de espada.

–Siempre has sido muy melodramática, Javre –decía Golyin, chupándose los dientes–. Preferiríamos que volvieses con nosotras antes que matarte.

–Podría jurar que ya hemos tenido antes esta misma conversación –dijo Whirrun con una risita.

–Así es –aseveró Javre–, y esta vez terminará igual que la otra.

–Esta mujer es una asesina, una perjura y una fugitiva –dijo Golyin.

–¡Bah! –Whirrun se encogió de hombros–. ¿Y quién no?

–Amigo, no tiene ninguna necesidad de morir en este sitio –dijo Sarabin Shin, adoptando su posición de combate agazapada.

–A la hora de morir, cualquier sitio es tan bueno como los demás –dijo Whirrun, volviendo a encogerse de hombros–, y estas señoras me echaron una mano en una situación desagradable. –Con la empuñadura de su espada, señaló los seis cadáveres diseminados por aquel terreno enfangado–. Como mi amigo Curnden Craw suele decir, es de bien nacidos ser agradecidos.

–Quizá no tarde en descubrir que esta situación también puede resultar desagradable, pero de otra índole –afirmó la de la cicatriz mientras desenvainaba su espada. Su hoja humeaba de una manera tan profundamente antinatural como inquietante, y su metal relucía con la blancura de la escarcha.

Whirrun se limitó a sonreír cuando, sacando su enorme espada por detrás del hombro, comentó:

–Tengo una canción para cada momento.

Las otras dos mujeres desenvainaron sus aceros. La oscura hoja curvada de Golyin parecía estar hecha de sombra, pues fluctuaba y se retorcía tanto que era imposible localizar su silueta. Sharabin Shin sonrió a Shev cuando levantó su propia espada, larga, estrecha y tan al rojo vivo como si acabara de salir de la forja. Aunque Shev odiase las espadas, sobre todo las que iban dirigidas contra ella, había visto muy pocas que le gustaran tan poco como aquella.

Levantó la mano que no empuñaba el cuchillo y dijo:

–Chicas, por favor. –Estaba dispuesta a rogar–. ¡Por favor! Esto no puede salir bien. Si luchamos, alguien morirá. El que muera lo perderá todo. Los que ganen no estarán mejor

que ahora.

–Qué cosita tan mona –dijo la de la cicatriz.

–Bueno, es agradable que…–Shev se echó un mechón ensangrentado hacia atrás de la oreja.

–Pero habla demasiado –dijo Golyin–. Matémoslos.

Shev lanzó su cuchillo. Sarabin Shin desenvainó su espada y lo desvió hacia un lado, de suerte que, con un quejido, el arma se perdió en la niebla mientras la mujer cargaba contra ella, gritando.

Shev rodó, gateó, se agachó, esquivó y se lanzó en plancha mientras la ardiente hoja cortaba el aire que la rodeaba, transmitiendo a su piel su tremendo calor. Daba volteretas mucho más impresionantes que cuando trabajaba en aquella feria ambulante, mirando con el rabillo los destellos de la espada de Javre mientras combatía con Golyin, al tiempo que resonaba en sus oídos el ruido metálico de los golpes que intercambiaban Whirrun y Ahum.

Shev lanzó todos los cuchillos que tenía, que debían de ser unos seis, y después comenzó a buscar cualquier cosa que estuviese a mano, porque, después de su encuentro anterior, habían quedado en el suelo gran número de armas, armaduras y pertrechos.

Sarabin Shin esquivó una maza lanzada a toda prisa y luego un hacha; después, con una vaharada, partió en dos una cantimplora y, siseando con desprecio, evitó una bota.

El único punto que Shev pudo apuntarse se lo ofreció el casco rajado de un norteño que, al impactar en una de las cejas de Shin, le hizo un pequeño corte. Pero eso no hizo más que aumentar las ganas que la otra tenía de acabar con ella.

Shev terminó por usar la caída silla de montar a modo de escudo, desviando con ella los golpes a la desesperada, mientras su contrincante, que no dejaba de gritar, iba tallando la silla con cada golpe humeante que le asestaba, de suerte que Shev terminó defendiéndose con un pequeñísimo fragmento de cuero que, tras un golpe final, se convirtió en dos trozos llameantes del tamaño de un puño. Entonces agarró a Shev por el cuello de la camisa y se la acercó con una fuerza casi increíble, aproximando la hoja humeante a su rostro.

–¡Ya no huirás más! –exclamó entre dientes, echando su espada hacia atrás antes de darle el golpe final.

Shev cerró los ojos con fuerza, esperando por segunda vez en el transcurso del mismo día, y a pesar de su mala fortuna y de todo lo que había tenido en su contra, poder llegar al cielo aunque fuese arrastrándose.

–¡Suelta a mi *compañera*! –dijo Javre con un chillido de furia.

Aun con los párpados cerrados, percibió un destello cegador. Entonces se apartó con un resuello. Tras un siseo, algo caliente rozó con suavidad el rostro de Shev. A continuación, la mano que la agarraba por el cuello de la camisa se apartó, y ella pudo escuchar un golpe sordo contra el suelo.

–Bueno, ya está –dijo Whirrun.

Shev abrió un ojo a duras penas y miró hacia abajo a través del lustroso reguero de sangre que la espada de Javre había dejado encima de sus ojos. El cadáver decapitado de Sarabin Shin yacía a su lado.

–Por Dios –musitó, rígida por el horror, con la ropa empapada en sangre, los cabellos chorreándole sangre, la boca, los ojos y la nariz llenos de sangre. Otra vez–. ¡Oh, Dios!

–Mira el lado bueno –dijo Javre, que acababa de enfundar su espada en aquella vaina destrozada–. Al menos no…

–¡A la mierda el lado bueno! –exclamó Shev–. ¡Y a la mierda el Norte, y a la

mierda vosotros, pareja de lunáticos en celo!

–Que yo esté loco no es ninguna revelación –dijo Whirrun, encogiéndose de hombros–. Se me conoce por serlo. Me llaman «el Tarado» porque es un hecho que ando mal de la cabeza–. Empujó con la puntera de una bota el cadáver de Ahum, que había quedado boca abajo cerca de él y chorreaba sangre–. Pero de todas formas me doy cuenta de que estas Templarias de la Orden Plateada…

–Dorada –le corrigió Javre.

–Como se llamen, no pararán hasta dar contigo.

–Tienes razón. –Javre asentía mientras miraba los cadáveres de los agentes del rey del Norte–. Lo mismo que Bethod, que no se cansará de perseguirte.

–No tengo ningún asunto urgente –dijo Whirrun–. Quizá podríamos ayudarnos el uno al otro en lo que concierne a nuestros enemigos.

–Dos espadas son mejor que una. –Pensativa, Javre se daba golpecitos en los labios con el extremo del índice–. Y podríamos follar un poco más.

–Ya se me había ocurrido –confesó Whirrun con una mueca–. Esto estaba comenzando a ponerse interesante.

–Maravilloso. –Shev hizo una mueca al intentar sonarse la sangre de la nariz–. ¿Puedo votar?

–Los secuaces no votan –dijo Javre.

–Y aunque pudieras –añadió Whirrun, encogiéndose de hombros a modo de disculpa–, nosotros somos dos. Te ganaríamos.

Shev echó la cabeza hacia atrás para contemplar aquel cielo inclemente de color gris acero y comentó:

–Ahí está el problema con la puta democracia.

–¡Aprobado! –Whirrun aplaudió e hizo una cabriola infantil de entusiasmo–. ¿Follamos ahora o…?

–Pongámonos en marcha mientras aún quede un poco de sol. –Javre se quedó mirando el cadáver de su vieja amiga Golyin y luego miró hacia el oeste–. Hay un largo trecho hasta Carleon.

–Primero iremos a Thond –dijo Whirrun, frunciendo el ceño–, para pagar la deuda que te debo.

–Ni hablar. –Javre hinchó el pecho mientras se volvía hacia él–. Primero resolveremos lo de Bethod.

Con un suspiro de infinito fastidio, Shev se dejó caer al lado del charco, se quitó los andrajos ensangrentados que había llevado hasta entonces y los escurrió.

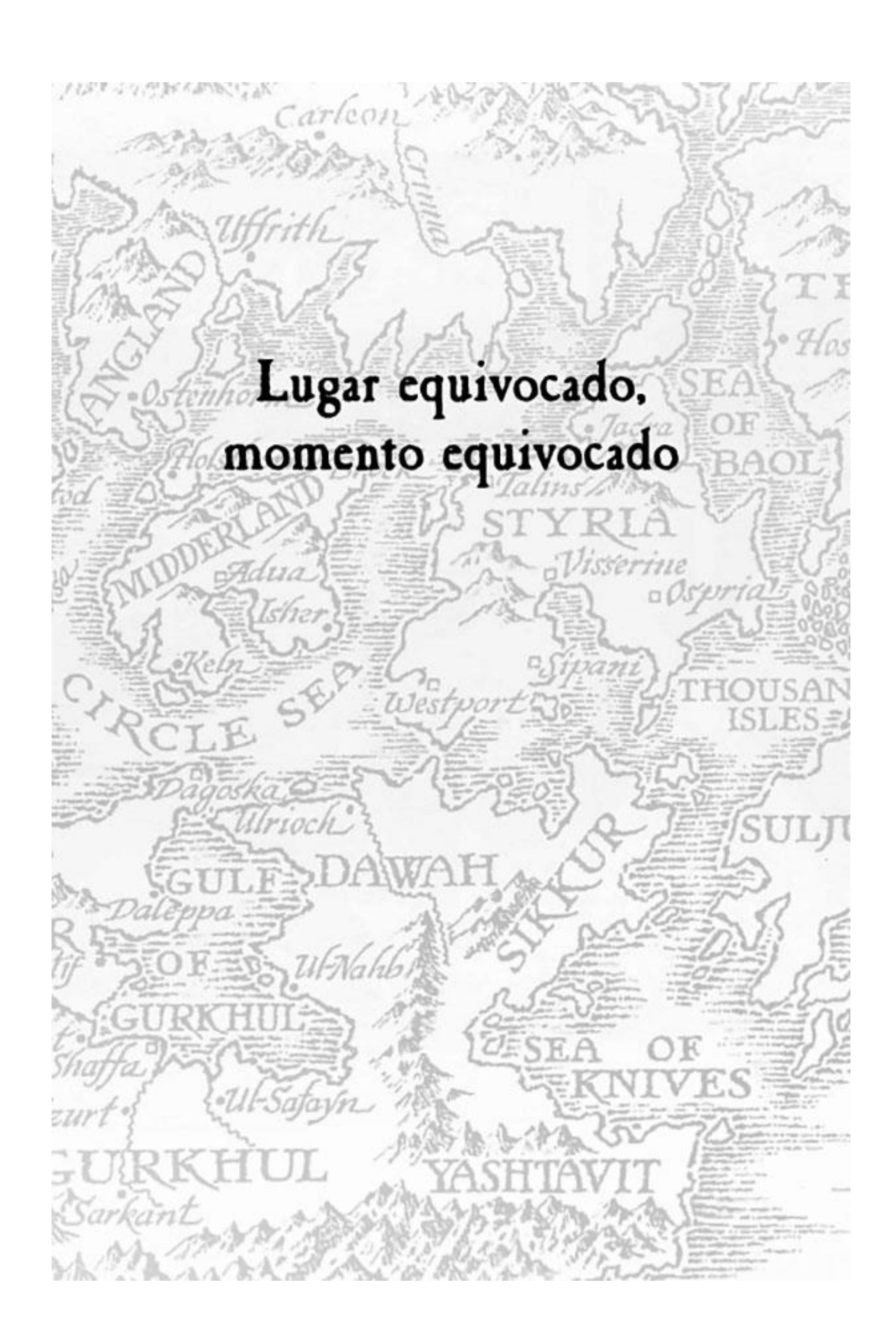
–Debo insistir –dijo Whirrun, gruñendo.

–Yo también –repitió Javre, gruñendo.

Y, como de común acuerdo, ambos se agarraron y cayeron al suelo, peleándose, gruñendo, siseando, dándose de golpes, retorciéndose.

–Esto es el infierno –. Shev se cogía la cabeza con ambas manos–. Esto es el infierno.

Lugar equivocado, momento equivocado



Estiria, primavera de 580

Canto Silvine se terminó la rebanada de pan con miel que tomaba por la mañana, se chupó el dedo con el que solía rebañar las migas del plato y sonrió mientras lo lamía hasta dejarlo limpio. La tranquila alegría de la rutina. La rutina era algo a lo que Mauthis era muy aficionado. Canto intentaba aficionarse a las mismas cosas a las que se aficionaban los poderosos. Pensaba que así podría llegar a convertirse en uno de ellos. Por lo demás, no se le ocurría ninguna otra manera de conseguirlo.

Frunció el ceño al descubrir la gotita de miel que le había caído en la manga. Maldición. A Mauthis eso le fastidiaría un poco, porque la pulcritud era crucial para él, pero si perdía tiempo pensando en lo que tenía que hacer, llegaría tarde. Y una de las cosas que, por encima de todo, Mauthis odiaba en un empleado era que se retrasara. Así que allí estaba él, intentando desesperadamente no hacer ruido cuando las patas de su silla rechinaron de una manera atroz al moverse en el suelo desigual.

–¡Cantolarus! –La voz de Mimí, que le llegaba amortiguada desde la habitación contigua, le sobresaltó. Sólo su madre lo llamaba con su nombre completo. Sólo su madre, y su esposa antes de darle una reprimenda. Entonces entró silenciosamente en la habitación con su hijo en brazos y la mirada seria, esa ligera arruga entre las cejas que tanto le había gustado a él antes de que se casaran y que no tardó en perder su atractivo durante los meses siguientes. Aquella arruga apareció por vez primera cuando ella le dijo cómo sería su vida en común después de casarse. Luego se reproduciría cada vez que ella le recordara cuán lejos estaba su vida actual de aquella otra que habían convenido.

–¿Sí, amor mío? –dijo él con un tono que intentaba tanto quitar dramatismo a la situación como tranquilizarla, pero sin conseguir lo uno ni lo otro.

–¿Cuánto tiempo crees que seguiremos aquí?

–¡Bueno, pues, ciertamente, hasta que vuelva del trabajo! –respondió con una risita nerviosa.

Ella no le imitó. Más bien acentuó aquella arruga. Un fuerte estruendo sonó en el techo, seguido por el parloteo de gente que hablaba en voz alta arriba; Mimí levantó la vista. Qué mala suerte que aquellos bastardos comenzaran justo a discutir en ese preciso momento. Si Canto hubiera sido la mitad de hombre de lo que debía ser, habría subido para tener unas cuantas palabras con ellos. Eso era lo que solía decirle Mimí. Pero Canto no era ni medio hombre. Eso también solía decírselo Mimí.

–Se suponía que sería algo temporal –dijo ella mientras su hijo lanzaba un gemido, como si quisiera que Canto se sintiese aún más culpable y apesadumbrado.

–Lo sé, y lo es, ¡lo es!, pero aún no podemos permitirnos algo mejor. Mi sueldo no llegaría…

–Pues una de dos: o te suben el sueldo o te buscas otro trabajo mejor remunerado. –La arruga se hizo mayor–. Ahora eres padre, Cantolarus. Tienes que exigir lo que te mereces. En eso tienes que comportarte como un *hombre*.

–¡*Soy* un hombre! –dijo de la manera más chillona y afeminada posible. Luego añadió con voz más profunda–: Me van a dar un ascenso. Mauthis me lo ha prometido.

–¿Te lo ha prometido?

–Te lo acabo de decir. –Lo cierto era que Mauthis llevaba tres meses sin hablar directamente con él, y la última vez que le dirigió la palabra sólo fue para informarle fríamente del pequeño error que había cometido en uno de sus cálculos.

El ceño fruncido de Mimí, que hasta entonces sólo había denotado ira, acababa de

dar paso a la sospecha, y Canto lo consideró una victoria, por más que no lo fuera.

–Es lo mismo que te ha dicho en otras ocasiones –dijo con un tono desagradable, levantando un poco a su hijo. Realmente era un bebé enorme–. Y no ha pasado nada.

–Esta vez sí que pasará, amor mío. Confía en mí. –Era lo que siempre le decía. Pero era más fácil mentir que tener una conversación incómoda. Mucho más fácil. Afortunadamente, su hijo escogió aquel instante para lloriquear y darle un tirón al camisón de su madre, y Canto lo aprovechó–. Tengo que irme. Ya llego tarde.

Ella ladeó la cara, quizá esperando un beso, pero a él se le habían quitado las ganas. Además, afortunadamente, su hijo se removía porque quería comer. Así que enarboló una sonrisa de circunstancias, salió al mohoso descansillo y empujó la puerta, que rechinó.

Cuando los problemas quedan atrás es como si hubieran terminado por resolverse.

¿O no?

Canto cerró de golpe el libro mayor y abandonó a toda velocidad su escritorio, esquivando a un comerciante acomodado y a su guardaespaldas mientras se movía entre la multitud.

–¡Señor! ¡Señor! ¿Me permite…?

La fría mirada de Mauthis revoloteó sobre él como la del usurero sobre los muebles de un muerto.

–¿Sí, Silvine?

–Ehh… –Canto se quedó desconcertado y se ruborizó ligeramente de placer por el simple hecho de que Mauthis le reconociera. Además, aquel día hacía tanto calor en el vestíbulo del banco, que se sentía muy aturdido. Su boca se adelantó a su cerebro al preguntar–: ¿Sabe cómo me llamo señor…?

–Sé cómo se llaman todos los hombres y mujeres que trabajan para la Banca Valint y Balk de Estiria. Y conozco sus nombres, sus puestos y sus salarios. –Entornó la mirada de manera imperceptible–. Y no me gustan los cambios en ninguno de ellos. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Bueno, señor, la cuestión es que… –Canto tragó saliva. Era como si los sonidos que le rodeaban le distrajeran. Las plumas de los escribientes garabateando sobre el papel y su roce en el tintero; los susurros sobre números, precios y porcentajes; el libro mayor que se cerraba de golpe, haciendo tanto ruido como una puerta. A fin de cuentas, los nervios, sólo los nervios. Escuchó la voz de Mimí: *En eso tienes que comportarte como un hombre*. Pero ahora todos le miraban, los empleados más antiguos, que sujetaban sus libros, y dos comerciantes con abrigos de piel cuya conversación, en aquel momento era consciente de ello, había interrumpido. *Compórtate como un hombre*. Se metió un dedo por el cuello de la camisa, para ver si así le entraba un poco más de aire–. La cuestión es que…

–El tiempo es dinero, Silvine –dijo Mauthis–. No tendría que explicarle a usted que la Banca Valint y Balk no ve con agrado que se derroche el dinero.

–La cuestión es que…–De repente, sintió que la lengua le abultaba el doble de lo normal. La boca le sabía rara.

–¡Apártense para que corra el aire! –exclamó alguien desde el rincón, y Mauthis enarcó las cejas, perplejo. Luego sintió un dolor.

–La cuestión…

Mauthis se dobló en dos como si acabase de recibir un directo en el estómago. Canto retrocedió rápidamente un paso hacia atrás y, por alguna razón, casi se le dobló una rodilla. Hacía mucho calor en el vestíbulo del banco. Como en aquella fundición que en cierta ocasión visitó con su padre.

–¡Pónganlo boca arriba! –Las palabras reverberaban desde la parte posterior del vestíbulo. Todo el mundo observaba lo ocurrido sin apartar la vista. Rostros atentos, fascinados, asustados.

–¿Señor? ¿Señor? –Uno de los empleados más antiguos cogió a su jefe por un codo y lo llevó lentamente hacia el suelo. Mauthis levantó un brazo tembloroso y señaló con un dedo huesudo a una mujer que se encontraba entre el gentío. Una mujer pálida, cuyos ojos brillaban con ardor bajo una negra cabellera.

–Mah –dijo, boqueando–. Mah…

Comenzó a caer al suelo, desmadejado. A Canto le preocupaba la idea de que aquello, claramente, no siguiese ninguna rutina. Mauthis siempre había sido un maniático de la rutina. El súbito e incomodísimo acceso de tos que le asaltó, le obligó a agacharse.

–¡Socorro!

–¡He dicho que dejen que corra el aire!

Pero no había aire. Nada de aire en aquella estancia. Canto cayó lentamente de rodillas mientras se desgarraba el cuello de la camisa. Demasiado apretado. Apenas podía respirar.

Mauthis yacía inmóvil, con una espuma rosada que le salía a borbotones de la boca, los ojos abiertos como platos, mirando sin ver a la mujer de negra cabellera que le devolvía la mirada. ¿A quién iba a pedirle Canto ahora el aumento de sueldo? Pero quizá no fuera la cosa más importante de la que tuviese que preocuparse en aquellos momentos.

–¡La peste! –exclamó alguien. Un escritorio que se volcó. La gente empezó a correr de un lado a otro. Canto agarró a alguien, pero con dedos que ya no tenían fuerza. Una rodilla le alcanzó en la espalda y le tiró al suelo, aplastándole la cara contra las baldosas; la boca llena de sangre con sabor a sal.

Intentó levantarse, pero apenas podía moverse, tenía rígido todo el cuerpo y temblaba, como si todo él fuese un enorme calambre. Pensó que ya era hora de gritar, pero sólo consiguió un gorgoteo lleno de babas. Mimí tenía razón. Incluso en aquellos momentos, sólo era medio hombre.

Vio pies apresurados, pies que se arrastraban. Una mujer gritaba al caer a su lado, y el sonido de su grito reverberó como si saliese de un largo túnel.

Todo comenzó a difuminarse.

Entonces, con angustia, comprobó que ya no podía respirar.

Sipani, primavera de 580

–No me gusta nada la pinta de esa gente –musitó Onna, frunciendo el ceño mientras los actores bailan y se mueven con arrogancia o con indolencia por el patio de la Casa del Placer de Cardotti.

Cuando se lleva algún tiempo en este trabajo, se sabe enseguida si algo no va bien. Si la gente es dada a la violencia. Por supuesto que no se puede evitar alguna que otra sorpresa desagradable. En lo concerniente a sorpresas desagradables, pocos trabajos son peores. Pero, si se es sensato, bastará con hacer caso a las propias tripas… Y en ese momento las de Onna sufrían retortijones.

Aunque llevaran máscaras doradas y disfraces divertidos, en todos ellos había algo que estaba *fuera de lugar*. Una mandíbula contraída en una cara mal afeitada. Unos ojos que miraban sospechosamente de soslayo a través de los agujeros de una máscara. Una mano con los nudillos llenos de cicatrices, que se cerraba y se abría y se volvía a cerrar, una y otra vez.

–No me gusta para nada la pinta de esa gente. –Onna meneaba la cabeza.

Merilee expulsó una bocanada del apestoso humo de *chagga* y se pasó la lengua por los dientes, comentando:

–Si buscas hombres que te gusten, deberías tener otra profesión distinta a la de puta.

Jirry dejó por un momento de limarse las uñas para obsequiarles con una de aquellas risitas suyas que dejaban al descubierto sus dientes puntiagudos. Esas risitas se le daban muy bien.

–Se supone que somos anfitrionas –dijo Onna.

–Pues claro que lo somos. –Merilee era capaz de imprimir tanto sarcasmo en su voz que casi hacía daño al oído–. Anfitrionas que follan.

–No tienes por qué ser tan desagradable. –Jirry lanzó otra risita, y Onna suspiró.

–Es cierto. –Merilee dio otra calada a la pipa y dejó que el humo se le enroscase en la nariz–. Pero he descubierto que sirve de ayuda. Ser tan recatada como eres no te hará ningún bien. Si sólo quieres cosas agradables, sigue leyendo ese libro tuyo.

Onna hizo un mohín. Tenía que admitir que no hacía grandes progresos con la lectura. Era una historia grandilocuente acerca de una chica de servicio hermosa, a la que acosaban, pero Onna estaba segura de que terminaría llevando una vida desahogada en compañía del guapísimo hijo menor del duque. Cuanto más dura es la vida que una lleva, más necesita las fantasías agradables… Pero a lo mejor Merilee tenía razón, y las mentiras bonitas sólo servían para que la desagradable realidad resultase aún peor. De cualquier modo, ella era demasiado recatada para hablar de aquella cuestión. Siempre lo había sido. Y ser demasiado recatada no le hacía ningún bien.

–¿Quiénes son esas dos? –preguntó Jirry, señalando con la cabeza a una pareja de mujeres que Onna no había visto nunca y que acababan de deslizarse silenciosamente en la estancia, enmascaradas y ataviadas para la fiesta. Sin saber por qué, la manera en que la morena levantaba la mandíbula le puso nerviosa a Onna. Eso y también que, cuando una de sus piernas se deslizó fuera de su falda, le pareció ver que una larga cicatriz roja le recorría el muslo.

Hay que tener cuidado con las anfitrionas desconocidas. Porque las anfitrionas desconocidas atraen a invitados desconocidos. Onna meneó la cabeza, diciendo:

–Tampoco me gusta la pinta de esa gente.

Merilee se quitó la pipa de entre los dientes el tiempo suficiente para decir con un gruñido, mientras miraba al cielo:

–Joder, sálvanos.

–Señoras. –El tipo con el bigote encerado y un sombrero de copa que acababa de sacar un pañuelo chillón de uno de sus bolsillos, hizo una reverencia muy elaborada. Los ojos que se ocultaban tras la máscara, adornada con partículas de vidrio, brillaron durante un instante. Un brillo desagradable–. Es un gran honor –añadió, marchándose muy ufano, aunque temblando ligeramente. Un bebedor, pensó Onna.

–Viejo capullo atontado –murmuró en norteño Merilee, antes de volver a ponerse la pipa entre los dientes.

Onna se recolocó su máscara y se ajustó el corpiño, metiendo los dedos en los sobacos y dando un tirón hacia arriba. Por mucho que pidiera a alguna de las chicas que se lo apretara cuando la ayudaba a atárselo, aquella maldita cosa se escurría siempre. Ya comenzaba a sentirse un poco incómoda por llevarlo puesto y miraba con envidia a Bellit, que lucía en sus ropas el inimaginable lujo de unos tirantes. ¿Acaso era demasiado pedir un vestido con tirantes? Pero la moda era llevar el hombro desnudo.

–Joder –dijo Jirry entre dientes, mientras le daba la espalda a la estancia iluminada por la luz de las velas y dejaba que su sonrisa diera paso a una mueca de dolor cuando retorció las caderas para quitarse la ajustada falda que llevaba puesta–. Ahí abajo debo de tenerlo todo en carne viva.

–¿Cuántas veces te he dicho que te pusieras un poco de aceite de oliva? –le espetó Bellit, cogiéndola por la muñeca y poniéndole un frasquito en la mano.

–¡No habría estado mal haber podido! Porque, desde que abrimos, no he tenido tiempo ni para mear. ¡No me dijiste que fueran a venir ni la mitad!

–El doble de invitados significa el doble de dinero. Ponte un poco de aceite, levántate y sonríe.

Y el doble de invitados también significaba el doble de problemas, al menos para Onna. Aquella noche, en el Cardotti, había un ambiente extraño. Mucho peor de lo acostumbrado. Atestado de gente que parecía sedienta de sangre. Voces chillonas y enloquecidas, baladronadas pronunciadas entre rebuznos y risotadas que hacían daño al oído. Quizá todo se debiera a las máscaras, que hacían que las personas se comportasen aún más como animales. O quizá se debiese a aquella horrible música estridente, o a la poca luz que daban las velas, o a las apuestas altas en las mesas de juego. Quizá todo fuese debido a la bebida, al *chagga*, a las cascarillas y al polvo de perla que circulaba. Quizá se debiera a las diversiones dementes… fuego, espadas y peligro. A Onna no le gustaba todo aquello. No le gustaba nada. Los retortijones eran más fuertes que nunca.

Pero, aunque presintiera que se avecinaban problemas, ¿qué podía hacer ella? Si no hubiera necesitado el dinero, no habría tenido que estar allí, como siempre decía Merilee. Por eso se encontraba allí, desmañada, intentando adoptar una pose lo suficientemente fascinante para contentar a Bellit y, al mismo tiempo, fundirse con las numerosas sombras para que nadie pudiese verla. Desgraciadamente, un compromiso imposible.

Se sobresaltó cuando Bellit se acercó a ella y le susurró al oído:

–Ese es el tuyo.

Onna echó un vistazo a la puerta y sintió el peor retortijón de todos. Aquel individuo era como un puño. Unos hombros grandes, de toro, y nada de cuello; una cabeza trasquilada proyectada hacia delante como un ariete, con las venas y los tendones marcándosele en el dorso de sus gruesas manos. Unas manos que parecían hechas para pegar a la gente. La mayoría de los clientes habían tenido que entregar sus armas al entrar, pero él seguía con una espada en la cintura y un pectoral de metal pulido, lo que significaba que era el guardaespaldas de algún rico y alguien acostumbrado a ejercer la violencia sin tener que enfrentarse a sus consecuencias. Detrás de su máscara de duro metal, los músculos de su mandíbula se retorcían cada vez que rechinaba los dientes.

–No me gusta la pinta de ése –dijo en voz baja, a punto de dar un paso atrás.

–¡No te gusta la puta pinta de nadie! –dijo, hablando entre dientes y con una sonrisa rígida, una Bellit enfurecida mientras la agarraba por la muñeca y la arrastraba hacia él–. ¿Crees que a una panadera le gusta el aspecto de la pasta que amasa? ¡Ordéñale y a otra cosa!

Onna no podía imaginarse por qué la odiaba Bellit. Sólo intentaba ser buena. Mientras que Merilee era la mayor zorra de toda Estiria, y siempre se salía con la suya. Era como decía su madre: *La bondad es lo último*. Pero Onna nunca había albergado mucha maldad en su interior.

–De acuerdo –musitó–, de acuerdo. –Volvió a subirse el corpiño–. Sólo era un comentario. –Y, ocultando con una sonrisa sus profundos recelos, avanzó con paso indeciso

hacia su objetivo. Su invitado.

Así era como tenían que llamarlos ahora.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó mientras echaba la llave a regañadientes y, también a regañadientes, avanzaba por el interior de la habitación.

–Bremer. –Para ser un tipo tan grande, tenía una vocecita muy rara y atiplada, como de chica. Hizo una mueca mientras hablaba, como si no le gustara el escucharse–. ¿Y tú cómo te llamas?

Ella sonrió mientras se sentaba a su lado en la cama y le pasaba un dedo por la mandíbula. Aunque no le apeteciese mucho hacerlo y tuviera la sensación de que a él tampoco le gustaba mucho, le pareció que, si se mostraba amable con él, quizá la tratase del mismo modo. Seguramente, la amabilidad sería retribuida de alguna manera. Intentó que su voz sonara tranquila, sin un ápice de miedo, cuando respondió:

–Puedes llamarme como quieras.

Entonces la miró. Tras la máscara, sus ojos parecían un poco acuosos, ya fuese por la emoción o por la bebida. Cualquiera de ambas cosas podía resultar peligrosa.

–Entonces te llamaré Fin.

Onna tragó saliva. Se encontraba ante una encrucijada. ¿Qué debía hacer? ¿Seguirle el juego, fingiendo ser la tal Fin para, quizá, calmarlo? ¿Meneársela y acabar cuanto antes? ¿O al menos ponerse encima? Le picaba la piel sólo ante la idea de quedarse atrapada bajo todo aquel peso de músculos. Era como estar sepultada.

¿Y si la tal Fin era alguna amante que lo dejó plantado, o una ex mujer que tuvo un lío con su mejor amigo, o su odiada hermanastra que acaparaba todo el amor de su madre, o alguien a quien él tenía unas tremendas ganas de matar? Era una apuesta, y Onna no tenía nada de jugadora. Se dijo que el oficio de puta se basaba en saber fingir. Fingir que te gustan, fingir que disfrutas, fingir que estás en otro sitio. Fingir que eres otra persona no era tanto esfuerzo.

–Lo que tú quieras –dijo.

Él estaba borracho. Podía olerlo en su aliento. Lamentó no estarlo también ella. Le pareció que debía de ser la única persona sobria de aquel sitio. Una mujer se reía como una tonta por el pasillo. Las risas subían como burbujas desde el patio que se encontraba al otro lado. Aunque la horrible música había cesado, lo cual era un consuelo, el violín, que tocaba como si serrase las notas, la puso aún más tensa.

Intentó respirar con normalidad y sonreír. Como siempre decía Merilee, actúa como si fueras la que manda y tendrás hecho casi todo. Que nadie vea que estás asustada.

–Lo que tú quieras –repitió en voz baja mientras rozaba el frío metal de su peto con el dorso de sus dedos, deslizándolos hacia abajo…

La cogió por la muñeca y durante un instante sintió la terrible fuerza con que la agarraba; pensó que iba a echar las tripas en cualquier momento. Entonces la soltó y se quedó mirando al suelo.

–¿Te importa si… sólo… nos sentamos?

Se inclinó hacia ella, pero ni la tocó. Se limitó a apretar los puños contra su peto, suscitando un ligero sonido metálico; se hizo una bola y se acurrucó en el regazo de ella, que sintió una fuerte presión en los muslos, y un dolor en el costado cuando la espada envainada se le incrustó en las costillas.

–¿Puedes abrazarme? –musitó con aquella vocecita suya.

Onna parpadeó. El oficio de puta siempre era como una caja de sorpresas, donde las agradables eran lamentablemente escasas. Lo rodeó con sus brazos, diciendo:

–Lo que tú quieras.

Ambos se quedaron sentados en silencio, entre los gritos y el ruido de armas que chocaban afuera. Onna supuso que era el comienzo de algún número de lucha. A la gente le gustaba. Y entonces, aunque le pareciese una enorme estupidez, pensó que podía ser peor. Que estaban luchando de verdad. Oyó el sonido de algo que se rompía, quizá vidrios. Una sombra vaciló por la ventana.

Sintió que la presión de aquellos enormes hombros disminuía. Enarcó las cejas. Luego se inclinó sobre él y lo abrazó, acunándolo con delicadeza. Igual que acunaba a su hermanita cuando no podía dormir, hacía ya mucho tiempo.

–Shhhh –susurró suavemente a su oído. Y él la cogió con fuerza por los brazos, sollozando y moqueando. Aunque, ciertamente, fuese algo embarazoso, hay que decir que era mucho más feliz jugando a ser madre que haciendo lo que se esperaba de ella–. Shhhh.

Miró preocupada hacia la ventana. Sonaba como si estuviera teniendo lugar un combate de verdad. Nadie aplaudía, sólo escuchaba gritos que le parecían de rabia, de dolor y de genuino terror. Los destellos y fogonazos, al principio esporádicos, ya eran constantes, y aunque el vidrio de la ventana sólo filtrase sus imágenes distorsionadas, su brillo era cada vez mayor.

–¿Qué pasa ahí fuera? –rezongó su cliente, empujándola hacia un lado con mano torpe, para ponerse de pie y acercarse, dando tumbos, a la ventana. Mientras se peleaba con el picaporte para abrirla, Onna tuvo el peor presentimiento. Unos horribles ruidos de locura lo llenaban todo. Como si en medio del Carlotti estuviera teniendo lugar una batalla campal.

–¡El Rey! –chilló, girando en redondo, chocando con la alta vitrina y casi a punto de caer encima de Onna. Cuando logró desenvainar la espada, ella se apartó–. ¡El Rey!

Avanzó a la carga, rebotó contra la puerta, que seguía cerrada, lanzó un juramento, levantó una de las botas y destrozó la cerradura de una patada, para entrar en tromba en el pasillo y comenzar a toser. Debajo del dintel, el humo caracoleó y le siguió. No tenía el olor terroso de las cascarillas ni el dulzón del *chagga*, sino el de la madera al arder, áspero y sofocante.

¿Qué había pasado? Onna se levantó lentamente de la cama, sin fuerza en las rodillas, se acercó a la ventana y miró.

Los cadáveres se amontonaban en el patio y el metal relucía bajo la demencial luz del fuego. La hiedra seca que cubría una de las fachadas del edificio, y que llegaba hasta el tejado, estaba en llamas. Los invitados gritaban, se peleaban, se empujaban unos a otros, eran arrastrados por la muchedumbre vociferante que los aplastaba contra las verjas. Vio el movimiento de las espadas. Vio cadáveres reventados y destrozados.

Retrocedió instantáneamente, respirando con dificultad a causa del miedo, sintiendo picor y una sensación de ahogo en la garganta. Corrió hacia la puerta, se torció un tobillo por los altos tacones y se cayó contra el marco. Avanzó dando tumbos por el pasillo: si normalmente ya era oscuro, ahora estaba negro de humo.

Alguien que tosía se agarró a ella y estuvo a punto de tirarla al suelo.

–¡Socorro! –dijo con voz cascada–. ¡Socorro!

Era Merilee, con la máscara torcida y los ojos enloquecidos y abiertos desmesuradamente, que cargaba en el brazo de Onna todo su peso.

–¡Apártate de mí, cabrona! –Onna le golpeó la cara varias veces mientras la otra chillaba. Tenía los nudillos ensangrentados y le dolían. Parecía que un incendio lo bastante grande podía sacar todo lo malo que las personas llevaban dentro.

El estruendo de los vidrios al estallar. El de la madera que revienta al arder. Gritos de furia y de dolor, atenuados en medio de aquella oscuridad asfixiante. Onna se tapó la boca con una mano y dio unos cuantos pasos, desorientada. Alguien pasó corriendo a su lado, la golpeó con un codo y la lanzó hacia la pared.

Ella cayó de rodillas, tosiendo, con arcadas, escupiendo. El humo le impedía ver. Le impedía respirar. Alguien gritaba:

–¡El Rey! ¡El Rey!

–¡Socorro! –dijo, casi sin voz.

Pero nadie la escuchó.

Ospria, verano de 580

–¿Cómo puedo conseguir una sobreveste? –preguntó Predo.

Tres meses dentro y ya podía asegurar que la vida de soldado era lo que más le convenía. Había probado un montón de oficios y ninguno le había ido tan bien como aquél. Había sido carterista en Etrisani hasta que estuvieron a punto de cogerle; luego, en Musselia, sujetó un espejo para un jugador hasta que estuvieron a punto de cogerle; después, en Etrea, hizo de vigilante para una banda de salteadores de caminos hasta que los cogieron a todos y los colgaron… excepto a él, porque no había vigilado con mucho interés. Pero el trabajo que más le duró fue el de chupar pollas. Durante un tiempo trabajó en un burdel de Talins, lo cual le encantó, aunque hubiera tenido que dormir debajo de la escalera y finalmente le echaran por pelearse con una de las chicas. En aquel negocio las chicas eran, por lo general, más populares, lo que a Predo siempre le había parecido extraño, porque si buscas a alguien que realmente entienda de pollas, lo normal es coger a quien disponga de una. Era una simple cuestión de sentido común, ¿o no? Acudir a un experto. Pero a Predo le parecía que el sentido común era algo que escaseaba entre la gente, porque había muchas cosas igual de extrañas. Así es la vida, ¿no? Siempre hay que aprovechar lo que se nos ofrece.

Cuando le echaron con malos modos de la casa de putas y levantó la cabeza del arroyo, vio a un sargento reclutador que se encontraba en la acera de enfrente, ofreciendo gloria y buena comida a quien quisiera combatir por el Gran Duque Orso. Entonces se dijo: *Probemos, a ver qué tal*. Y tres meses después, entre todos los lugares a donde hubiera podido ir a parar, allí estaba él, sentado alrededor de un fuego de campamento en la falda de una colina cercana a la maldita Ospria. Nadie habría podido hacerlo mejor.

–Las sobrevestes son para los veteranos –dijo Franchi, acariciando con cariño los nombres de las batallas, bordados con hilos de oro y plata, que rodeaban la cruz blanca de Talins. Toda una vida de victorias. Cuantos más nombres de batallas tenía uno, más respeto merecía. Predo buscaba un poco de respeto. Quería sentir que formaba parte de una familia. Nunca había tenido una familia. Ni, puestos a eso, respeto.

La palmada en el hombro que le dio Sculia estuvo a punto de hacerle derramar la sopa.

–Quizá consigas una después de la batalla.

Predo se estremeció ligeramente al oírlo. Aunque la de soldado pudiera acabar siendo la profesión que le convenía, tenía que admitir que no se sentía muy inclinado a cumplir con el deber de *combatir*.

–Entonces, ¿estás seguro de que habrá… una batalla?

–Pues claro. –Cuando el sargento Mazarine se inclinó, la luz del fuego incidió en la cicatriz que atravesaba su barba gris. Si alguien sabía que iba a haber una batalla, ese era

Mazarine. En su mojada sobreveste llevaba más bordados que nadie, excepto el viejo Volfier, aunque lo único que mantenía de una pieza la sobreveste de este último fuesen los nombres de batallas ya olvidadas–. El Duque de la Dilación ya no tiene dónde retirarse. Le estamos obligando a replegarse hasta sus propias murallas.

–¿Y no se quedará detrás de ellas? –preguntó Predo, intentando que no notaran que eso era lo que esperaba.

–Si se queda detrás de ellas, morirá de hambre, y sabe que nadie irá a socorrerlo. –Mazarine tenía la costumbre de dejar caer las palabras con fuerza y rotundidad, como las piedras que se disparan contra una muralla, para que nadie pudiera pensar de manera diferente a la suya. Hacía que Predo se sintiera valiente al escucharle–. No. Ya es tiempo de que Rogont se decida a luchar, y él lo sabe. No es idiota.

Frenchi soltó una risita cuando, después de chuparse los dedos y de acariciar la pluma de aquel ridículo sombrero suyo, comentó:

–No es idiota. Sólo cobarde.

Sculia asintió con un gruñido siniestro.

–Prefiero luchar antes contra un idiota valiente que contra un cobarde inteligente. De veras que lo prefiero –dijo Mazarine, encogiéndose de hombros.

–¿Murcatto no está con él? –preguntó Predo, inclinándose hacia delante y bajando el tono de voz, como si temiera que la Carnicera de Caprile pudiera escuchar su nombre y aparecerse en medio de la oscuridad con dos espadas en cada mano–. Es valiente *y* muy inteligente.

Si Franchi y Sculia intercambiaron una mirada de preocupación, Mazarine fue como una sólida roca de indiferencia al contestar:

–Y tan rápida e implacable como un escorpión. Pero Murcatto sólo es una persona, y las batallas jamás las gana una sola persona–. Sonaba tan seguro y tranquilo que Predo también se sintió seguro y tranquilo–. Contamos con la superioridad numérica. Eso es lo que importa.

–¡Y el derecho, que también nos asiste! –añadió Predo, dejándose llevar un poquito por el entusiasmo.

–No sé si eso será importante, pero tenemos la superioridad numérica.

–¡Y las batallas no son tan malas, amigo! –Sculia dio una palmada en el hombro a Predo, que esta vez le hizo derramar un poco de sopa–. Siempre que estés en el bando ganador, claro.

–Y llevamos en el bando ganador mucho, mucho tiempo –añadió Mazarine, y los demás asintieron– Se convierte en un hábito. Acaba con Rogont y todo habrá terminado. Cuando la Liga de los Ocho esté acabada, Orso será rey de Estiria.

–Bendita sea su eterna Majestad –dijo Franchi, sonriendo al cielo nocturno cuajado de estrellas.

Tras escuchar aquello, Predo sintió una punzada de nervios. No quería que le expulsaran del ejército igual que le habían echado del burdel.

–Pero Orso no se deshará de sus soldados cuando haya vencido, ¿verdad?

–Orso no ha llegado a donde está por arrojar su espada al río. No, nos mantendrá cerca de él, por eso no te preocupes –aseguró Mazarine con una amplia sonrisa.

Sculia lanzó un gruñido de asentimiento antes de señalar:

–Como dijo Verturio, el que se prepara para la paz, se prepara para la derrota.

–¿Quién es ése? –preguntó Predo.

–Un hombre muy inteligente –respondió Franchi.

–Supongo que seguirá habiendo sitio para nosotros –añadió Mazarine acercándose a Predo para darle una palmada en la rodilla con su enorme mano llena de cicatrices–. Si hay sitio para mí, lo habrá para vosotros. Aunque la peste se llevara a mi mujer y a mi hija, los Hados me concedieron una nueva familia, y ésta no quiero perderla.

–Una familia. –Aquellas palabras consiguieron que Predo se sintiese a gusto, porque tenía a alguien que se preocupaba de él. Alguien fuerte y sólido. Nunca había tenido a nadie que se preocupase de él–. Supongo que la vida de soldado es buena. –Miró nervioso a la oscuridad situada más allá del fuego, hacia las débiles luces de Ospria. Hacia los vados del Sulva, donde combatirían al día siguiente–. Exceptuando las batallas, quizá.

–Las batallas no son tan malas –dijo Franchi.

–Siempre que estés en el bando ganador –repitió Mazarine con una mueca mientras se apoyaba en un codo.

–Duele –decía Sculia, apretando los dientes ensangrentados–. Mierda, duele.

–¿Qué hago? –Había sangre por todas partes. En las manos de Predo, borboteando por el astil del dardo, por las juntas de la armadura de Sculia, cayendo al río lleno de espuma y tiñendo de rojo la cruz blanca de su sobreveste–.¿Qué coño hago? –insistió, chillando, Predo; pero nadie le escuchaba, incluso aunque hubieran podido oírle.

Porque el ruido era ensordecedor. Era el ruido del infierno. Todos gritaban a todos. Todo eran preguntas sin respuestas. Aullando, como si no fueran personas. Los hombres atravesaban el río entre una lluvia de agua, cayendo, levantándose, heridos, gritando mientras eran arrastrados en sentido contrario, recibiendo una lluvia imprevista de flechas y dardos. Predo consiguió distinguir a unos hombres montados a caballo que sobresalían por encima de los demás. Caballería. El metal chispeaba mientras los tajaban con hachas y espadas desde lo alto de sus sillas. Predo no podía asegurar si eran amigos o enemigos. No parecía que las cosas estuvieran sucediendo según un plan. Ni siquiera parecía que hubiese un plan.

Se quedó arrodillado allí mismo, con el agua helada borboteando alrededor de sus piernas, empapado por el agua que salpicaban los que pasaban, sólo mirando. Sculia ya no se quejaba de ningún dolor. Ya no decía nada.

–¿Qué hago? –preguntó Predo con un susurro, y entonces sintió que alguien le agarraba por el hombro.

–Está muerto. –El sargento Mazarine, tan tranquilo y firme como siempre, una roca en aquel mar de hombres sacudido por la tormenta, indicaba el camino con su lanza–. ¡Adelante! –dijo, rugiendo por encima del hombro–. ¡Adelante! –Y, chapoteando en las gélidas aguas, arrastró a Predo consigo. Era una buena cosa que supiera cuál era el camino a seguir, porque Predo no tenía ni idea, y el aliento se le entrecortaba en la garganta mientras avanzaba. Por encima de aquella mancha de hombres que luchaban y de cabalgaduras, Ospria apareció, imprecisa, en lo alto de la colina sobre la que se asentaba.

Algo le salpicó en la cara. Tragó saliva. Se tocó la mejilla y se quedó mirando su mano temblorosa. Los arrugados extremos de sus dedos estaban manchados con sangre de color rojo oscuro. Un caballo se puso de patas y coceó, lanzando a un hombre que casi derriba a Predo.

Mazarine seguía en cabeza, vadeando las aguas sin soltar la lanza. Predo retrocedió cuando un caballo cayó cerca de él, tirando al río a su jinete. Un hacha subió y bajó. El metal chirrió. Los hombres gritaron. Predo apartó de sus ojos los cabellos empapados y bizqueó. En el río, agachada delante de él, acababa de ver a una mujer. Una mujer de brillante armadura cuya negra cabellera se pegaba a su pálido rostro.

Tenía que ser ella. Murcatto. La Carnicera de Caprile. Aunque fuera más pequeña de lo que se había imaginado, ¿quién más podría ser?

La mujer lanzó a alguien un golpe con una maza, falló y perdió el equilibrio. Era Franchi, que después de empujarla con el escudo para hacerle perder el equilibrio, desenvainaba la espada. Mientras se acercaba a ella, alguien se le acercó por detrás. Un bastardo bastante alto que estaba desnudo hasta la cintura. Seguramente un norteño, cubierto de pies a cabeza con salpicaduras de sangre, como si fuera uno de esos asesinos ebrios de sangre de que hablan las historias. Antes de que Franchi pudiera desenvainar, su hacha descendió, cortó el aire con un silbido y mordió uno de sus hombros con un golpe sordo, abriéndolo como el carnicero hace con el lomo de una res.

Franchi lanzó un chillido espantoso mientras la sangre salía de él a borbotones y salpicaba a la mujer, que retrocedió, escupiendo y cegada. Entonces Mazarine llegó junto a ella, rugiendo de furia. Le asestó un lanzazo, la lanza chirrió al golpear el metal de su placa pectoral y la mujer cayó al agua, gritando.

Predo dio un paso para ayudar, pero como una de sus botas se atascó en algo que había en el lecho del río, tropezó y cayó, tragando agua al querer levantarse. Era un estandarte de combate. Con una cruz blanca sobre fondo negro.

Cuando levantó la cabeza vio que Murcatto intentaba ponerse de rodillas y que Mazarine levantaba su lanza por encima de su cabeza. Ella se retorció, y el metal de su cuchillo destelló cuando se lo clavó en una pierna a Mazarine, que cayó hacia delante, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

–No –dijo Predo con un susurro mientras conseguía liberar su pierna de aquella tela que la atenazaba, pero ya era demasiado tarde.

La mujer saltó de repente con los dientes apretados en la maraña de su pelo ensangrentado, agitando su maza entre una rociada de agua centelleante. Hubo una lluvia de sangre y de dientes cuando la estrelló contra la mandíbula de Mazarine, que salió disparado hacia atrás.

Predo miró a su alrededor aturdido, empuñando sin fuerza la espada y aguardando a que alguien con la muerte pintada en los ojos cargase contra él. Entonces, de repente, comprendió que la batalla había terminado. Los hombres se habían detenido y tenían la mirada fija, como él. Se dejaban caer en el río mientras se apretaban las heridas. Daban vueltas, confusos. En aquel momento, un jinete que no estaba muy lejos de él se irguió en los estribos y, despojándose del yelmo, exclamó:

–¡Victoria!

El sargento Mazarine yacía encima de una roca con los brazos extendidos. Estaba muerto. Todos lo estaban. Las batallas no son tan malas. Siempre que estés en el bando ganador.

Unos cuantos comenzaron a lanzar vítores, seguidos por otros más. De Ospria, ciertamente. Predo miró a la mujer. Ésta dio un paso hacia delante, tambaleándose, y se dejó caer en los brazos del monstruo semidesnudo, mientras su maza, a la que aún seguía pegada la sangre del sargento Mazarine, colgaba de la espalda desnuda del norteño.

Apenas estaban a tres pasos en un abrazo exhausto, y Predo era rápido. Podía haber cargado contra ella y partirle en dos la nuca con su espada. En aquel momento podría haber acabado con la infame Serpiente de Talins.

Pero el norteño le miró en ese instante, y Predo sintió que un frío helador le dominaba. Una enorme cicatriz cruzaba su rostro salpicado de sangre. Perdida en medio de ella, una brillante bola de metal muerto relució con la humedad en cuanto el sol consiguió

atravesar las nubes.

Fue entonces cuando Predo decidió que la vida de soldado ya no le convenía. Tragó saliva y lanzó su espada al aire todo lo alto que podía.

–¡Victoria! –exclamó, uniéndose a los demás.

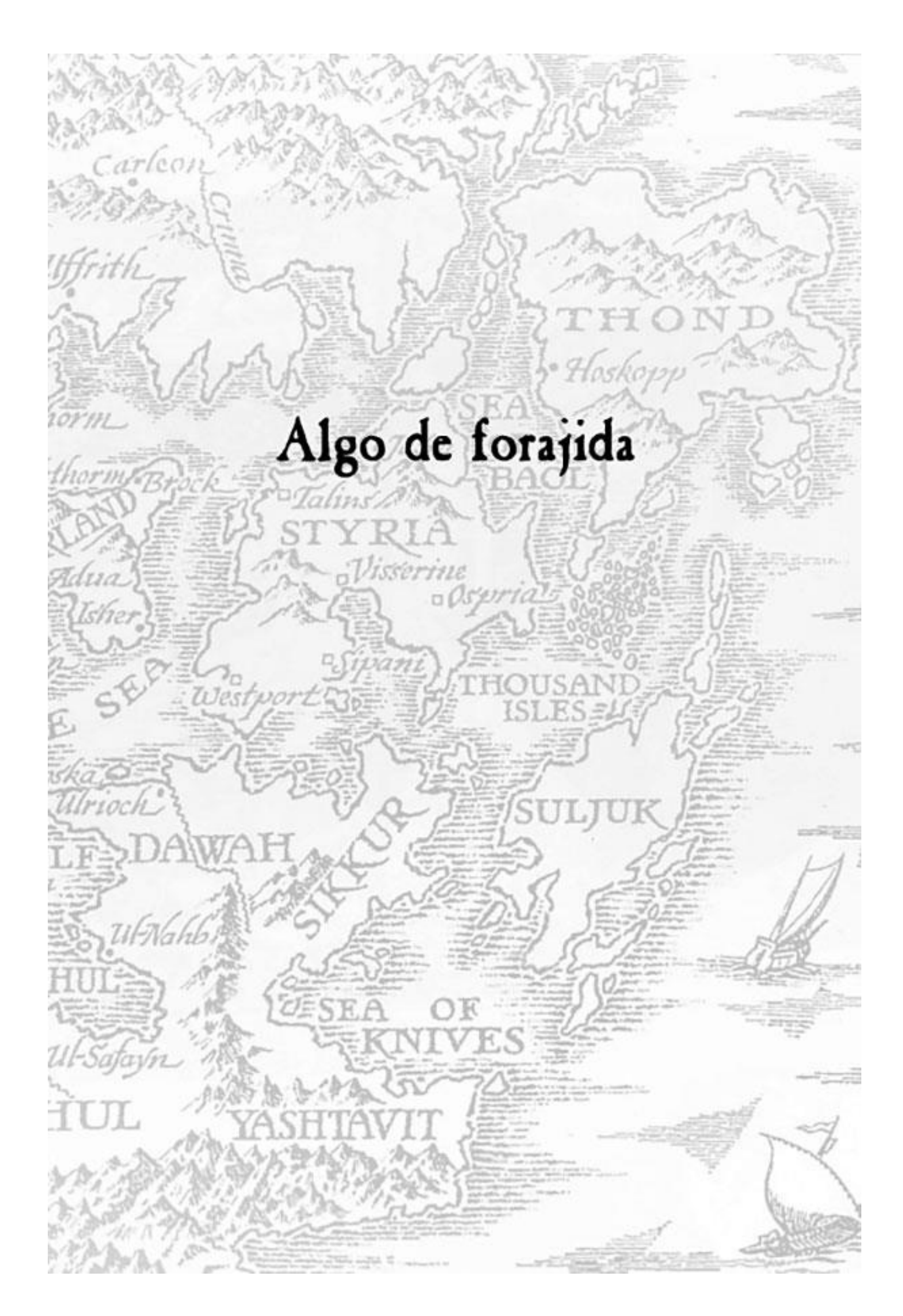
A fin de cuentas, allí todo era un caos y nada en sus ropas revelaba si estaba con Talins o con Ospria. Sólo era otro muchacho más con un justillo de cuero. Sólo uno más de los afortunados que habían sobrevivido.

–¡Victoria! –volvió a gritar con voz cascada al mirar el cadáver roto del sargento Mazarine, que seguía encima de una roca, rodeado por la espuma del río, pretendiendo que las lágrimas que mojaban sus mejillas eran de alegría.

Así es la vida, ¿no? Siempre hay que aprovechar lo que se nos ofrece.

Le pareció que había sido muy afortunado al no haber conseguido una sobreveste.

Algo de forajida



Tierras Cercanas, verano de 584

El caballo dobló las patas delanteras cuando Shy lo azuzó con los talones, y antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, ella y la silla tuvieron una triste despedida.

Dispuso de un brevísimo momento para considerar la situación mientras caía. No lo suficiente para sopesarla, puesto que la inminencia del aterrizaje no le permitía mucho más. Intentó caer rodando de la manera más cómoda (era lo que solía hacer en la mayoría de sus muchos infortunios), pero como el terreno ya no era uniforme, salió disparada y cayó en medio de unos arbustos quemados por el sol.

El polvo se asentó.

Se concedió un instante para tomar un poco de aire. Luego otro, para gemir hasta que el mundo dejase de dar vueltas. Después otro, para mover con mucho cuidado un brazo y una pierna, a la espera de ese espasmo de dolor que indica que algo se te ha roto y la miserable sombra de vida que has llevado se perdieran en la oscuridad. Y si eso significa que ya podrás echarte en el suelo y dejar de huir para siempre, pues que sea bienvenido.

Pero el dolor no llegó o, al menos, no un dolor muy diferente del acostumbrado. Y en cuanto a su miserable sombra de vida, ella seguiría esperando el momento en que le llegase la sentencia.

Llena de arañazos y de rozaduras, cubierta de polvo y escupiendo arena, consiguió levantarse. Por más arena que hubiera tragado en los últimos meses tenía una especie de premonición siniestra de que tragaría más. Su caballo yacía a pocos pasos de ella, el tembloroso costado cubierto de blanco sudor, las patas delanteras manchadas de sangre oscura. La flecha de Neary se le había clavado en los ijares, no tan adentro como para matarlo o para obligarle a cabalgar más despacio, pero sí lo suficiente para desangrarlo poco a poco. Y, con la cabalgada a la que ella le había sometido, aquella flecha lo había matado igual que si se le hubiese clavado en el corazón.

Hubo un tiempo en que Shy sintió un gran afecto por los caballos. Un tiempo en el que –a pesar de su dureza con las personas y de que habitualmente tenía buenas razones para ello– trató a los animales con una ternura poco usual. Pero aquellos años ya quedaban muy atrás. Poca ternura mostraba ya, bien en su manera de pensar o en la de relacionarse con los demás. Por eso, negándole el consuelo de una mano amiga que la acariciase, abandonó a su montura antes de que en sus últimos estertores comenzara a echar sangre por los ollares, y corrió hacia el pueblo, cojeando un poco al principio para luego, a medida que entraba en calor, ir más deprisa. Tenía mucha experiencia en eso de salir corriendo.

Llamar «pueblo» a aquello era una exageración más que evidente. Había seis edificios, y llamarlos «edificios» era un exceso de generosidad para con dos o tres de ellos. Unos maderos toscos sujetos en una estructura que nunca había conocido el ángulo recto, cocidos por el sol, desgastados por la lluvia y erosionados por el polvo, arracimados alrededor de una plaza llena de mugre, y un pozo medio derruido.

El mayor de los edificios tenía toda la pinta de ser una taberna, un burdel, una tienda o, más bien, las tres cosas juntas. Aunque un rótulo destartalado aún colgase de los tablones que había encima de la puerta, el viento había reducido su nombre a unas pocas vetas de la madera manchadas de color claro. *Nada, en ningún lugar*, era lo único que se leía en aquel momento.

Al subir los escalones de dos en dos, haciendo gemir los viejos tablones con sus pies desnudos, sus pensamientos se reducen a lo que contará cuando entre, a las mentiras con las que tendrá que sazonar las verdades para que el resultado final sea verosímil.

¡Me persiguen unos hombres! Tragando aire antes de entrar, intentando parecer que está desesperada… No necesitará esforzarse en hacer teatro en ese momento, porque lleva haciéndolo durante los últimos doce meses.

¡Esos bastardos son tres! Y luego –siempre que no la hayan reconocido por los carteles que ofrecen una recompensa por su captura– añadir: *¡Intentaron robarme!* Es un hecho. Pero no hay por qué decir que fue ella quien robó el banco nuevo de Hommenaw en compañía de aquellos tres personajes, y otro después de que las autoridades los apresaran y ahorcaran.

¡Mataron a mi hermano! ¡Están ebrios de sangre! Su hermano estaba a salvo en casa, donde a ella le hubiera gustado estar, y si quienes la perseguían estaban ebrios, seguro que era por beber licor barato, como siempre. Pero lo diría con ese pequeño quejido que se le daba tan bien. Podía hacerlo siempre que lo necesitase, y lo había perfeccionado a base de práctica. Ya se imaginaba a los parroquianos levantándose de un salto para ayudar a una mujer en apuros. *¡Dispararon a mi caballo!* Y aunque tuviese que admitir que no era lo suficientemente impresionante para que a cualquiera lo bastante endurecido como para vivir en aquel sitio le entrase un arrebato caballeresco, quizá, por una vez, el hado decidiese favorecerla con una mano ganadora.

Tenía que haberse dado cuenta.

Sin encomendarse a nada ni a nadie, entró a saco en la taberna, abrió la boca para endiñarles aquella historia y se detuvo en seco.

El lugar estaba vacío.

No es que no hubiese nadie, sino que no había nada, y ya nadie ganaría ni perdería. Ni una astilla de madera entre las cuatro paredes del salón. Una escalera estrecha y una galería recorrían la pared de la izquierda, y las puertas del piso superior aparecían abiertas de par en par. Unos pocos rayos del naciente sol se filtraban por los numerosos resquicios de aquella estructura de madera abandonada. Quizá algún lagarto se escondiera entre las sombras –que no eran pocas–, por no hablar de la cuantiosa cosecha de polvo que cubría de gris el color de cualquier superficie y llegaba a cualquier rincón. Shy se detuvo un momento para parpadear y luego recorrió a toda prisa la desvencijada escalinata antes de entrar en el edificio siguiente. Cuando empujó la puerta, ésta se limitó a soltarse de sus oxidadas bisagras y a caer al suelo.

Aquel edificio ni siquiera tenía tejado. Menos aún suelo. Encima sólo tenía unas traviesas peladas, con el rosado cielo más arriba, y abajo unas viguetas llenas de mugre, todo tan desolado como los kilómetros de devastación polvorienta que lo rodeaban.

Mientras salía a la calle, observó el pueblo con una mirada que ya no se veía afectada por la esperanza. No había vidrios en las ventanas, ni siquiera papel. Ninguna soga junto al pozo medio en ruinas. Ningún animal a la vista… excepto su propio caballo muerto, que venía a ser la excepción que confirmaba la regla.

Era el cadáver reseco de un pueblo que había expirado hacía mucho tiempo.

Shy seguía de pie en aquel lugar olvidado, apoyándose en las almohadillas de sus pies desnudos como si fuese a echar a correr hacia alguna parte que desconocía, abrazándose con un brazo mientras los dedos de la otra mano pendían inertes, mordiéndose el labio y tragando aire ruidosamente por el pequeño hueco que tenía entre los incisivos.

Incluso para los estándares más recientes, Shy se encontraba en un momento bajo. Pero si algo había aprendido durante los últimos meses era que las cosas siempre pueden ir peor. Al mirar el camino que había recorrido para llegar hasta allí, Shy vio algo que levantaba polvo. Tres pequeños rastros de color gris que rompían el rielar de aquella tierra

monótona.

–Oh, demonios –susurró, mordiéndose el labio con más fuerza. Sacó de su cinturón el cuchillo que empleaba para comer y secó la estrecha hoja de metal en su mugrienta camisa, como si el hecho de limpiarla equilibrase la desventaja que había en su contra. A Shy le habían dicho que había sido bendecida con una imaginación fértil, pero no podía imaginarse un arma más inadecuada. Si no hubiera estado a punto de llorar, seguro que se habría echado a reír. Pensándolo bien, en los últimos meses había estado muchas veces a punto de llorar.

¿Cómo he podido llegar a esto?

Por más que aquella pregunta fuese más apropiada para una chica engañada que para una fugitiva por cuya cabeza ofrecen cuatro mil marcos, no dejaba de hacérsela. Debía de tener algo de forajida. Se había convertido en una experta en esa faceta suya, pero las demás seguían siendo un misterio. La desagradable verdad era que sabía demasiado bien cómo había llegado a esto… Pues como siempre. Un desastre tras otro, y ella en medio, revoloteando como una polilla dentro de un fanal. Y a esa pregunta siempre le seguía otra:

¿Qué cojones voy a hacer ahora?

Tragó aire –no es que hubiera mucho que tragar por aquellos días– y, agarrando la bolsa por la cuerda que la mantenía cerrada, la sacó, suscitando ese tintineo tan especial que sólo hacen las monedas. Dos mil marcos en plata, contantes y sonantes. Los que crean que en un banco hay una cantidad de dinero superior a ésa (a los cuentacorrentistas siempre se les dice que hay cinco mil marcos a su disposición), no tardarán en descubrir que los bancos son tan poco de fiar como los bandidos.

Metió la mano dentro de la bolsa, sacó un puñado de monedas y las arrojó a la calle, donde se quedaron brillando bajo la luz del sol. Lo hizo como la mayoría de las cosas que hacía por entonces… sin apenas saber por qué. Quizá fuese porque valoraba su vida en bastante más que en dos mil marcos, aunque nadie los habría dado por ella. O quizá fuese porque esperaba que quienes la perseguían se limitasen a coger la plata y a largarse, aunque era evidente que no había pensado en lo que podría hacer en aquel pueblo fantasma sin caballo, comida ni armas. Era evidente que no había preparado ningún plan o, al menos, ninguno que soportara el más mínimo examen. Los planes defectuosos siempre se le habían dado muy bien.

Siguió sembrando plata como si lanzase semillas en la granja de su madre, que se encontraba a una distancia de muchos kilómetros, bastantes años y una docena de muertes violentas. ¿Quién hubiera pensado que echaría de menos aquel sitio? Echaba de menos su modesta casa, la cuadra desvencijada y las vallas que siempre necesitaban una reparación. La vaca testaruda que nunca daba leche, el pozo testarudo que nunca daba agua y el suelo testarudo en que sólo crecían las malas hierbas. A su hermanita testaruda y a su hermano testarudo. Incluso al simple de Lamb, enorme y lleno de cicatrices. Qué habría dado Shy por volver a escuchar otra vez la voz chillona de su madre maldiciéndola. Sorbió con fuerza. La nariz le dolía, los ojos le escocían. Se los secó con el dorso de su puño lleno de raspones. No había tiempo para reminiscencias lacrimosas. En aquel momento ya podía ver tres puntos oscuros, tres jinetes a la cabeza de aquellos tres rastros ya imparables de polvo. Tiró la bolsa vacía, corrió de vuelta a la taberna y…

–¡Ah! –Dio un salto en el umbral, porque la suela desnuda de un pie acababa de toparse con la cabeza de un clavo suelto. Es un hecho que el mundo siempre nos acosa miserablemente. Incluso cuando los grandes infortunios amenazan con caer encima de tu cabeza, los pequeños aprovecharán cualquier momento para pincharte en los pies. Cuánto

deseaba tener unas botas. Sólo para mantener un asomo de dignidad. Pero tenía lo que tenía, y ni las botas ni la dignidad estaban en la lista, y un centenar de grandes deseos no valían lo que un simple hecho… como Lamb solía decirle, repitiéndoselo hasta el aburrimiento, cuando les maldecía a él, a su madre y al destino aciago que le había tocado en suerte en aquella vida, y juraba que se iría a la mañana siguiente.

Shy recordó lo que había sido entonces, y deseó poder darle un puñetazo a su antiguo yo. Si no, se lo daría a sí misma en cuanto saliera de aquel atolladero.

Pero tendría que ponerse a la cola, porque la lista de puños que querían hacer lo mismo era larga.

Subió las escaleras a toda prisa, renqueando un poco y maldiciendo un mucho. Cuando llegó arriba del todo, vio que había dejado huellas de pisadas ensangrentadas. Ya había comenzado a alarmarse por aquel sendero reluciente que conducía justo al extremo inferior de su pierna, cuando algo parecido a una idea se insinuó en medio del pánico.

Bajó de la galería, asegurándose de apretar con fuerza el pie herido contra las tablas, y entró en la habitación situada en uno de sus extremos. Ya en ella, levantó el pie, agarrándoselo fuertemente con una mano para detener la hemorragia, recorrió en sentido contrario el camino que había hecho hasta entonces, pasando por la primera puerta que estaba cerca de la parte superior de los escalones, y se agazapó entre las sombras de su interior.

Sin duda, un esfuerzo penoso. Igual de penoso que el caminar descalza, su cuchillo para comer, su botín de dos mil marcos y su gran sueño de regresar al culo del mundo donde antaño la asaltara otro gran sueño: el de irse de él. Aunque la probabilidad de engañar a aquellos tres bastardos, por muy estúpidos que fuesen, era pequeña, qué otra cosa podía hacer.

Si te va mal con las apuestas pequeñas, prueba con las grandes.

El sonido de su propia respiración era lo único que le hacía compañía, reverberando en el vacío, poderoso en el exterior, débil en su interior. La respiración de una persona muy asustada que está a punto de orinarse encima y que no sabe qué hacer. En ese momento, Shy ya era incapaz de ver cómo salir de esto. Si alguna vez volvía a aquella granja, saltaría de la cama cada mañana llena de felicidad, daría a su madre un beso por cada maldición y nunca insultaría a su hermana ni se burlaría más de Lamb por ser un cobarde. Lo promete y luego quiere ser de esa clase de personas que mantienen las promesas.

Ahora oyó fuera el ruido de los caballos, se arrastró hasta la única ventana por la que se veía media calle y miró a través de ella con el mismo cuidado que pondría en mirar dentro de un cubo lleno de escorpiones.

Ya están aquí.

Neary llevaba esa vieja manta blanca que ajustaba a su cintura con bramante, y su grasienta cabellera le salía por todos lados; en una mano las riendas y en la otra el arco con el que había disparado al caballo de Shy. La hoja de su pesada hacha le colgaba del cinturón, limpia con tanto esmero como descuidado estaba el resto de su repugnante persona. Dodd llevaba calado su sombrero raído y montaba encogido con los hombros caídos, como siempre cuando estaba cerca de su hermano, como el cachorrillo que aguarda una bofetada. Cuánto le habría gustado a Shy darle una bofetada a ese imbécil falso. Una bofetada, para comenzar. Luego seguía Jeg, tan erguido como un señor dentro de aquella larga casaca suya de color rojo cuyos faldones ribeteados de porquería cubrían los cuartos traseros de su enorme caballo. Sonreía con avidez mientras escrutaba los edificios, con ese sombrero de copa que, según creía, le hacía parecer todo un personaje, proyectándose desde

su cabeza ligeramente torcido como la chimenea de una alquería incendiada.

–Se ha dejado el dinero. –Dodd señaló las monedas tiradas entre la porquería que rodeaba el pozo, dos de las cuales relucían al sol.

–Eso parece –dijo Jeg, cuya voz era tan ronca como suave la de su hermano.

Vio cómo descabalgaban y ataban su monturas. Sin prisa. Como si se estuvieran quitando el polvo de encima después de una excursión a caballo y esperasen pasar la tarde en compañía de gente cultivada. No tenían necesidad de apresurarse. Sabían, lo mismo que ella, que estaba allí, que no iría a ningún sitio y que nadie iría a socorrerla.

–Cabrones. –Shy suspiró, maldiciendo el día en que comenzó a relacionarse con ellos. Pero hay que relacionarse con alguien, ¿verdad? Y una sólo puede escoger entre lo que hay.

Jeg se desperezó, sorbió con fuerza, largó un generoso escupitajo y desenvainó su espada. La curva espada de caballería de la que tanto se ufanaba a causa de la excelente filigrana de su cesta, y que, según él, había ganado en un duelo con un oficial de la Unión; pero que, como sabía Shy, había robado, junto con la mayor parte de los bienes que poseía. Cuánto se había burlado de él a cuenta de aquella estúpida espada. Sin embargo, en aquel momento no le habría importado sentir su puño en la mano y que él sólo tuviera para defenderse su cuchillo de cocina.

–¡Humo! –exclamó Jeg con voz ronca, y Shy parpadeó. No tenía ni idea de quién le había puesto aquel mote. Algún bromista debió de garabatearlo en los pasquines de busca y captura y después todo el mundo lo utilizó. Quizá fuese por su tendencia a desvanecerse como el humo. O por su tendencia a apestar lo mismo que él, a pegarse a la garganta de la gente y a desaparecer con el viento.

–¡Humo, ven aquí! –La voz de Jegg restalló en las muertas fachadas de los edificios, haciendo que Shy se encogiese un poco más en la oscuridad–. ¡Ven aquí y no te zurraremos demasiado!

No se conformaban con recoger el dinero y largarse. También querían la recompensa. Apretó la lengua contra el hueco que tenía entre los dos incisivos y exclamó:

–¡Chupapollas! –Hay cierto tipo de personas que, cuanto más les das, más quieren.

–Vayamos a capturarla. –Shy oyó decir a Neary en aquel silencio.

–Si –dijo Jeg.

–Ya os dije que tendríamos que ir a por ella.

–Seguro que te estás meando de alegría en los pantalones a cuenta de la ganancia, ¿verdad?

–Sólo dije que teníamos que capturarla.

–Menos hablar y más hacer.

–Mirad, el dinero está aquí, lo cogemos y nos largamos, no hay necesidad de… –decía Dodd con un tono persuasivo.

–¿Estás seguro de que tú y yo llegamos a este mundo saltando entre las mismas piernas? –preguntó Jeg en tono de burla–. Porque eres el más estúpido de todos los bastardos.

–El más estúpido –dijo Neary.

–¿Crees que voy a dejar cuatro mil marcos a los cuervos? –prosiguió Jeg–. Si los conseguimos, menudo premio.

–¿Te imaginas dónde puede estar? –preguntó Neary.

–Pensaba que tú eras el gran rastreador.

–Lo soy cuando me encuentro en la naturaleza salvaje, lo que no es el presente caso.

–¿Acaso llamarías a esto «la civilización en su máximo apogeo»? –Jeg arqueó una ceja al mirar a las casuchas vacías.

Se observaron durante un instante, y la arena se arremolinó alrededor de sus pies como si quisiera subir por ellos, para luego depositarse.

–Está por algún sitio –dijo Neary.

–¿De veras? Es una suerte que lleve conmigo los ojos más agudos al oeste de las montañas, como ha podido comprobarse, así que no se me ha escapado su caballo, muerto a diez malditos pasos de aquí. Pues claro que está por algún sitio.

–¿Y dónde? –preguntó Neary.

–¿Dónde te esconderías tú?

Cuando la mirada de Neary fue hacia los edificios y se detuvo en la taberna, Shy se apartó de su línea de visión.

–Supongo que ahí, pero yo no soy ella.

–Joder, pues claro que no eres ella. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque tienes más tetas y menos sentido común. Si tú fueses ella, yo no tendría que estar buscándola ahora, ¿no te parece?

De nuevo el silencio y una ráfaga de viento.

–Supongo que no.

Jeg se quitó el sombrero de copa, se rascó con las uñas el pelo empapado de sudor y se lo encasquetó de lado.

–Mira ahí dentro, yo miraré en el que está al lado, pero no mates a la zorra, ¿de acuerdo? Eso nos haría perder la mitad de la recompensa.

Shy se echó atrás entre las sombras, sintiendo que el sudor le caía por dentro de la camisa. Que la atraparan en aquel sitio asqueroso. Aquellos cabrones asquerosos. Descalza. No se lo merecía. Lo único que había querido era ser alguien de quien valiese la pena hablar. Dejar de ser nada, alguien a quien olvidasen desde el mismo día de su muerte. Ahora veía que hay un equilibrio preciso entre demasiado poco entusiasmo y ayudar demasiado. Pero como el resto de sus revelaciones, que siempre andaban cojas, aquella le llegaba con un año de retraso.

Aspiró aire por el pequeño hueco que tenía entre los incisivos mientras escuchaba a Neary haciendo crujir las tablas del salón y también le pareció distinguir el ruido metálico de su enorme hacha rascando el suelo. Temblaba. De repente se sentía tan débil que apenas podía sujetar el cuchillo, no digamos ya usarlo. Quizá fuera hora de abandonar. De tirar el cuchillo por el hueco de la puerta y decir: «¡Ya salgo! ¡No causaré problemas! ¡Habéis ganado!». De sonreír, asentir y agradecerles su traición y la amabilidad y consideración que le mostrarían cuando la apalearan, la azotasen, le rompieran las piernas o cualquier otra cosa que se les ocurriese mientras la llevaran camino de la horca.

Se imagina todo lo que puede pasarle, y no le gusta el espectáculo. Atada, de pie mientras pronuncian su nombre y el crimen que ha cometido, esperando el indulto final que no llegará mientras el lazo cada vez es más tirante, pidiendo gracia entre sollozos o lanzando maldiciones, lo mismo da. Pataleando en el vacío con la lengua fuera, mientras se caga para divertir a la escoria que no es mejor que ella. Se imagina a Jeg y a Neary delante de la muchedumbre que ríe al ver cómo baila la danza del ahorcado en el extremo de la cuerda. Posiblemente vestidos con las ropas más ridículas que han comprado con el dinero de la recompensa.

–Que se *jodan* –declara solemnemente en la oscuridad, echando los labios hacia atrás en un mueca cuando escucha las pisadas de Neary en los peldaños de más abajo.

Shy tenía la incorregible manía de llevar siempre la contraria. Cuando era pequeña y alguien le decía cómo tenía que hacer las cosas, empezaba a pensar cómo podría hacerlas de otra manera. Su madre siempre le decía que era tan terca como una mula, lo cual achacaba a su sangre de Fantasma.

–Eso es tu maldita sangre de Fantasma. –Como si el hecho de tener la cuarta parte de sangre de salvaje hubiera sido decisión suya y no consecuencia de que su madre se acostara con un medio Fantasma vagabundo que luego resultó ser un borracho inútil, lo que no sorprendió a nadie.

Shy lucharía. Aunque supiera que acabaría perdiendo, lucharía. Conseguiría que aquellos cabrones la matasen, y así al menos les robaría la mitad de la recompensa. Y aunque no sería de esperar que esos pensamientos tranquilizaran a alguien, a ella la calmaron. El pequeño cuchillo aún temblaba en su mano, pero era por la fuerza con que lo cogía.

Para ser un hombre que se había autoproclamado «el gran rastreador», a Neary le costaba bastante mantenerse en silencio. Shy escuchó el ruido que hacía con la nariz cuando se detuvo después de subir los escalones, tan cerca de ella que, de no ser por la plancha de madera que se interponía entre ambos, habría podido tocarlo.

Cuando aquel tipo desplazó su peso de uno a otro pie, una tabla gimió y Shy puso en tensión todo el cuerpo, con cada poro erizado. Entonces lo vio…, no atravesando rápidamente la puerta, con el hacha en el puño y la muerte en los ojos, sino arrastrándose por la galería tras picar la carnada que venían a ser aquellas pisadas ensangrentadas, apuntando la flecha de su arco en la dirección equivocada.

Cuando Shy recibía un regalo, lo primero que hacía era pensar cómo podría cogerlo con las dos manos, y no en las palabras de agradecimiento. Así que se tiró a la espalda de Neary, enseñando los dientes y con un gruñido gutural. El otro volvió rápidamente la cabeza, y Shy vio el blanco de sus ojos, el arco y el extremo de la flecha que relucía, brillante, en aquel lugar abandonado.

Se agachó y le agarró las piernas, metiéndole un hombro por la pantorrilla con tanta fuerza que el otro lanzó un gruñido, y apretándole con fuerza por debajo del trasero mientras sentía que su olfato se saturaba por el olor a caballo y a sudor rancio. Para cuando cantó la cuerda del arco, Shy ya se había erguido y gritaba, gruñía y lanzaba a Neary, aunque éste fuese bastante corpulento, por encima de la barandilla, como solía hacer en la granja de su madre con los sacos de grano.

Él se quedó suspendido en el aire durante un instante, con la boca y los ojos muy abiertos de terror, y luego cayó a plomo con un enorme vagido y se estrelló contra el suelo de madera.

Shy parpadeó, sin apenas creérselo. Tanto le ardía el cuero cabelludo que se pasó un dedo por él, casi esperando tocar la flecha que se le debía de haber clavado en los sesos; pero cuando se volvió, se la encontró en la pared situada detrás de ella, lo cual, desde su punto de vista, era un resultado mucho más satisfactorio. Supuso que sería sangre seca que se le había pegado al pelo y que le hacía cosquillas en la frente. O quizá fuese que la cuerda del arco, al dispararse, la había arañado. Si cogiera ese arco, tendría alguna posibilidad. Dio un paso hacia las escaleras y se detuvo en seco. Jeg estaba en el umbral, y su espada formaba una larga curva negra al recortarse contra la calle iluminada por el sol.

–¡Humo! –dijo con voz ronca, y ella abandonó el balcón como un conejo y comenzó a seguir el rastro de huellas ensangrentadas que había dejado y que no llevaba a ningún sitio, sin dejar de escuchar el ruido que hacían las pesadas botas de Jeg al marchar hacia la

escalera. A toda velocidad, empujó la puerta con el hombro y, pasando de la oscuridad a la luz, salió a otro balcón situado en la fachada posterior del edificio. Apoyó un pie desnudo en una barandilla muy baja –mejor actuar siguiendo su impulso a llevar la contraria que detenerse a pensar– y saltó a un desvencijado balcón que estaba al otro lado del estrecho callejón moviendo manos y pies enloquecidamente como si aquello fuera a llevarla más lejos.

Se agarró a la barandilla, la madera se le clavó en las costillas, y se escurrió. Gimió mientras intentaba encontrar algo a lo que agarrarse y luchó desesperadamente para enderezarse, sintiendo que algo cedía…

Entonces toda aquella parte del edificio que llevaba tanto tiempo a la intemperie se derrumbó con un gemido de madera torturada.

Una vez más, Shy sólo disponía de un instante para evaluar la situación. Y, una vez más, ésta no era buena. Apenas había comenzado a lamentarse cuando su viejo enemigo, el suelo, se apoderó de ella –como siempre ocurre–, doblándole la pierna izquierda, haciéndole dar vueltas y aplastándola de lado, mientras exhalaba todo el aire de los pulmones.

Shy tosió, después gimió y luego escupió más tierra. El hecho de que eso de tragar más tierra ya lo hubiera previsto tiempo atrás, no le supuso un gran alivio. Vio a Jeg de pie en el balcón del que ella había saltado. Se echó el sombrero hacia atrás, lanzó una risita y se ocultó en su interior.

Shev aún agarraba parte de la barandilla que estaba completamente carcomida. Quizá como sus esperanzas. La arrojó mientras se daba la vuelta, aguardando una vez más aquel pinchazo que le revelaría que estaba acabada. Pero tampoco llegó. Como podía mover los pies, supuso que podría levantarse. Y también que tendría que dejarlo por el momento. Lo más probable es que sólo fuera capaz de conseguirlo una vez más.

Así que se liberó de aquel montón de maderas rotas, mientras su sombra se alargaba hacia la entrada y gimió de dolor cuando escuchó dentro las sonoras pisadas de Jeg. Retrocedió, apoyándose en los codos y en el trasero, arrastrando una pierna y luego otra, escondiendo en un puño la pequeña hoja del cuchillo y apoyando el otro en la tierra.

–¿Adónde te crees que vas? –Jeg apareció bajo el dintel y entró en el callejón. Aun siendo un hombre alto, en aquellas circunstancias parecía tan grande como un gigante. Si sacaba a Shy media cabeza, estando ella de pie, su peso, incluso si ella hubiese comido aquel día, debía de duplicar el suyo. Caminaba despacio con la lengua metida en el labio inferior, que proyectaba hacia fuera, agarrando sin demasiada fuerza la pesada espada, saboreando su gran momento.

–Te ha salido bien el truco con Neary, ¿eh? –Subió ligeramente hacia arriba el ala de su sombrero para mostrar la bronceada cicatriz que le cruzaba la frente–. Eres más fuerte de lo que parece. Pero ese chico es tan lerdo que habría podido caerse sin que nadie le ayudara. Se terminaron los trucos.

Esto todavía estaba por verse, pero Shy dejaría que su cuchillo hablase por ella. Incluso un cuchillo pequeño puede ser un objeto de metal muy elocuente si consigues clavarlo en el sitio correcto. Gateó un poco y levantó polvo al hacer fuerza con un pie, como si intentara erguirse, para luego agacharse con un quejido cuando su pierna izquierda cargó peso. Fingir que se había hecho daño no le resultó muy difícil. Podía sentir la sangre arrastrándose desde su cabellera para hacerle cosquillas en la frente. Cuando Jeg dio un paso y salió de entre las sombras, el sol, que estaba muy bajo, brilló en su cara y le hizo bizquear. Aquella era la oportunidad que estaba buscando.

–Aún recuerdo el día en que te eché la vista encima –seguía diciendo, escuchándose–. Dodd vino a verme, muy excitado, y me dijo que había visto a Humo, la chica cuya cara de asesina salía en todos los pasquines desde allí hasta Rostov, y por la que ofrecían cuatro mil marcos. ¡Las historias que cuentan de ti! –Lanzó un grito de admiración que ella aprovechó para seguir retrocediendo, moviendo aquella pierna izquierda por debajo de su cuerpo para asegurarse de que le respondería cuando la necesitase–. Por la manera en que dicen tu nombre, se podría pensar que eras un demonio con dos espadas en cada mano. Imagínate la *decepción* tan bestial que me llevé al descubrir que no eras nada más que una chica asustada, con los dientes separados y un fuerte olor a meados encima. –Como si Jeg oliese a una pradera en verano. Dio otro paso hacia delante, alargando una de sus manazas para cogerla–. Ahora no arañes; para mí vales más viva que muerta. No quiero…

Mientras se apoyaba en la mano derecha para levantarse, Shy le lanzó un puñado de polvo con la izquierda. Él apartó violentamente la cabeza, gruñendo cuando el polvo le cayó en la cara. Lanzó un tajo a ciegas cuando ella se le acercó rápidamente, de suerte que la espada pasó por encima de su cabeza y le enganchó el pelo, mientras la fuerza del tajo le hizo a él girarse. Shy agarró los flotantes faldones de la casaca de Jeg con la mano izquierda, y con la derecha le metió el cuchillo por el hombro del que se colgaba la espada.

Jeg lanzó un gruñido ahogado cuando ella sacó limpiamente el cuchillo y volvió a clavárselo, desgarrando con tanta fuerza la manga y el brazo que se encontraba debajo, que estuvo a punto de cortarse en la pierna. Levantaba nuevamente el cuchillo cuando el puño la alcanzó en una comisura de la boca y ella salió rodando, pataleando en el polvo con los pies desnudos. Consiguió detenerse en la esquina del edificio y allí permaneció durante un momento, para ver si la luz que llenaba por entero su cráneo lo abandonaba. Vio a Jeg a uno o dos pasos de distancia, los dientes espumeantes de saliva mientras intentaba pasar la espada de su inerte mano derecha a la izquierda, los dedos enredados en la filigrana de la cesta de su espada.

Cuando las cosas iban deprisa, Shy tenía el don de hacer lo que había que hacer sin pensar en apiadarse ni en lo que podría ocurrir, ni pensar mucho en general. Eso era lo que la había mantenido con vida entre tanta mierda. Y lo que la había llevado a esa situación en primer lugar. Y como no hay muchas bendiciones que no lo sean a medias en cuanto tienes que vivir con ellas, Shy sufría la maldición de pensar demasiado después de la acción, pero esa es otra historia. Si Jeg conseguía agarrar la espada con fuerza, ella estaría muerta, así de sencillo; por eso, antes de que la calle dejara de dar vueltas, le atacó nuevamente. Y aunque él intentó liberar un brazo, ella consiguió agarrarlo con la mano izquierda, apretándose contra él y tirando con fuerza de su casaca mientras le clavaba salvajemente el cuchillo… en las tripas, en las costillas, otra vez en las costillas, gruñéndose mutuamente tras cada golpe de la hoja, hasta que la fuerza con que agarraba la empuñadura comenzó a disminuir.

Él la agarró por la camisa, rompiendo las costuras y casi arrancándole la manga, e intentó apartarla, porque ella seguía apuñalándolo; pero, ya sin fuerzas, sólo consiguió que retrocediese un paso. Como la cabeza de Shy comenzaba a despejarse, consiguió mantener el equilibrio, no así Jeg, que tropezó y cayó sobre una rodilla. Ella levantó nuevamente el cuchillo con ambas manos y lo clavó en aquel estúpido sombrero, aplastándolo por la fuerza del golpe y dejando la hoja enterrada hasta la empuñadura en la coronilla de Jeg.

Retrocedió, esperando que Jeg se derrumbase. En lugar de eso, se levantó de repente como un camello que, en cierta ocasión Shy había visto en una feria, con el sombrero encasquetado hasta el puente de la nariz, y el mango del cuchillo sobresaliendo por arriba.

–¿Dónde estás? –Hablaba farfullando las palabras como si tuviera la boca llena de

arena–. ¿Humo? –Se inclinó hacia un lado y luego hacia otro–. ¿Humo? –Arrastrando los pies, se dirigió hacia donde ella estaba, con la espada colgando de su ensangrentada mano derecha, labrando surcos en el polvo del suelo junto a sus pies. Levantó la mano izquierda y estiró los dedos, que estaban tan rígidos como floja su muñeca, y comenzó a mover el sombrero como si tuviera algo en los ojos y quisiera quitárselo para ver bien.

–¿Fhumo? –Un lado de su cara se retorcía, se estremecía y temblaba de una manera completamente innatural. Aunque quizá fuera natural para una persona que tiene un cuchillo alojado en el cerebro–. ¿Jumo? –La sangre que goteaba del ala retorcida del sombrero comenzaba a dejar, mejillas abajo, unos surcos rojos que ya habían empapado a medias su camisa, pero él seguía avanzando, con el ensangrentado brazo derecho moviéndose espasmódicamente y la empuñadura de la espada golpeteando contra su pierna–. ¿Jum? –Ella retrocedió, mirándole fijamente mientras sus manos pendían sin fuerza y se le ponía carne de gallina por todo el cuerpo, hasta que chocó contra la pared que tenía detrás–. ¿Uuum?

–¡Cierra el pico! –exclamó ella, y lo apartó con las palmas de las manos, haciéndole retroceder, de suerte que la espada se le cayó de la mano, mientras el cuchillo mantenía clavado en su cabeza aquel maldito sombrero. Lentamente, se desplomó hasta quedar boca abajo, con el brazo derecho colgando. Deslizó la otra mano por debajo de su hombro, como si pensara que así podría levantarse.

–Oh –musitó entre el polvo. Y luego se calló.

Shy volvió lentamente la cabeza y escupió sangre. Durante los últimos meses había escupido sangre muchas veces. Le lloraban los ojos y se los secó con el dorso de una mano temblorosa. No podía creer lo sucedido. Se sentía como si apenas hubiese tomado parte activa en todo aquello. Una pesadilla de la que tendría que despertar. Cerró con fuerza los ojos y los abrió, pero él seguía allí.

Tomó aire con un poco de miedo y lo echó con fuerza, arrastrando con el aire una pizca de sangre de sus labios y de su frente, para luego aspirar otra bocanada y expulsarla con toda la fuerza que podía. Acto seguido, recogió la espada de Jeg y apretó con fuerza los dientes para reprimir las náuseas que iban y venían junto con el lacerante dolor que sentía en una de sus mejillas. Mierda, sólo quería sentarse. Sólo parar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para darse la vuelta. Se obligó a llegar hasta la puerta trasera de la taberna. La misma por donde había entrado Jeg poco antes, cuando aún estaba vivo. Hacer un hombre cuesta toda una vida de duro trabajo. Acabar con él apenas unos pocos minutos.

Neary, que había logrado salir del agujero formado al caer encima de las tablas de suelo, se agarraba la pernera ensangrentada del pantalón, dando la impresión de encontrarse completamente perdido. Miró hacia la puerta y preguntó:

–¿Has atrapado a esa maldita zorra?

–Oh, pues claro.

Abrió unos ojos como platos e intentó llegar a rastras hasta el arco, que no estaba lejos, gimiendo durante todo el trayecto. Shy sopesó la enorme espada de Jeg mientras se aproximaba a Neary. Cuando éste se volvió con los ojos desorbitados de terror, alargó, desesperado, un brazo. Ella le asestó en él un fuerte golpe con el plano de la hoja y él gimió sujetándoselo contra el pecho. Entonces le golpeó en una sien y le empujó contra las tablas del suelo. Luego pasó silenciosamente a su lado, se metió la espada en el cinturón, recogió el arco y tomó algunas flechas de su aljaba. Se dirigió a la puerta, puso una en el arco y observó furtivamente la calle.

Dodd seguía recogiendo monedas del polvo y metiéndolas en la bolsa mientras se

dirigía hacia el pozo. Insensible al destino de sus dos compañeros. Aquello no era tan sorprendente como podría parecer. Si una palabra servía para definir a Dodd, esa era la de «insensible».

Con el arco montado a medias y siempre apuntando a Dodd, que le daba la espalda mientras seguía agachado, con una mancha oscura de sudor en medio de la camisa, Shy bajó por los peldaños que llevaban a la taberna, teniendo cuidado de no pisar en su parte central para evitar un crujido que pudiese alertarle. Tras una larga y ardua consideración, Shy decidió que aquella mancha era el centro de la diana y que iba a disparar una flecha contra ella, por la espalda. Pero matar a un hombre por la espalda no resulta fácil, sobre todo después de una ardua consideración. Vio cómo recogía la última moneda y la dejaba caer en la bolsa para, luego de ponerse de pie y de tirar de las cuerdecillas que la cerraban, darse la vuelta y sonreír.

–Ya tengo las…

Durante un instante, ambos se miraron. Él con la bolsa llena de plata en una mano y la sonrisa incierta que iluminaba su rostro bajo la luz del sol. Pero, bajo su sombrero barato, sus ojos la miraban con un miedo insuperable. Ella en el escalón inferior de la taberna, con los pies descalzos y ensangrentados; la boca partida, que le sangraba, y los cabellos ensangrentados pegados a su frente ensangrentada. Pero su arco estaba preparado.

Él se pasó la lengua por los labios, tragó saliva, volvió a pasársela por ellos y preguntó:

–¿Dónde está Neary?

–Metido en un atolladero. –Se sorprendió al escuchar el hierro que había en su voz. Sonaba como si hablase de alguien a quien no hubiese visto jamás. Quizá la voz de Humo sonase así.

–¿Y mi hermano?

–En otro sitio peor.

Dodd tragó saliva, estirando el cuello lleno de sudor y comenzó a retroceder lentamente.

–¿Lo has matado?

–Olvídate de esos dos y no te muevas.

–Mira, Shy, ¿no iras a dispararme, verdad? No lo harás, y menos después de todo lo que hemos pasado. No vas a disparar, y menos a mí, ¿verdad? –Su voz iba subiendo de tono a medida que se acercaba al pozo–. No quería esto. ¡No era mi plan!

–Claro que no. Para tener un plan antes necesitas pensar, y tú ni siquiera llegas a eso. Sólo sigues la corriente. Aunque eso supusiese que yo acabaría ahorcada.

–Mira, Shy…

–He dicho que no te muevas. –Aprestó el arco, tirando con fuerza de la cuerda con sus dedos ensangrentados–. ¿Estás sordo, maldita sea?

–Mira, Shy, hablemos de todo esto, ¿eh?, sólo hablemos. –Levantaba la palma de su mano temblorosa como si así pudiera detener una flecha, y fijaba su mirada de color azul en ella. Entonces, súbitamente, Shy recordó la primera vez que lo había visto, apoyando la espalda en la caballeriza, sonriendo sin preocupaciones, no muy inteligente pero sí muy divertido. Desde que se marchara de casa, Shy no había tenido diversión en su vida. Y precisamente se había marchado para buscarla.

–Sé que he hecho cosas malas, pero… es que soy idiota. –Ensayó una sonrisa tan inestable como la palma de su mano. Al menos al principio, Dodd se había merecido una o dos sonrisas, y aunque no hubiese sido un artista a la hora de hacerle el amor, había

mantenido caliente su lecho, lo que ya era algo, y, además, le había hecho sentir como si ella y el resto del mundo fueran dos cosas aparte.

–No te muevas –volvió a decir, pero de manera menos amenazadora.

–No vas a dispararme. –Seguía caminando de espaldas hacia el pozo–. Soy yo, ¿de acuerdo? Yo. Dodd. No vayas a dispararme ahora. Ahora voy a…

Entonces le disparó.

Con los arcos pasa algo raro. Los encordas, los empuñas, colocas la flecha, apuntas… todo eso exige esfuerzo, maestría y decisión. Soltar la cuerda no significa nada. Simplemente, que dejas de agarrarla. De hecho, en cuanto los agarras y apuntas con ellos, es más fácil soltar la flecha para que salga volando que lo contrario.

Dodd apenas estaba a doce pasos de distancia. La saeta cruzó revoloteando el espacio que los separaba, erró la mano de él por un pelo y se clavó silenciosamente en su pecho. A Shy le sorprendió que todo sucediese en silencio. Pero es que la carne es blanda. Sobre todo, si se la compara con la punta de una flecha. Dodd dio un paso más, como si aún no se hubiera enterado de que acababan de clavarle una flecha, y abrió mucho los ojos. Entonces, al bajar la mirada y ver el astil en su pecho, parpadeó.

–Me has disparado –dijo en un susurro y cayó de rodillas, mientras la sangre comenzaba a formar un óvalo oscuro en su camisa.

–¡Te he avisado! –Tiró el arco al suelo, repentinamente furiosa con él y también con el arco.

–Pero no creí que fueras a hacerlo – replicó él, mirándola fijamente.

–Tampoco yo –dijo ella, devolviéndole la mirada. Hubo un momento de silencio en el que el viento sopló una vez más, agitando el polvo que los rodeaba–. Lo siento.

–¿Lo sientes? –dijo él, con la voz rota.

Quizá fuese la mayor estupidez que jamás hubiera dicho, y eso que había dicho estupideces, pero ¿qué otra cosa podía decir? Ninguna palabra conseguiría sacar aquella flecha. Casi se encogió de hombros cuando respondió:

–Supongo.

Dodd hizo una mueca de dolor mientras sopesaba la bolsa con una mano y se volvía hacia el pozo. Shy se quedó boquiabierta y luego echó a correr cuando él cayó hacia un lado y la lanzó al aire. La bolsa dio vueltas y más vueltas y comenzó a caer con una trayectoria curva mientras sus cuerdecillas aleteaban y Shy, que ya se lanzaba en plancha hacia ella, alargaba la mano para cogerla…

Gruñó cuando sus costillas doloridas se estrellaron contra la estructura que rodeaba el pozo y su brazo derecho se perdió en la negrura de su interior. Durante un instante pensó que se caería detrás de la bolsa –lo que, probablemente habría sido un desenlace más adecuado– y, entonces, sus rodillas dieron en el polvo.

Había conseguido agarrarla por una de sus esquinas inferiores. Sus uñas rotas se clavaban en su tela suelta. Las cuerdecillas que servían para cerrarla bailoteaban mientras a su alrededor caían fragmentos de piedra y suciedad.

Shy sonrió. Por primera vez durante aquel día. Quizá por primera vez en el último mes.

Y entonces la bolsa se abrió.

En medio de una lluvia de destellos, del tintineo de la plata y del sonido producido al rebotar contra las paredes del pozo, las monedas se perdieron en una nada tan oscura como la tinta y en el silencio.

Shy se levantó, aturdida.

Se apartó lentamente del pozo, abrazándose con una mano mientras la bolsa vacía colgaba de la otra.

Bajó la mirada hacia Dodd, que, recostado, con la flecha saliéndole por el pecho, la miraba fijamente con sus ojos húmedos, respirando cada vez más deprisa. Shy escuchó cómo su respiración se entrecortaba y, finalmente, se detenía.

Shy permaneció inmóvil durante un instante para luego doblarse en dos y vomitar. Aunque no devolvió mucho, porque no había comido nada en todo el día, sus tripas, que seguían estando en tensión, insistieron hasta que echó todo lo que tenía que echar. Temblaba tanto que pensó que se iba a caer, con las manos en las rodillas, sorbiendo la bilis que se le había ido por la nariz y escupiéndola.

Maldición, le dolían las costillas. El brazo. La pierna. La cara. Tenía tantas rozaduras, torceduras y arañazos juntos que no podía distinguirlos unos de otros, pues su cuerpo entero era un maldito latido incontrolable.

Arrastró la mirada hasta el cadáver de Dodd. Sintió otra oleada de náuseas y consiguió alejarla hasta el horizonte, justo hasta aquella línea reluciente de la nada.

No exactamente.

Una nube de polvo se insinuaba en la lejanía. Una vez más, se secó la cara con la manga hecha jirones, para entonces tan sucia que, en vez de limpiar, manchaba. Se enderezó y entornó la mirada bajo aquella luz intensa. Jinetes. No había duda. Todavía bastante lejos, pero al menos una docena.

–Oh, demonios –dijo en un susurro, y se mordió el labio. Si las cosas seguían así, no tardaría en vérselas con ellos–. ¡Oh, demonios! –Se tapó los ojos con las manos y los apretó con fuerza, ocultándose en aquella oscuridad ficticia con la desesperada esperanza de descubrir, al abrirlos, que se había confundido, porque se había confundido tantas veces…

Pero cuando apartó las manos, el polvo seguía allí. El mundo es un completo cabrón, y cuanto más hundida estás, más le gusta darte patadas. Puso los brazos en jarras, arqueó la espalda y gritó al cielo, alargando la palabra tanto como sus cansados pulmones se lo permitían:

–¡Joder!

El eco reverberó en los edificios y murió rápidamente. No le llegó ninguna respuesta. Quizá el leve zumbido de una mosca que ya comenzaba a mostrar algo de interés en Dodd. El caballo de Neary la miró durante un momento y luego apartó la vista, en absoluto impresionado. Después de aquel grito, Shy tendría que añadir el dolor de garganta a la lista de sus males. Se sintió en la obligación de hacerse las preguntas acostumbradas.

¿Qué cojones voy a hacer ahora?

Apretó los dientes mientras le quitaba las botas a Dodd y se sentaba en el polvo para ponérselas. No era la primera vez que ambos se revolcaban en el polvo. Aunque sí la primera desde que había muerto. Las botas le quedaban un poco grandes, pero mejor caminar como si llevase zancos que ir descalza. Y ya con las botas puestas se dirigió a trompicones hacia la taberna.

Neary lanzaba unos gemidos lamentables mientras intentaba levantarse. Shy le dio una patada en la cara y otra en la espalda, cogió las flechas que le quedaban en la aljaba y se llevó el cuchillo de caza que tenía metido entre el cinto. Luego volvió a salir a la luz del día, recogió el arco y se encasquetó el sombrero de Dodd, porque, aunque le quedase un poco grande, al menos le brindaría algo de protección cuando el sol comenzase a estar alto. Se llevó los tres caballos y los ató juntos en una reata… La operación resultó delicada, porque el enorme garañón de Jeg no sólo tenía mal carácter, sino que parecía decidido a

saltarle los sesos de una coz.

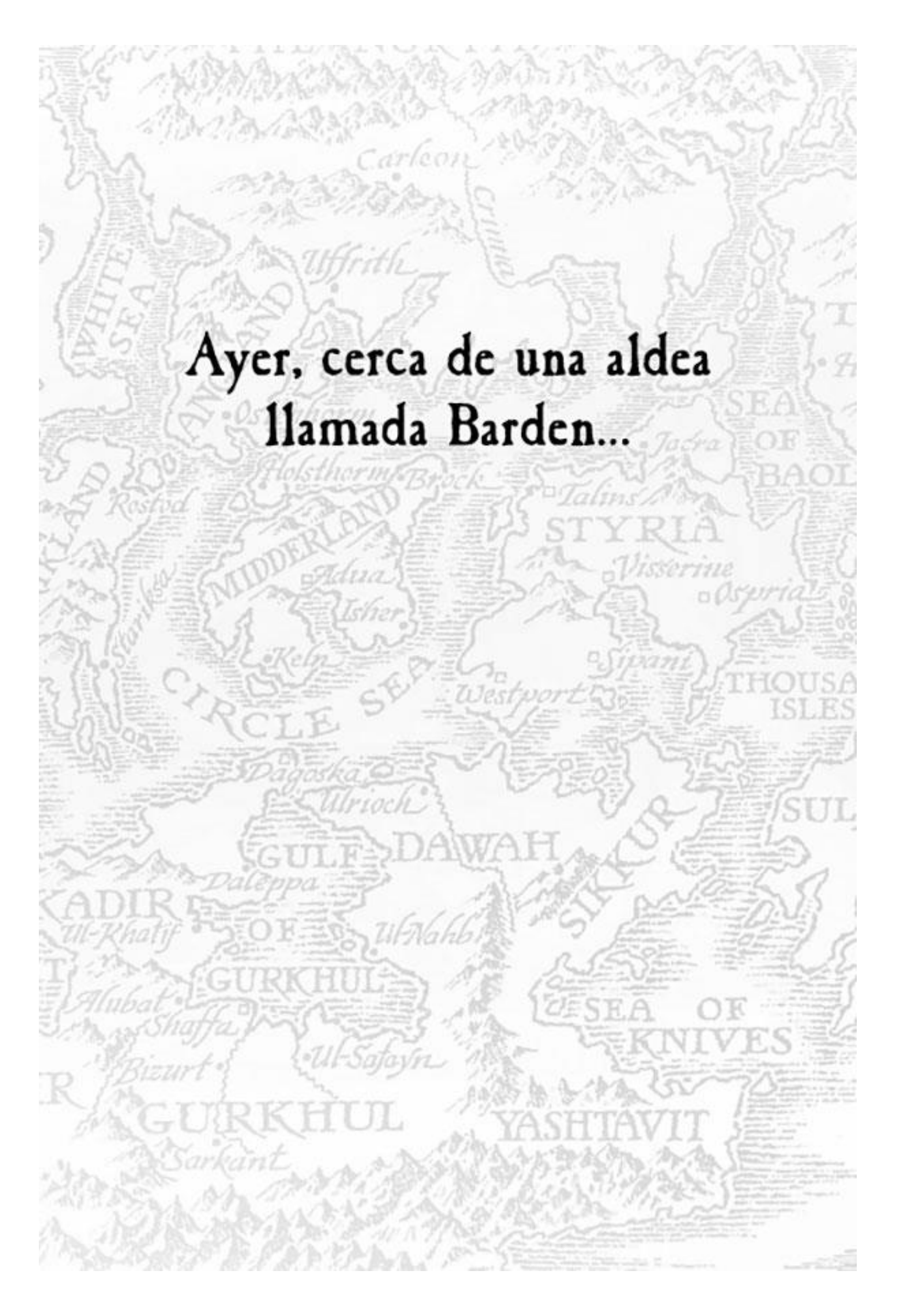
Cuando hubo terminado, volvió a mirar, preocupada, aquella polvareda. Se dirigían derechos hacia el pueblo, y a toda prisa. Al mirar más detenidamente, le pareció que serían unos nueve o diez, es decir, dos o tres menos de los que antes había contado, y aunque eso estuviera mejor, seguía representando un inconveniente muy poderoso.

Agentes del banco en pos del dinero robado. Cazadores de recompensas que intentaban cobrar el precio puesto a su cabeza. Otros forajidos que husmeaban un botín. Un botín que, mira por donde, estaba en el fondo de un pozo. Podían ser quienes quisieran. Shy tenía un extraño don para hacer enemigos. Cayó en la cuenta de que miraba a Dodd, echado boca abajo y descalzo en el suelo. Lo único con lo que tenía peor suerte era con los amigos.

¿Cómo he podido llegar a esto?

Meneó la cabeza, escupió por el resquicio que tenía entre los incisivos y se subió a la silla del caballo de Dodd. Luego, dando la espalda a aquellas nubes de polvo que no tardarían en llegar, miró al azar en una dirección de la rosa de los vientos.

Y azuzó con los talones al caballo.



Ayer, cerca de una aldea
llamada Barden...

En las cercanías de Barden, otoño de 584

Tinder estaba de pie en el umbral de su puerta y observaba cómo la Unión destruía su cosecha.

Estar allí de pie y observar la manera en que horas, días y meses de duro trabajo, de la mañana al anochecer, y de muchas preocupaciones acaban aplastados en el barro no es un pasatiempo agradable. Pero, ¿qué otra opción le quedaba? ¿Cargar, bieldo en ristre, para expulsar de sus tierras a la Unión? Tinder soltó un bufido de burla. A todo lo largo y ancho del estéril Norte, Dow el Negro y todos sus Jefes Guerreros, así como todos los Carls y Mejores Guerreros, hacían lo que podían, sin apenas resultados favorables. Tinder ya no era el luchador que solía ser, y nunca había sido el más duro de todos.

Por eso estaba de pie en el umbral de su casa y observaba cómo la Unión destruía su cosecha.

Primero habían llegado los exploradores, con el estruendo de cascos de caballos. Luego una fila tras otra de soldados, pisando fuerte con sus botas. Después las carretas, que gemían y crujían como los muertos en el infierno, destripando con sus ruedas los terrenos de Tinder. A docenas. A centenares. Dejaban un rastro de cieno hasta la altura de las rodillas, que se desbordaba por la cuneta y acababa invadiendo las cosechas. Poco a poco el cieno se iba extendiendo.

Así es la guerra. Comienzas con algo que vale la pena y al final lo único que tienes es cieno.

Un día después de que pasaran los primeros exploradores, una docena de soldados de la Unión, algo nerviosos, llegaron para llevarse las gallinas, acompañados por un norteño que les hacía de intérprete. Tinder no necesitó escuchar ninguna palabra para saber que le estaban robando. Le pareció que al norteño no le gustaba nada de lo que pasaba, pero una mirada abatida fue todo lo que sacó de él. ¿Qué habríais hecho vosotros? Tinder no era ningún héroe. Había estado en la guerra y tampoco había visto allí héroes.

Suspiró profundamente, con tristeza. Aunque, probablemente, se lo mereciera por todos los delitos que había cometido en su juventud, aquello no hacía más llevadera la idea de un invierno sin comida. Meneó la cabeza y escupió en el patio. Maldita Unión. Aunque no era peor que la última vez, cuando Cabeza de Hierro y Dorado tuvieron un pequeño desencuentro y pasaron por allí, robando todo lo que podían coger con sus sebosas manos. Pon juntos a unos pocos hombres armados con espadas, es igual que sean amables, y no tardarán mucho en comportarse como animales. Era como decía el viejo Tresárboles: *Darle una espada a un hombre es como darle una mierda*. *La sufren él y todos los que le rodean.*

–¿Ya se han ido? –preguntó Riam, gateando hasta donde estaba su padre para echar un vistazo. La luz del sol le iluminaba media cara, mientras la otra mitad seguía en la penumbra. A cada día que pasaba, se parecía más a su madre.

–¡Te avisaré cuando se hayan ido! –le contestó él con malos modos, bloqueando la puerta con su cuerpo. Ya había pasado por aquello mientras recorría Angland con Bethod. Había hecho cosas y había visto las cosas que habían hecho otros. Sabía lo delgada que era la línea que separaba a la gente que se quedaba en sus casas para ocuparse de sus asuntos de los huesos ennegrecidos que uno podía encontrar en unas ruinas quemadas. Tinder sabía en todo momento que aquellos hombres de la Unión estaban en uno de los extremos de su campo y que él y sus hijos se encontraban en la parte opuesta–. ¡Quédate dentro! –le dijo a la niña cuando se marchó enfadada a la habitación contigua–. ¡Y deja las ventanas cerradas!

Cuando volvió a mirar fuera, Cowan doblaba una de las esquinas de la casa con el

cubo de la leche en una mano, tan natural como el día, como siempre hacía por la mañana.

–Muchacho, ¿se te ha reblandecido la sesera? –le espetó Tinder en cuanto entró por la puerta–. ¿No te dije que te mantuvieras fuera de su vista?

–Pero no me dijiste cómo. Están por todas partes. Si me vieran arrastrándome por ahí, pensarían que tenía algo que ocultar.

–¡*Tenemos* algo que ocultar! ¿Quieres que también se lleven a la cabra?

–No está dando mucha leche. –Cowan se encogió de hombros.

En aquel momento Tinder se sentía tan culpable como asustado. Se acercó a su hijo y le revolvió el pelo.

–Ahora nadie está dando mucho de nada. Estamos en guerra. Lo único que podemos hacer es agacharnos y movernos deprisa, ¿lo entiendes?

–Sí.

Tinder cogió el cubo de Cowan y lo dejó junto a la puerta.

–Vuelve con tu hermana, ¿de acuerdo? –Echó un rápido vistazo por el marco y maldijo en voz baja.

Un hombre de la Unión se acercaba a la casa, uno cuya apariencia le gustaba a Tinder aún menos que la de los demás. Grande, demasiado escaso de cuello y con demasiada armadura, con una espada larga enfundada en un costado y otra más corta en el otro. Aunque Tinder no hubiera sido de los más duros, había visto lo suficiente para distinguir a un asesino entre una multitud, y algo que detectó en el aspecto de aquel individuo alto le puso en guardia.

–¿Qué pasa? –preguntó Cowan.

–¡Pasa que te metas dentro, como he dicho! –Tinder desplazó lentamente la hachuela que estaba encima de la mesa hasta que cayó detrás de una de sus piernas, y luego cerró la mano alrededor de su fría y suave empuñadura, sintiendo la boca repentinamente seca.

Quizá ya no fuera el luchador que antaño había sido, ni el más duro, pero el hombre que no es capaz de morir por sus hijos no es un hombre.

Tinder casi había estado esperando que aquel bastardo sin cuello desenvainara una de sus espadas y echase la puerta abajo de una patada, llevándosele a él por delante. Pero lo único que hizo fue subir dos peldaños para llegar al porche, mientras la endeble estructura construida por Tinder crujía bajo sus grandes botas, y sonreír. Una sonrisa casi abatida y nada convincente, que se fue insinuando lentamente en su cara, como si le costase trabajo. Como si sonriera a pesar de una herida abierta.

–Hola –dijo en norteño. Tinder sintió que sus cejas se enarcaban por sí solas. Jamás había oído una vocecita tan atiplada en boca de un hombre, sobre todo de uno tan grande como aquél. Al ver su mirada más de cerca, comprobó que era de tristeza, no de fiereza. Llevaba una mochila a la espalda con un sol dorado grabado en ella.

–Hola. –Tinder intentó que su rostro fuera inexpresivo. Sin ira. Sin miedo. Nada y nadie. Ciertamente, nadie a quien hubiera que matar.

–Me llamo Gorst. –Tinder no creyó que tuviera que contestarle. Como todas las cosas, el nombre es algo que uno comparte cuando lo necesita. Se hizo un largo silencio. Un silencio tan desagradable como peligroso, sólo roto por los sonidos que hacían los hombres y los animales que se encontraban en el otro extremo del campo–. ¿Eso que llevaba su hijo era leche?

Tinder entornó la mirada. Era una prueba. ¿Qué hacía? ¿Negar lo que Gorst había visto y, arriesgándose a enfadarle, ponerse él mismo y sus hijos en un peligro aún mayor, o

admitirlo y arriesgarse a perder la cabra, junto con todo lo demás? El hombre de la Unión se movió en el umbral y la luz incidió en el pomo de una de sus espadas, suscitando en ella un destello acerado.

–Sí –respondió Tinder con voz ronca–, un poco.

Gorst metió una mano en su mochila, y Tinder no dejó de mirar hasta que apareció de nuevo con una copa de madera.

–¿Sería mucha molestia si me diera un poco?

Para coger el cubo, Tinder no tenía otra elección que dejar caer en el suelo su pequeña hacha. Por aquellos días le parecía que, al igual que una hoja al viento no puede elegir adónde va, él tampoco tenía elección en nada de lo que hacía. Se dijo que eso debía de ser lo que le pasaba a la gente corriente cuando la guerra llegaba a su puerta.

El hombre de la Unión sumergió su copa en el cubo, la sacó derramando unas gotas y levantó la mirada. Ambos se observaron durante un largo momento. No había ira en los ojos del grandullón, ni rencor, ni nada. Sólo cansancio y apatía. Tinder tragó saliva, seguro de que estaba mirando a la muerte cara a cara, una cara que distaba mucho de ser hermosa. Felizmente, Gorst se limitó a señalar, con aquella roca pelada que era su cabeza, los árboles donde el tenue humo procedente de una forja manchaba el cielo con un color gris acero.

–¿Puede decirme cómo se llama esa aldea?

–La llaman Barden. –La voz le salió ronca y Tinder se aclaró la garganta, ansioso de agarrar su hacha de nuevo, pero sin saber cómo conseguirlo sin que aquel grandullón se diese cuenta–. Creo que no es gran cosa.

–No estaba planeando una visita, pero gracias. –El hombre grande le miró sin cerrar la boca, como si fuese a añadir algo más. Luego se volvió y salió pesadamente por la puerta con los hombros encogidos, como si cargase con un gran peso. Mayor incluso que lo que pesaba todo el acero que llevaba encima. Se sentó en el tocón de aquel pino que tanto se le había resistido a Tinder durante la última primavera. El único que estuvo a punto de caérsele encima cuando finalmente lo taló.

–¿Qué quería? –decía la voz de Riam.

–¡Por los muertos!, ¿es que no puedes seguir escondida? –Tinder casi vomitó las palabras por lo seca que sentía la garganta, mientras intentaba apartar a su hija de la puerta pasando uno de sus brazos alrededor de ella.

Pero aquel hombretón no mostró signo alguno de querer ordenar que se llevaran a la cabra de Tinder o a sus hijos. Sacó algunos papeles de su mochila, los colocó encima de la madera entre sus piernas, destapó un frasco de tinta, hundió una pluma en él y escribió algo. Tomó un sorbo de leche, frunció el ceño y miró a los árboles, luego al cielo y después a la columna de caballos y carretas que apenas se movía, volvió a mojar la pluma y escribió algo más.

–¿Qué está haciendo? –preguntó Riam en voz baja.

–Escribir. –Tinder dio vueltas a algo dentro de la boca y escupió. Por alguna razón le molestaba un poco que un bastardo grandullón con voz atiplada se hubiera sentado en su tocón para escribir. Cuando el mundo estaba tan lleno de problemas que aguardaban una solución, ¿qué demonios podría arreglarse escribiendo? Aunque podría estar haciendo cosas peores. De cualquier modo, ¿qué podía hacer Tinder?

Así que siguió de pie, agarrando con fuerza, tanto que los nudillos se le pusieron blancos, el cubo casi vacío de leche, mientras observaba cómo la Unión destruía su cosecha.

–¿Coronel Gorst?

–¿Sí?

Jamás podría acostumbrarse a aquella voz por mucho que admirase a su dueño. Era como la de una muchachita perdida.

–Soy el teniente Kerns. Estaba en el mismo barco en que llegó usted, el… ¿El *Indomable*? ¿El *Invencible*? ¿El *In-no-sé-qué*? –Gorst permanecía sentado en silencio, con unas cuantas hojas de papel dispersas por la superficie del tocón entre sus piernas, el frasco de tinta abierto al lado de ellas, la pluma sujeta delicadamente con una mano que era como un jamón, y lo que parecía ser una copa pequeña en la otra–. En más de una ocasión lo vi en cubierta, entrenándose poco después de amanecer. –Muchos de los hombres se reunían para verlo. Ninguno de ellos había visto jamás nada parecido–. Un espectáculo impresionante. Hablamos un momento… –En el más estricto sentido, Kerns suponía que así había sido, aunque el que había hablado durante casi todo el tiempo era él.

La vieja rutina parecía a punto de repetirse. En un silencio pétreo, Gorst levantó la mirada y entornó valorativamente sus ojos profundos, de suerte que Kerns comenzó una perorata en la que las palabras iban cada vez más deprisa a medida que la importancia de lo que decía era cada vez menor:

–Hablamos de las razones del conflicto, etcétera, y de quién participaba; de quién tenía razón y quién estaba equivocado; de las causas y de los efectos, ya sabe. –¡Por los Hados! ¿Es que no podía callarse?–. Y de cómo el mariscal Kroy llevaría la campaña, y qué división combatiría aquí y allá…, ya sabe. Creo que es muy posible que comentáramos que las virtudes del acero estirio eran diferentes a las de las aleaciones unionistas, lo digo por lo de las hojas y las armaduras y todo eso. Entonces comenzó a llover y yo me retiré a las cubiertas inferiores.

–Sí.

En aquel momento, Kerns deseaba muchísimo que hubiera alguna cubierta inferior a la que poder retirarse. Se aclaró la garganta y añadió:

–Ahora estoy a cargo de los que vigilan esta sección de la columna de suministros.

Gorst barrió con una mirada feroz la columna de suministros, haciendo que Kerns tosiera, avergonzado. A pesar de todo lo que había trabajado, ningún hombre sensato se habría enorgullecido del orden que reinaba allí.

–Bueno, el teniente Pendel y yo. Y como vi que usted estaba escribiendo, pensé que podía volver a presentarme a usted… ¿Eso que escribe es una carta para el Rey?

Gorst frunció el ceño. Lo cual quiere decir que lo frunció aún más de lo que acostumbraba, mientras desplazaba su voluminosa masa acorazada como si con ella quisiera ocultar los papeles.

–Sí.

–Es increíble imaginarse, ya sabe, a Su Majestad, bueno, leyendo esas mismas palabras mientras desayuna o, quizá, mientras almuerza. No puedo imaginarme qué podrá tomar Su Majestad para almorzar…

–Eso depende.

Kerns se aclaró la garganta.

–Claro. Claro que depende. Me preguntaba, y no quiero que pueda parecer una exigencia, si podría prestarme una hoja de papel. Esta mañana he recibido una carta de mi esposa y tengo unas ganas terribles de contestarle. No sé si sabrá que nuestro primer hijo nació justo antes de irnos.

–Enhorabuena.

–Desde luego. Es muy guapo. –Por lo que Kerns podía recordar, había pensado que

su hijo era notablemente feo, gordo y chillón; pero como los padres siempre dicen que sus hijos son guapísimos, decidió hacer lo propio y mostrar aquella sonrisa soñadora que se suponía que iba a juego con la declaración–. Un chico muy, pero que muy guapo. En cualquier caso, si pudiese…

Gorst le pasó una hoja de papel.

–Sí. Exacto. Muchas gracias. Me aseguraré de devolvérsela cuando pueda. No vaya a pensar…

–Olvídelo –dijo Gorst, refunfuñando y encogiéndose de hombros mientras volvía a su carta.

–Sí. –Kerns volvió a aclararse la garganta–. Sí, desde luego.

–Ya basta de tanta estupidez. –Pendel apartó la pala del lado de la carreta y echó a andar sobre la cosecha arruinada, chapoteando a cada paso que daban.

–¿Qué haces? –La voz de Kerns le llegaba como si fuera un graznido insignificante. Aquella voz estaba comenzando a tener en los nervios de Pendel el efecto de una navaja sin filo sobre un cuello irritado. Y siempre con aquellas malditas preguntas, a cuál más estúpida.

–¿Qué crees tú que hago? –Pendel agitó la pala delante de él–. ¡Voy a cavar un túnel para volver a Adua! –Se volvió hacia los árboles y añadió para sí–: So imbécil.

–¿Estás seguro de que quieres ir ahí? –preguntó Kerns a grito pelado mientras lo seguía, agitando por algún motivo una hoja de papel–. ¿Y si…?

–¡Podrás arreglártelas sin mí durante un minuto! ¡Estoy seguro! –Y entonces repitió en voz baja–. So imbécil. –Probablemente, si se hubiera excusado durante todo el día, al volver al servicio habría encontrado la columna a pocos pasos de distancia de donde la había dejado, y eso a pesar de toda la agitación de Kerns. Siempre pasaba lo mismo con los oficiales bisoños. El reglamento, el servicio, el honor, el reglamento. Si Pendel hubiera querido que le dieran en la cabeza con el reglamento, se habría quedado en el cuartel general, y cada mañana el maldito coronel Felnigg le habría asestado con él. Bueno, podría haberse quedado si no hubiese sido por aquel pequeño descuido suyo y la posterior acción disciplinaria, pero eso no venía al caso. El hecho era que necesitaba cagar, y no podía hacerlo con docenas de hombres y animales mirándole. ¿Quién quiere cagar delante de tantos espectadores?

–¿Y si hubiera unos norteños cerca de…?

–¡Pues, entonces, me cagaré encima de ellos! –Y dejó a Kerns besando al inútil y atiplado de Gorst su gran culo de observador real, y echó a correr. Y cuando se quedó sin resuello, caminó más despacio entre la cosecha para llegar a la acogedora oscuridad de los árboles.

–Están ahí.

–Oh, sí –murmuró Pálido Como la Nieve mientras manoseaba la bolita de *chagga*–. Sin duda.

Era imposible no ver a aquellos bastardos. Docenas de carretas y de carros que formaban una línea a traves de los aplastados restos de lo que antes había sido la cosecha de algún pobre desgraciado, algunos cubiertos con una lona, pero la mayoría sin nada encima que los protegiera. Desnudos fardos de heno que parecían esperar a que alguien pasara con una antorcha. Haces de dardos de ballesta que prácticamente estaban pidiendo que se los llevaran para después regresar, volando, a sus dueños. Todo tipo de cosas que robar y destruir. Por allí no había demasiado movimiento. Demasiados pertrechos y ninguna calzada decente, la historia de la invasión del Norte por las tropas de la Unión, tal y como

Pálido Como la Nieve lo veía. Caballos inquietos y piafando. Conductores abatidos y aburridos. Pero no había muchos guardias, y le pareció que, los que veía, estaban más dispuestos a echarse un sueñecito que a combatir.

–La cosa pinta bien, jefe –susurró Ripjack.

Pálido Como la Nieve miró de soslayo a su segundo con los ojos entornados.

–No vayamos a gafarla, ¿eh? –En muchas ocasiones, cuando las cosas pintaban bien, Ripjack se había descontrolado. Nunca se es demasiado precavido, ni siquiera cuando tratas de sorprender a la Unión.

Hacía ya mucho tiempo que Pálido Como la Nieve había perdido la cuenta de las incursiones que había realizado. Llevaba en ello toda la vida, y aún seguía esperando la que llegara a desarrollarse tal y como había previsto. Aún seguía esperando la incursión perfecta. Por bien engrasado que estuviera su plan, siempre acababa metiéndose por medio alguna arenilla de mala suerte. Algún necio excesivamente entusiasta en su bando, o algún perfeccionista excesivamente vigilante en el bando contrario, o una correa sin abrochar, o un caballo empecinado, o algún cambio súbito del tiempo o de la luz, o una puñetera ramita seca en el lugar equivocado. Pero así es la guerra, se decía Pálido Como la Nieve. A todos les llega algo de suerte, y el ganador es el que mejor aprovecha la que le toca.

¿Quién sabe? A medida que se adentraba en aquel campo aplanado de cosechas pisoteadas, con su casita y su pequeño cobertizo, y veía la gran masa de hombres despreocupados e indisciplinados, y de pertrechos situados en su extremo, comenzó a sentir en las palmas de las manos un nervioso cosquilleo de que aquél podría ser el día, y la comisura de la boca dibujó una sonrisa involuntaria.

Luego podría volver para decirle a Scale que aquella incursión había sido realmente preciosa. Una monada. Sus hombres reirían, enseñarían el botín y contarían a todos las mentiras más inverosímiles acerca de las heroicas hazañas de aquel día. Scale le daría una palmada en la espalda en lugar de echarle una reprimenda. La verdad, Pálido Como la Nieve ya estaba un poco harto de reprimendas. Si había un jefe al que uno pudiera respetar era Scale. Pero sólo mientras no abriese la boca.

Pálido Como la Nieve dio una chupada prolongada a su pipa mientras escrutaba de nuevo el campo que tenía delante, y luego asintió. Un buen combatiente debe ser cuidadoso, pero antes o después tendrá que combatir. El momento se presenta con una sonrisa y te tiende la mano, y entonces tú tienes que agarrarla.

–Bien. Que se preparen los muchachos. –Se volvió y comenzó a hacer señales a los demás, moviendo la mano a derecha e izquierda entre los árboles para que fueran a donde él quería, porque era más rápido hablando con las manos que con la boca. Los arcos próximos a la linde, los Carls en dos cuñas para neutralizar a los guardias, los Thralls en el centro, listos para aplastar la columna y hacer todo el daño posible antes de que lleguen más guardias. Os sorprendería saber el daño que aquellos hombres eran capaces de hacer en tan poco tiempo. Sólo con un poquito más de buena suerte, aquella incursión podría convertirse en el modelo a seguir en adelante. Auténticamente preciosa, una…

–¿Jefe? –decía Ripjack en voz baja.

–¿Uh?

El Mejor Guerrero se puso un dedo en la boca para indicar silencio y, mirándolo con los ojos muy abiertos, señaló un punto de la maleza.

Pálido Como la Nieve sintió que se le encogía el corazón. Alguien estaba cruzando el campo en su dirección. A juzgar por lo que relucía su yelmo, perfectamente pulido, se trataba de un hombre de la Unión que llevaba una pala al hombro sin ninguna

preocupación. Pálido Como la Nieve se dio rápidamente la vuelta, siseando con fuerza para llamar la atención de sus muchachos, y luego movió con frenesí una mano para que se agacharan. Como si fueran piedras que alguien hubiera lanzado, todos se dejaron caer al unísono en los arbustos o detrás de los árboles, de suerte que, apenas un instante después, el bosque quedó tan silencioso y apacible como si hubieran desaparecido por arte de magia.

Pero el sureño no se había detenido. Se agachaba bajo las ramas y aplastaba las ramitas de la maleza a cada pocos pasos, dirigiéndose en línea recta hacia ellos, silbando como si, en vez de estar en medio de una guerra, se encaminase al mercado. Aquellos hombres de la Unión eran unos malditos idiotas. Pero por idiotas que fuesen, si seguía avanzando no tardaría en descubrirlos.

«Siempre pasa algo», dijo para sí Pálido Como la Nieve, llevando una mano a su espada y levantando la palma de la otra para indicar a los muchachos que no se moviesen. Sintió que Ripjack, que estaba a su lado, desenvainaba muy despacio el cuchillo, cuya hoja relució con un brillo asesino entre las sombras. Con un pequeño movimiento involuntario en un párpado, Pálido Como la Nieve observó, los músculos en tensión y listo para desenvainar la espada, que el sureño se iba acercando…

El sureño se detuvo apenas a cuatro largos pasos de él, clavó la pala en el suelo, se quitó el yelmo, tirándolo al suelo, se secó la frente con una manga y luego, dándose la vuelta, comenzó a desabrocharse el cinturón.

Pálido Como la Nieve se dio cuenta de que estaba sonriendo. Miró a Ripjack, apartó lentamente la mano de su espada, se llevó lentamente el dedo índice a los labios para ordenar silencio, apuntó con él al agachado sureño, que se afanaba en bajarse los pantalones, y luego se lo pasó lentamente por el cuello.

Ripjack hizo una mueca y apuntó con un dedo a su propio pecho.

Pálido Como la Nieve sonrió más aún y asintió.

Ripjack volvió a hacer la mueca y, encogiéndose de hombros, comenzó a avanzar muy despacio, retorciéndose para contornear los arbustos, sin dejar de mirar el terreno para evitar cualquier obstáculo que pudiera revelar su posición. Pálido Como la Nieve se quedó detrás, esperando. Cuando hubieran terminado con aquel pequeño asunto, los muchachos ya estarían en sus puestos y aguardando, y luego comenzaría una incursión de la que los cantares hablarían durante cien años. O, al menos, lo intentarían.

A todos les llega algo de suerte, y el ganador es el que mejor aprovecha la que le toca.

Pendel se apoyó en los talones para sujetarse mejor en el suelo, poniendo una mano encima de una de sus rodillas y apoyando la otra en la pala. Gruñía y apretaba los dientes. Era como la maldita vida militar, o demasiado trabajo o demasiada inacción, sin encontrar nunca el afortunado término medio. Suspiró. Apenas acababa de cambiar de pie el peso de su cuerpo para hacer más fuerza, cuando sintió un dolor agudo en la parte baja de la espalda.

–¡Ah! –Se retorció, profiriendo juramentos. Una de las monstruosas ortigas que había por allí acababa de ladearse como si lo hiciera a propósito, y la muy maldita había acabado pegada a su nalga izquierda.

–Maldito Norte –dijo entre dientes, friccionándose furiosamente el área afectada y consiguiendo que le escociera mucho más–. Maldita sea esta puta tierra. –Llevaban avanzando por ella durante lo que parecían meses, y aún no había visto un acre de aquel sitio que valiese un escupitajo, no digamos ya cientos de vidas, y mucho dudaba de que…

Al otro lado de la ortiga, apenas a un par de zancadas de donde se encontraba, un

hombre arrodillado entre la maleza le miraba fijamente.

Un norteño.

Un norteño con un cuchillo en la mano.

Que no era muy grande. Más bien del tamaño usual.

Pero era bastante grande.

Se miraron el uno al otro durante lo que les pareció un momento larguísimo, Pendel acuclillado, con los pantalones bajados alrededor de los tobillos; el norteño acuclillado, con los pantalones subidos, pero con la mandíbula caída.

Ambos se movieron al unísono, como obedeciendo a una señal acordada de antemano que llevaran esperando durante largo tiempo. El norteño saltó hacia delante, levantando el cuchillo. De una manera refleja, Pendel se giró y le lanzó la pala que, con un sonido metálico, alcanzó de plano al norteño en una sien, de suerte que pala y norteño salieron volando por el aire.

Con un agudo grito, Pendel avanzó a trompicones en la dirección por donde había llegado, y cuando escuchó junto a él lo que parecía ser el sonido de una flecha que surcaba el aire, rodó hasta un gran seto de ortigas y se puso de pie, intentando al mismo tiempo correr, gritar y subirse, por fin, los pantalones, mientras la muerte echaba su aliento en aquel trasero al aire.

Mi querida esposa Silyne:

No quepo de contento al recibir tu carta y las nuevas de nuestro hijo, aunque haya tardado tres semanas en llegar hasta mí. Ya sabes, el maldito servicio postal del Ejército. Me encanta saber que tu madre se encuentra mejor. Quería decirte

Kerns se echó hacia atrás y miró el campo con rostro pensativo. ¿Qué quería decirle? Siempre le pasaba lo mismo. Le entraban unas ganas locas de escribir pero, cuando se sentaba, no le salía ni una palabra. Nada que mereciera la pena, en cualquier caso. Realmente ni siquiera estaba seguro de que tuviera ganas de escribir, sólo le parecía que *debía* tener ganas de escribir. Si algún día moría en combate, a su esposa sólo le quedaría la colección de escritos más ñoños e irrelevantes, eso estaba claro. Nada de poéticas declaraciones respecto al amor que le profesaba, ni de sabios consejos a su hijo acerca de cómo convertirse en un hombre, ni de secretos de su yo más profundo. Porque, para ser sinceros, no estaba muy seguro de tener un yo más profundo. En general, un yo que pudiera hacer revelaciones profundas.

Era como si en aquel lugar nunca hubiera pasado nada importante. Apenas se movían, no digamos luchar. Kerns no quería ser un héroe, sino solamente hacer su papel. Probar su temple contra el enemigo antes que combatir todos los días contra el barro, los caballos y la incompetencia de Pendel. Se había presentado voluntario para la acción, no para el *tedio*. Para distinguirse. Para conseguir honor en el campo de batalla. Para ser celebrado, recompensado, invitado, admirado. De acuerdo, sí que quería ser un héroe. Y ahí estaba él, entre los suministros, donde la mayor hazaña era la de engrasar un eje.

Dio un largo suspiro, frunció el ceño al ver la hoja casi vacía y luego al mirar al coronel Gorst, quizá con la esperanza de encontrar algo de inspiración en él. Pero el coronel había dejado la pluma, y miraba hacia los árboles con tanta intensidad que le llamó la atención. A Kerns le pareció escuchar un grito agudo, aunque atenuado por la distancia, cargado de pánico. Cuando volvió a escucharlo más fuerte, Gorst se puso en pie de un salto, tirando la copa que tenía en la mano y derramando la leche. Kerns miró hacia los árboles, boquiabierto. Allí estaba Pendel, corriendo hacia ellos entre la cosecha, intentando al

mismo tiempo correr, sujetarse los pantalones desabrochados y gritar.

Cuando consiguió articular una palabra audible, su voz temblaba de terror:

–¡Los norteños!

Como para añadir dramatismo a aquellas dos palabras, una flecha, que salió de algún lugar situado a su espalda, estuvo a punto de acertarle en un hombro antes de terminar perdiéndose entre la vegetación. Kerns sintió que le ardía la cara. Le pareció que el tiempo se ralentizaba. Se sintió como en un sueño, con los miembros pesados y la mente adormilada tratando de captar la realidad. Miró boquiabierto a Pendel. Miró boquiabierto a la columna. Miró boquiabierto a Gorst, que ya corría hacia el bosque mientras desenvainaba sus pesadas armas. Miró boquiabierto a la linde del bosque, por la que ya comenzaban aparecer unos hombres que corrían y lanzaban unos gritos que reverberaban en el silencioso campo.

–Por todos los infiernos –musitó Kerns, tirando la pluma y empuñando con fuerza su espada. Aquella puñetera cosa no quería salir de su vaina. Comprendió que el fiador de seguridad debía de seguir echado, así que forcejeó con él, falló, se quitó los guantes, enfurecido, falló de nuevo, volvió a intentarlo y, finalmente, lo consiguió. Alzó la mirada. Norteños, no cabía duda, algunos de ellos con escudos pintados y empuñando relucientes armas, gritando y jaleando mientras saltaban hacia aquellos carros casi sin vigilancia.

Buscó el yelmo, volcando el tintero y manchando de negro aquel proyecto de carta tan lleno de banalidades. Hubiera llevado puesto el yelmo todo el tiempo si no hubiese sido porque sus hombres, que se reían inmisericordemente de él, se lo escondieron. Y cuando aquella misma mañana lo encontró lleno de estiércol, había sido la gota que hizo rebosar el vaso. Si llegaba a descubrir quién…

Cuando, finalmente, pudo desenvainar su espada y levantó la vista, comprendió que ya no importaba. Había cosas moviéndose por el aire. Flechas. Flechas de los arrodillados norteños que estaban delante de la linde, aprestando sus arcos. Su mirada alucinada fue atraída hacia la oscuridad del bosque, por destellos en movimiento. Se agachó sin necesidad, porque las flechas pasaron susurrando y se clavaron en las carretas. Vio cómo una golpeaba en la madera con un ruido sordo y se quedaba alojada en ella, temblando. Otra acertó a un caballo en un costado y le hizo encabritarse y relinchar de dolor.

–¡Seguidme! –exclamó con voz potente, aunque no tuviese ni idea de a quién se lo decía, y, sin preocuparse de comprobar si alguien le seguía o no, hizo lo que pudo para levantar los pies por encima de la cebada, mientras todas las estúpidas frustraciones ocasionadas por el hecho de que le hubieran destinado a los suministros desaparecían de repente. ¡Acción! ¡Allí había acción!

Gorst estaba en primera línea, combatiendo contra dos norteños. Su espada larga golpeó un escudo con un prolongado crujido y envió a uno de espaldas. Gorst esquivó un golpe propinado por un hacha de doble filo a cuya pesada hoja le faltó el diámetro de un pelo para alcanzarle. Para cuando el hacha se clavó en la tierra con un ruido apagado, Gorst ya estaba listo, tan rápido como el relámpago a pesar de su corpachón, y movía su espada larga entre la cosecha. Al del hacha le cortó limpiamente la pierna derecha a la altura de la rodilla, y tocó la otra al vuelo desde abajo, de forma que el desafortunado se desplomó de lado rociándolo todo de sangre. Su amigo estaba intentando levantarse cuando el largo acero de Gorst dejó una gran melladura en la parte frontal de su yelmo y lo lanzó hacia atrás, con la boca abierta en un grito silencioso, los brazos extendidos y la espada cayéndose de su mano sin fuerza.

Kerns sintió que un sobresalto recorría todo su cuerpo al comprender que acababa

de contemplar con sus propios ojos la muerte de dos personas. Sobresalto, incredulidad y una excitación desbordante. ¡Definitivamente, eso sí que era acción! ¡Estar codo con codo con el coronel Gorst, un hombre que había sido el Primer Guardia del Rey! ¡Que le dedicara una sonrisa de agradecimiento después del combate, recibir una palmada en el hombro y ser tratado como un hermano! Era lo que Kerns había soñado la primera vez que se puso el uniforme. Tres norteños más saltaban entre la cosecha en dirección a Gorst, a cuyo lado corrió Kerns, levantando la espada.

–¡Coronel Gorst!

Distinguió con el rabillo de un ojo el destello de algo que se movía, echó la cabeza hacia delante por instinto, y…

Gorst sintió que su espada larga se clavaba con un crujido en algo situado en el punto final de su trayectoria, y agarró con más fuerza la empuñadura cuando el norteño que se encontraba delante de él cayó hacia atrás, chorreando sangre por la limpia hendidura que tenía en la garganta. Pero él no tenía tiempo de pensar en eso. *Tengo otros asuntos*.

A saber, un hombre mayor y rechoncho con una cota de malla desgastada, que rugía todo lo fuerte que podía después de cargar a campo traviesa, con mejillas coloradas llenas de venitas rotas. *Esas mejillas.* A Gorst le traían a la memoria un recuerdo ya olvidado de su padre, poco antes de que muriera en la cama sin poder hablar, y constantemente sorprendido por los ruidos animales que emergían de su boca torcida. Jugueteando con las borlas de su camisa de dormir, encogido como una ciruela pasa. *Una ciruela espectral con mejillas color ciruela.*

¿Cuántos años tuve que soportar la desilusión de aquel viejo loco, sus reprimendas, sus bromas acerca de las voces de las damas, sonriendo y asintiendo como un hijo respetuoso? Gorst echó los labios hacia atrás en una mueca animal. Un ligero parecido con un familiar cercano no iba a frenar su avance. Más bien, a acelerarlo. *A fin de cuentas, padre, jamás pude decirte en vida que te callaras…*

Cuando Gorst se le acercó, el norteño describió con su espada un arco por encima de la cabeza, un movimiento torpe y fácil de prever. *Uno podría llegar a pensar que esos necios jamás han desenvainado una espada. Pero no estoy aquí para mostrarles cómo se hace…* Gorst la desvió sin esfuerzo con su acero largo, las hojas chirriaron, se acercó y lanzó una puñalada con el corto, que paró el borde del escudo pintado. Llevaba la energía suficiente para hacer desequilibrar a su dueño de cara de ciruela. Gorst lanzó otra puñalada, sintiendo que la hoja se deslizaba entre la malla y llegaba a la carne mientras el hombre abría la boca para gritar. *Silencio ahora, padre*. Gorst le apuñaló de nuevo, convirtiendo aquel grito en un gorgoteo final. Empujó con el hombro al norteño y abrió una de sus mejillas coloradas con un tajo de su espada larga, lo que provocó una rociada de sangre y que otro hombre se volviera para mirar, acercándose lo suficiente para que Gorst también le cortara la cabeza en el recorrido final de su espada, apartándola después con un pie antes de que pudiera recordarle a cualquier otro familiar ya fallecido.

Se giró en redondo y no pudo ver a ningún enemigo cerca de él. Se combatía cerca de la columna. Vio a un centinela corriendo, que arrojó su lanza cuando un norteño desgreñado saltó tras él. Otro estaba de rodillas, con una flecha en un hombro. Unas siluetas oscuras corrían raudas entre los carros. Alguien había arrojado una antorcha en una carreta llena de heno, que no tardó en convertirse en una poderosa bola de fuego que lanzaba volutas de humo aceitoso al cielo gris, mientras los caballos, aterrorizados, relinchaban y salían al galope con los arneses enredados, volcando las carretas.

–¡Los caballos! –exclamó Gorst, chillando y sin siquiera preocuparse de dar a su

voz un tono más grave–. ¡Los caballos! *Maldito lo que me importan los caballos. O cualquier otra cosa*. Saltó por encima de uno de los cadáveres que acababa de hacer y cargó hacia la columna, ansioso por hacer más.

Malbando nunca había matado a un hombre. Era extraño que un Thrall que llevaba seis años realizando incursiones se enorgulleciera de ello, y no era que lo fuera divulgando, pero se enorgullecía. Más de una vez había tenido una flecha montada en el arco y apuntada hacia un enemigo, o un costado o una espalda se habían vuelto hacia él en medio de la lucha, y entonces el rostro de su madre le había mirado como si él se lo hubiera dicho. Por supuesto que llevaba muerta desde hacía mucho tiempo, desde que se la llevara la peste, hacía ya de eso doce inviernos y sin embargo… La misma mirada que tenía cuando él había hecho alguna travesura o lo que fuese que pudiera hacer daño a alguien. Malbando no quería decepcionar a su madre. Por eso estaba orgulloso de poder decir que jamás había matado a un hombre, aunque eso solo se lo dijera a sí mismo. Pálido Como la Nieve le había dicho que matara a los caballos, y cuando el jefe decía una cosa, Malbando intentaba hacerla.

Por eso hizo una mueca de repugnancia y hundió la lanza en el costado del que tenía más cerca, procurando apartarse de aquellos cascos que podían cocearle. Nada que el pobre caballo pudiera evitar, enjaezado como estaba junto a otros tres. Sacó limpiamente la lanza mientras caía y fue hacia el siguiente. Un trabajo asqueroso, eso de matar caballos. Pero la guerra es un flujo constante de trabajos asquerosos, y Malbando siempre tenía mala suerte con los trabajos. Siempre acababa donde no debía, de ahí su apodo. Hacía solo una semana que había tomado parte en otra de las incursiones de Pálido Como la Nieve, en la que, justo cuando el sol se ponía y comenzaba a llover a mares, las cosas se les fueron de las manos, como de costumbre. Él acabó volteado, chapoteando en medio de un río y, como siempre, en la parte equivocada, con los exploradores de la Unión buscándolo por todas partes.

Sólo ayer había conseguido regresar con los demás chicos de Scale, y les convenció de que no había huido adrede, y de que no había hecho otra cosa que intentar volver, no fuera a ser que lo ahorcaran y luego lo quemaran, como Dow el Negro tenía la costumbre de hacer con los desertores. Y después, sólo un día después, otra incursión. ¿Cómo podía tener una suerte tan asquerosa? Era como si acabara de escuchar la arenga de la maldita incursión perfecta de Pálido Como la Nieve y ya la estuviera escuchando otra vez. A Malbando no le gustaba combatir. Según su experiencia, ese era el mayor inconveniente de la vida de soldado. Por no hablar del hambre. Y del frío. Y de la amenaza de que te cuelguen y te quemen. De hecho, si lo pensaba bien, la vida de soldado tenía un montón de inconvenientes. Pero no era el momento de ponerse a pensar.

Apretó los dientes y alanceó a otro caballo en la barriga. Sus oídos ya estaban llenos de quejidos, relinchos y resoplidos de animales moribundos. Sonaban como si fueran niños. No lo eran. Pero aunque no lo fuesen, matarlos seguía siendo una infamia vergonzosa. Jamás había visto unos animales tan grandes, fuertes y hermosos como aquéllos. Le dolía el corazón sólo de pensar en la posibilidad de que aquellos caballos tan lustrosos hubieran podido ir a parar al mercado de su aldea. En cómo se habrían quedado boquiabiertos los granjeros al contemplarlos en su corral de tablas. En cómo la vida de sus ancianos padres habría cambiado sólo con tener uno de aquellos caballos para arrastrar el arado, tirar de la carreta de heno y presumir los días de fiesta. En lo orgullosos que se habrían sentido al poseer uno solo de ellos. Y allí estaba él, enviando al barro a una docena. Eso hacía que le doliese el corazón.

Pero, se mire como se mire, la guerra es una especie de ejercicio en el que a uno

acaba doliéndole el corazón.

Extrajo su lanza embadurnada de sangre de otro caballo enjaezado, que dio un traspié hacia un lado y arqueó el cuello. Se volvió hacia el siguiente carro y se encontró mirando, a una distancia relativamente corta, el rostro de un hombre de la Unión. Uno de aspecto extraño, desarmado, que se sujetaba los pantalones con una mano mientras la hebilla rota de su cinturón bailoteaba encima de sus rodillas.

Sólo con mirarle a los ojos, Malbando supo que aquel individuo no tenía más ganas de luchar que él. Por eso, sin decir una palabra, ambos asintieron. Y ambos dieron un paso atrás. Y luego otro, moviéndose lentamente en círculo. Y después, ambos se fueron de muy buen humor, aunque lo más seguro es que no tuvieran intención de festejarlo ni de hablar de lo sucedido con nadie, pues ninguno de ambos había salido malparado de aquel encuentro que para Malbando fue el mejor que hubiera podido acontecer a dos enemigos en un campo de batalla.

Se escabulló entre dos carros para no rezagarse y sintió que el aire estaba pegajoso y que la nariz le picaba por el olor a quemado. Esquivó algunos cascos de caballo, vio al viejo Racket levantando un hacha, los ojos como platos, y luego escuchó un fuerte chillido y una espada que caía, y la cabeza de grises cabellos de Racket cayó al suelo, partida en dos, mientras sus rodillas se aflojaban como si estuviesen rellenas de hojas.

Malbando no vio al que empuñaba aquella espada y no quiso quedarse a averiguar quién era. Así que se dio media vuelta y huyó. Resbaló en la sangre de algún caballo y se golpeó una rodilla con el borde de una carreta volcada, y, agarrándosela, fue dando traspiés y sofocando un gemido de dolor. *Joder, joder, joder*. Se dio un masaje en la rótula y siguió cojeando lo más deprisa que podía. Para volver, tenía que cruzar el campo. A su derecha había un carro incendiado, una torre de humo y llamas, varios caballos muertos atados a él y uno aún con vida que corcoveaba, un costado manchado de sangre negra y los ojos que giraban en sus órbitas, aterrorizado porque cada vez que intentaba apartarse sólo conseguía que aquella bola de fuego se acercara más aún; Malbando se volvió hacia el otro lado, escuchó un grito y el entrechocar de objetos metálicos, tomó una rápida decisión, una bocanada de aire y, apartándose del sendero lleno de barro, se zambulló en la maleza y se deslizó bajo un árbol, mirando a hurtadillas a través de los helechos y las zarzas, mientras sentía en las costillas los latidos de su corazón.

–Oh, diablos –dijo para sí. De nuevo atrapado en el bosque, con el enemigo a su alrededor, cubierto de pies a cabeza de sangre de caballo… Bueno, esto último era una novedad. Pero lo demás estaba empezando a convertirse en una rutina molesta, de eso no cabía duda. Se preguntó si el viejo Pálido Como la Nieve cumpliría su palabra aquella vez, cuando él, finalmente, llegara al campamento después de arrastrarse durante cinco días por el bosque y de pasar frío y hambre. Eso si conseguía llegar al campamento.

–Oh, diablos. –Por los muertos, sí que duele esa rodilla. Se mire como se mire, la guerra es una especie de ejercicio en el que a uno acaban doliéndole las rodillas.

En eso había quedado la incursión perfecta.

Pálido Como la Nieve suspiró, se chupó el jugo de *chagga* de los incisivos, movió la lengua en la boca y lanzó un escupitajo a la maleza. Solía ser un gran hombre, ¿o no? Uno de los cuatro Jefes Guerreros de Bethod. Había conducido el grupo de asalto en Uffrith. Amparado en la niebla, había roto la línea de la Unión cerca del Cumnur. Había sido un hombre a quien todos tenían que respetar o, al menos, mostrar respeto, guardándose para sí las opiniones que contrariaban las suyas. En aquel momento, eso era difícil de creer. De vuelta al campamento y a otro de los malditos accesos de rabia de Scale.

No tenía sentido permanecer allí por más tiempo. Las cosas no iban a arreglarse de repente. La sorpresa es como la virginidad. Sólo se puede disfrutar de ella una vez, sin contar con que por lo general suele ser una decepción frustrante. Pálido Como la Nieve frunció el ceño al observar la confusa mezcolanza en el extremo del campo, y luego al mirar a Ripjack, acuclillado en la espesura, con cara de compadecerse de sí mismo, mientras apretaba con un trapo ensangrentado el corte que tenía en la cabeza. Lo primero que un combatiente debe saber es el momento en que debe dejar de pelear.

–Que toquen el cuerno. Hoy ya no podemos hacer nada más.

Ripjack asintió, hizo una seña con una mano y el cuerno retumbó mientras Pálido Como la Nieve daba la espalda a la refriega y se arrastraba entre la espesura, agachándose mientras sacudía lentamente con la cabeza.

Algún día. Algún día montaría la incursión perfecta.

Pendel escuchó el sonido de un cuerno lejano. Al mirar a través de los radios de la carreta vio a unos hombres que corrían hacia el bosque. Los norteños, y en retirada. La oleada de alivio fue tan fuerte que estuvo a punto de terminar espontáneamente el asunto comenzado en el bosque. Pero no tenía tiempo ni para este ni para ningún otro asunto. Incluso en aquellos momentos, el capitán Bronkenhorm debía de estar buscándole con los demás soldados, y en nada ayudaría a Pendel que lo encontrasen escondiéndose detrás de la rueda de una carreta. A Pendel ya le habían expulsado del cuartel general del mariscal. Y aunque no estuviera seguro de adónde iba uno a parar cuando lo expulsaban del servicio de vigilancia de los suministros, no tenía ganas de averiguarlo.

Echó un vistazo en ambos sentidos para asegurarse de que nadie lo observaba, se levantó los pantalones un poco más, todavía maldiciendo la hebilla rota, y se deslizó fuera del carro. Tragó saliva cuando estuvo a punto de tropezar con el cadáver de un soldado de la Unión, cerca de cuyas manos se encontraba una espada manchada de sangre. Entonces sonrió. Menuda suerte. Empuñó la espada y se irguió todo lo alto que era, adoptando una expresión belicosa y caminando a grandes zancadas entre la destruida cosecha mientras apuntaba hacia el bosque con el arma que acababa de robar.

–¡Volved, bastardos! ¡Yo os enseñaré lo que es un combate! ¡Volved, malditos!

Y en cuanto estuvo seguro de que había suficientes hombres mirándole, tiró la espada al suelo en un ataque de furia.

–¡Cobardes! –exclamó, rugiendo a los árboles.

Alguien estaba gritando, pero Gorst no le prestaba atención. Miraba uno de los cadáveres. Un joven oficial de la Unión con la cabeza partida, la mitad de la cara irreconocible, la otra mitad con salpicaduras de sangre y la lengua fuera, como la de un hombre que acabase de hacer una sugerencia impúdica y repugnante.

¿Cómo dijo que se llamaba? Gorst se estrujó la cara, como si la respuesta fuera a salirle así de la cabeza, pero siguió sin acordarse. *Seamos honestos, no le estaba escuchando.* Estaba casado, eso sí que lo recordaba. Y algo que tenía que ver con un niño. *¿Era Berns? ¿O Ferns?* Gorst recordó lo que había sentido cuando su espada larga aplastó algo. *Para mí, un momento del que apenas fui consciente. Para él, el final de todo.* Gorst no estaba completamente seguro. Podía haber sido su espada, pero también la de cualquier otro. *Hace unos momentos no faltaban por aquí aceros en acción y, por desgracia, la certeza es algo sumamente raro en el combate.*

Gorst suspiró. *De cualquier modo, ¿qué más da si fui yo? Si hubiera sido una espada norteña la que le partió la cabeza, ¿estaría ahora menos muerto?* Casi sin darse cuenta, alargó la mano para dar al muerto una expresión más digna; pero, por mucho que

apretase aquella carne, la cara siempre volvía a aquella expresión impúdica manchada de sangre.

¿No debería sentirme abrumado por la culpa? Ese niñito huérfano. Su viuda sin recursos. Toda la familia reunida para escuchar buenas nuevas del frente y, luego, llorando al recibir la carta. ¡Lanzando alaridos y golpeándose en el pecho! ¡Verns, Perns, Smerns, o como se llame, que nunca regresará para la fiesta del invierno! Gorst vació el aire de sus carrillos. No sentía nada, excepto una leve incomodidad, el constante zumbido de su propio enfado y una pizca de molesto sudor a causa de la armadura. *¿Qué clase de monstruo soy, que un poco de sudor me desagrada más que haber matado a una persona?*

Miró con el ceño fruncido a los últimos norteños en fuga que desaparecían en el bosque. A los hombres que intentaban apagar desesperadamente las llamas que se retorcían en varios carros. A un oficial de la Unión que, con el cinto desabrochado y los pantalones caídos, agitaba un puño ensangrentado. Y con el ceño aún más fruncido la casita que se encontraba en el extremo del campo y su puerta ligeramente entreabierta. Se irguió, llevó una mano a la empuñadura de su espada larga y se acercó con paso apesadumbrado hacia ella.

Daba la impresión de que el combate había terminado, o eso le pareció a Tinder al mirar por el quicio de la puerta. Era difícil decir quién había vencido. Según su experiencia, y podía contar bastante al respecto, no había muchos combates después de los cuales uno pudiera decir fácilmente quién había ganado y quién había perdido. Y aquellos otros en los que alguien ganaba realmente aún eran más escasos. Había varios hombres muertos por los alrededores, eso sí podía verlo, y unos cuantos más heridos, tal y como podía escuchar. También caballos moribundos. Más de un carro estaba en llamas, y las pavesas de heno caían lentamente por todas partes. Habían ahuyentado a los norteños, el último de los cuales lanzaba una o dos flechas sin mucho entusiasmo desde la linde del bosque. Al parecer, Tinder había salido de todo aquello sin que nadie le quemara la casa…

–Mierda –dijo, siseando entre dientes. El tipo grande de la Unión se aproximaba. El que tenía voz ridícula. El que se llamaba Gorst. Caminaba a grandes pasos con la cabeza gacha, empuñando la pesada espada y apretando las mandíbulas como si algún designio sombrío ocupara su mente–. Mierda.

Cosas así convertían a las personas en mezquinas. Incluso a las que en circunstancias decentes se habrían comportado con decencia. Cosas así hacían que la gente buscase a alguien a quien echarle la culpa, y Tinder sabía que él era el más apropiado para eso. Él y sus hijos.

–¿Qué sucede?

Tinder cogió a su hija por el brazo y la llevó hacia la fachada opuesta de la casa, obligando a las palabras a salir, pese al miedo que le atenazaba la garganta.

–Escúchame, Riam. Acercaos a la puerta de atrás y estad preparados para abrirla. Si me oís gritar, corréis. ¿Me comprendes? Igual que como lo hablamos. Corréis hasta la casa del viejo Nairn. Yo me reuniré después con vosotros.

–¿De veras? –Sus ojos muy abiertos contrastaban con la palidez de su rostro. Por los muertos, cuánto se parecía a su madre.

–¡Pues claro que sí! –Respondió él, tocándole en una mejilla–. ¿Acaso no te he dicho que sí? No llores, Cowan cuidará de ti.

Ella le cogió de la mano, y él sintió que también estaba a punto de llorar cuando la empujó amablemente hacia la puerta trasera y ella le agarró con más fuerza, como si no quisiera soltarle, y él comenzó a apartar sus dedos uno a uno, pero no pudo terminar.

–Tienes que irte –dijo, susurrando–, tienes que irte ahora…

La puerta se abrió de golpe y chocó ruidosamente contra la pared, provocando una lluvia de polvo de las traviesas. El hombre de la Unión acababa de entrar, una sombra grande que se recortaba contra el rectángulo brillante de la entrada. Rápidamente, dio un paso en el interior de la casa y Tinder se situó delante de él, apretando las mandíbulas y sujetando un hacha con una mano, mientras con la otra mantenía a Riam detrás de su cuerpo. Gorst se detuvo; su rostro permanecía en la oscuridad, pero la luz iluminaba los contornos de su fuerte mandíbula, de su armadura y de su espada, que relucían por las manchas de sangre.

Se hizo un largo silencio. Tinder podía escuchar la respiración de Riam, agitada y temerosa; la de Cowan, con un pequeño gemido; y la suya propia, más ronca, y se preguntó si seguiría escuchándolas algún tiempo después.

Le pareció que aquel silencio duraba una eternidad, hasta que finalmente el hombre de la Unión habló con su extraña voz, que sonó horriblemente aguda en medio del silencio.

–¿Están… bien?

Una pausa. Tinder asintió imperceptiblemente.

–Lo estamos –respondió, sorprendiéndole que su voz sonase tan firme a pesar del martilleo de su corazón.

–Lo la… mento mucho –Gorst bajó la mirada y, como si sólo entonces fuese consciente de que llevaba una espada en la mano, se dispuso a guardarla en su vaina, pero al ver que estaba tan ensangrentada como el cuchillo de un matarife, se abstuvo de hacerlo. Se quedó inmóvil, con un aspecto desmañado y añadió, mirando de soslayo– todo… *esto*.

Tinder tragó saliva. El mango del hacha comenzó a escurrírsele de la mano a causa del sudor.

–¿Qué es lo que lamenta?

–Todo. –Gorst se encogió de hombros, y sólo cuando Tinder pareció sentirse más aliviado retrocedió un paso, se detuvo en el umbral, alargó una mano y dejó algo encima de una esquina de la mesa–. Por la leche. –Luego se agachó para pasar por debajo del dintel y bajó a toda prisa los ruidosos peldaños.

Tinder cerró los ojos y tomó aliento durante un instante, deleitándose en la sensación de no haber recibido ninguna herida mortal. Entonces se abalanzó hacia la puerta y la empujó con las yemas de los dedos. Luego tomó la moneda que le había dejado el sureño. Un disco de plata cuyo borde relucía en la sombra y que le pesaba mucho en la mano. Y que valía cien veces más que la leche que había tomado con aquella copa. Mil veces. Lo suficiente para reponer las gallinas y buena parte de la cosecha perdida. Cerró lentamente la mano con la que la cogía, casi sin poder evitar el temblor, y se secó los ojos con la manga.

Se volvió hacia sus hijos, que le miraban fijamente desde las sombras, y dijo:

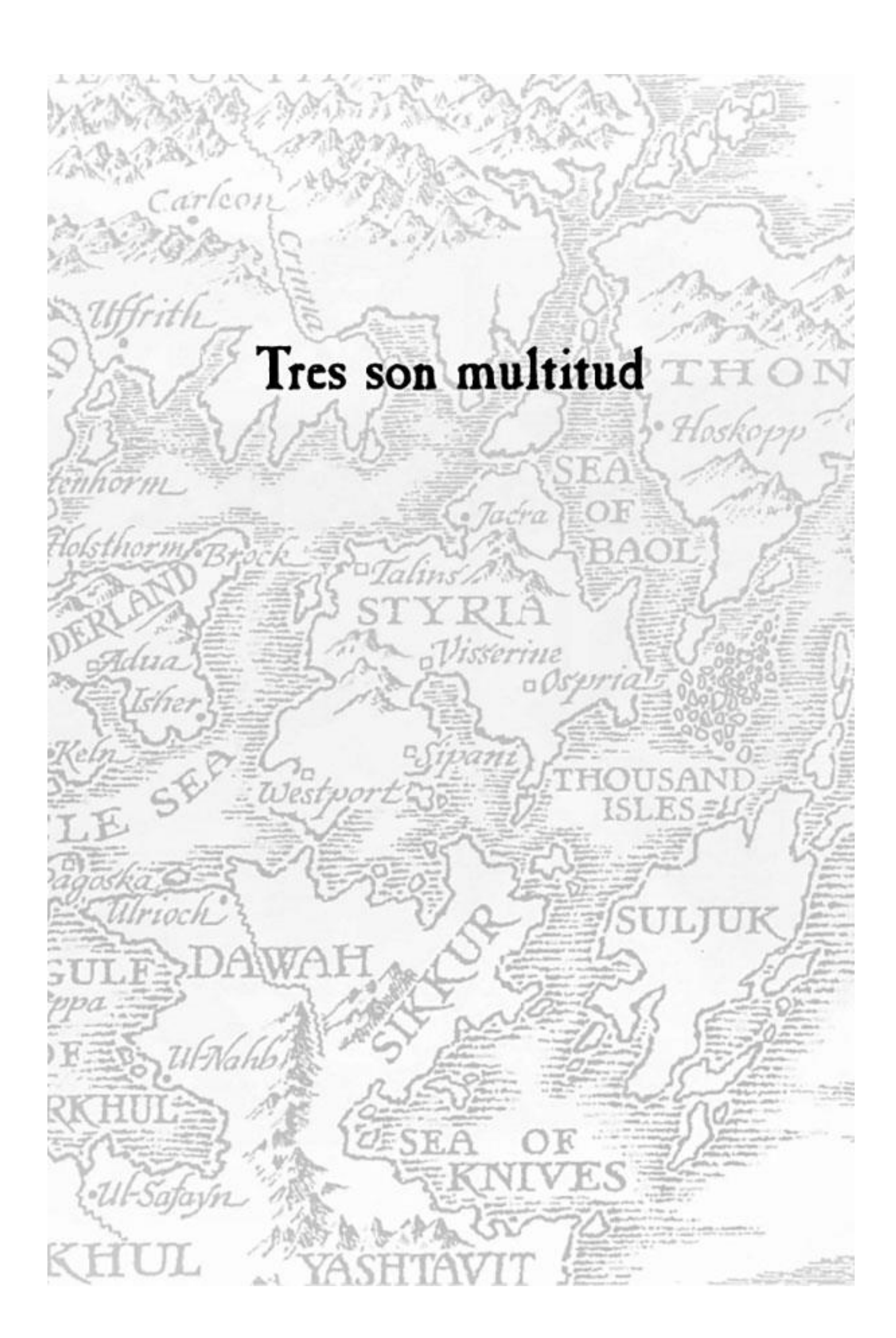
–Mejor haríais yéndoos a la parte de atrás –y añadió, ya más tranquilo–: Y no os dejéis ver.

Al volver a mirar por el quicio de la puerta, volvió a entornar los ojos, porque entraba mucha luz. El hombre de la Unión se alejaba con la cabeza gacha mientras intentaba limpiar su espada con un trapo demasiado pequeño. Le dio la impresión de que más lejos ya habían comenzado a cavar tumbas. Cómo no, en medio del campo de Tinder, arrancando la poca cebada que había quedado intacta. Tinder dejó despacio su hacha debajo de la mesa, meneó la cabeza y escupió.

Entonces se quedó en el umbral de su puerta, y observó cómo la Unión destruía su

cosecha.

Tres son multitud



Talins, otoño de 587

Shev se apoyó en los codos para subirse al parapeto, de manera que los hombros le quedaron a la altura de las orejas y los dedos, colgando. Sólo entonces lanzó un suave silbido, comentando después:

–Pues sí que habéis conseguido un gran éxito de público.

Había viajado tanto como cualquier mujer del Círculo del Mundo. Tanto como cualquier mujer que se hubiera pasado media vida huyendo. A pesar de eso jamás había visto junta a tanta gente. Quizá en Adua, cuando el rey de la Unión presentó como heredero a su hijo primogénito; pero por entonces su mente estaba más centrada en lo vacía que tenía la panza que en lo llenas que estaban las calles. Quizá en la ejecución de Cabrian, cuando pasó por Darmium; aunque estaba demasiado dolorida y tenía demasiada prisa para estar segura. Tuvo que ser en el Gran Templo de Shaffa, cuando el mismísimo profeta Khalul bajó de las montañas para orar ante quienes cumplían el peregrinaje anual, y la propia Shev sintió durante un breve instante una pizca de devoción.

Pero en Estiria no había visto nada parecido.

Allí estaba toda la población de Talins y mucha gente de fuera, una multitud tan vasta y apretujada que no parecía estar formada por personas, sino que se hubiera convertido en una especie de plaga sin forma ni voluntad. Las escalinatas de la antigua Casa del Senado, así como la gran plaza, junto con las calles adyacentes, hervían de gente, y cada ventana estaba llena de rostros, cada tejado lleno de espectadores. En el Puente de los Repiqueteos, en el de las Gaviotas, en el de los Besos y en el de las Seis Promesas no habría cabido una persona más si no se tiraba antes otra al agua. De hecho, ya habían caído dos, que se dejaron arrastrar por la corriente hasta encontrar un sitio donde observar a gusto la ceremonia.

A fin de cuentas, una ceremonia como aquella no se veía todos los días.

–Ojalá salga mejor que la última vez que coronamos a alguien rey de Estiria –comentó Shev.

–Oh, creo que aquella vez salió bastante bien –dijo Vitari, entrando en el balcón con una copa de vino en cada mano.

–¿Con los cinco aristócratas más poderosos del país, muertos en el escenario?

–Nada podría salir mejor. Siempre que apoyes al sexto –dijo Vitari, sonriendo a su patrona, la Gran Duquesa Monzcarro Murcatto. La mujer más poderosa del mundo se erguía muy tiesa en el centro de la gran plataforma que se levantaba debajo de ellas, tan silenciosa como sus estatuas repartidas por toda Estiria, mientras Scavier y Grulo, sus dos cancilleres, competían entre sí para honrar, con el panegírico más halagador que se les ocurriese, su gobierno de la nación.

Sus sastres y armeros debían de haber estado trabajando para aquel alegre momento casi tanto como sus espías y soldados. Vestía algo que eliminaba de hecho las diferencias entre el traje de una reina y la armadura de un general, cuyo peto relucía bajo la luz del sol, y cuyos bordados, los de su larga cola, eran serpientes doradas que se retorcían cada vez que ella caminaba. Llevaba una espada al costado porque jamás acudía desarmada a ningún sitio. Shev había oído que dormía con una y que la utilizaba a modo de amante. Pero eso no se decía delante de ella.

Las personas prudentes ponían mucho cuidado en lo que decían delante de la Serpiente de Talins.

–Es una marea oscura que no trae nada bueno –dijo Shev, suspirando.

–He pasado toda la vida recogiendo los restos que dejaban las mareas oscuras de los demás –dijo Vitari–. Espero que esta coronación se desarrolle sin incidentes.

–Seguro que has hecho todo lo posible para que así sea. –Más abajo había soldados con armaduras bruñidas y armas ceremoniales, pero eran muy pocos y sólo servían para realzar el espectáculo. Un espectador ingenuo podría haber supuesto que la Gran Duquesa Monzcarro y su hijo no necesitaban más escudo que el amor de su pueblo. Pero Shev no era ingenua.

Al menos no en ese tipo de cuestiones.

Desde donde estaba podía localizar a los agentes dispersos entre la multitud que rodeaba la plataforma, en las ventanas que tenían las mejores vistas, en los puntos de mayor aglomeración y en los rincones. Un chico de mirada atenta que agitaba una banderita de Talins. Una mujer que ofrecía pasteles con menor entusiasmo del que cabría esperar. Un hombre al que la casaca no le quedaba bien del todo. Había algo en su actitud vigilante. Algo en su postura alerta.

Tenía que haber otros a los que ni siquiera los ojos de Shev, tan agudos después de años de peligro constante, habían podido detectar.

Sí, entre todas las personas que Shev había conocido, Shylo Vitari era la que menos cosas dejaba al azar.

–Deberías estar ahí abajo –dijo Shev, señalando a la triple fila de soldados y marineros, banqueros y burócratas, ciudadanos principales y aristócratas pagados de sí mismos reunidos al fondo de la plataforma, solazándose al calorcillo que desprendía el poder de la Gran Duquesa–. Nadie ha hecho más que tú para que esto llegue a buen puerto.

–Quien carga con el crédito también debe cargar con la culpa –dijo Vitari, mirando a Shev de soslayo y de una manera muy significativa–. Quienes trabajamos en la sombra nos sentimos muy a gusto en ella. Los charlatanes como esos pueden pavonearse a la luz del día.

Scavier y Grulo llegaban finalmente al término de sus discursos, ambos sudorosos bajo sus vestiduras doradas a causa de sus esfuerzos retóricos. Según la opinión de Shev, un acto por partida doble que resultó un tanto tedioso, el habitual cúmulo de las consabidas medias verdades acerca de la lealtad, la justicia, el liderazgo y el seguir unidos. Por lo que ella sabía, la gente permanecía unida mientras le conviniera, y ni un instante más.

La muchedumbre, inquieta, se tranquilizó cuando ellos retrocedieron. El niño se levantó de su silla dorada, vestido todo de blanco, virginal, y avanzó con total confianza hacia la parte delantera de la plataforma. Su madre le siguió de cerca como una larga sombra, llevando en su enguantada mano derecha una corona hecha con hojas de oro.

Mientras su hijo sonreía con bondad a la multitud, ella la barría con una mirada heladora, como si intentase localizar entre los miles de personas aquella que se atreviera a devolverle la mirada. A desafiarla. A poner la menor objeción a lo que iba a acontecer.

Sin duda, el Gran Duque Orso habría puesto alguna objeción si hubiese estado presente, pero Murcatto, tras conquistar aquella ciudad, había acabado con él por motivos de seguridad, junto con sus hijos, sus generales, su guardia personal y su banquero.

Los grandes nobles de Etrisani y Sipani, de Nicante y Affoia, de Visserine y Westport habían puesto objeciones y, uno tras otro, ella los sobornó, intimidó o aplastó bajo su bota acorazada.

Varios ciudadanos principales de Ospria que propagaron sus dudas acerca de si el hijo de Murcatto era realmente el vástago de su querido y difunto rey Rogont acabaron con la cabeza clavada encima de las puertas de la ciudad, donde ahora propagaban el hedor,

mucho más elocuente, de la corrupción.

Su Augusta Majestad el Rey de la Unión fue quien más objeciones había puesto de todos, pero como Murcatto le superaba en las tácticas tanto políticas como militares, fue despojándole de sus aliados uno tras otro y luego le derrotó tres veces seguidas en el campo de batalla, demostrando ser la general más notable de su tiempo.

Así pues, no era de extrañar que hoy nadie quisiera poner objeción alguna.

Satisfecha por el completo silencio que sólo el más abyecto de los miedos puede conseguir, la Gran Duquesa levantó con ambas manos la corona por encima de la cabeza de su hijo.

–¡Eres coronado con el nombre de Jappo mon Rogont Murcatto! –dijo mientras la bajaba lentamente, y su voz retumbó en las fachadas de los edificios que rodeaban la plaza y fue repetida por los heraldos que se encontraban entre la muchedumbre–. ¡Gran Duque de Ospria y de Visserine, Protector de Puranti, Nicante, Borletta y Affoia, y Rey de Estiria! –Y asentó la corona sobre los rizos castaños de su hijo.

–¡Rey de Estiria! –repitió el gentío con una voz atronadora, y se pudo escuchar un potente ruido de ropajes y ver una ola recorrer la apretada masa de asistentes cuando todos los hombres y mujeres allí presentes se arrodillaron, mientras Murcatto retrocedía un paso y se inclinaba rígidamente. Era evidente que sus ropajes no habían sido diseñados para arrodillarse con ellos.

Los ojos de Shev distinguieron una única figura que no se había arrodillado. Un hombre corriente, vestido con ropas corrientes, que seguía de pie junto a una de las columnas de la escalinata de la Casa del Senado, con los brazos cruzados. Le pareció que miraba a Vitari y asentía, y que ella movía imperceptiblemente la cabeza, devolviéndole el gesto.

El rey Jappo permaneció de pie sonriente. Siete años de edad, y ya tan tranquilo y con tanto aplomo ante aquella nutrida audiencia como si fuese el mismísimo Juvens.

–¡Oh, levantaos! –exclamó con voz infantil.

Las risas recorrieron la muchedumbre, dando paso rápidamente a un vítor atronador. Y cuando todas las campanas de la ciudad comenzaron a tañer para celebrar el jubiloso evento, las aves, sobresaltadas, alzaron el vuelo. Vitari levantó su copa en un brindis sin palabras y Shev le dio un golpecito con su anillo, que suscitó un sonido metálico. Abajo, en la plataforma, la Gran Duquesa abrazó a su hijo, sonriendo. Una visión apenas menos inusual que la coronación de un rey de Estiria. Así que no parecía una sonrisa injustificada.

–¡Ha conseguido lo que nadie había logrado! –Shev tuvo que acercarse a Vitari y gritar para vencer el ruido del gentío.

–¡Unir a Estiria! –Vitari vació su vaso de un solo trago.

–Al menos, a la mayoría.

–Por ahora.

Shev meneó lentamente la cabeza cuando vio que los ciudadanos principales de Estiria desfilaban ante el rey Jappo para presentarle sus felicitaciones más serviles, siempre bajo la mirada de halcón de su madre.

–¿Cuánta gente habrá tenido que morir para que el niño consiga ese sombrero dorado?

–Exactamente, la necesaria. Consuélate pensando que, sin tu trabajo, la guerra habría sido mucho más sangrienta.

–Fue más que sangrienta para mi gusto. –Shev recordó con una mueca de dolor todo lo sucedido–. Me alegro de que haya terminado.

–Aunque las espadas hayan vuelto a sus vainas, la guerra continúa. Ahora entraremos en otros campos de batalla más siniestros, emplearemos armas más sutiles, y el general de la Unión tendrá menos contemplaciones con nosotros.

–¿El Lisiado? –musitó Shev.

Vitari miró con cara de preocupación al nuevo rey de Estiria, y los músculos de sus mandíbulas se pusieron tensos.

–Sus legiones ocultas ya están en marcha.

Shev se aclaró la garganta antes de preguntar:

–Antes de que lleguen… ¿puedo saber si Su Gracia ha dejado algo para mí?

–Oh, Su Gracia tiene una memoria muy buena para las deudas, como el duque Orso y sus hijos podrían certificar si pudiesen. –Vitari sacó un rollo de papel–. Murcatto siempre paga todas sus deudas.

Ahora era su turno, y Shev se sintió de repente ridículamente nerviosa. Con una confianza que no tenía, arrancó el rollo de los dedos de Vitari, salió de la luz del sol con paso inseguro, entró en la dorada penumbra de la estancia y, desenrollándolo, lo extendió encima de la mesa, encontrando varios epígrafes de escritura muy densa.

–*En este, el tercer día de* bla, bla, bla… *teniendo por testigo a* bla, bla, bla… *yo, Horald Gasta, también conocido como Horald el Dedo, de Westport, concedo mi perdón a la ladrona Shevedieh ul Kanan mut Mayr*… –Apartó la mirada del papel–. ¿Cómo que «ladrona»?

–¿Habrías preferido «espía»? –Al bajar del balcón, Vitari apuntaba hacia ella una ceja pelirroja.

–Yo hubiera preferido… –¿Qué habría preferido ella? –. ¿Qué tal «especialista en adquisiciones»?

–Y yo que mi trasero siguiera tan firme como hace veinte años –comentó Vitali con una risotada–. Hay que afrontar el mundo tal y como es.

–Ya que lo dices… tu trasero parece excelente… –Shev se aclaró la garganta mientras Vitali entornaba la mirada–. Supongo que lo de «ladrona» estará bien. –Y siguió leyendo–. *Por todas y cualesquiera ofensas que me haya hecho, incluyendo entre ellas el cobarde asesinato de mi hijo Crandall.* ¿Cobarde? ¡La única cosa cobarde relacionada con él fue la de presentarse con cuatro tipos para matarme! Le apuñalé en la frente, un final mucho mejor que el que se merecía, si puedo…

–Palabrería legal, Shevedieh, déjale que lo diga como quiera. –repuso Vitali quitándole importancia–. No tienes que ponerte nerviosa por nimiedades.

–Bien dicho. –Shev respiró hondo antes de volver al documento–. *Por la presente, renuncio a cualquier derecho de venganza o de recriminación, y juro solemnemente, en ausencia de cualquier otra ofensa significativa posterior, no causar daño personal a la susodicha Shevedieh o a cualquiera de sus socios.* –Leyó rápidamente el documento hasta abajo, lo miró más de cerca y lanzó una risotada–. ¿El terrible Horald el Dedo pone una marca para firmar?

–Terrible o no, a ese bastardo se le debe de dar tan bien escribir como a mí cantar.

–¿No sabes cantar?

–Solía torturar a la gente para ganarme la vida, pero nunca fui lo suficiente desalmada para cantarles.

–¿Y esto es vinculante?

–Esto es charlatanería. Pero Horald dio su palabra a la Gran Duquesa. Eso sí que es vinculante, a menos que él quiera convertirse en otra de las deudas que habrá que pagar. No

es tonto. Lo entiende.

Shev cerró los ojos y respiró profundamente, sintiendo que sonreía.

–Soy libre –susurró. ¿Cómo era posible después de tantos años?–. Soy libre –repitió, reprimiendo las lágrimas. Y entonces, sintiendo que se le aflojaban las rodillas, tuvo que dejarse caer en la silla que estaba más cerca. Y allí se quedó sentada, con los ojos cerrados, pensando en que podría permanecer así, sin tener que abrirlos para echar miradas furtivas a su espalda, ni sobresaltarse ante cualquier ruido, ni tener que localizar las posibles rutas de fuga, ni planificar adónde huiría la próxima vez.

Por Dios, era libre.

–Así que… –abrió los ojos– ¿es cierto?

Vitari escanciaba otro vaso de vino.

–Lo es, a menos que tú quieras lo contrario. Siempre puedo encontrar trabajo a la mejor… *especialista en adquisiciones* de Estiria.

–Oh, no –dijo Shev, enrollando el documento y volviéndose hacia la puerta–. De aquí en adelante quiero llevar una vida tranquila.

–Yo probé eso de llevar una vida tranquila. –Vitari acercó la copa de vino a la luz, creando sobre su frente una mancha móvil de color rojo sangre cuando el sol incidió en ella–. Durante una semana. Me aburrí soberanamente.

–¡Por Dios, a aburrirse! –Shev tuvo que gritar de nuevo para que su voz se sobrepusiera a otra estruendosa oleada de aplausos por el joven rey Jappo–. ¡No puedo esperar!

Bajó los peldaños de dos en dos mientras sus pisadas resonaban en aquella escalera de caracol desconchada y enmohecida. Agarraba el documento que llevaba la marca de Horald en uno de sus extremos como si fuese el pasaporte a una nueva vida feliz (lo cual era cierto), sonriendo tanto que le dolía la cara mientras urdía agradables fantasías acerca de las cosas placenteras que le pasarían cuando irrumpiese por la puerta y Carcolf la mirase.

–He terminado –diría Shev, sin aliento y con un atractivo desaliño.

Seguro que ella arquearía una de sus cejas doradas al preguntar:

–¿Has terminado con este trabajo?

–He terminado con todos. Horald el Dedo lo ha jurado. Soy libre. –iría lentamente hacia ella y las dos enlazarían sus miradas–. *Somos* libres.

Recordó las líneas de felicidad que a Carcolf se le formaban alrededor de los ojos cuando sonreía, los hoyuelos en las comisuras de la boca. Cómo estaban dispuestos, pues todos y cada uno de ellos se encontraban grabados en sus recuerdos como una plegaria aprendida de memoria.

–Somos libres.

Carcolf se pondría en jarras, con expresión burlona, y atraería a Shev con un movimiento de la cabeza, y cada una caería en brazos de la otra, el rostro de Shev lleno de aquel perfume… que tanto le gustaba precisamente porque era un poco acre. Shev casi podía olerlo en aquel momento, pegándose a su nariz. Quizá se pasaran por la nariz una perla de polvo y bailaran juntas, y Shev llevaría la voz cantante aunque ella le sacara media cabeza, y ambas reirían al escuchar la manera en que el violinista de la plaza destrozaba las notas por unos cuantos cobres.

Quizá se pusieran serias cuando se mirasen a los ojos y Shev quisiera engatusarla con esas palabras suaves que se emplearían para atraer a un gato por el hueco de la valla. Carcolf le contaría historias acerca de quién era ella realmente, y de lo que sentía, y dejaría aquella afectación que llevaba encima como una máscara para que Shev pudiese

contemplar durante un instante aquel yo hermoso y vulnerable que siempre había imaginado oculto. Quizá incluso susurrase su nombre de pila. Un nombre especial, que sólo Shev solía usar. No parecía probable, pero ¿qué sentido tienen las fantasías probables?

Entonces se abrazarían, por supuesto, y comenzarían por desnudarse, besuquearse, mordisquearse, tanteándose como maestras espadachinas que practicasen la esgrima. Después, con lenguas y dientes llenos de ansia, Shev enredaría sus dedos en la cabellera de Carcolf y tiraría de su cara hasta ponerla frente a la suya. Sólo con pensarlo ya sentía cierto calorcillo en los pantalones. Los besos llevarían a las caricias impacientes y éstas, a lo largo de un rastro de ropas caídas, a la cama, donde se quedarían hasta que la habitación oliese a fornicación, para compensar todos aquellos años desaprovechados, levantándose sólo para otro chute de polvo y quizá para tomar el té desnudas con el mejor juego para el té de que Shev disponía, y por la mañana…

Su mano anhelante se detuvo a medio camino del pomo de la puerta mientras la sonrisa se desvanecía lentamente y el calorcillo que sentía en los pantalones se iba con ella.

Al amanecer, a primera hora de la gris mañana, mientras Shev seguía durmiendo a pierna suelta entre las sábanas pegajosas, Carcolf se deslizaría de la cama, ocultaría una sonrisa bajo su capucha, posiblemente metería en su mochila el mejor juego de té de Shev, junto con otras cosas de valor que pudiera llevarse fácilmente, se desvanecería en la bruma y no volvería a saber de ella. Hasta que necesitase algo.

A Shev no le gustaba demasiado ser honesta consigo misma. ¿A quién le gusta? Pero en cuanto se decidiera a aceptar la dolorosa verdad, aunque sólo fuese durante un momento, comprendería que así habían ido las cosas entre ellas durante los últimos años. Y por más que Carcolf hubiera saltado a sus brazos con frecuencia, siempre había terminado escurriéndose entre sus dedos. Generalmente, dejando a Shev metida en algún lío del que sólo podía salir corriendo o incluso nadando, como le sucedió en cierta ocasión memorable cuando tuvo que abandonar cierto navío mercante que acababa de zozobrar.

Miró el pomo de la puerta y tragó saliva.

Eso no eran fantasías, era la vida. Y la vida tenía la costumbre de darle una patada en el coño.

¿Qué opciones le quedaban? Si quieres ser una persona nueva y empezar una nueva vida, mejor que la que llevabas, tendrás que dejar atrás a la persona que eres y cambiar de piel como una serpiente. En vez de atesorar ofensas y congojas como el avaro que colecciona monedas, tendrás que abandonarlas sin que te importe ser libre. Tendrás que perdonar y confiar, no porque alguien se lo merezca, sino porque tú te lo mereces.

Así pues, Shev respiró hondamente, sonrió a regañadientes, por muy nerviosa que se sintiera, y empujó la puerta, abriéndola de par en par.

–Soy…

Aquel sitio era una ruina.

El destrozado mobiliario presentaba señales de hachazos, y las colgaduras estaban arrancadas y llenas de cuchilladas. Habían volcado las estanterías, de manera que aquellos libros preciosos que Shev aún no había leído, pero que le daban cierto lustre de persona cultivada, aparecían tirados por el suelo. Carcolf siempre había insistido en que el cuadro de la mujer de sonrisa altiva y busto generoso era un Aropella original. Pero ella siempre había albergado bastantes dudas al respecto. En aquellos momentos eso ya sólo era indiferente, porque lo habían acuchillado, reduciéndolo todo, también el busto, a simples jirones.

El juego de té no sólo estaba tirado por el suelo, sino que se habían asegurado de

romper todas las tazas y de doblar todas las cucharillas. Habían roto el pico y el asa de la tetera para luego, según todas las apariencias, orinarse en ella.

Después de recorrer la habitación, sintiendo el crujido de las astillas bajo sus botas, y de empujar la destrozada puerta del dormitorio, a Shev se le puso la carne de gallina.

Carcolf estaba tirada en el suelo.

Con un alarido, Shev se abalanzó sobre ella, cayendo de rodillas…

Sólo era su ropa. Su ropa, que alguien había sacado del cofre destrozado para volcarlo de lado, derramando su contenido como si de las tripas de un cadáver se tratara. Habían destrozado el fondo falso y destripado el fondo falso del fondo falso, de suerte que los documentos falsos estaban diseminados por el suelo y las joyas de imitación brillaban, oscuras, en la sombra.

La habitación apestaba, pero no porque hubieran hecho el amor en ella. El frasco de perfume de Carcolf había acabado estrellándose contra una pared, y su olor era prácticamente sofocante, un insulto que se sumaba a la herida de su ausencia. El elegante colchón por cuya adquisición Shev se había felicitado, reconociendo que valía todos los cobres que había ido robando noche tras noche, estaba lleno de rasgaduras y cuchilladas, de suerte que sus emplumadas tripas se amontonaban en el suelo y, cada vez que la brisa agitaba las colgaduras, copos de plumón flotaban por la habitación.

Sobre las destrozadas almohadas había una hoja de papel. Una carta.

Shev se encaramó a la cama y agarró la nota con dedos temblorosos. Escrita con renglones torcidos, decía así:

Shev

Ha pasado mucho tiempo.

Carcolf está conmigo en la Isla de las Carpas, en Fuerte Burroia. Mejor ven rápido, antes de que me canse de su conversación. Y mejor ven sola, porque la multitud me intimida.

Sólo quiero charlar.

Para empezar.

Horald

Y después aparecía aquella marca. La misma marca estúpida con la que ella misma se había engañado antes, creyendo que bastaría para protegerla.

Permaneció en silencio durante un buen rato. No habló, no se movió, casi no respiró. Aquella pérdida era como tener la hoja de una espada entre las tripas. La pérdida de su amante, la pérdida de su casa, la pérdida de una vida de libertad y de risas, que antes le había parecido tan cercana que casi podía sentir su sabor.

Lo peor que se había imaginado era que Carcolf decidiera que no la amaba. Que sintiera que aquello era una trampa que se cerraría alrededor de ella, y no una trampa que se abriría para liberarlas a las dos. Que volviera a huir. Hubiera debido suponerlo.

Siempre existe una situación peor que la que uno pueda imaginarse y, con frecuencia, decide convertirse en realidad.

Se dio cuenta de que apretaba los dedos, aplastando en el puño aquel documento inútil por el que había arriesgado la vida. Lo arrojó al hogar lleno de cenizas dispersas y apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolió.

No se trataba de una pérdida, sino de un robo. Y Horald el Dedo hubiera debido saber, mejor que nadie, lo que significaba robar a la mejor ladrona de Estiria.

Se acercó a la pared que estaba junto al repecho de la chimenea, tomó el roto busto

de Bayaz, lo levantó y, con un chillido, estrelló su cabeza calva contra el yeso.

La pared se dobló como si estuviera hecha con tablones baratos –y así era–, dejando un agujero irregular. Apartó unas cuantas astillas ayudándose con la nariz de Bayaz, metió la mano dentro, agarró la cuerda y tiró de ella. Su bolsa negra, que se encontraba en el otro extremo y era tranquilizadoramente pesada, hizo al caer al suelo el ruido que el metal suele hacer al chocar con el metal.

Todo lo que necesitaba se encontraba en aquella bolsa. En el caso de que tuviera que huir. Pero Shev llevaba huyendo toda la vida, y ya estaba cansada.

Algunas cosas sólo pueden terminar de una manera.

Era la hora de luchar.

Oh, por supuesto que Shevedieh había vivido entre los perdidos y los caídos.

Había cortado bolsas en los burdeles más baratos de Sipani, hormigueros del vicio cuyos sótanos rezumaban humedad constantemente a causa de la marisma sobre la que se asentaba la ciudad, y en los que no se escuchaba ninguna palabra relacionada con la inocencia, porque ésta se desconocía. En Ul-Khatif se había ganado la vida entre los mendigos, y entre mendigos que robaban a mendigos, y había timado a mendigos, incluso a los que mendigaban a mendigos que eran más afortunados que ellos. Había vivido por algún tiempo en los antros de los ladrones, en los antros de juego y en los putiferios de Nicante, Puranti, Affoia y Musselia, y siempre se iba de ellos con la bolsa más repleta que cuando había llegado. Había sobornado a la escoria corrupta en nombre de la escoria corrupta de los muelles llenos de vileza de Visserine, cuando Nicomo Cosca se apoderó del Gran Ducado y la ley era menos que inexistente. Junto con los recogedores de cadáveres, había vaciado los bolsillos de los muertos en Darmium, asolada por la guerra; en Calcis, diezmada por la plaga; en Daleppa, arrasada por la hambruna; en Dagoska, destruida por el fuego. Se sentía como en casa en los fumaderos baratos de Westport, donde el débil acudía para olvidar su debilidad, y eso hizo que su mayor ambición por entonces fuese abrir uno regentado por ella misma.

Oh, por supuesto que Shevedieh había vivido entre los perdidos y los caídos, pero cuando al llegar a Talins franqueó el ruinoso portal de *El Reposo del Duque*, no creía haber visto un lugar más vil.

–¿De qué reposaría aquí, de la sífilis? –no pudo por menos de comentar con un gruñido, tapándose rápidamente la boca con la mano.

Su hedor era como el de muchos cuerpos que llevaran siglos sin lavarse, o quizá que se lavaran a diario, pero con mierda y vinagre. A medida que los ojos de Shev se fueron adaptando gradualmente a aquella lobreguez infernal, vio unas figuras malditas, de raza y sexo indeterminados, que yacían desmadejadas, aturdidas, borrachas de sangre, borrachas de tristeza o simplemente borrachas. Había figuras que se torturaban unas a otras. Que se torturaban a sí mismas. Que se arrastraban con ambas manos hacia la liberación que suponía la muerte. Una yacía en su propio vómito, y en su boca se formaban burbujas al ritmo de sus húmedos ronquidos, mientras una criatura de tamaño pequeño, un perro, o quizá una rata de gran tamaño, lamía, famélica, el borde más alejado del charco. El sonido que Shev había supuesto que sería alguien sirviendo una bebida lo hacía un hombre, con los pantalones caídos alrededor de los tobillos, que orinaba, al parecer de manera interminable, en un pequeño cubo mugriento de hojalata, mientras se hurgaba en su ganchuda nariz con un dedo doblado a modo de gancho. En una esquina poco iluminada, dos o, quizá, tres individuos gemían bajo un abrigo que se movía rítmicamente. Aunque a Shev le pareció que sólo debían de estar follando y no haciendo algo peor, no se hubiera atrevido a apostar

por ello.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que confiara en la humanidad. Pero si su confianza se hubiera mantenido intacta hasta entonces, en aquel preciso momento se habría derrumbado.

–Dios nos ha abandonado –dijo en un susurro y entornó los ojos, como si así pudiese evitar que aquel espectáculo impío quedara registrado para siempre en su retina.

El premio exhibido en aquel museo de la inmundicia, la plañidera principal de aquel funeral de todo lo que era decente, la Suma Sacerdotisa de aquel altar que clausuraba un largo peregrinaje de autocompasión, negación de uno mismo y autodestrucción no era otra que la mejor amiga por largo tiempo, y la peor enemiga, de Shev: Javre, la Leona de Hoskopp.

Estaba sentada a una mesa raquítica infestada de jarras vacías, botellas medio llenas, copas pringosas y vasos grasientos, monedas y cajas para meter las monedas, ceniceros a rebosar, algunas pipas de *chagga* y al menos una de cascarillas, y naipes rotos y mugrientos, tirados como el *confetti* lanzado por un demente. Enfrente de ella estaban tumbados tres soldados de la Unión: el primero tenía barba y una cicatriz; el segundo, una cara que era tan de fiar como la vomitiva cena de una rata; y el tercero, con la cabeza encima del respaldo de la silla y la boca abierta, y una nuez muy marcada en su cuello encanijado, que subía y bajaba lentamente cada vez que respiraba.

La roja cabellera de Javre se había convertido en una maraña de greñas pringadas de ceniza, cieno, comida y cosas cuya identificación resultaba imposible. Y mejor que no se identificasen, no fuera a ser que ofendiesen tanto a Dios que se sintiera obligado a acabar con su Creación. Por la pinta que tenía, debía de haber vuelto al foso para pelear. Vendas manchadas de sangre cubrían sus nudillos, y su hombro desnudo, porque su camisa, manchada de una manera indescriptible, había perdido una manga en algún sitio, estaba lleno de contusiones y arañazos, y una de sus mejillas estaba llena de las rozaduras.

Shev apenas podía decir lo que acababa de sentir al verla. Alivio, al comprobar que no se había ido de la ciudad. Culpa, al observar el estado en que ella misma se había puesto. Vergüenza, por tener que pedirle ayuda. Enfado, aunque ya no sabía muy bien por qué. Una lenta acumulación de años de golpes y frustraciones, de pequeñas cosas añadidas día tras día a un fardo con el que ya no podía cargar. Pero, como siempre, no tenía otra elección. Así que se apartó la mano de la boca y siguió andando.

Javre apestaba. Incluso peor que la primera vez que se la encontró en la puerta del fumadero. Poco antes de que ardiera, junto con su anterior vida. Shev no quería ver cómo ardía otra vida. No podría soportarlo.

–Apestas, Javre –dijo.

Javre no se molestó en levantar la mirada. Sin embargo, por sigilosamente que alguien se acercase a ella, Javre siempre sabía de alguna manera con quien estaba hablando.

–No me he lavado últimamente.

Javre farfullaba y a Shev el corazón le dio un vuelco. Porque, para que Javre mostrase algún signo de ebriedad, tenía que llevar bebiendo varios días. Entonces se mostraba colosal, abrumadora y heroicamente borracha. Javre jamás hacía nada a medias.

–He estado muy atareada bebiendo, follando y peleando. –Se aclaró la garganta, volvió la cabeza y lanzó un escupitajo sonoro y sanguinolento a los pies de Shev, la mitad del cual se le quedó colgando del labio partido para pegársele a la camisa cuando añadió–: Llevo bebiendo… –Levantó una mano vendada y se esforzó por enfocar la vista mientras levantaba los dedos uno tras otro. Cuando llegó al pulgar, los naipes cayeron al suelo. Javre

los miró malhumorada–. Ni siquiera puedo contar ya. –Comenzó a recogerlos de mala manera con los dedos llenos de roña–. Bebiendo, follando, peleando y perdiendo a las cartas. Llevo días sin ganar una mano. –Eructó. Incluso a la distancia que estaba, Shev se escalofrió al oler el regüeldo–. Semanas. Ya casi no sé de qué lado se juegan.

–Javre, tengo que hablar contigo…

–¡Permíteme que te presente! –Javre acercó uno de sus brazos a los soldados de la Unión, estando a punto de decapitar con el dorso de la mano al que dormía en la silla–. ¡Esta pequeña belleza es mi buena y vieja amiga Shevedieh! Solía ser mi secuaz.

–Javre.

–Pues entonces, socia. Lo que sea. ¡Ambas recorrimos juntas la mitad del Círculo del Mundo! Todo tipo de aventuras.

–Javre.

–Pues entonces, de desastres. Estos tíos mierdas se cuentan entre los mejores soldados de Su Augusta Majestad el Gran Rey de la Unión. Este bastardo barbudo es el teniente Forest. –El interpelado saludó a Shev con una mueca amable–. Éste, el nervudo, es el cabo de lanceros Yema. –El durmiente se desperezó ligeramente y su lengua rozó sus labios agrietados con un sonido vagamente húmedo y viscoso–. Y este cabrón afortunado…

–Cabrón habilidoso –rezongó el hombre con cara de rata, sin soltar la pipa de *chagga* que agarraba entre sus dientes amarillentos.

–Es el sargento Tunny.

–Cabo –rectificó el militar, mirando sus cartas a través de la niebla producida por el humo.

–Ha vuelto a degradarse –dijo Forest–. Por culpa de una oca y de una puta, ¿quieres creértelo?

–Ella valía la pena –dijo Tunny–, y la puta tampoco estaba mal. Por cierto, fuego. –Y, chasqueando los dedos, dejó sus cartas encima de la mesa.

–¡Por la tetas de la Madre! –mascullló Javre–. ¿Otra vez?

–Hay un momento… –musitó Tunny, moviendo la pipa entre los dientes– entre el encontrarse demasiado borracho y el no encontrarse lo suficientemente borracho… –y recogiendo las monedas de una docena de reinos diferentes que constituían su ganancia– en el que soy un jugador acojonante. El truco, como tantas cosas en la vida, consiste en saber encontrar el equilibrio *exacto*.

–La suerte –dijo Javre como si tuviera una ensoñación, mientras le observaba entornando los párpados enrojecidos sobre unos ojos inyectados en sangre– ha sido siempre lo único que me ha faltado en la vida.

–Javre…

–¡Déjame adivinar! –Cuando levantó una mano, las vendas que colgaban absorbieron parte de la cerveza derramada–. Estás metida hasta el cuello en algún tipo de mierda y has llegado corriendo hasta mí buscando una pala.

Shevedieh abrió la boca para ofrecerle una elaborada réplica, pero luego se lo pensó mejor y dijo:

–Pues, básicamente, así es. Horald se ha llevado a Carcolf. Y quiere que vaya a la Isla de las Carpas. –Y añadió, casi hablando entre dientes–: Si pudiera contar con tu ayuda…

Javre respondió con un bufido tan explosivo que un moco se le quedó colgando del partido labio superior. No dio la impresión de darse por aludida.

–¿Veis, chicos? ¡Les dais todo! –Se golpeó tan fuerte en el pecho que se le quedó

una marca rosada bastante grande–. ¡Les das tu corazón y te lo escupen a la cara!

–¿Cómo se puede escupir un corazón? –preguntó Shev, pero Javre no estaba interesada en desenredar sus metáforas.

–Y en el momento en que tienen problemas, ¡oh, el cochino momento!, ¡derechitos de vuelta a mamá! –Miró a Shev sin saber a qué atenerse–. Bueno, ¡pues mamá está atareada de cojones!

–¡Mamá está poniéndose en un ridículo de cojones!

–¡Esa prerrogativa la tiene mamá por *cojones*! Tunny, no te hagas el listo y baraja esas cartas. –El otro arqueó una ceja y comenzó a barajarlas–. Pensé que ya no querías saber nada de mí y que tenías nuevos y elegantes amigos. ¿Qué ha pasado con la Gran Duquesa, la Serpiente de Talins, la Carnicera de Caprile? He oído que tiene un hijo rey.

–Bendita sea Su Majestad eterna –dijo Tunny, hablando por la comisura de la boca mientras lanzaba las cartas a los cuatro jugadores, conscientes y no conscientes.

–Sólo la he visto dos veces –dijo Shev–, y no estoy segura de que siquiera sepa mi nombre.

–Pero su todopoderosa Ministra de los Susurros, Shylo Vitari, seguro que sí lo sabe. ¿No puede alargar una mano desde la sombra y sacar a tu amante del peligro?

–Está de camino a Sipani.

–¿Y qué hay de ese comerciante amigo tuyo, Majud, el de la sonrisa burlona? Tiene los bolsillos bien profundos.

–Tanto que no es fácil llegar hasta ellos, ese es el problema.

–¿Y aquel norteño con el que estuviste trabajando? El que sólo tiene un ojo. O… al que le falta uno. –Accidentalmente, Javre estuvo a punto de sacarse un ojo al mover las cartas cerca de su cara, pero al menos consiguió, también accidentalmente, quitarse el moco del labio–. ¿Temblores?

–Escalofríos. –Shev sintió un pequeño escalofrío al recordar aquella cara llena de cicatrices y la expresión que tenía al acabar con los tres tipos de Sipani que la perseguían. O, mejor dicho, su total ausencia de expresión–. Es mejor hacer las cosas sin la ayuda de algunos –musitó.

–Entonces podrás hacerlas sin la mía. –Con un rostro que reflejaba una intensa concentración, Javre alzó la copa con mano temblorosa e intentó llevársela a los labios. Shev se la arrancó de los dedos con un manotazo y la copa se estrelló en un rincón.

–Te necesito sobria.

–Eso nunca sucederá, Shevedieh. –Javre lanzó una risotada–. Si hago las cosas a mi aire, eso nunca sucederá.

–Toma –dijo Tunny, pasándole su propia copa– la mía…

Shev también la apartó de un manotazo, y la copa se estrelló en el mismo sitio que la anterior. Tunny frunció el ceño y lentamente apartó la pipa de su boca.

–Por todos los diablos, chica, me gustaría que no…

Javre le metió un puño por debajo de la nariz, que también aplastó los naipes que sujetaba, y dijo, escupiendo al hablar y con unos ojos enrojecidos a punto de estallar:

–¡Vuelve a hablar así a mi amiga, jodido chupapollas, y tendrás que recoger tus dientes entre mis nudillos!

Tunny bajó la mirada hacia aquella manaza llena de cicatrices y, sin quererlo, enarcó una ceja.

–Señora, soy un soldado. Lo último que quiero es luchar.

Forest se aclaró la garganta y se levantó con cierta inseguridad.

–Mis respetos, señoras, creo que esto pone fin a la velada. Mañana tenemos que madrugar. De regreso a Midderland tras nuestra derrota, como saben. –Clavó un codo a Yema y el hombrecillo comenzó a despertarse.

–¡Ya me levanto! –exclamó, mirando a su alrededor como alucinado–. ¡Ya me levanto! –Y, acto seguido, cayó desmadejado al suelo y vomitó en él.

Tunny barrió sus ganancias con una mano para meterlas en un sombrero muy trajinado. Forest agarró a Yema por el cinturón y comenzó a llevárselo a rastras, mientras el hombrecillo intentaba desesperadamente ponerse en pie.

–Ha sido un honor –dijo Tunny mientras retrocedía hacia la puerta sin evitar el charco de vómito–. Un completo *honor*, por mis cojones.

–¡Nos veremos en el campo de batalla! –exclamó Javre.

Tunny le guiñó un ojo y movió un dedo en redondo.

–Digamos que en las proximidades –dijo, y desapareció en aquella neblina de humo.

–Me has fastidiado la diversión, Shevedieh, como siempre. –Javre estiró los dedos. Un par de naipes inservibles cayeron al suelo. Como otro par seguían pegados a una de las palmas de sus manos, la movió para que se desprendieran–. Espero que estés satisfecha.

–Tú misma la has fastidiado, como siempre, y, puesto que quieres saberlo, te diré que no estoy nada satisfecha. –Se deslizó hasta la silla de Yema–. Nadie más puede ayudarme, Javre. No se fían de Carcolf y no quieren que Horald acabe matándolos.

Javre lanzó otro bufido que le obligó a quitarse con aquellos nudillos llenos de costras el nuevo moco que había quedado colgando de la nariz.

–Por la Gran Niveladora, ya sabes que soy ambivalente, pero si crees que confío en esa serpiente cimbreante más que en la peste…

–Parece que tú y yo nunca vamos a verla de la misma manera.

–Es difícil ver algo igual que alguien que tiene un pie menos de estatura que tú. Esa mujer tiene aspecto de serpiente, se mueve como una serpiente y piensa como una serpiente. Te vio llegar, Shevedieh, como siempre hace, y pensó: *la cena*. A pesar de todas las maldades que te ha hecho a lo largo de los años, sólo tiene que menear una vez su culo gordo cerca de ti para que vuelvas a quedarte colgada. ¡Acuérdate de que hundió aquel barco contigo dentro!

–Esta vez es diferente –musitó Shev, no muy segura de si aquellas palabras le dolían por ser falsas o por ser ciertas.

–Nunca es diferente. Nada lo es. ¿Cómo es posible que no lo veas, siendo tan inteligente?

–¡Pues claro que lo veo, joder! –exclamó Shev, dando un puñetazo en la mesa que hizo que las botellas bailotearan–. ¡Pero ya no me importa! Tengo que conformarme con lo que hay. ¡Tengo que intentar… *algo*, antes de que sea demasiado tarde! –Sintió en los ojos el escozor de las lágrimas y también que su voz se hacía más aguda y atiplada, pero no pudo impedirlo–. ¡Ya no puedo huir más, Javre! No puedo huir. Estoy cansada y necesito que me ayudes. Por favor. Ayúdame.

Javre se la quedó mirando durante un buen rato. Luego se levantó de golpe, volcando la mesa y haciendo que su cargamento de copas, tarros, botellas y pipas saliera despedido, se rompiera o rodara por el suelo lleno de suciedad.

–¡Por el coño de la Diosa, Shevedieh, sabes que sólo tienes que pedírmelo! –Clavó a Shev en una teta uno de sus dedos desmañados–. ¡Mi espada será siempre tuya! –Y entonces enarcó una ceja como extrañada, y miró a su alrededor preocupada–. ¿Dónde *está* mi espada?

Shev suspiró y, con ayuda de la puntera de una bota, la sacó de debajo de la silla de Javre.

Estaba oscuro allí abajo, en la parte más tranquila del puerto. El mar azotaba y lamía las piedras cubiertas de musgo del embarcadero, los retorcidos soportes de los muelles y los costados llenos de cieno de los botes allí amarrados. Los reflejos de las escasas lámparas, antorchas y velas que aún ardían, bailoteaban y se rompían en las inquietas aguas.

Una ráfaga de viento hizo revolotear los destrozados papeles que seguían pegados en el muro del almacén. Carteles que vitoreaban la coronación del joven rey Jappo pegados encima de los que celebraban la victoria de Pinos Fragantes, pegados encima de los que condenaban la agresión de la Unión, pegados encima de los que anunciaban el triunfo de Monzcarro Murcatto, pegados encima de muchos otros que pregonaban las victorias y derrotas de gobernantes y enemigos ya olvidados. Era muy probable que el almacén siguiera en pie gracias a aquella antigua costra de carteles.

Shev frunció el entrecejo al recorrer con la vista la bahía. A lo lejos pudo ver unos cuantos puntos de luz que parpadeaban de manera espectral.

–La Isla de las Carpas –musitó Javre, plantándose una mano en la cadera, casi sin acertar, de lo borracha que estaba.

–Y en la Isla de las Carpas, el Fuerte de Burroia –dijo Shev después de soltar un suspiro.

–Y en el Fuerte de Burroia, Horald el Dedo.

–Y con Horald el Dedo… –La voz de Shev se fue apagando. Dios, cómo quería que Carcolf siguiera aún con vida.

–Y una vez que estemos allí –murmuró Javre, inclinándose tanto que poco le faltó a Shev para vomitar por el hedor a alcohol de su aliento–, ¿cuál es tu plan?

A Shev le habría gustado tener el tiempo suficiente para que Javre volviera a estar sobria. O, al menos, limpia. Pero no lo tenía.

–Rescatar a Carcolf. Matar a Horald. Escapar sin que nos maten.

Una pausa, mientras Javre se apartaba las greñas de la cara y se quitaba con un capirotazo algo que se le había quedado pegado en los dedos.

–Coincidirás conmigo en que anda bastante escaso de detalles.

Shev echó una mirada de arriba abajo al embarcadero. La mirada del ladrón, que observa de manera disimulada.

–Nunca antes te habías quejado a la hora de abalanzarte en las fauces de la muerte. Sin planes, ni armas… ni ropa en más de una ocasión.

–Oh, ya sabes que en lo de la ropa soy ambivalente, pero *siempre* les he tenido manía a los planes.

–Entonces, ¿por qué te preocupas ahora?

–Porque siempre suponía que *tú* tendrías alguno.

–Bienvenida a mi vida de duda constante, ansiedad y, en ocasiones, horror tan súbito como impredecible, Javre. Espero que disfrutes de esta *puñetera* visita. –Echó a andar por el embarcadero vacío y bajó los escalones que iban a dar al muelle más cercano. La manera de caminar del ladrón, que no consiste en caminar atrevidamente, dando zancadas, ni agachado de manera furtiva, sino como cualquier persona corriente que se dirige a hacer su aburrido trabajo. Una manera de caminar por la que nadie arquea una ceja ni, mucho menos, se pone sobre aviso.

Un buen ladrón camina sin que se fijen en él. El que es realmente grande camina sin

que nadie lo vea.

Se detuvo ante una barca que le pareció apropiada, comprobó que los remos se encontraban en su fondo, se sobresaltó al escuchar un estrépito metálico y se volvió para ver que Javre, tras tropezar con un montón de redes de pesca se había enredado con ellas y hacía esfuerzos desesperados para no tirarlas al suelo. Finalmente, pudo ponerlas en su sitio, se encogió de hombros al mirar a Shev y bajó hasta el muelle donde se encontraba: no había nadie que pudiera llamar más la atención.

–¿No puedes hacer más ruido? –dijo Shev, siseando entre dientes.

–Claro que sí –respondió Javre, volviéndose a las redes–. ¿Quieres que te lo demuestre?

–¡No, no, así está bien! –Con algo de esfuerzo, Shev consiguió guiarla hacia la barca, se quitó la mochila de la espalda y la arrojó dentro, siguiéndola en silencio tras saltar por encima de las agitadas aguas.

–¿Vas a robarla por las buenas?

–Lo único bueno del oficio de ladrón –dijo Shev, sin despegar casi los labios– es que puedes usar como si fueran tuyas cosas que no lo son. De hecho es uno de los requisitos del oficio.

–Comprendo el principio, pero esta barca es el sustento de algún pobre bastardo. Quizá de alguna familia de bastardos buenos, honorables y trabajadores. Podría haber una docena de niños llorando que dependiesen de ella.

–Lo mejor es robar a la gente buena –murmuró Shev mientras encajaba sin hacer ruido los remos en las escalameras–, porque la mala tiende a ser desconfiada y vengativa.

–Oh, papaíto, ¿qué comeremos los doce ahora que la barca ya no está? –dijo Javre, poniendo voz atiplada.

–Por el amor de Dios, Javre, ¿te he dicho yo cómo comenzar una pelea, chupar una polla, destrozar mi propiedad o arruinar mi vida? ¡No! ¡Porque confío en tu experiencia, tan acojonante que no admite parangón! ¡Pues, entonces, déjame robar la barca que me parezca más apropiada! ¡La devolveremos cuando hayamos terminado!

–¿Cuándo hemos hecho algo así? Lo más seguro es que se la devolvamos destrozada.

–¡*Tú* se la devolverás destrozada!

Javre lanzó un bufido antes de decir:

–¿Recuerdas aquella carreta que tomamos prestada en…?

–¿Puedo recordarte que tenemos muchas cosas que hacer? –Shev se apretó las sienes con dos dedos y lanzó un gruñido de frustración–. ¡Estar discutiendo constantemente hasta por las cosas más tontas es agotador! –Clavó un dedo en el asiento del remero–. ¡Sube al jodido bote!

–¿No puedes hablar más alto? –preguntó Javre, rezongando mientras lanzaba dentro la soga de amarre y acto seguido el andrajoso hato que contenía su espada, entrando luego a trompicones y haciendo que el bote entero se escorase de manera alarmante a causa de su considerable peso–. Tú eres la que siempre me dice que debería prestar más atención a las consecuencias.

–¡La consecuencia que no se me quita de la cabeza es el amor de mi vida con la garganta cortada!

–¿El amor de tu vida? –Javre parpadeó al dejarse caer pesadamente entre los remos.

–Bueno, quería decir… –Shev no había querido decir aquello. No había querido admitirlo, ni siquiera a sí misma–. ¡Ya sabes lo que quería decir! Exageraba, sólo para

impresionar.

–He oído tus exageraciones cien millones de veces, Shevedieh. Sé cómo suenan. Esto era el sonido mucho menos frecuente de cuando se te escapa la verdad.

–Cierra el pico y rema –dijo la malhumorada Shev mientras empujaba la barca para que saliera del muelle lleno de cieno.

Javre empuñó los remos, los fuertes músculos de sus brazos desnudos se hinchaban y tensaban a cada golpe de remo, y la barca se deslizó suavemente y salió a las tranquilas y oscuras aguas del puerto. Shev abrió los cierres de su mochila y la extendió con un sonido de metal.

Javre silbó suavemente al ver aquellas herramientas relucientes.

–¿Vamos a la guerra?

–Si es necesario… –Shev se ajustó el come-espadas en un muslo–. En cierta ocasión, un hombre sabio me dijo que uno nunca lleva encima suficientes cuchillos.

–¿Estás segura de poder escalar con todo ese peso de acero encima?

–No todo el mundo es fuerte como un toro. –Uno a uno, Shev deslizó los cuchillos de lanzar en la funda practicada dentro de la chaqueta–. Algunas necesitamos algo afilado.

–Ten cuidado con los filos, no vayas a cortarte la cabeza, Shevediev. –Javre acababa de ver que, con mucho cuidado, Shev sacaba de la mochila un pequeño vial de líquido verde y lo introducía en la bolsa forrada con lana de borrego que llevaba en el cinturón–. ¿Eso es lo que pienso que es?

–Depende de lo que tú pienses que es.

–Creo que puede mandar al cielo a aquellos contra quienes se lanza igual que mandar al infierno a quien lo lanza.

–Fíjate, no eres la única que puede acabar hecha una bola de fuego.

–Tú eres, más o menos, la única amiga a la que no me he visto obligada a matar. Me preocupa tu bienestar.

–Si eres tan buena amiga, deberías intentar alegrarte por mí.

–¿Alegrarme de ver cómo te toma el pelo esa sirena de cabellos dorados?

–¡Alegrarte de que yo haya podido encontrar un pequeño respiro en medio de la interminable marea de *mierda* en que se ha convertido mi vida! –Shev bizqueó, intentando encontrar alguna postura en la que la cerbatana no se le clavase en el sobaco–. ¿Acaso me quejé cuando disfrutabas ruidosamente de tus frecuentes frivolidades?

–¿Quejarte? –Javre lanzó un bufido de desprecio–. ¿Tú, la baronesa de las reprimendas? ¿La condesa de la queja? ¿La princesa de la cháchara? ¿La… hum… la gran duquesa del… del…?

–Vale, ya lo he cogido –dijo Shev, deteniendo la conversación mientras comprobaba el gatillo de su ballesta antes de deslizarla en la funda que tenía debajo de la chaqueta.

–Bien, porque, al parecer, tu memoria es tan corta como su dueña. ¿Quejarte, Shevediev? Día tras día me has amargado la vida en los últimos… –Javre miró con el ceño fruncido el cielo estrellado, y sus labios bañados por la luz de la luna se movieron imperceptiblemente a medida que contaba–. ¡Trece… no, catorce! –Hizo una larga pausa antes de que sus ojos legañosos se posaran en Shev, para luego, arrastrando las palabras, concluir diciendo–: *¡Catorce cochinos años!*

–Catorce años –musitó Shev–. Casi la mitad de mi vida. –Y el dolor que sintió dentro de la nariz era por las ganas de llorar. Por todos aquellos años malgastados. Por su amistad arruinada, que durante tanto tiempo había sido lo único que tenía. Por el hecho de

que Javre siempre hubiese estado disponible cuando la necesitaba. Por el hecho de que aún siguiera siendo lo único que tenía.

Javre resopló.

–No me extraña que estemos un poco… cansadas.

Las palas de los remos abanicaban el agua, dejando caer una hilera de chispeantes gotas de sus extremos para luego cortar silenciosamente su superficie. Las escalameras crujían. El viento levantaba la cabellera sucia de Javre y tiraba de ella.

–Me alegro por ti –dijo en voz baja–. O, al menos, lo intento.

–Bueno, pues me alegro de que te alegres.

–Bien.

–Bien.

Otro silencio pausado.

–Sólo estoy triste por mí.

Shev alzó la mirada y miró a Javre a los ojos. Un destello húmedo en la oscuridad.

–Siento que estés triste –declaró.

–Bien.

–Bien.

–Mierda –dijo Shev mientras tanteaba en la oscuridad para encontrar un apoyo fiable donde poner el pie en aquella pared a punto de caerse. El maldito fuerte de Burroia se estaba desmoronando. De hecho era una ruina. Casi tanto como la esperanza de Shev–. Mierda, *mierda* puta.

Javre quizá había tenido algo de razón en su comentario acerca del armamento que Shev llevaba consigo. Era un peso enorme para alguien que había construido su reputación moviéndose con ligereza. Las dos hebillas que había dejado demasiado apretadas amenazaban con cortarle el riego sanguíneo a las piernas, y de las otras dos que había dejado demasiado flojas, la parte metálica, que estaba suelta, tintineaba, y el garrote le daba en el trasero cada vez que intentaba seguir subiendo, produciendo un crujido desagradable.

¿Qué diablos iba a hacer con aquel maldito garrote? Jamás había usado uno en su vida, excepto una vez para cortar un queso, y fue una broma que ni siquiera resultó divertida. Un cuchillo puede ser aconsejable. En ocasiones, lo que necesita la gente es que la acuchillen. Como Crandall. No había derramado ninguna lágrima por él. Pero si una comienza a dar garrote a la gente, no puede pretender que la consideren una persona honrada.

Por decirlo rápidamente, los garrotes no aparecían en el sendero de Dios, y aunque Shev, por una combinación de falta de carácter, malas compañías y mucha mala suerte, había dejado atrás muchas veces aquel sendero, le gustaba imaginar que, si forzaba la vista, aún podría verlo a lo lejos.

El ruido que escuchó más arriba la obligó a quedarse quieta y a eliminar la parte final de la ráfaga de maldiciones que salía de su boca.

El sonido de unas pisadas. El tarareo monocorde de una persona profundamente aburrida que carecía de aptitudes musicales. Shev abrió bien los ojos. Un guardia, de patrulla. Se preguntó cuál sería la probabilidad de que no viera el arpeo enganchado en el parapeto. Y se contestó que muy poca. Con una mano mantuvo tensa la soga, cogió el dardo con la otra y se lo metió entre los dientes.

Habría sido el perfecto final de su carrera de adversidades si se lo hubiese clavado en la mejilla, perdiendo el conocimiento, soltando la soga y cayendo al mar. Pero Shev había sido bendecida con una lengua ágil. Probablemente fuera eso lo que Carcolf había

visto en ella. Por Dios, algo tenía que haber visto.

El tarareo cesó. Las pisadas sonaron más cerca. Ella sacó la cerbatana y se la acercó a los labios. Desgraciadamente, en aquel momento sus dedos fueron menos ágiles que su boca. La cerbatana golpeó un saliente de piedra y saltó de sus manos. Shev, en un desesperado intento de recuperarla, casi soltó la soga. Y cuando vió que la cerbatana caía dando vueltas, lanzó un gemido de desesperación con el dardo aún entre los dientes:

–¡Cógela!

Javre la atrapó y miró hacia arriba, perpleja.

–¿Qué es esto? –preguntó, siseando entre dientes.

Shev miró al parapeto, y un pánico insuperable la envolvió como la nieve que cubre a un vagabundo dormido. Acababa de aparecer un rostro. El rostro de un hombre grande, con el cabello rizado. Enarcó sus espesas cejas cuando la vio colgada de la soga con los pies apoyados en el muro, tan cerca de él que hubiera podido alargar una mano y tocarla.

La primera idea rara que a Shev se le pasó por la cabeza fue la de sonreírle cordialmente, algo imposible mientras siguiera teniendo el dardo entre los dientes.

–Por todos los diablos –masculló aquel hombre mientras se asomaba esgrimiendo una lanza.

Fue una suerte que Shev siempre pensase mejor bajo presión. Quizá por los años de práctica. Se impulsó hacia arriba como si la dominara el deseo de besarle, y le clavó el dardo en el cuello.

–Por todos los diablos –repitió, pero con menos ira que la vez anterior y más sorprendido. Intentó atacarla, pero como ella estaba demasiado cerca, uno de sus codos golpeó en las almenas y la lanza se deslizó de aquellas manos que la agarraban con poca fuerza, cayendo encima de uno de los hombros de Shev.

La toxina era de efecto rápido. Con un suspiro, cayó desmadejado encima del parapeto, y Shev aprovechó para agarrarle por el cinturón y elevarse, saltando sobre la espalda del hombre a la pasarela.

En el colmo de la buena fortuna, estaba vacía. Una franja de piedra de poco menos de un metro de ancho; almenas medio desmoronadas a cada lado; una puerta que lleva a la torrecilla, estrangulada por la hiedra, en un extremo. La débil luz de las antorchas iluminan su contorno. Más luces que parpadean en las ventanas de la antigua fortaleza. Aquel sitio podrá ser una ruina, pero es evidente que en absoluto se encuentra abandonado.

Shev se apoyó en la barandilla desvencijada para preguntar a Javre, siseando:

–¿Te decides a subir de una puñetera vez?

La Leona de Hoskopp aún seguía jugueteando con la soga como una borracha, y sus botas arañaban la pared apenas un paso por encima del bote.

–¡Un momento, que me lo estoy pensando! –respondió, hablando entre dientes.

Shev meneó la cabeza y se dirigió hacia la puerta, permitiéndose una leve sonrisa. Considerando el desastre de la cerbatana, la cosa no parecía ir muy…

Enarcó las cejas al escuchar unas risas apagadas, y acto seguido la puerta se abrió y un hombre apareció por ella, llevando una lámpara en alto y bromeando con alguien. Le seguía más gente. Al menos otros dos.

–Terminaremos esa mano cuando Lom el Grande esté de vuelta y yo… –Al volver la cabeza, la vio. Se había quedado helada por la sorpresa, y su boca parecía a punto de pronunciar un «oh» de disculpa. Aquel hombre tenía la nariz ganchuda y un corte de pelo absurdo que le cruzaba la frente en línea recta.

–Horald nos dijo que te esperásemos –dijo el hombre, sonriendo mientras

desenvainaba la espada.

A Shev nunca le había gustado pelear. Se escondía, o trataba de evitarlo hablando o pagando. Escurría el bulto, se escaqueaba o, con vergonzosa frecuencia, veía cómo Javre luchaba por ella.

Pero Horald el Dedo se había extralimitado, y era el momento de hacérselo pagar.

Sacó la pequeña ballesta y apuntó. Los ojos del sicario de Horald se abrieron asombrados.

–¿También te dijo que esperases esto? –dijo, y apretó el gatillo.

La cuerda dio un fuerte chasquido y el dardo cayó hacia un lado, dando vueltas hasta perderse en la oscuridad que cubría el agua, mientras ambos se miraban cara a cara, de alguna manera sorprendidos.

–Uh. –Nariz Ganchuda se aclaró la garganta–. Estaba pensando…

Si Shev había aprendido algo de Javre, era que, cuando hay que luchar, lo mejor es pensar lo menos posible. Así que le tiró la ballesta a la cabeza, alcanzándole justo encima de un ojo. Él resopló, chocó con el hombre que le seguía, la lámpara cayó encima de las piedras y salpicó de aceite ardiente la pasarela.

–¡Mierda! –exclamó uno de aquellos hombres, dando manotazos a las llamas que de repente habían comenzado a subir por una de las perneras de su pantalón.

Shev se lanzó hacia delante, tirando de la correa de la empuñadura de su come-espadas cuando Nariz Ganchuda se enderezó, sacándolo de la vaina cuando sus ojos de dura mirada se fijaron en ella y tirando de él hacia arriba en el mismo instante en que el hombre lanzaba un tajo hacia abajo. El acero rechinó cuando la hoja se deslizó dentro de las apretadas mandíbulas de aquel cachivache, y ella gruñó y retorció la muñeca. El ultrajado bramido de Nariz Ganchuda se mudó en un graznido de extrañeza cuando su espada se rompió con un chasquido justo por debajo de la empuñadura y él se tambaleó. Pero no llegó muy lejos, porque el puño de Shev se hundió en sus tripas y le hizo doblarse en dos, dejándole sin aliento. Le golpeó en la nuca con la empuñadura de su come-espadas, tan fuerte que el arma salió volando de su mano para perderse en la pasarela.

Vio una pesada maza que se dirigía hacia ella, se agachó instintivamente, sintiendo en el pelo el viento producido al pasar, se giró cuando la maza se alejaba y se estrellaba contra el parapeto; siguió girando, lanzó un grito y levantó una pierna para dar una patada con la suela de su bota. Si Shev y aquel tipo gordo hubieran estado ensayando la manera en que el talón de ella tenía que conectar limpiamente con el cuello de él, no les habría quedado mejor. En medio de una espectacular rociada de sangre y de dientes, lo levantó del suelo, le dio la vuelta en el aire y le hizo caer de la pasarela. La satisfactoria serie de crujidos que siguió a todo aquello le hizo suponer que no sólo había caído en el frágil tejado que daba al patio, sino que lo había atravesado.

Un relámpago metálico y Shev se echó hacia atrás. Un tipo flacucho, con una marca alrededor de un ojo, le lanzó una puñalada, y ella volvió a eludirla. Llevaba un ridículo sombrero de tres picos de espadachín y, una vez apagadas las llamas que le subían por una pierna, estaba claro que se tomaba por un maestro de la esgrima. Como Shev pensaba que siempre es aconsejable seguirle la corriente al contrario, cuando él le lanzó un tajo por encima de la cabeza, ella, la pobre víctima se agachó y llevó una mano a una bolsa que colgaba de su cinturón, levantando desesperadamente la otra como si quisiera bloquear el golpe. Vio los dientes podridos del otro cuando sonreía, seguro de que la hoja iba a cortarle la mano. Fue de lo más satisfactorio observar su mueca cuando, en lugar de eso, la hoja hizo un sonido metálico al chocar contra las barras de acero que escondía bajo la manga.

Ella dio un paso hacia él, que se tambaleaba, sacó la mano, oculta hasta entonces, abrió la palma y sopló en su cara el polvo que contenía.

El hombre lanzó un chillido, perdió el equilibrio, lanzó tajos a diestro con la espada y el cuchillo, resbaló en el aceite que aún ardía y volvió a meter los pantalones en el fuego. Ella se agachó para evitar las estocadas, se deslizó silenciosamente detrás de él, lo agarró por detrás de la chaqueta mientras se giraba, y suave pero firmemente lo empujó por encima del parapeto. Instantes después, Shev pudo escuchar el dulce sonido que hacía al impactar con el agua.

Pero no tuvo tiempo de celebrarlo, porque ya estaba luchando con el último de los cuatro. Un individuo bajito, pero tan escurridizo como un pez; además ella ya estaba cansada e iba muy despacio. Un codazo en el vientre llevó el vómito a su garganta, y un puñetazo que no pudo bloquear por completo, y que fue a parar encima de un ojo, hizo que su cabeza saliera disparada hacia atrás y que le zumbaran los oídos. Aplastó a Shev contra el parapeto. Ella buscó la bomba de gas, pero sus dedos cansados no pudieron agarrarla. Y cuando intentó coger la aguja envenenada, él la sujetó antes por la muñeca. Rezongó entre dientes cuando la empujó hacia atrás, y las piedras se le clavaron en los hombros.

–Tranquila –dijo él, siseando y retorciéndole la muñeca. Su pulgar debió de activar accidentalmente el mecanismo. El resorte cantó, el cuchillo salió disparado de la manga de Shev y se le clavó a él en la garganta, provocándole arcadas. Shev le dio un cabezazo en la cara, para, en cuanto su cabeza se arqueó hacia atrás, girar las caderas y darle un rodillazo en los testículos.

Él resolló e intentó agarrarla, pero ella hizo un requiebro, le cogió por el pelo y le estrelló la cabeza contra el parapeto, desatando una lluvia de mortero desprendido y dejándolo a él tan desmadejado como ropa recién lavada. Agarró lo primero que encontró con la mano que le quedaba libre.

El garrote.

Por Dios, nadie había estado nunca antes en tan buena posición para dar garrote. Sería la cosa más fácil del mundo pasarle el cable alrededor del cuello, ponerle una pierna en la espalda y darle garrote a gusto. Probablemente se lo mereciera. La verdad, no se había apiadado mucho de ella antes de que el puñal brincase hasta su cara.

Pero uno siempre tiene que hacer lo correcto por respeto a sí mismo. Shev no era de esas chicas que van dándole garrote a la gente.

–Hay que joderse –dijo, rezongando, aporreándole en la nuca con el mango y dejándolo sin sentido, para, acto seguido, tirar el garrote al mar por encima de la muralla.

–¡Pero qué…!

El vozarrón de alguien que arrastraba las palabras le hizo volver la cabeza. Un hombre acababa de salir por la puerta situada en el otro extremo. Había tenido que agacharse porque era considerablemente más alto que el dintel. Shev supuso que se trataría del Gran Lom del que antes habían hablado, y era evidente que el sobrenombre no era, en absoluto, irónico. Los otros tipos no le habían parecido a Shev particularmente irónicos. Su cabeza era inmensa, con una boquita de piñón, unos ojillos malvados y una nariz que parecía un grano perdido en la inmensidad de su inexpresiva cara de pan. Un escudo del tamaño de una mesa colgaba de la correa enrollada alrededor de un brazo que más parecía un tronco de árbol, y cuando sus diminutos rasgos pasaron del asombro a la ira, el enorme martillo que se sacó del cinturón dio la impresión de pesar lo mismo que si fuera de juguete, por la facilidad con que lo manejaba.

–¡Ja! –Shev se abrió la chaqueta y sus cuchillos formaron una línea resplandeciente.

Tan rápida como el pájaro carpintero, fue lanzándolos a lo largo de la pasarela, y su mano era como un borrón.

Digamos que su puntería fue menos impresionante que su velocidad. Varios erraron completamente el blanco, rebotando en las paredes o perdiéndose en la noche con una especie de gorjeo. Otros tres golpearon con un ruido sordo el escudo del Gran Lom, y un cuarto lo hizo en la correa del hombro y cayó.

–¡Uh! –dijo el hombretón, gruñendo y mirando por encima del borde del escudo con ojillos enfadados–. ¿Eso es lo mejor que sabes hacer?

–No –respondió Shev–. Eso otro –y señaló el único cuchillo que, al acertar en el blanco, se había alojado en uno de sus muslos, justo debajo del borde de su casaca tachonada.

Él se rió con desprecio mientras se lo quitaba y lo arrojaba lejos, junto con unas pocas gotitas de sangre, y dijo:

–Si creías que eso iba a detenerme, es que eres más tonta de lo que nos dijo Horald.

–¿El cuchillo? No.

Lom rugió mientras cargaba con el escudo por delante, como si fuera el extremo de un ariete. Shev se limitó a poner las manos en jarras y a enarcar las cejas. Cuando ya había recorrido la mitad del camino que le separaba de ella, sus descomunales pisadas se hicieron algo más lentas. Por encima del borde del escudo sus ojos bizquearon ligeramente, luego un poco más, y su rugido de furia se mudó en un mugido de dolor y finalmente en un gorgoteo sin sentido.

Entonces se dirigió tambaleándose hacia ella como lo hubiera hecho un borracho, impulsado simplemente por la inercia de su gran masa, y el escudo se le fue para los lados y el enorme martillo cayó de su mano sin fuerza y rebotó en el patio de abajo.

Shev abrió la puerta que conducía al cuerpo de guardia y, con mucha cortesía, se echó a un lado, deteniéndose sólo para interponer un pie, delicadamente levantado hacia arriba, en el camino de Lom.

El hombretón se acercó a trompicones con los ojos casi en blanco. Ella enganchó sus enormes botas con una de las suyas, y él tropezó y comenzó a babear y sus labios se llenaron de espuma. Rebotó en el marco de la puerta, dio vueltas como una peonza, con las rodillas tan flojas como las de un borracho y los brazos abiertos, se pisó un pie y se estrelló contra varias mesas y sillas ya puestas, lanzando por el aire los platos, pucheros y alimentos a medio consumir de la cena. Y allí se quedó, en medio del estropicio, la cabeza metida en un charco de estofado, respirando agitadamente y tan inconsciente como se puede estar.

–Pero el veneno es otro cantar –dijo Shev, terminando la frase y sintiéndose inmensamente satisfecha consigo misma. Hannakar le había dicho que aquella toxina podía tumbar a un elefante y, al parecer, por una vez no había exagerado.

–¡Ja! –El sonido le llegó por detrás, y Shev rodó por el suelo levantándose de un salto, con el come-espadas ya empuñado.

Era Javre, arrastrándose por encima del adormilado guardia que aún seguía en el parapeto; le pisó la cabeza, tropezó y recobró el equilibrio con ojos llorosos y respiración forzada, agarrando con una mano el andrajoso envoltorio que contenía su espada.

–Uh. –Se quedó mirando los cuerpos desmadejados y se irguió lentamente–. ¿Para qué me necesitabas?

–Alguien tendrá que remar para sacarme después de aquí. –Shev devolvió el come-espadas a su vaina y pasó por encima del Gran Lom, dirigiéndose a los escalones–. Vamos.

–¡Aquí! –Shev siseaba, apoyándose cerca de la puerta y haciendo señas a Javre, que la seguía.

Escuchó unas voces al otro lado, que se hicieron más claras al acercar un oído a la cerradura.

–No va a venir a buscarme. ¡Estás perdiendo el tiempo!

–Oh, tengo mucho.

Aunque aquella voz era tranquila e incluso cordial, Shev sintió que un escalofrío le bajaba por la columna vertebral. Era la voz de un hombre capaz de ordenar la muerte de una familia con la misma tranquilidad con que se hubiera limpiado el trasero. Un hombre tan despiadado como la peste y con menos conciencia que una pizca de sal. La voz de Horald el Dedo.

–No subestimes tus encantos, Carcolf. Shev está en camino. Estoy seguro, y viene con su amiga. Mientras tanto, ¡toma más!

–¡No!

Una risa desagradable y cruel, y un sonido metálico parecido al de unas cadenas.

–¡Tomarás más si yo digo que tomes más!

–¡No! –La voz de Carcolf, para entonces convertida en un chillido, era agónica–. ¡No quiero más, maldito bastardo! ¡No me des más, te lo ruego!

Shev levantó una de sus botas y, con un grito, abrió la puerta de una patada. La puerta rebotó en la pared como si no hubiera estado cerrada y le dio un fuerte golpe en el hombro cuando pasaba, que le hizo girarse y que estuviera a punto de soltar el come-espadas. Intentó mantener el equilibrio mientras lanzaba un grito de guerra que acabó más como un aullido de dolor y…

Fue dando traspiés hasta el centro de un patio en ruinas, cuyas paredes a punto de derrumbarse estaban cubiertas de enredaderas secas.

Carcolf estaba sentada en una silla. Horald el Dedo se inclinaba sobre ella.

Pero el terrorífico azote del hampa de Estiria no empuñaba ningún instrumento de tortura. Sólo una botella de vino, inclinada como si se dispusiera a servir su contenido. Su sonrisa, lejos de ser la retorcida y malvada propia de un asesino, era natural y paternal. Por su parte, Carcolf estaba sentada aparentemente tranquila y sin ningún tipo de coacciones, tan impecable y hermosa como siempre, con las piernas cómodamente cruzadas, moviendo una de sus puntiagudas botas de atrás adelante y sosteniendo un vaso con una mano.

Como diciendo *no quiero más*.

–¿Ves? –Horald sonrió con alegría mientras movía una mano entusiasmado–. ¡Ha *venido*!

Carcolf se levantó. Mientras se acercaba a Shev, ambas no dejaron de mirarse. Ni siquiera ahora podía apartar Shev los ojos de su manera de moverse. Conmoción, ira, miedo, todo quedó barrido por una impetuosa oleada de bienestar, tan intensa que casi se le doblaron las rodillas.

–Estás herida. –Carcolf hizo una mueca mientras apretaba con un pulgar el corte que Shev tenía en una ceja–. ¿Estás bien?

–¡Uh! ¡Todo lo bien que se puede esperar después de luchar contra cinco matones!

–No te preocupes por eso. –Horald se encogió de hombros al sentarse y se sirvió de la botella. Estaba bastante más viejo que la última vez que lo había visto, pero tenía toda la pinta de ser, también, bastante más próspero. Si no hubiera sido por los tatuajes del cuello, las cicatrices en los nudillos y cierta dureza de pedernal en la mirada, cualquiera habría podido tomarle por un comerciante acomodado–. Y si algo he descubierto a lo largo de mi

carrera, es que siempre hay más matones.

–Viniste por mí. –Si Shev no hubiera conocido tan bien a Carcolf, habría podido jurar que se le acababan de encender unas lucecitas en los rabillos de los ojos.

Shev sacó la carta y se la tiró a Horald. Cayó aleteando hacia las desgastadas losetas que los separaban.

–Más bien tuve la impresión de que*, si no venía, te matarían*.

–Debo admitir –Javre empujó la puerta y entró– que yo pensé lo mismo.

Carcolf se aclaró nerviosamente la garganta y se acercó un poco más a Shev.

–Javre.

–Carcolf, Horald –Javre entornó los ojos.

–¡Javre! –Horald sonrió y levantó su vaso–. ¡La Leona de Hoskopp, que va a donde quiere! ¡Ahora podemos hacer una fiesta!

–¿Una fiesta? –le espetó Shev, agitando su come-espadas delante de él–. ¡Debería matarte sin más miramientos! –Aunque no le resultaba fácil seguir enfadada al lado de una Carcolf ilesa, cuyo olor era tan acre y maravilloso como siempre, se creyó en la obligación de lanzarle una pulla–. ¡Diste tu palabra, Horald!

–Fijaos –dijo Javre mientras recorría con precaución el perímetro del patio y apartaba a patadas las piedras sueltas que se encontraba–: el cerebro criminal más infame de Estiria, indigno de confianza.

–Un momento –dijo Horald, haciéndose el inocente y el ofendido–. Después de treinta años de cumplir siempre mi palabra, no voy a dejar de cumplirla ahora. Dije que ni tú ni tus socios sufriríais daño, y no lo habéis sufrido. Como puedes ver, Carcolf se encuentra bien, por no decir que estupendamente. Nunca le hice daño, sobre todo después de haberme salvado la vida en Affoia.

–¿Le salvaste…? –Shev se quedó mirando a Carcolf–. Jamás me lo habías contado…

–¿Y cómo podría ser yo una belleza misteriosa si no tuviera misterios? –Carcolf echó la cabeza de Shev hacia atrás y comenzó a pasar un pañuelo por la sangre del corte que se había hecho en la cabeza–. No fue nada heroico. Sólo hubo que decir las palabras apropiadas en los oídos apropiados.

–¡Las palabras apropiadas en los oídos apropiados pueden cambiar el mundo! Sólo ellas pueden conseguirlo. –Horald levantó la botella en alto–. ¿Estás segura de que no quieres más?

–¡Oh, venga, maldito cabrón! –dijo Carcolf, suspirando.

–¡Destruiste mi casa!–exclamó Shev.

–¿Tu casa? –Horald meneó la cabeza mientras se servía de la botella–. Vamos, Shevedieh, sólo son cosas. Siempre puedes conseguir otras nuevas. Tenía que hacer bien las cosas, porque no creo que hubieras venido si me hubiese limitado a pedírtelo. Y en ese papel no aparecía nada escrito acerca de juegos de té. –Con la maestría de un sumiller de Ospria, movió la botella para recoger las gotas–. Me aseguré de que así fuera. Comprobé la redacción.

–Tú y tu maldita redacción –murmuró Shev.

–Me da pena decirlo –dijo Horald–, pero mi hijo Crandall era un idiota repugnante. Para ser honestos, siempre tuve dudas acerca de su paternidad. Shev, ¿quieres un vaso de vino? Es de Ospria, de buena cosecha. Más viejo que tú.

Shev se sintió como si ya estuviese ebria. Agitó una mano para declinar el ofrecimiento.

–Yo sí tomaré uno –dijo Javre, arrancando la botella de la mano de Horald y mirándole por encima del hombro mientras daba la vuelta a la botella con su puño vendado. El movimiento de su grueso cuello indicó que estaba trasegando su contenido, parte del cual le cayó por la barbilla y llegó hasta el mugriento cuello de su camisa.

–Por supuesto –dijo él, levantando las palmas de las manos en un gesto pacífico–, no tengo ninguna duda de que todo sucedió de la manera que siempre ha dicho Carcolf. Te defendiste de alguna mezquindad por parte de Crandall que no te merecías.

–¿De la manera que siempre has dicho? –musitó Shev, mirando de reojo a Carcolf.

–Llevo años defendiéndote –contestó ella y, ciertamente satisfecha con sus artes médicas, guardó el pañuelo en uno de los bolsillos de Shev y le dio una palmada.

–No soy idiota –decía Horald–, y siempre supe que, antes o después, Crandall me pondría en serias dificultades. Es probable que me evitaras el tener que matarlo yo mismo.

–¿Cómo? –Shev le miraba fijamente.

–A fin de cuentas, tengo otros once hijos. ¿Conoces a mi hija mayor, Leanda?

–Creo que nunca tuve ese placer.

–Oh, te gustaría. Ahora se encarga de los asuntos de Westport y es diez veces más hombre de lo que era Crandall. Cuando se tiene mi posición, hay que mantener una imagen impecable. –Su mirada se hizo tan dura por un instante, que Shev dio un paso atrás de manera inconsciente. Luego Horald volvió a sonreír–. Pero entre tú y yo, hace ya años que te perdoné por matarlo.

–¡Joder, podrías habérmelo dicho!

–¿Habría sacado algún provecho de ello? Y, lo que es más importante, ¿me habría *visto* alguien sacando algún provecho de ello? Shev, la reputación lo es todo en nuestro oficio. ¿Quién puede saberlo mejor que la mejor ladrona de Estiria?

–Entonces… –Su mirada pasó de Horald a Carcolf y viceversa, porque su mente comenzaba lentamente a ir más allá del momento presente–. ¿Qué diablos significa todo esto?

–Oh, claro. Lo siento. Esto no tiene que ver contigo, Shev. Ni tampoco con Carcolf, aunque haya sido un placer verte de nuevo, querida. –Y él y Carcolf se saludaron con la cabeza, como dos campeones de ajedrez que acabaran de jugar una partida que ha quedado en tablas–. Vosotras dos sois secundarias. Realmente, lo mismo que yo –Y Horald miró sonriente a Javre, que le devolvió la mirada con una pequeña sonrisa desganada en su magullada cara.

Tiró la botella de vino vacía, que estalló en el patio y los cascotes alcanzaron hasta un rincón.

–Tiene que ver conmigo –dijo.

Horald extendió las palmas de las manos mientras decía:

–Un hombre no puede prosperar en los negocios sin deberle algo a alguien.

–¿Quiénes son tus acreedores? –Shev sintió que la sensación de bienestar se convertía en otra dominada por la náusea.

–Entre otras personas… –Horald se lamió los dientes, como dando a entender que la situación estaba lejos de agradarle–, la Suma Sacerdotisa del Gran Templo de Thond.

Shev abrió unos ojos como platos y dijo:

–Javre, recoge… –Y, al darse la vuelta hacia la puerta por donde habían entrado, vio a una mujer delante de ella. Una mujer alta y delgada, con la cara adusta y la cabeza afeitada, que sujetaba una espada larga en su puño tatuado.

Otra mujer, tan grande como una casa, ya estaba entrando para ponerse a su lado.

Shev agarró a Carcolf por la manga y dio un paso hacia la puerta situada en el otro extremo del patio, que se abrió lentamente para dar paso a una mujer muy musculosa cuyos pulgares descansaban en un enorme cinturón del que pendían dos espadas curvas. Otra de cabellera blanca, recogida en cien pequeñas trenzas, la siguió, sonriendo con los brazos cruzados sobre su pecho.

Un silbido agudo les llegó desde arriba, y una figura se lanzó como un relámpago desde la parte superior de la muralla sin hacer apenas ruido, para, luego de caer agachada, erguirse en toda su estatura, que incluso era superior a la de Javre. Como la brisa revolvía sus hermosos cabellos rubios alrededor de su rostro, Shev sólo pudo ver el brillo de un ojo y el destello de unos dientes perfectos cuando sonrió. Sin siquiera mirar, recogió en el aire la espada que le lanzaron, cuya larga hoja relució, cegadora, con el brillo de un espejo.

Shev tragó saliva y echó un vistazo a su alrededor, intentando poner la mirada del ladrón, que apenas da la impresión de estar viéndolo todo, pero probablemente sin conseguirlo. No solía salirle bien cuando había mucho en juego, a pesar de sus alardes. Al final, la supuesta mejor ladrona de Estiria, mientras se hacía la heroína, se había metido en una trampa, arrastrando consigo a la única amiga que lo era de verdad.

En la parte superior de los muros había otras dos mujeres, un par de gemelas con grandes arcos por encima de los hombros, a la manera de los yugos de las lecheras, mientras sonreían levemente mirando hacia abajo. Eran siete en total, y Shev estaba segura de que eran Templarias de la Orden Dorada y que sobrepasaban, con mucho, sus habilidades en el combate, aunque no hubiese usado ya la mitad de sus trucos contra aquellos matones escaleras arriba.

–Joder –dijo, sin más. En ocasiones, aquella palabra era la única que podía describir la situación.

Harold se agitó, nervioso, mientras miraba a aquellas mujeres llenas de cicatrices, musculosas, tatuadas y fuertemente armadas que lo rodeaban por todos los lados. Tenían un aspecto letal, y Shev sabía que eran mucho más letales de lo que aparentaban. Horald dijo en voz baja:

–Debo confesar que me siento un poco sobrepasado.

Javre asintió exageradamente con la cabeza, movió la lengua en la boca, escupió y dijo:

–Yo también.

–Javre. –La voz que llegaba a ellos era profunda.

Y como si se tratase de una voz de mando, las Templarias inclinaron la cabeza al unísono. Otra mujer entró por la puerta. Una mujer enorme y ancha de hombros, vestida con una túnica blanca sin mangas, que se movía con tanto aplomo que parecía deslizarse, más que caminar.

–Cuánto tiempo.

Una larga sarta de cuentas daba varias vueltas alrededor de su cuello, cubriéndole, además, la mitad del pecho. El gris se insinuaba en la pelusa naranja de su cráneo afeitado, y su rostro anguloso mostraba unos surcos profundos en las mejillas y alrededor de los ojos. Menudos ojos. Tan serenos y azules como el agua de las profundidades. Tan brillantes como las estrellas. Tan duros como el hierro forjado. Y tan despiadados como una reyerta callejera a navajazos.

Javre vio cómo se sentaba frente a Horald.

–No veía la hora de que llegase este momento, madre.

–Supongo que eso de «madre» será el tratamiento que se merece la Suma

Sacerdotisa de… –dijo Shev después de aclararse la garganta.

–Javre es hija mía. –Aquella mujer enarcó una ceja–. Y nunca le interesaron los tratamientos.

Shev la miró asombrada. Últimamente no acertaba ni una. Era evidente que existía un gran parecido, aunque sólo fuese en los músculos que se retorcían en los brazos de aquella mujer cada vez que los cruzaba sobre los abalorios.

–¿Así que quien te lleva persiguiendo catorce años por todo el Círculo del Mundo… es tu madre?

–Puede ser tremendamente pertinaz –dijo Javre.

–Eso lo has heredado de ella –dijo Shev en voz baja–. Vaya, al fin descubro las ventajas de ser huérfana.

Entonces hubo un momento de silencio dominado por la tensión. Cuando el viento se arremolinó en el patio, un par de hojas secas se persiguieron mutuamente entre las losetas rotas. La Suma Sacerdotisa frunció los labios al mirar de arriba abajo a su díscola hija. Shev y Javre llevaban huyendo catorce años, y en aquel momento se encontraban ante las dos personas que habían dirigido la persecución. Después de tanto tiempo, llegaba el momento del anticlímax.

–Tienes un aspecto como…

–¿Una mierda? –aventuró Javre.

–Hubiera debido ser más diplomática.

–Me temo que el tiempo de la diplomacia ya pasó para las dos, madre.

–Pues, entonces, que valga lo de la *mierda*. Jamás hubo una mujer que recibiera más bendiciones de la Diosa que tú. Me aflige sobremanera ver que tratas con tan poco respeto los dones que te dio. ¿Realmente huiste de mí… por esto?

–Hui para elegir mi propio camino.

–¿Y elegiste revolcarte en tu propia inmundicia? –La madre de Javre sacudía lentamente la cabeza.

–El hecho de tener asesinos que le persiguen a una a todas horas limita bastante las opciones –terció Shev.

Sintió la mano de Carcolf encima del hombro, llevándola lentamente hacia la zona en penumbra. La apartó para acercarse a Javre. Si había que morir, ahí era donde quería hacerlo.

–¿Quién es esta persona? –Los ojos muy azules de la Suma Sacerdotisa acababan de posarse en ella.

Javre se irguió todo lo alta que era, sacando pecho, y puso una mano sobre los hombros de Shev, diciendo:

–Es Shevedieh, la ladrona más notoria de Estiria.

Aunque Shev tuviese dos palmos menos de estatura que ella, y su capacidad torácica fuese la cuarta parte de la suya, se puso muy tiesa y sacó todo el pecho que tenía, añadiendo:

–Y estoy orgullosa de ser la secuaz de Javre.

–La compañera –rectificó Javre, apartándola suavemente hacia atrás–. Quiero que la dejes fuera de esto.

Los ojos de la Suma Sacerdotisa fueron al encuentro de su hija.

–Lo creas o no, y a pesar de toda la sangre inútilmente derramada entre nosotras, nunca tuve la intención de hacer daño a nadie.

Javre estiró el pescuezo a uno y otro lado y llevó su mano vendada a la empuñadura

envuelta en harapos de su espada.

–Te repetiré lo que les dije a Hanama, a Birke, a Weylen, a Golyn y a todas tus demás perras falderas. No seré esclava de nadie. Ni siquiera de ti. –Entornó la mirada–. Especialmente de ti. Antes morir que volver contigo.

–Lo sé. –La madre de Javre hinchó los carrillos como Javre solía hacer cuando ella y Shev mantenían sus interminables discusiones teológicas–. Si los últimos catorce años me han enseñado algo, ha sido eso. Incluso de niña eras incorregiblemente testaruda. Todos mis esfuerzos para hacer que te doblegaras mediante sonrisas, súplicas, amenazas, golpes y finalmente con espadas, sólo consiguieron templarte. Hay ciertos patrones en esta vida que, por más que lo intentemos, nunca podremos evitar repetirlos.

Shev tenía que darle la razón en eso. Allí estaba ella, superada en número y enfrentándose a la muerte una vez más. ¿Cuántas malditas veces le había pasado lo mismo? Levantó una mano con mucho teatro, como si quisiera mirarse las uñas, y deslizó la otra hasta el vial que guardaba en el cinturón. Con un lanzamiento afortunado podría mandar a dos de las Templarias a aquella vida futura que tanto las atraía, y quizá hundir también una de las torres. Una nota espectacular como broche final, aunque no fuera más que eso…

–La Diosa nos enseña que debemos abrazarnos. –La Suma Sacerdotisa miró a Shev–. Puedes dejar ese vial, hija mía. He decidido un destino diferente para tu compañera. Necesito una cosa.

–Jamás dejaste de obtener lo que querías –dijo Javre, lanzando una risotada.

–Es que no es fácil de obtener. La tiene… –la madre de Javre torció la boca como si le supiese amarga– un mago. Un mago del Tiempo Antiguo.

Shev se acercó a Javre para decirle:

–No me gusta nada como suena…

–Sshh –dijo Javre.

–Consígueme eso, Javre, y serás libre. Las guardianas de mi templo y yo dejaremos de perseguirte.

–¿Y ya está? –preguntó Javre.

–Sí.

Shev la agarró por uno de sus enormes brazos desnudos.

–¡Javre! ¡No sabemos de qué cosa se trata, ni dónde se encuentra!, y de veras que no me gusta como suena eso de «un mago del Tiempo Antiguo»…

–Shevedieh –Javre le dio una palmadita en la mano y apartó con suavidad los dedos con los que le agarraba el brazo–, cuando sólo queda una opción, no tiene ningún sentido retrasarlo. Acepto.

–Muy bien. –Shev miró a Carcolf y emitió un suspiro tan largo como quejumbroso y estremecido que le hundió el pecho–. Pues supongo que iremos a robarle una cosa al mago.

–¿Tú y yo, codo con codo? –Cuando Javre la miró desde arriba, le pareció distinguir un asomo de sonrisa en una de las comisuras de su boca.

–Supongo que es lo que suelen hacer los socios. Tú peleas y yo me quejo.

–Como siempre.

–¿Cómo, si no?

–Aprecio el ofrecimiento, Shevedieh. –La sonrisa de Javre se hizo un poco más pronunciada–. Significa… más de lo que puedes imaginarte. Pero te has ganado el derecho a algo mejor. Algunas cosas tiene que hacerlas una sola.

–Javre…

–Si muero ahogada en alguna ciénaga, o atravesada por algún guardián, o achicharrada por las artes de algún mago, me consolará saber que mi compañera podrá vivir hasta envejecer y marchitarse, siempre contando las exageradas historias de las emocionantes aventuras que ambas vivimos juntas.

Shev parpadeó. Qué extraño que apenas un día antes sólo pudiera pensar en lo mal que lo había pasado. Las mil ofensas, el millón de discusiones, las noches transcurridas encima del suelo empedrado. Ahora le llegaba de golpe todo lo bueno, y la abrumaba. Las risas, las canciones, el saber que siempre estaba allí, que alguien vigilaba siempre su espalda. Intentó sonreír, pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Fue algo especial, ¿verdad?

–Lo fue –respondió Javre, echando una mirada a Carcolf–. Cuida de ella.

–Lo intentaré –dijo Carcolf, tragando saliva.

–Si no lo haces, no habrá ningún lugar en el Círculo del Mundo donde puedas estar a salvo de mí –dijo Javre, poniendo una vez más aquella mano grande, pesada y reconfortante sobre un hombro de Shev–. Que te vaya muy bien, amiga mía. –Y se volvió hacia su madre.

–A ti también –susurró Shev, secándose los ojos.

Carcolf la tomó gentilmente de los hombros y la atrajo hacia sí.

–Nos vamos a casa.

–¡Deberías hablar conmigo! –dijo Horald–. Siempre hay trabajo para la mejor ladrona de…

–Anda y que te jodan, Horald –dijo Shev.

Cuando regresaron a su casa, ésta seguía destruida.

–No se ha roto nada que no pueda ser reparado. –Carcolf puso derecha la estropeada mesa de Shev y apartó unos cuantos trozos de yeso con la palma de una mano–. Todo quedará bien enseguida. Conozco a gente.

–Parece que a todo el mundo –musitó Shev de manera distraída mientras tiraba la bolsa al suelo.

–Haremos un viaje. Solas, las dos. Un cambio de escena. –Carcolf apenas había dejado de hablar desde que abandonaran la Isla de las Carpas. Como si le preocupara lo que Shev pudiese decir en cuanto ella hiciera una pausa–. Quizá a Jacra. ¿Qué tal a las Mil Islas? Yo nunca he estado. Siempre decías que las Islas eran preciosas.

–Eso decía Javre.

Carcolf hizo una pausa y luego prosiguió como si quisiera ignorar aquel nombre.

–Cuando volvamos, todo estará mucho mejor. Ya lo verás. Déjame que me cambie. Y luego salimos. Para tener algo de diversión.

–Diversión. –Shev se dejó caer en la única silla intacta. Era ella la que necesitaba cambiarse, pero no tenía ganas. Apenas podía tenerse en pie.

–¿Te acuerdas de lo que es?

–Quizá si me ayudas… –Shev hizo una mueca a regañadientes.

–Pues claro que sí. –Calcolf sonreía–. Mi segundo nombre es «Diversión».

–¿Sí? O sea, que sólo me he perdido tu primer nombre.

–¿Y cómo podría ser yo una belleza misteriosa si no tuviera misterios? –dijo Carcolf, interpretando a la perfección el papel de belleza misteriosa y mirando por encima del hombro al cerrar la puerta del dormitorio.

A causa del dolor que le producía la magulladura del costado, Shev se estremeció al quitarse la chaqueta, que cayó al suelo entre el estrépito metálico de los adminículos que

guardaba en su interior, y una bomba de humo salió rodando entre todo aquel desorden. Shev se encogió de repente, los codos en las rodillas, las manos debajo de la barbilla.

Javre estaba fuera de su vida. Y Carcolf dentro. Estaba en paz con Horald el Dedo. ¿Acaso no tenía todo lo que había estado buscando?

Pero, si así era, ¿por qué se sentía tan desdichada?

Un golpe suave en la puerta, y Shev alzó la mirada con el ceño fruncido. Otro golpecito. Sacó el come-espadas, lo bajó hacia su costado derecho mientras se levantaba, y con la mano izquierda empujó hasta que la puerta se abrió, pero sólo una rendija.

Había un chico nervioso en el hueco de la escalera, con orejas grandes y un sarpullido alrededor de la boca.

–¿Eres Carcolf? –preguntó, bizqueando por el hueco de la puerta–. Eres más baja de lo que suponía.

–Soy más baja de lo que esperaba ser –le espetó Shev–. Supongo que mi estatura nos decepciona a ambos.

–La decepción forma parte de la vida –dijo el muchacho encogiéndose de hombros y tendiéndole el papel que mantenía doblado entre dos dedos.

–Todo el mundo se cree un puñetero filósofo. –Shev abrió la puerta lo suficiente para cogerlo, la cerró con un hombro y echó la llave. Una carta. En ella, con un renglón torcido, aparecía la palabra. *Carcolf*. En aquella letra había algo que le sonaba. Algo que le llamaba la atención.

La dejó encima de la mesa llena de arañazos y la miró, preocupada, en el preciso momento en que Carcolf comenzaba a cantar en el dormitorio. Diablos, si además cantaba muy bien.

Si quieres ser una persona nueva y empezar una nueva vida, mejor que la que llevabas, tendrás que dejar atrás a la persona que eres y cambiar de piel como una serpiente. En vez de atesorar ofensas y congojas, como el avaro que colecciona monedas, tendrás que abandonarlas, y no te importará ser libre. Tendrás que perdonar y confiar, no porque alguien se lo merezca, sino porque tú misma te lo mereces.

Respiró hondo y le dio la espalda a la carta.

Entonces, pensándoselo mejor, se volvió, la cogió y la abrió con el come-espadas.

Nadie cambia tanto. Y menos de repente.

A medida que iba leyendo, reconoció la letra. La misma que aparecía en aquel documento donde Horald el Dedo puso su marca. En la nota que dejaron en su casa después de destrozarla. La nota por la que Javre y ella acudieron al Fuerte de Burroia.

Carcolf, mi vieja amiga:

Sólo quería darte otra vez las gracias por ayudarme. Nadie es capaz de urdir una historia como tú. Ha sido un placer verte en acción, como siempre. Si vuelves a pasar por Westport, tendré más trabajo para ti, y bien pagado. Siempre tengo cosas que llevar a algún sitio.

Espero que en Talins todo saliera bien con mi padre. Te juro que eres la única mujer a la que tiene en más alta estima que a mí.

Cuídate,

Leanda

Shev había ido abriendo los ojos cada vez más a medida que leía, y los engranajes de su mente giraban al triple de la velocidad usual.

Leanda. La hija tan competente de Horald que gestiona los asuntos en Westport.

Mi vieja amiga. Carcolf puede conocer a todo el mundo, pero eso indica cierta relación, mayor de lo que aparenta.

Espero que en Talins todo saliera bien con mi padre. Shev alzó la vista y vio que Carcolf estaba en ropa interior junto al umbral de la habitación. Una visión por la que antaño habría sido capaz de recorrer a nado varios océanos. En aquellos momentos apenas suponía nada para ella.

La mirada de Carcolf fue del afligido rostro de Shev a la carta y devuelta a Shev; y, entonces, para tranquilizarla, alzó lentamente la palma de una mano, como si Shev fuera un poni asustadizo que pudiera sobresaltarse por cualquier movimiento brusco.

–Ahora, escúchame. Esto no es lo que parece.

–¿No? –Muy despacio, Shev le dio una vuelta a la carta–. ¡Pues lo que parece es que tienes muy buenas relaciones con Horald y su familia, y que todo ese maldito asunto fue idea tuya!

Carcolf esbozó una mueca de culpa. Como la del niño pillado con churretes de mermelada alrededor de la boca.

–Entonces, quizá… sea lo que parece.

Shev se quedó de piedra. De nuevo. El viejo violinista que tocaba en la plaza escogió ese momento para destrozar una pequeña pieza muy triste, pero Shev no tuvo ganas de reír, ni mucho menos de bailar. Le pareció un acompañamiento muy apropiado para el momento en que se hundían en sus patéticos autoengaños. Dios, ¿por qué se empeñaba en pedir a la gente cosas que sabía que nunca podrían darle? ¿Por qué se empeñaba en cometer los mismos errores una y otra vez? ¿Por qué se dejaba engañar con tanta facilidad una y otra vez?

Pues porque quería que la engañaran.

Hay que ser realista, como solía decir el viejo norteño que vivía en aquella granja cerca de Tratojusto. Ser realista. Y ella se apoyaba en la valla con una brizna de hierba entre los dientes y asentía sabiamente. Años después, a pesar de todo lo que había visto y por lo que había pasado, seguía siendo la necia menos realista del Círculo del Mundo.

–Mira, Shevedieh… –la voz de Carcolf era clara, tranquila y razonable, como la del político que explica a la nación sus grandes proyectos–, comprendo que puedas sentirte… un *poquito* engañada.

–¿Un *poquito*? –dijo Shev levantando la voz, porque no daba crédito a lo que estaba oyendo.

–Yo sólo quería… –Carcolf bajó la mirada, empujando con la puntera de una bota una cucharilla de té doblada y mirando tímidamente bajo sus pestañas, tratando de parecer inocente como una novia– saber si te *preocupabas* de mí.

–¿Así que… sólo fue una maldita *prueba*? –Shev abrió los ojos aún más. Como si se le fueran a salir de las órbitas.

–¡No! Bueno, sí. Quería saber si podríamos tener algo… que pudiese *durar*, eso es todo. ¡Y no salió mal!

–¿Cómo puedes decir que salió *bien*?

–¡Porque la pasaste! ¡La pasaste de sobra! –Carcolf se le acercó sin hacer ruido. Como sólo ella sabía. Dios, qué manera de andar–. Viniste por mí. Nunca pensé que lo harías. Mi héroe, ¿eh? No, mi heroína. Bueno, lo que sea.

–¡Hubieras podido preguntármelo!

Carcolf descompuso el gesto cuando estuvo más cerca de ella.

–Bueno… ya sabes… la gente dice en la cama cosas que luego no resisten la luz del

día…

–¡Ahora comienzo a darme cuenta de una maldita vez!

Carcolf frunció un poco el ceño. Una madre impaciente, frustrada por el hecho de que la rabieta de su hija no amaina.

–Mira, sé que ha sido una noche muy dura para las dos, pero ha terminado bien. Ahora estás en paz con Horald, lo mismo que yo, y podemos…

–¿A qué te refieres con eso de que tú también estás en paz con Horald? –Shev acababa de sentir un calambre en el estómago.

–Bueno… –El asomo de contrariedad en el rostro de Carcolf indicaba que se le había escapado algo, pero comenzó a batir las palmas como un mago de circo que intenta que nadie vea su truco–. Yo tenía una pequeña deuda y él tenía otra deuda con la Suma Sacerdotisa, así que, ya sabes, favor por favor, pudimos ayudarnos recíprocamente. Así lo hacemos en Estiria, ¿no lo sabías? Pero ésa no era la cuestión.

–¿Así que vendiste a mi amiga para saldar tu deuda?

Si Shev estaba esperando que Carcolf se arrugara avergonzada como un odre agujereado, no lo consiguió.

–¡Javre es una amenaza! –Carcolf se acercó aún más, agitando un dedo ante ella–. ¡Mientras estuviera aquí, la habrías seguido en sus locuras, como siempre has hecho! Tenías que librarte de ella. *Teníamos* que librarte de ella. ¡Fue lo que me dijiste en esta misma habitación!

–¡Pero no me refería a eso! –Shev se estremeció–. Me refería, sí, me refería a eso, pero… no de esa manera…

–¿Y de qué otra manera entonces? –preguntó Carcolf–. Nunca ibas a hacerlo. Ahora lo sabes. Entonces lo sabías. Por eso lo dijiste. Tuve que hacerlo por ti.

–¿Así que… me has hecho un favor?

–Eso creo. –Carcolf se le acercó más. Convincente, humilde, como el comerciante que presenta una oferta inmejorable–. Y pienso que… cuando hayas tenido tiempo para pensarlo… tú también lo creerás.

Sonreía mirando hacia abajo, más alta que Shev incluso sin los zapatos. Con una sonrisa encantadora. Punto demostrado. Argumento ganado.

Tomó aquel silencio horrorizado por un signo de asentimiento. Entonces dio un paso y tomó el rostro de Shev entre sus manos. La amante sensible, cuya única alegría consiste en la felicidad de su pareja.

–Sólo nosotras –susurró, acercándose más–. Mejor que nunca.

Carcolf le chupó a Shev el labio superior. Y luego le mordió el inferior, tirando hacia atrás, casi haciéndole daño, para soltarlo con un leve sonido. La cabeza de Shev estaba llena de aquel aroma que había dejado de parecerle dulce. Era amargo. Vulgar. Enfermizo.

–Déjame que me vista y saldremos a divertirnos.

–Tu segundo nombre es «Diversión» –musitó Shev, con ganas de apartarla. De apartarla, pero no sin darle antes un puñetazo.

A Shev no le gustaba demasiado ser honesta consigo misma. ¿A quién le gusta? Pero si aceptaba al menos durante un momento el dolor que implicaba serlo, entonces vería que lo que le dolía no era realmente la traición de Carcolf. No puedes meter en la cama una serpiente y después quejarte de que te ha picado. Era que se había dado cuenta de que tras aquella sonrisa afectada de Carcolf no había ningún secreto. Sólo había otra máscara, y luego otra más. Cualquier papel que le conviniera interpretar. Lo que le permitiera obtener

lo que quería. Si Carcolf escondía algo debajo, era duro y reluciente como el pedernal.

Su primer nombre era inexistente.

Pocas horas antes, Shev había estado dispuesta a matar por ella. Y a morir por ella. En aquellos momentos no sentía amor ni lujuria, ni siquiera cólera. Sólo tristeza. Se sentía triste, herida y tan, tan decepcionada.

Se obligó a sonreír.

–De acuerdo. –Se obligó a acariciar la mejilla de Carcolf, pasándole una hebra de cabello dorado por detrás de la oreja–. Te has vestido. Pero te prometo que no será por mucho tiempo.

–Oh, las promesas me ponen nerviosa. –Con el extremo de un dedo, Carcolf rozó la punta de la nariz de Shev mientras se alejaba–. Nunca he sabido cuándo confiar en ellas.

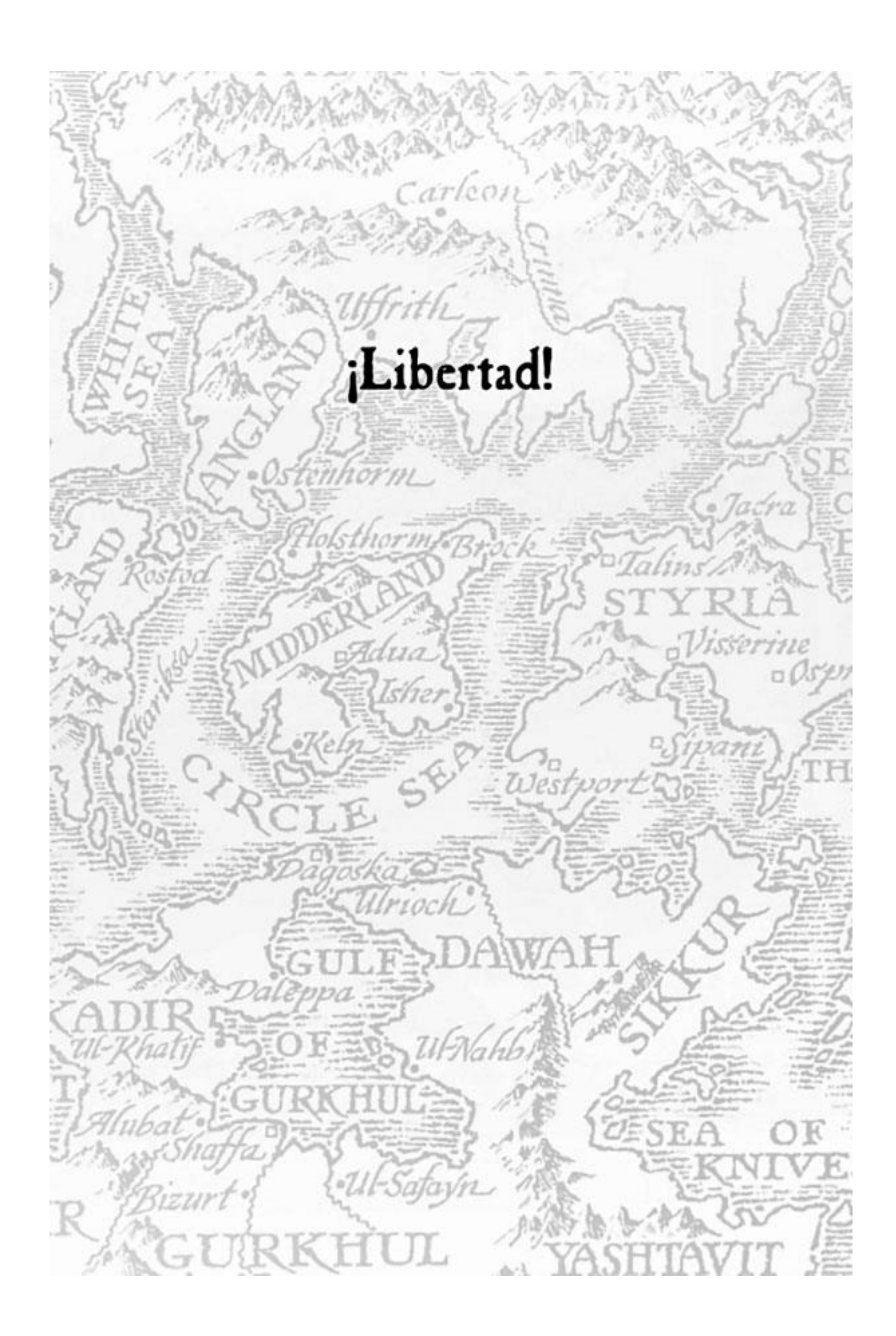
–Tú eres la que miente para vivir. Yo me limito a robar.

–Muy cierto. –Carcolf le devolvió la sonrisa desde la puerta del dormitorio, tan bella y tranquila como siempre.

En cuanto desapareció, Shev recogió su bolsa y salió.

Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta.

¡Libertad!



Carleon
Uffrith
WHITE SEA
ANGLAND
Ostenhorm
Jacra
Holsthorm
Brock
Rostod
Talins
STYRIA
MIDDERLAND
Adua
Visserine
Isher
Stariksa
Keln
Sipani
CIRCLE SEA
Westport
Dagoska
Ulrioch
GULF
DAWAH
SIKKUR
Daleppa
Ul-Khatif
OF
Ul-Nahb
GURKHUL
Alubat
Shaffa
SEA OF
Ul-Safayn
Bizurt
GURKHUL
YASHTAVIT

Nota de la Editorial

El presente fragmento se encontró doblado, manchado y extremadamente deteriorado dentro del agujero de la suela de una de las botas de Spillion Sworbreck, el célebre biógrafo, epicúreo y poeta fallecido a la edad de noventa y cinco años, cuya bibliografía posee unas dimensiones inabordables, aunque sea más conocido por La vida de Dab Sweet, el Azote de la Frontera Salvaje, *una biografía en dieciocho volúmenes, y por* La Gran Duquesa de la Villanía, *una reinterpretación en clave romántica de la carrera de Monzcarro Murcatto, escrita en versos épicos.*

¿Realidad? ¿Fantasía? ¿Sátira? Aunque los orígenes y propósito del escrito sigan siendo un completo misterio, ahora se publica por primera vez junto con su peculiar nota al pie, escrita con una caligrafía diferente a la del autor, florida y claramente angulosa. ¿La observación de un lector? ¿La opinión de un crítico? ¿El veredicto de un editor? Sólo usted, querido lector, podrá juzgarlo…

Esto es la narración absolutamente fidedigna de cómo la ciudad de Averstock fue liberada de la garra de la incorregible amenaza rebelde gracias a la Compañía de la Graciosa Mano, mandada por el famoso Nicomo Cosca, la cual ha sido escrita por la pluma de vuestro humilde servidor Spillion Sworbreck.

Averstock, verano de 590

¿Qué podrá escribir mi indigna pluma al respecto de aquel gran corazón, de aquel buen amigo, de aquella magnífica presencia, de aquel explorador impávido, orgulloso estadista, incomparable espadachín, amante consumado, capitán de barco ocasional, escultor *amateur* de renombre, célebre entendido, campeón de natación en las distancias cortas y poeta-guerrero, el famoso soldado de fortuna Nicomo Cosca?

Era un hombre muy dotado, con extraordinarias capacidades tanto mentales como físicas, la mente aguda y la celeridad en la acción que caracterizan al zorro, pero también una sensibilidad y una piedad que habría envidiado la más gentil de las palomas. Era un amigo entregado, raudo en el reír y generoso ante la falta, pero también un enemigo implacable, amado y temido por igual a lo largo y ancho del Círculo del Mundo, ninguna de cuyas numerosas tierras le era desconocida. A pesar que de las grandes proezas que llevaba a sus espaldas hubieran podido ocupar cinco vidas célebres, no mostraba asomo alguno de arrogancia ni de vanidad, siempre se desafiaba a sí mismo para hacer las cosas mejor, para llegar más lejos, para apuntar más alto y, aunque su conducta a lo largo de docenas de campañas victoriosas, hubiese sido, por lo general, impecable, muy frecuentemente se sentía turbado por lo que llamaba los remordimientos y las decepciones del pasado. Como en cierta ocasión, con una tristeza sin límites estampada en su noble rostro, confesó a este indigno cronista: *Los remordimientos son los costes del negocio*.

Aunque, por el tiempo en que tuve la fortuna de conocerlo, se iba acercando a la edad de sesenta años, no mostraba signos de enfermedad. Toda una vida en la montura, respirando el aire puro y entregado a una existencia libre de malos hábitos, le hacía parecer no mayor que un hombre atlético y robusto de treinta y siete años, con una mata de pelo negro tan lustrosa como el ala de un cuervo que habría hecho sentirse orgulloso a cualquier muchacho de dieciséis años. Según los informes de las mujeres, a quienes –¡gentiles criaturas!– habremos de considerar mejores jueces en esos asuntos que vuestro humilde servidor, poseía un rostro tremendamente hermoso y una figura armoniosa cuya potencia y fuerza muscular no se vieron afectadas en nada por el paso de los años. Bebía, pero sólo lo hacía muy de tarde en tarde y siempre con la más estricta moderación, pues en el transcurso de su larga carrera había visto las espantosas depravaciones a que los soldados ebrios solían someter a la inocente población, al punto de decirme en cierta ocasión: *Ningún demonio es más peligroso para el soldado que el que vive dentro de una botella.*

El momento en que transcurre lo que me dispongo a relatar, y que ilustra a la perfección el carácter del hombre, es aquel en que Nicomo Cosca y su Compañía de la Graciosa Mano acaban de ser contratados por el Superior Pike, ese célebre servidor de Su Augusta Majestad, para acabar con los jefes juramentados de la vil rebelión acaecida en Starikland, que culminó con la terrorífica masacre de Rostov. A tan justo fin, la Compañía, cuyos efectivos ascendían a la cifra de unas quinientas almas de las más valientes, prestó juramento de fidelidad, comprometiéndose a vencer o a morir en el intento. ¿Es posible que conozcan alguna narración espeluznante acerca de la deslealtad de los mercenarios? ¡Pues deséchenla de sus recuerdos, queridos lectores, al menos en lo que concierna a la feliz hermandad presidida por el famoso Nicomo Cosca! Porque aquellos hombres, aunque nacidos bajo cielos muy diversos, que hablaban lenguas muy diversas, de noble cuna y de humilde origen, de cerca y de lejos, y que representaban todos los colores y credos que uno puede encontrarse en el Círculo del Mundo, eran tan fieles y leales entre sí, y con quienes los contrataban, como cualquier banda de compatriotas estrechamente unidos. En cuanto su

notario preparó un documento de contrato y el noble Cosca lo rubricó con su florida firma, los soldados, de común acuerdo, dejaron a un lado cualesquiera otras consideraciones y se sintieron tan comprometidos con su misión como los Caballeros de la Guardia con la defensa de la regia persona de Su Augusta Majestad, y ni súplica ni tesoro escondido, ni tierra ni título, ni recompensa terrenal ni divina que se les ofrecieran podrían ya persuadirlos de incumplir lo que habían prometido.

La ciudad de Averstock era uno de aquellos asentamientos de colonos que, a la manera de la semilla que arraiga en terreno pedregoso, florecía por entonces en las Tierras Cercanas sin ley, próximas a la civilizada frontera de la Unión. Había sido construida con madera de buena calidad y, aunque sencilla y sin ornamentos, se encontraba estratégicamente situada; limpia y ordenada, era agradable a la vista y se hallaba rodeada por una robusta empalizada, levantada por las buenas gentes que habitaban en ella como protección contra los temidos Fantasmas que durante los años anteriores habían cometido terribles carnicerías en las personas de los indefensos colonos.

Fue en aquel pacífico asentamiento, antaño tan placentero, donde Cosca posó su mirada penetrante, y su viril entrecejo quedó fruncido por la profunda preocupación y el ultraje que sintió al verlo.

–Los rebeldes están en la ciudad, y al menos son cien –dijo el capitán Dimbik, bajando de un salto de su sudoroso caballo de batalla, de suerte que sus rizos dorados bailotearon sobre sus anchos hombros. Había sido oficial de la Guardia del Rey, y tan ligado estaba a la aventura que cuando se firmó la paz con el feroz Norteño dimitió al instante para buscar nuevos peligros en aquel Oeste aún inexplorado–. Merced a una sucia traición han tomado a los habitantes como rehenes, y a cada hora someten a las personas inocentes a todo tipo de ultrajes, amenazando con matar a las mujeres y a los niños indefensos en el caso de que algún varón intente liberar al asentamiento de su tiranía.

–¿Son hombres o monstruos? –preguntó el capitán Brachio, un caballero estirio muy cultivado y de altísima cuna, esbelto y bien formado, que lucía una antigua herida bajo un ojo, lo que añadía cierto contrapunto de tosquedad a su noble semblante.

–¡Tendré que bajar yo mismo en persona, malditos sean! –Los lustrosos mostachos de Cosca temblaron de noble indignación cuando su brillante mirada dirigió su peligroso fuego hacia el asentamiento infestado–. Para negociar la liberación de los rehenes. No puedo permitir la menor posibilidad de fracaso. Si algún inocente, hombre, mujer o menor recibiese algún daño… –y entonces el general derramó una lágrima viril por una de sus nobles mejillas sólo con pensar que los menores pudiesen recibir una herida, es la pura verdad, amigos– mi frágil conciencia no podría sobrellevar su peso. Advertiré a esos rebeldes, con términos que no dejen lugar a dudas, de que…

–¡No! –exclamó el Inquisidor Lorsen, representante de la parte que había contratado al general y encargado de velar por la misión que habría de cumplir aquella valiente Compañía–. Sus contemplaciones a la hora de derramar sangre hablan muy bien de usted, general Cosca, pero no podemos confiar en que los temibles rebeldes acaten las reglas de la guerra. Carecen de ese carácter suyo tan bueno como irreprochable, y no quiero ni oír que usted pueda ponerse en sus manos. Yo, la Unión y, ciertamente, el mundo entero, no podemos permitirnos la pérdida de un servidor tan útil como usted, tal y como lo ha demostrado y aún sigue demostrándolo día tras día. Tiene una compañía de hombres justos y audaces, ávidos por cumplir sus órdenes, que estarían más que dispuestos, colectiva o individualmente, a arriesgar su vida para salvar la de los indefensos. Dejemos que uno de ellos vaya a cumplir con tan encomiable propósito. Yo, mi señor, el Superior Pike, su

señor, el Archilector, y, ciertamente, *su* señor, Su Augusta Majestad el Supremo Rey de la Unión –en aquel preciso instante, los soldados inclinaron la cabeza como signo de profundo respeto, y eso que no todos habían nacido en aquella gran nación–, lamentaríamos muchísimo, se lo puedo asegurar, que, a pesar de todo el cuidado que pongamos en ello, pudiera perderse una sola vida.

Como consecuencia de tan pormenorizado discurso, los voluntarios dieron un paso al frente para ofrecer sus fuertes brazos al noble proyecto. Cosca volvió a secarse una segunda lágrima viril, tendió los brazos hacia ellos y, diciendo: «¡Muchachos míos! ¡Mis bravos muchachos!», cruzó con fuerza sus fuertes manos sobre su noble pecho como signo de la gratitud que les debía y también de la que debía a los Hados por haberle proporcionado semejantes hombres.

La mirada del gran hombre acababa de posarse en un tal Sufeen, un explorador con larga experiencia que procedía de Kantic, pero alto y de noble presencia; sin duda uno de aquellos que habían preferido abandonar su patria antes que someterse a la tiranía del Emperador de los Gurkos, un hombre que se reía del miedo casi tanto como el propio capitán general.

–Ofrezca a los rebeldes un trato justo si consienten en abandonar su cobarde secuestro y se entregan voluntariamente a la justicia de Su Majestad –dijo el Inquisidor Lorsen.

–Y avíseles de que descargaré mi ira sobre ellos si a los rehenes les tocan un solo pelo de la cabeza –añadió Cosca–. Haga esto por mí, Sufeen, y será recompensado.

–Señor, su respeto es toda la recompensa que deseo –respondió el explorador, y ambos se abrazaron. Llevando consigo al notario de la Compañía para preparar los términos de la rendición de los rebeldes, el valiente Sufeen comenzó el largo y solitario camino colina abajo que, entre la crecida hierba, le llevó hasta el bastión del enemigo; después de ser admitido, las altas puertas del asentamiento se cerraron a cal y canto tras él, como todos pudimos ver.

Un silencio inquietante reinó mientras la Compañía aguardaba el resultado de las negociaciones de Sufeen, encontrándose, a pesar de la esperanza en un desenlace feliz, completamente preparada para la sangrienta alternativa. El tiempo transcurrió dominado por una tensión que este abyecto reportero nunca antes había sentido. Y aunque el viento siguiera susurrando entre los árboles y acariciase la hierba, y los despreocupados pájaros aún desgranasen sus cánticos matutinos desde las ramas, era evidente que la ansiedad más extrema dominaba a todos los presentes.

¡A todos menos a uno!

–¡Ah, ya llega el momento que precede a la batalla! –comentó Cosca, postrado entre la larga hierba desde la que se dominaba la ciudad como el león que aguarda el momento de saltar, los ojos brillantes y los grandes puños cerrados con fuerza, como anticipándose al trabajo que estaba por llegar–. ¡La deliciosa calma antes de la tormenta de acero! Quizá nadie debería dedicarse a asuntos tan sangrientos como los nuestros, pero, ¡ay, la excitación! ¡Siempre hace que me estremezca hasta los tuétanos! ¿A usted no, Sworbreck?

Llegados a esta coyuntura, su humilde servidor debe confesar una pizca de reticencia, por otra parte comprensible, que le llevó a contestar con una negación. A fin de cuentas, yo no tenía la larga experiencia ni la consumada destreza con las armas ni la natural inmunidad al miedo que el capitán general poseía en grado sumo. A fin de cuentas, él era Nicomo Cosca. ¡Y él se reía en la cara del miedo!

Pero de aquellos labios bien formados no escapó risa alguna.

–Algo anda mal –murmuró cuando el tiempo se dilataba demasiado, y los hombres se prepararon de inmediato para la acción. Por su larga experiencia, sabían que Nicomo Cosca poseía un sentido especial, casi mágico, para detectar el peligro, un sexto sentido, si así quieren llamarlo, más allá de los que tenemos la gente corriente. Pero no puedo decir si se trataba de algo aprendido durante sus largas y dolorosas adversidades o de un talento innato, por más que este humilde cronista haya constatado cómo lo aplicaba en numerosas ocasiones y siempre de manera eficaz.

Poniéndose de pie con la agilidad de un acróbata, y saltando un instante después a su silla sobredorada (un regalo, por lo que había oído, de la Gran Duquesa Sefeline de Ospria tras la gran victoria ganada para ella en la Batalla de las Islas), el capitán general exclamó, con voz tonante:

–¡A las armas!

En un abrir y cerrar de ojos, varias docenas de hombres montaron para ir colina abajo hacia Averstock, y sus gritos guerreros, profundos y apasionados, resonaron en el pintoresco valle. En aquel mismo instante, gracias a la señal enviada mediante un espejo, se ordenó a otro destacamento, cuyos efectivos se habían camuflado entre los árboles situados al otro lado del asentamiento, comenzar el ataque de manera simultánea, para que ningún rebelde pusiera escapar de tan mortífera pinza. En el combate, la Compañía funcionaba con la suavidad, precisión y exactitud de un valioso reloj, siendo Cosca el relojero jefe, y cada uno de sus quinientos hombres las piezas que cumplían en aquella gran maquinaria la labor que les correspondía.

¿Cuántos latidos tardaron aquellos raudos caballos en llegar a la empalizada de la ciudad? ¡No puedo decir categóricamente cuántos, pero seguro que fueron muy pocos! ¿Cuántos más tardaron los impávidos hombres de la Compañía en caer sobre las defensas como una ola y aplastar la cobarde resistencia que les salió al paso? ¡Pues unos pocos más! Por varios motivos, no entraré muy a fondo en los sórdidos detalles del combate que sobrevino. El primero de ellos, porque su humilde servidor, temiendo por su propia vida, fue apartado de los lugares donde el combate era más arduo. El segundo, para no herir la delicada sensibilidad de mi público femenino. Y el tercero, porque la descripción, golpe tras golpe, de aquellos actos propios de animales desagradaría al lector cultivado.

Permítanme simplemente indicar que observé al capitán general durante el combate y señalar que, aunque se comportara como un gatito en compañía de sus amigos, ¡era un tigre en presencia de sus enemigos! ¡Jamás había visto antes una destreza tan maravillosa como la suya al lanzar un cuchillo, ni una familiaridad tan grande y letal al manejar una espada! ¡En cierto momento, este cronista vio con sus propios ojos el notable espectáculo que Cosca ofreció al matar a dos enemigos con un solo golpe de su relampagueante espada! ¿Primero alcanzó a uno y luego al otro? ¡No! ¿Los empaló? ¡No! Más bien diría que los atravesó como si emplease un pincho, como si aquellos enemigos fueran dos trozos de carne que se retorcieran en uno de los espetones empleados por los gurkos. El borboteo de la sangre lavó las arenillas que el viento arrastraba por la calle y las entrañas palpitantes de los rebeldes quedaron expuestas a la luz del día, entre chillidos capaces de helar la sangre y de gemidos femeniles que pedían la merced que no se concedió. Desenrollaron sus intestinos, perforaron sus ojos, rociaron sus sesos por encima de los muros cubiertos con zarzas del asentamiento para que se los comieran las moscas. ¡Gruesos cadáveres quedaron partidos en dos por el implacable acero, divulgando sobre el polvo su cargamento bermellón de menudillos que aún seguían retorciéndose! ¡Oh, así es la desagradable verdad de la guerra ante cuya cruda descripción nosotros, los civilizados, no debemos retroceder!

–¡Hay que proteger a la población! –exclamó el capitán Jubair, venciendo el fragor del combate. Por más que, al haber nacido en Gurkhul, mostrase las supersticiones propias de su gente, de Cosca había aprendido aquellos conceptos de piedad y de respeto por el débil que eran completamente extraños a su raza morena. Y por más que la mayoría de las veces se comportase como un gigante amable, la ira de su mente sencilla se inflamaba al máximo ante la sola posibilidad de que alguien pudiera hacer daño al desamparado; por eso, en aquellos momentos combatía como un elefante rabioso.

Aunque a este cronista le pareciera una eternidad, la justa ferocidad de la Compañía en el combate fue tal que éste finalizó en pocos minutos de salvajismo extremo, durante los cuales los rebeldes fueron completamente derrotados y pasados a cuchillo, sin que la Compañía (¡oh, qué suerte tan afortunada y cómo el hado la ayudó en su causa!) tuviese un solo herido. Cosca fue tan rápido en aplicar su justo castigo a aquella vil chusma –como la tormenta, ya madura, al golpear la tierra con el cegador relámpago– que no les dio tiempo a cumplir en las personas de los lugareños la masacre que habían prometido, de suerte que todos y cada uno de los preciados rehenes fue liberado, pasando con una sonrisa del cautiverio a encontrarse rodeados por sus lacrimosas familias.

Pero hubo un momento de peligro cuando, ya ardiente por completo la sangre de los soldados, se pensó en la posibilidad de que algunos de ellos, por mansos como corderos que pudieran mostrarse en circunstancias más amables, pudieran olvidarse de sí mismos y sentirse proclives al saqueo. Por eso mismo, Cosca, saltando encima de un carro y abriendo los brazos, los invitó a la calma con tan armonioso tono y tan gentiles palabras, que su Compañía quedó instantáneamente bajo su control y regresó a la disciplina propia de las personas civilizadas.

–¡Antes de que esta buena gente pierda parte de sus propiedades –así los exhortaba aquel admirable general– prefiero pasar hambre, porque en el futuro ellos mismos se considerarán súbditos de Su Augusta Majestad el Rey de la Unión!

Y todos los de la Compañía lanzaron un emocionado vítor como si fueran un solo hombre. Uno de sus humildes miembros, abrumado por la culpa, devolvió los huevos de una puesta a la buena mujer de quien era el gallinero, musitando sus más sentidas disculpas y derramando lágrimas que mostraban su más profundo pesar, pero ella le rogó que se los quedara y, además, suplicó a los agradecidos y hambrientos hombres de la Compañía que se llevaran todos los huevos que tenía; y, más conmovida aún, juntó sus débiles manos y dio las gracias al Rey y a su fiel y diligente siervo, su Eminencia el Archilector, por liberarles a ella y a sus vecinos de la tiranía y de las infames depredaciones de los temibles rebeldes.

En ese momento, y vuestro humilde servidor debe admitir que acaba de enjugarse una lágrima sólo con recordarlo, el cadáver del noble Sufeen fue encontrado entre los demás. Sus camaradas, con numerosas expresiones de viril aflicción al recordar sus grandes cualidades, derramaron un río de lágrimas. Y Nicomo Cosca, que siempre era el primero en todo lo que acometía, lloró más que nadie.

–¡Oh, buen Sufeen! –El general se golpeaba el ensangrentado peto–. ¡Oh, qué gran corazón y cuán dignísimo amigo! ¡El dolor de este sacrificio pesará sobre mí hasta el día de mi muerte!

El bravo explorador había luchado como un campeón, rodeado por enemigos cobardes que se habían arrojado sobre él a pesar de llevar una bandera de tregua, acabando con más de una docena de sucios rebeldes antes de morir. Un saquito de monedas antiguas fue hallado cerca de su cuerpo mutilado, para ser entregado al instante al capitán general.

–Sargento Amistoso, prepare un inventario de las monedas –ordenó Cosca.

–Las contaré –dijo el fiel guardaespaldas de Cosca, asintiendo con la cabeza.

–¡Las repartiremos según nuestra Regla de los Cuartos! ¡Una cuarta parte será distribuida a los hombres como reconocimiento al trabajo tan valiente que hoy han realizado! ¡Otra la invertiremos en pagar a un escultor lo suficientemente competente como para levantar un monumento imperecedero en honor al valiente Sufeen! ¡La tercera la gastaremos en comprar suministros para la ciudad, y la cuarta se la entregaremos a sus moradores, con objeto de reparar los destrozos causados por los rebeldes y fundar un hospicio para los huérfanos de quienes hayan sufrido martirio por la causa!

Otro emocionado vítor brotó de las gargantas de los mercenarios, pues, aunque muchos fueran de baja cuna, todos ellos tenían un carácter noble, y la bajeza de la avaricia era ajena a su naturaleza generosa, pues el lucro siempre era la menor de sus preocupaciones. Al instante comenzaron los trabajos que debían devolver el asentamiento a la agradable condición que antes tenía, extinguiendo el fuego que los rebeldes habían encendido en su desesperación y reparando los vandálicos daños que los edificios y los espacios públicos habían sufrido durante la ocupación.

Creo haber informado antes de que Cosca era el mejor amigo que uno podía tener, pero también el peor enemigo, e implacable a la hora de castigar a los malvados. No me siento orgulloso, pero tampoco avergonzado, al informar de que las cabezas cortadas de varios de los cabecillas rebeldes quedaron clavadas encima de las puertas de la ciudad como temible advertencia a los demás. Nadie disfrutó en absoluto con tan atroz operación, pero aquel territorio formaba parte de las Tierras Cercanas, muy alejadas de los confines de la civilización y fuera de la jurisdicción de la Unión o incluso de la justicia del Imperio, si es que tal cosa existe en aquella ignorante nación. Bajo la luz de su vasta experiencia, Cosca consideró que unas duras medidas ahorrarían en adelante mucho derramamiento de sangre. Así es la terrible aritmética del arte de la guerra.

–Debemos ser misericordiosos siempre que podamos –dijo el honesto general–. ¡Debemos serlo! –Añadió, golpeando con uno de sus fuertes puños la sólida palma de la otra mano–. Pero, triste es decirlo, no podemos permitirnos el ser demasiado indulgentes. –Miraba aquellas horripilantes advertencias, terriblemente inexpresivas, que ya estaban atrayendo la atención de las aves, clavadas en lo alto de la empalizada de la ciudad–. Cabezas sobre picas –dijo, moviendo la suya–. Qué necesidad tan terrible y lamentable.

–Su paciencia dice mucho de usted, general –comentó el buen Inquisidor Lorsen–. La Inquisición de su Majestad exige que el culpable sea duramente castigado, y el inocente protegido.

Los lugareños suplicaron a Cosca que se quedara y le ofrecieron flores y, como no podía ser de otra manera, oro para que permaneciera a su lado; pero él no aceptó.

–Otras ciudades de las Tierras Cercanas aún sufren el yugo de los rebeldes –dijo–. No puedo tener descanso hasta que la noble misión del Superior Pike sea cumplida y el traidor jefe de los rebeldes, el infame Conthus, llegue encadenado a manos de la Inquisición, para aguardar la justicia del Rey.

–Pero, ¿acaso usted y sus hombres, general Cosca, no pueden permitirse ni una sola noche de asueto? –le preguntó el principal de la ciudad–. ¿Ni siquiera una hora de felicidad? ¿No considera que, tras la triunfante liberación de nuestro humilde burgo, vuestros esfuerzos han podido llegar a su fin, al menos por ahora?

–Gracias –replicó el gran hombre, posando una pesada mano en el hombro de su interlocutor–, pero mi descanso ya dura demasiado. –Y aquel famoso soldado de fortuna,

Nicomo Cosca, retorció entre el pulgar y el índice los extremos encerados del negro bigote del que se sentía tan orgulloso, convirtiéndolos en letales puntas, y dirigió su penetrante mirada hacia el cielo de Poniente–. Si he aprendido algo en los cuarenta años que llevo combatiendo, es que hacer el bien… no tiene fin.

* * *

No está mal, pero esperaba algo mejor. Es rancio. Es blando. Soy partidario del realismo, de narrar los hechos y todo eso, pero, con ese comedimiento suyo no puede esperar que los lectores se queden sin aliento. ¿No le dije que no tenía que ser aburrido?

¡Por piedad, Sworbreck, tiene que emocionar! ¡Más heroísmo, más asombro, más sangre en la acción que estás narrando, que parezca más real que la vida misma! ¡Los rebeldes, más diabólicos, más malvados! ¿Qué tal rescatar a una o dos doncellas? ¡Póngase al tajo! ¡Que tenga un poquito más de color!

Y borre cualquier referencia a ese maldito notario, por favor. ¡Elimine del documento a ese maldito traidor!

Y «capitán general» escríbalo con mayúsculas.

En todas partes cuecen habas



Sipani, primavera de 592

Diantre, cuánto odiaba Sipani.

Las malditas nieblas que no dejaban ver nada, la maldita agua con su chapoteo y el omnipresente olor a podredumbre que producía náuseas. Las malditas fiestas, juergas y mascaradas. Diversión, todos se divertían o, al menos, lo fingían. Lo peor de todo era la maldita gente. Todos, hombres, mujeres y niños, eran unos granujas. Todos eran mentirosos y necios.

Carcolf odiaba Sipani. Pero acababa de volver. Y eso le obligaba a preguntarse si la necia no sería ella.

En la bruma, delante de donde se encontraba, resonó una carcajada que la obligó a guarecerse entre las sombras de un portal y a agarrar con fuerza la empuñadura de su espada. Si los buenos mensajeros no confían en nadie, a Carcolf, que era la mejor, eso ni siquiera se le pasaba por la imaginación, y menos estando en Sipani.

Otro grupo de personas en busca de placer salió de la niebla: un hombre, con una máscara en forma de medialuna, apuntaba con el dedo a una mujer tan ebria que apenas podía caminar con los zapatos de tacón alto que calzaba. Otro movía los encajes de sus puños como si fueran alas; y todos reían como si no hubiera nada más divertido en el mundo que beber hasta caerse. Carcolf levantó los ojos al cielo, consolándose con el pensamiento de que, bajo aquellas máscaras, odiaban todo aquello lo mismo que ella cuando salía a divertirse.

Carcolf, que seguía en el portal, se sobresaltó. Maldición, cuánto necesitaba unas vacaciones. «Diversión» solía ser su segundo nombre. Mira ahora. Se le estaba agriando el carácter. O, en realidad, ya se le había agriado y la cosa iba a peor. Una de esas personas que desprecian a todo el mundo. ¿No se estaría convirtiendo en su puñetero padre?

–Todo menos eso –musitó.

En cuanto la gente que iba de juerga se perdió en la oscuridad de la noche, salió titubeando del portal y comenzó a caminar a buen paso, ni deprisa ni despacio, sin que sus cómodas botas hicieran ruido al pisar el húmedo empedrado, con una capucha en absoluto inusual que le cubría el rostro sin llamar la atención, la mismísima imagen de la persona que sólo quiere ocultarse lo imprescindible. Lo que en Sipani era algo corriente.

En algún punto hacia el oeste, su carruaje acorazado debía de estar recorriendo a buena velocidad caminos más anchos, lanzando chispas con las ruedas al cruzar entre traqueteos algún puente, haciendo que los asombrados espectadores saltaran a un lado mientras el látigo del cochero fustigaba los flancos, llenos de sudor blanquecino, de los caballos, la docena de guardias contratados lo seguían a toda prisa, y las luces de las calles se reflejaban en sus armaduras mojadas por el rocío. A menos, claro está, que la gente del Cantero hubiera hecho su trabajo: el ulular de las flechas, los gritos de hombres y animales, el carruaje que se estrella al salir de la carretera, el choque del acero y, finalmente, el enorme candado que protege la caja fuerte reventado con polvo explosivo, manos ansiosas que apartan el humo asfixiante, y la tapa que salta hacia atrás para revelar que dentro… no hay nada.

Carcolf se concedió una leve sonrisa y apretó contra sus costillas el pequeño bulto que escondía. El artículo estaba a salvo, cosido en el interior del forro de su chaqueta.

Se concentró, dio un par de pasos y saltó desde el borde del canal, salvando la distancia equivalente a tres largos pasos por encima del agua aceitosa antes de caer en la cubierta de una barca vieja, cuyo maderamen crujió al caer y rodar ella, instantes antes de

que se levantara como si no hubiese pasado nada. Como rodear el Puente Fintine suponía dar mucha vuelta, por no mencionar que aquel itinerario era muy frecuentado y estaba muy vigilado, lo más inteligente era utilizar aquella barca que siempre estaba amarrada en las sombras y llegar por un atajo. Ya lo había comprobado. Carcolf apenas dejaba nada al azar. Por lo que ella sabía, la suerte podía llegar a ser una auténtica bastarda.

Un rostro apergaminado abandonó la lobreguez de la cabina dominada por el vapor que salía de una tetera muy baqueteada.

–¿Quién diablos es usted?

–Nadie. –Carcolf le saludó cordialmente–. ¡Sólo pasaba por aquí! –Y saltó desde el maderamen que no dejaba de balancearse hasta las piedras del extremo más alejado del canal, volviendo a sumirse en aquella bruma que olía a moho. Sólo pasaba. Derecha hacia los muelles para aprovechar la marea y volver alegre al trabajo. O amargada, en todo caso. Adonde fuera, Carcolf no era nadie. Siempre estaba de paso.

En algún punto hacia el este, aquel idiota de Pombrine estaría galopando a toda prisa acompañado por sus cuatro secuaces. No es que se pareciese mucho a ella, con el bigote y todo lo demás, pero embutido en aquella capa tan llamativa de Carcolf, podía pasar por su doble. Era un alcahuete sin dinero al que había convencido de que se hiciese pasar por ella para que, mientras tanto, ella pudiese visitar a una amante, una dama adinerada que no deseaba que su encuentro fuese de dominio público. Carcolf suspiró. Ojalá. Se consoló al pensar en el susto que se llevaría Pombrine cuando los cabrones de Deep y de Shallow le dispararan, expresasen su considerable sorpresa al descubrir que tenía bigote, le arrancaran la ropa con una frustración siempre en aumento, y finalmente lo destriparan sin… encontrar nada.

Carcolf acarició aquel bulto una vez más y apretó el paso. Ahí llegaba ella por un camino intermedio, sola y a pie, utilizando una ruta preparada de antemano entre callejones, calles estrechas, atajos ignorados por todos y pasajes olvidados, atravesando palacios medio derruidos, bloques de viviendas llenos de moho, puertas que algunos habían dejado sin cerrar tras ciertos tratos subrepticios, para llegar, finalmente, al corto tramo del alcantarillado que le permitiría acceder a los muelles y ahorrarse una o dos horas.

De veras que tenía que tomarse unas vacaciones en cuanto terminara aquel trabajo. Se pasó la lengua por el interior de los labios, donde una úlcera pequeña, pero inexplicablemente molesta, había crecido últimamente. Sólo le dedicaba tiempo al trabajo. ¿Qué tal un viaje a Adua para visitar a su hermano y ver a sus sobrinas? ¿Qué edad tendrían ya? Uhh. No. Acababa de recordar lo mucho que a la zorra de su cuñada le complacía el juzgar a la gente. Una de esas personas que muestran desprecio por todo. A Carcolf le recordaba a su padre. Era muy probable que su hermano se hubiera casado con ella por eso…

Cuando se agachó para pasar por debajo de un arco se descascarillaba, escuchó la música que salía de algún sitio. Un violinista que, bien afinaba su instrumento, bien lo tocaba de una manera execrable. Ninguna de estas opciones la habría cogido por sorpresa. Unos papeles se agitaban y crujían en el muro cubierto de musgo donde seguían pegados, pasquines de mala calidad en los que se exhortaba a la fiel ciudadanía a levantarse contra la tiranía de la Serpiente de Talins. Carcolf lanzó una risotada. La mayoría de los ciudadanos de Sipani estaban más interesados en caer que en levantarse, y los demás podían ser cualquier cosa menos fieles.

Se retorció para estirarse los fondillos de los pantalones, pero no consiguió nada. ¿Cuánto habría que pagar por unos pantalones que no tuvieran una molesta costura en el

sitio más inadecuado? Avanzó a saltitos por un paso estrecho que se encontraba junto a una sección del canal llena de agua estancada desde hacía mucho tiempo, atestada de algas y de basuras que se movían de un lado para otro, y tiró del maldito tejido hacia uno y otro lado, pero nada. ¡Maldita moda, la de los pantalones ceñidos! Quizá fuese una especie de castigo cósmico por haberle pagado al sastre con monedas falsas. Porque como Carcolf estaba mucho más motivada por el concepto de beneficio local que por el de castigo cósmico, evitaba pagar siempre que podía. Aquel era prácticamente el único principio que seguía y, como decía su padre, las personas siempre deben seguir sus principios…

Condenación, realmente se estaba convirtiendo en su padre.

–¡Ah!

Una figura andrajosa apareció a la entrada de una galería porticada, y un brillo apenas perceptible reveló que iba armada. Con un gemido instintivo, Carcolf se echó hacia atrás, buscando un lado de su casaca y sacando su espada, convencida de que la muerte había acabado por encontrarla. ¿Se le habría adelantado el Cantero? ¿Serían Deep y Shallow, o los sicarios de Kurrikan? Pero nadie más apareció ante ella. Sólo aquel individuo, envuelto en una capa sucia, con el pelo desaseado que se pegaba a su pálida piel a causa de la humedad, un pañuelo mohoso que enmascaraba la parte inferior de su rostro, y unos ojos inyectados en sangre y de mirada asustada.

–¡No se mueva y entrégueme la bolsa! –dijo con voz tonante, aunque algo atenuada por el pañuelo.

–¿Quién lo dice? –Carcolf enarcó las cejas.

Una breve pausa mientras las aguas putrefactas lamían las piedras a su lado.

–¿Es una mujer? –Aquella voz, que debía ser la de un ladrón, tenía cierto tono de disculpa.

–¿Si digo que sí, no me robará?

–Bueno, pues… –Por algún motivo, el ladrón parecía haberse desinflado un poco. Al momento, volvió a afirmarse–. ¡Es igual, no se mueva y entréguemela!

–¿Por qué? –preguntó Carcolf.

La punta de la espada se movió imperceptiblemente cuando quien la empuñaba contestó:

–Pues porque tengo una deuda considerable que… ¡pero eso no le importa!

–No, lo que quería decir era que por qué no limitarse a matarme y a coger después todas las cosas de valor que llevo encima, en vez de advertirme.

Otra pausa.

–Pues supongo que será… ¿qué tal para evitar la violencia? ¡Pero le aseguro que estoy totalmente dispuesto a emplearla!

Era un maldito civil. Un salteador que había cometido la tontería de asaltarla. Un encuentro casual. Lo de antes, de que la suerte era una bastarda. Para él, al menos lo era.

–Usted, señor –dijo– es un ladrón penoso.

–Lo que soy, señora, es un caballero.

–Es un caballero muerto. –Carcolf avanzó un paso y sopesó su espada, cuya afilada hoja de acero, de una zancada de larga, brilló inmisericorde al recibir la luz de la lámpara situada en alguna ventana. Aunque nunca se tomase la molestia de practicar con ella, Carcolf se defendía bastante bien. Haría falta algo más que aquel desecho de alcantarilla para vencerla–. Voy a esculpir en usted…

El hombre atacó con una rapidez asombrosa, los aceros se cruzaron y antes de que a Carcolf se le ocurriera siquiera moverse, la espada se retorció en sus dedos y cayó al suelo,

saltando por encima de los resbaladizos guijarros para hundirse en el canal con un *plop*.

–Ah –dijo ella. Eso cambiaba las cosas. Era evidente que su atacante nada tenía del patán que parecía ser, al menos en lo relacionado con la esgrima. Hubiera debido imaginárselo. Porque en Sipani nada es lo que parece.

–Entrégueme el dinero –dijo él.

–Con mucho gusto. –Carcolf sacó su bolsa y la lanzó contra la pared, esperando poder largarse furtivamente mientras él estaba distraído. Pero no, porque la cogió al vuelo con una destreza impresionante y orientó hacia ella la punta de su espada para evitar cualquier fuga. Entonces tocó con cuidado el bulto que tenía en la casaca.

–¿Qué tiene usted… precisamente ahí?

De malo a peor, a mucho peor.

–Nada, nada en absoluto. –Carcolf intentó disimular con una risita falsa, pero aquel barco ya había zarpado y ella, desgraciadamente, no iba en él, como tampoco estaba en aquel maldito barco que seguía meciéndose en el embarcadero, aguardándola para zarpar con rumbo a Thond. Apartó la reluciente punta con un dedo–. Y ahora tengo una cita muy urgente, por eso, si… –Se produjo un débil siseo cuando la espada cortó su casaca. Carcolf parpadeó–. Oh. –Un dolor parecido al de una quemadura le bajó por las costillas. La espada también la había cortado a ella–. Oh. –Cayó de rodillas, como si hubiese sido herida gravemente, y sus dedos rezumaron sangre cuando se agarró el costado.

–Oh… oh, no. Lo siento. Realmente no intentaba herirla. Sólo quería, ya sabe…

–Ohh. –El artículo, para entonces un poco manchado con la sangre de Carcolf, cayó del bolsillo rasgado y rebotó en el empedrado. Un paquete estrecho, con una longitud aproximada de treinta centímetros, envuelto en piel sucia.

–Necesito un médico –susurró Carcolf con su voz más lograda de mujer desvalida. La Gran Duquesa siempre le había reprochado que fuese demasiado dramática, pero, si una no puede dramatizar en ese tipo de situaciones, entonces, ¿cuándo? Después de todo, era probable que realmente necesitara un médico y existía la posibilidad de que el ladrón se agachara para ayudarla, y entonces le podría clavar un cuchillo en la cara–. ¡Por favor, se lo ruego!

Él seguía indeciso con los ojos muy abiertos, pues era evidente que las cosas ya habían llegado demasiado lejos. Pero se acercó para recoger el paquete, sin dejar de orientar hacia ella la reluciente punta de su espada.

Así que tendría que adoptar un nuevo plan a la desesperada. Intentó no parecer asustada cuando dijo:

–Mire, llévese el dinero, deseo que lo disfrute. –Por supuesto que Carcolf no deseaba que lo disfrutase, sino que se pudriera en su tumba–. ¡Pero será mejor para los dos si me deja ese paquete!

Él movió una mano al preguntar:

–¿Por qué, qué es lo que contiene?

–No lo sé. ¡Me ordenaron que no lo abriera!

–¿Quién se lo ordenó?

–Tampoco lo sé, pero…

Kurtis cogió el paquete. Por supuesto que lo cogió. Era idiota, pero no tanto como para dejarlo. Agarró el paquete y huyó. Por supuesto que huyó. ¿Cuándo no huía?

Tiró callejuela abajo con el corazón en la boca, saltó por encima de un tonel reventado, se pilló un pie y cayó cuan largo era, estando a punto de empalarse con la espada que aún llevaba en la mano derecha, resbalando con la cara por delante sobre un montón de

desperdicios, llevándose metido dentro de la boca, antes de levantarse a trompicones, algo ligeramente dulce, escupiendo y maldiciendo, mirando muy asustado por encima del hombro…

Ni señal de que le persiguieran. Sólo la bruma, la interminable bruma que se movía y se retorcía como si estuviese viva.

Deslizó el paquete, que para entonces estaba algo pegajoso, en su raída capa y echó a andar cojeando mientras se agarraba el trasero magullado e intentaba eliminar de su boca aquel sabor dulzón a podrido. No es que le supiera peor que lo que se había desayunado. Si acaso, mejor. A la gente se la conoce por lo que desayuna, como solía decirle su maestro de esgrima.

Se subió la capucha mojada, que olía un tanto a cebolla y a desesperación, y envainó la espada mientras salía de la callejuela y se perdía entre la gente. El tenue chasquido de la empuñadura de su espada le trajo muchos recuerdos. De entrenamientos y de torneos, de futuros brillantes y de la adulación de la muchedumbre. *¡Con la esgrima, muchacho, así es como se progresa! En Estiria el público entiende y adora a sus espadachines; ¡allí harás una fortuna!* De tiempos mejores, cuando no se vestía con harapos ni pensaba en las sobras que dejaban los carniceros, ni tenía que robar a la gente para vivir. Torció el gesto. Robar a las *mujeres*. Si a eso se le podía llamar «vivir». Echó otro vistazo furtivo por encima del hombro. ¿La habría matado? Se le puso la carne de gallina sólo con pensarlo. Sólo le había hecho un arañazo. ¿Seguro que sólo había sido un arañazo? Había visto sangre. ¡Por favor, que sólo hubiera sido un arañazo! Se restregó la cara como si pensara que así se iría el recuerdo de lo que acababa de hacer, pero no se fue. Había hecho cosas que nunca había imaginado que haría, y después se dijo que no volvería a hacerlas, y luego que no volvería a repetirlas, pero se habían convertido en su rutina de todos los días.

Comprobó una vez más que no lo seguían. Entonces salió subrepticiamente de la calle y atravesó el patio destartalado, mientras los rostros deslavados de los héroes del ayer le miraban desde los pasquines informativos. Escaleras arriba, entre el olor a orines, rodeó la planta deshabitada. Sacó la llave y se peleó con la cerradura pringosa.

–¡Maldita sea, joder, qué mierda… ah! –La puerta se abrió de repente y él entró a trompicones en la habitación, a punto de perder el equilibrio otra vez; se dio la vuelta, la cerró y se detuvo un momento en aquella oscuridad llena de olor, respirando profundamente.

¿Quién hubiera podido creer, viéndole en aquel instante, que tiempo atrás había practicado esgrima con el Rey? Y perdido. Por supuesto. Pero, ¿no lo había perdido todo? Perdió por dos contactos a cero, y también lo insultaron al morder el polvo, pero, de todas formas, había medido su acero con Su Augusta Majestad. El mismo acero que en aquel momento estaba apoyado contra la pared, cerca de la puerta. Mellado, deslucido y ligeramente doblado hacia la punta. Los últimos veinte años habían sido tan crueles con su espada como con él mismo. Pero quizá aquel día marcase un giro en su suerte.

Se quitó la capa y la arrojó a un rincón, pensando en coger el paquete, quitarle el envoltorio y ver en qué consistía su botín. Buscó una lámpara en medio de aquella oscuridad y, finalmente, consiguió un poco de luz, pero casi torció el gesto cuando la miserable estancia se hizo visible. Los vidrios resquebrajados, el enlucido salpicado con manchas de humedad; el colchón donde dormía, reventado, dejando escapar por él la paja sucia; los cuatro muebles y medio de madera alabeada…

Un hombre estaba sentado en la única silla, junto a la única mesa. Un hombre de

gran tamaño que vestía una chaqueta de talla enorme, con la cabeza afeitada y cubierta por una pelusa gris. Aspiró lentamente por su nariz chata y abrió una mano, dejando caer una pareja de dados encima de la mugrienta mesa.

–Seis y dos –dijo–. Ocho.

–¿Quién diablos eres? –La voz de Kurtis sonaba estridente por el susto.

–Me envía el Cantero. –Volvió a tirar los dados–. Seis y cinco.

–¿Significa eso que voy perdiendo? –Kurtis echó un vistazo a su espada, intentando en vano no parecer preocupado y preguntándose cuánto tardaría en cogerla, desenvainarla, golpear…

–Ya has perdido –dijo el grandullón, guardando tranquilamente los dados en la palma de su mano. Por fin se había decidido a levantar la vista. Sus ojos eran tan inexpresivos como los de un pez muerto. Como los de los pescados que hay en los puestos del mercado. Muertos, oscuros y con un brillo apagado–. ¿Quieres saber qué te pasará si intentas coger esa espada?

Kurtis no era valiente. Nunca lo había sido. Tenía que hacer acopio de todo su coraje para sorprender a la gente, y el hecho de que acabaran de tomarle por sorpresa a él, lo había dejado fuera de combate.

–No –musitó, bajando los hombros.

–Tírame ese paquete –dijo el grandullón, y Kurtis se lo dio–. Y la bolsa.

Era como si hubiera perdido las ganas de resistirse. Kurtis no tenía la suficiente fortaleza para intentar ninguna argucia. Apenas tenía fuerzas para seguir de pie. Lanzó encima de la mesa la bolsa que acababa de robar, y el hombretón la abrió con los extremos de los dedos y miró en su interior.

Kurtis hizo un débil ademán de impotencia y dijo:

–No tengo nada que merezca la pena.

–Lo sé –dijo el otro–. Lo he comprobado. –Comenzó a moverse alrededor de la mesa y Kurtis se encogió, aplastándose contra el aparador. Un aparador que en realidad sólo guardaba telarañas.

–¿Está saldada la deuda? –preguntó casi sin voz.

–¿Tú crees que está saldada?

Ambos se miraron. Kurtis tragó saliva antes de preguntar:

–¿Cuándo estará saldada la deuda?

El grandullón se encogió tanto de hombros que estos casi llegaron a formar un todo con su cabeza cuando le contestó con otra pregunta:

–¿Y cuándo crees tú que lo estará?

Kurtis volvió a tragar saliva y descubrió que le temblaban los labios.

–¿Cuando lo diga el Cantero?

El hombre grande enarcó una espesa ceja durante una fracción de segundo, mostrando el tenue trazo de la cicatriz que la atravesaba.

–¿Tienes alguna pregunta… cuya respuesta desconozcas?

Kurtis cayó de rodillas y juntó las manos. Las lágrimas que velaban sus doloridos ojos apenas le dejaban ver el rostro del hombretón. Pero no se avergonzaba de suplicar de esa manera. En las anteriores visitas, que habían sido muchas, el Cantero ya se había llevado el poco orgullo que le quedaba.

–Pero déjame algo –musitó–. Sólo… algo.

El otro se lo quedó mirando con sus ojos de pez muerto.

–¿Por qué?

Amistoso también le quitó la espada, que era lo único de valor que le quedaba.

–Volveré la próxima semana –anunció.

No fue una amenaza, sino una simple constatación, y obvia desde el momento en que siempre había sido así, pero la cabeza de Kurtis dan Broya se desplomó hacia delante mientras rompía en sollozos.

Amistoso consideró acercarse a él y reconfortarlo, pero decidió que no. Solían malinterpretarlo con frecuencia.

–Quizá no deberías haber aceptado el préstamo –comentó, y se fue acto seguido.

Siempre le había sorprendido que quienes aceptaban un préstamo no hicieran las cuentas. Las proporciones, el tiempo y el efecto del interés no eran algo muy difícil de entender. Quizá fueran propensos a sobreestimar sus ingresos, a envenenarse ellos mismos, mirando el lado bueno. La suerte puede sonreírnos y las cosas mejorar, y todo puede salir mejor porque somos especiales. Amistoso no se hacía ilusiones. Sabía que sólo era una rueda dentada más en el complejo engranaje de la vida. Para él, los hechos eran los hechos.

Se puso a andar, contando los pasos que le quedaban para llegar al lugar donde vivía el Cantero. *Ciento cinco, ciento cuatro, ciento tres…*

Le resultaba extraño lo pequeña que era la ciudad en cuanto se la medía. Toda esa gente y todos sus deseos, sus cuentas, sus deudas, reunidos en aquella franja estrecha de terreno ganado a la ciénaga. Pero según los cálculos de Amistoso, la ciénaga ya había comenzado a reclamar partes bastante grandes. Se preguntó si el mundo sería mejor cuando hubiera terminado de hacerlo.

… setenta y seis, setenta y cinco, setenta y cuatro…

Amistoso tenía una sombra extra. Un carterista, quizá. Se detuvo durante un instante, echó un vistazo y la vio con el rabillo del ojo. Una chica de cabellos negros recogidos dentro de una gorra, que llevaba una casaca demasiado grande para ella. Apenas era más que una niña. Amistoso se metió por un callejón estrecho, dio unos cuantos pasos en él y se dio la vuelta, bloqueando el camino mientras se echaba la chaqueta hacia atrás para enseñar las empuñaduras de cuatro de las seis armas que llevaba. Cuando su sombra rodeó la esquina, él la miró. Sólo eso. Ella se quedó inmóvil, después tragó saliva, giró hacia uno y otro lado y, finalmente, retrocedió y se perdió entre la muchedumbre. Y así concluyó aquel incidente.

…treinta y uno, treinta, veintinueve…

Sipani y, sobre todo, su húmedo y fragante Barrio Viejo, estaba llena de ladrones. Eran una molestia constante, como las moscas en verano. También los salteadores, los rateros, los que practicaban el escalo, los carteristas, los degolladores, los esbirros, los asesinos, los matones, los estafadores, los tahúres, los espadachines, los prestamistas, los libertinos, los mendigos, los timadores, los alcahuetes, los dueños de las tiendas de empeño y los mercaderes fulleros, por no hablar de los contables y de los abogados. Los abogados eran los peores de toda aquella tropa, al menos según la experiencia de Amistoso. En ocasiones le daba la impresión de que en Sipani nadie hacía nada. Todo el mundo ponía todo su empeño en dejar a los demás sin blanca.

Pero Amistoso suponía que él tampoco era mejor.

…cuatro, tres, dos, uno, y bajar los doce escalones, dejar atrás los tres guardias, franquear las puertas dobles y llegar a donde vive el Cantero.

Dentro estaba como nublado a causa del humo, a lo que también contribuían las lámparas de colores; hacía calor debido a la respiración y al sudor de la gente, y llenaba la estancia el murmullo de las conversaciones en voz baja, de secretos vendidos, reputaciones

arruinadas, confidencias traicionadas. Como siempre son esos sitios.

Dos norteños estaban apalancados detrás de la mesa montada en un rincón. Uno de ellos, con los dientes puntiagudos y una cabellera larga y lacia, había echado la silla hacia atrás mientras fumaba; el otro tenía una botella en una mano y un libro pequeño en la otra, que miraba fijamente con el ceño fruncido.

Amistoso conocía de vista a la mayoría de los parroquianos. Asiduos. Algunos acudían para beber. Otros para comer. La mayoría de ellos obsesionados por los juegos de azar. El bailoteo de los dados, el sonido de los naipes al barajarlos y jugarlos, los ojos de los desafortunados que brillan en cuanto gira la ruleta.

El Cantero no se dedicaba realmente al juego, sino a lo que suele generar el juego: las deudas. *Subir los veintitrés escalones que llevan a la zona más alta, y el guardia que tiene la cara tatuada me dejará pasar.*

Otros tres recolectores ya estaban sentados, compartiendo una botella. El más bajito le dedicó una sonrisa, asintiendo como si quisiera plantar las semillas de una alianza. El más alto sacó pecho y puso mala cara, sintiendo que llegaba un competidor. Amistoso ignoró a ambos por igual. Hacía muchos años que había renunciado a comprender las irresolubles matemáticas de las relaciones humanas, no digamos ya a participar en ellas. Si aquel hombre hacía algo más que poner mala cara, el cuchillo de carnicero de Amistoso hablaría por él. Su voz solía cortar en seco hasta el argumento más aburrido.

La señora Borfero era una mujer entrada en carnes, con rizos oscuros que se derramaban por debajo de una gorra de color púrpura, gafas pequeñas que hacían que sus ojos pareciesen mayores y un aroma a lámpara de aceite que la envolvía. Desde una mesa baja de escritorio en la que se apilaban los libros de cuentas, acechaba como un espectro la antesala de la oficina del Cantero. El primer día de Amistoso, ella señaló la adornada puerta situada a su espalda y dijo:

–Soy la mano derecha del Cantero. Nunca se le puede molestar. *Nunca*. Usted hablará conmigo.

Por supuesto que, en cuanto vio la maestría de aquella mujer al apuntar los números en los libros de cuentas, Amistoso supo que no había nadie en la oficina y que la señora Borfero y el Cantero eran la misma persona; pero como ella parecía muy satisfecha con la superchería, decidió seguirle el juego. A Amistoso nunca le había gustado causar problemas sin necesidad. Porque así era como la gente terminaba mal. Además, en cierta manera, eso le ayudaba a imaginar que las órdenes llegaban de algún otro sitio, un sitio imposible de encontrar e irresistible. Era agradable tener un ático donde apilar todas las culpas. Amistoso miró la puerta de la oficina del Cantero y se preguntó si dentro habría una oficina o si sólo estarían las cuatro paredes.

–¿Qué había que recolectar hoy? –preguntó ella, abriendo uno de los libros casi de un capirotazo y mojando la pluma. Directa al asunto sin entretenerse con un «¿cómo está usted?». Eso era lo que más le gustaba de ella, y por eso la admiraba, aunque nunca se lo diría. Sus cumplidos siempre acababan ofendiendo a la gente.

Amistoso sacó las monedas en pequeños montones para luego dejarlos caer uno a uno consignando el nombre del deudor y la cantidad. En su mayoría eran de metales bajos con una capa de plata.

Borfero se echó hacia delante en su asiento, arrugando la nariz y subiéndose las gafas hasta la frente; sin ellas, sus ojos parecían mucho más pequeños.

–Y una espada –dijo Amistoso, dejándola a un lado del escritorio.

–Una cosecha decepcionante –murmuró ella.

–El suelo está lleno de guijarros.
–Muy cierto. –Dejó que las gafas volvieran a su posición habitual y comenzó a garrapatear ordenadamente números en el libro–. En todas partes cuecen habas. –Era una expresión que solía decir con mucha frecuencia. Como si sirviera de explicación y de excusa para cualquier cosa.
–Kurtis dan Broya me preguntó cuándo estaría saldada la deuda.
–Cuando el Cantero diga que lo está –dijo ella, mirando por encima de las gafas y un tanto sorprendida por la pregunta.
–Eso es justo lo que yo le dije.
–Bien.
–Usted me pidió que estuviera al tanto de… cierto paquete. –Amistoso acababa de dejarlo en el mostrador, delante de ella–. Lo tenía Broya.
No parecía nada importante. Medía menos de treinta centímetros de largo y estaba envuelto con una simple piel de animal que estaba sucia y parecía muy antigua, en la que alguien había grabado al fuego una letra o quizá un número. Pero si era un número, Amistoso no lo reconoció.
La señora Borfero recogió el paquete, maldiciéndose al instante por parecer demasiado ansiosa. Sabía que en aquel negocio no podía fiarse de nadie. Y eso hizo que un torrente de preguntas anegase su mente. Sospechas. ¿Cómo había podido llegar a las manos de ese inútil de Broya? ¿No habría gato encerrado? ¿No sería Amistoso un agente de los gurkos? ¿O, quizá, de Carcolf? ¿Un farol doble? Aquella maldita zorra presumida jamás dejaba de urdir engaños. ¿Un farol triple? ¿Con qué objeto? ¿A quién le beneficiaba?
¿Un farol cuádruple?
El rostro de Amistoso no delataba signos de codicia ni de ambición, ni de nada. Sin duda era un tipo extraño, pero había llegado a ella muy recomendado. Se dedicaba en cuerpo y alma al trabajo, y eso era lo que a ella le gustaba en un hombre, pero nunca se lo diría. Una jefe siempre debe mantener cierta distancia.
En ocasiones, las cosas son exactamente lo que parecen. A lo largo de su vida, Borfero había visto demasiadas extrañas casualidades.
–Pudiera ser –dijo en voz baja, pero estaba totalmente segura. No era mujer que perdiera el tiempo en posibilidades.
Amistoso asintió.
–Buen trabajo –dijo ella.
Él volvió a asentir.
–El Cantero le entregará una bonificación. –Ella siempre había dicho: «Sé generosa con tu gente u otros lo serán».
Pero la generosidad no suscitó ninguna respuesta en Amistoso.
–¿Quizá una mujer?
–No. –Amistoso parecía un poco apenado por la sugerencia.
–¿Un hombre?
–No. –Y también por esa otra.
–¿Cascarillas? ¿Una botella de…?
–No.
–Pues tiene que haber algo…
Él se encogió de hombros.
La señora Borfero hinchó los carrillos. Todo lo que tenía, lo había conseguido porque la gente deseaba cosas. No sabía qué hacer con una persona que no deseaba nada.

–Bueno, ¿por qué no se lo va pensando?

–Me lo pensaré –Amistoso asintió, moviendo lentamente la cabeza.

–Cuando venía, ¿se encontró con dos norteños bebiendo?

–Vi a dos norteños. Uno leía un libro.

–¿De veras? ¿Un libro?

–Hay lectores en todas partes. –Amistoso se encogió de hombros.

Barrió el lugar con una mirada, notando la decepcionante falta de clientes adinerados y estimando lo escasos que serían los beneficios de aquella tarde. Si uno de los norteños había estado leyendo, ya no lo hacía. Deep bebía a morro uno de sus mejores vinos. Otros tres individuos estaban tirados debajo de la mesa, inconscientes. Shallow fumaba una pipa de *chagga* que cargaba aún más la atmósfera del lugar con su olor. Era algo que Borfero no solía permitir, pero en el caso de aquellos dos había tenido que hacer una excepción. No tenía ni la menor idea de por qué el Banco había decidido contratar a aquellos repugnantes especímenes, pero ahí quedaría la cosa, porque los ricos no tenían por qué dar explicaciones a nadie.

–Caballeros… –dijo, haciendo ademán de sentarse en una silla.

–¿Dónde? –Shallow lanzó una carcajada. Deep levantó lentamente la botella y miró a su hermano con desdén.

Borfero prosiguió con su voz más profesional, pausada y tranquila:

–Me dijeron que sus… *jefes* se mostrarían *muy agradecidos* conmigo si yo… me hacía con *cierto objeto* que ustedes mencionaron.

Los dos norteños se animaron al momento, echándose hacia delante al unísono como si los moviese un mismo resorte. Una de las botas de Shallow alcanzó una botella vacía y la hizo rodar por el suelo.

–Tremendamente agradecidos –dijo Deep.

–¿Y cómo se reflejaría ese agradecimiento en mi deuda?

–Se reflejaría en toda ella.

Borfero sintió que se le ponía carne de gallina. Libertad. ¿Sería cierto? ¿En el bolsillo? Pero por mucho que le pareciese que estaba al alcance de su mano, debía ser cauta. A mayores expectativas, mayores precauciones.

–¿Mi deuda quedaría saldada?

Shallow se acercó más a ella, pasó el tubo de la pipa por su pescuezo barbudo y afirmó:

–Liquidada.

–Asesinada –puntualizó con voz ronca su hermano, que de repente se había cambiado de sitio.

A ella no le agradó en absoluto tener tan cerca las fisionomías de aquellos dos asesinos viles y cubiertos de cicatrices. Ya le costaría soportar que siguieran echándole el aliento encima.

–Excelente –dijo casi sin voz, y dejó el paquete encima de la mesa–. Entonces cancelaré al instante el pago de los intereses. Por favor, saluden de mi parte a… sus jefes.

–Por supuesto. –La sonrisa de Shallow fue tan parca que sus dientes puntiagudos no asomaron–. Aunque no creo que sus saludos les importen gran cosa.

–No se lo tome como algo personal –Deep no sonreía–. Nuestros jefes no son dados a los saludos.

–En todas partes cuecen habas –dijo Borfero, tomando una bocanada de aire.

–¿Verdad que sí? –dijo Deep mientras levantaba el paquete con una de sus enormes

zarpas.

Mientras apretaban el paso en el atardecer, Deep sintió que el aire frío le abofeteaba en el rostro. Sipani, que tampoco era muy agradable cuando estaba en calma, acababa de cambiar súbitamente de cara.

–Tengo que confesarte –dijo, aclarándose la garganta y escupiendo– que aún me encuentro en el lado borracho de la borrachera.

–Sí –dijo Shallow, eructando y guiñando los ojos al mirar en la niebla. Afortunadamente, se estaba aclarando un poco. Todo lo que podía aclararse en aquel infierno lóbrego–. Pero date cuenta de que no es lo mejor para trabajar.

–Tienes razón. –Deep levantó el paquete en medio de la escasa luz que había–. Aun así, ¿quién iba a imaginarse que esto nos caería en el regazo?

–Desde luego que yo no. –Shallow puso cara de preocupación–. ¿O… no yo?

–Se suponía que sólo iba a ser un trago –dijo Deep.

–Los tragos tienen la costumbre de ir acompañados. –Shallow acababa de calarse aquel ridículo sombrero suyo–. Entonces, ¿un pequeño paseo hasta el banco?

–Ese sombrero hace que parezcas un jodido idiota.

–Hermano, estás obsesionado con las apariencias.

Deep lo dejó pasar con un prolongado silbido.

–¿Crees que realmente le perdonarán la deuda a esa mujer?

–Quizá por el momento. Pero ya sabes cómo son. Si les debes una vez, ya les debes para siempre. –Deep volvió a escupir, y como el suelo estaba en mejores condiciones, empezó a caminar más deprisa con el paquete en la mano, bien agarrado. No quería arriesgarse a meterlo en un bolsillo del que cualquier pequeño miserable pudiera sacarlo. Sipani estaba llena de gentuza ladrona. La última vez que había estado allí le robaron un par de calcetines de calidad, y tuvo que hacer el viaje de vuelta con dos ampollas muy desagradables en los pies. ¿Quién se dedica a robar calcetines? La gentuza de Estiria. Agarró el paquete con más fuerza. Que algún pequeño cabrón se atreviera a cogerlo…

–¿Y ahora quién es el atontado? –dijo Shallow–. El Banco está por aquí.

–Pero no vamos a ir al banco, mermado –le espetó Deep, mirándole por encima del hombro–. Vamos a tirarlo al pozo que hay en ese viejo patio al doblar la esquina.

–¿De veras? –Shallow se echó una carrera para alcanzarle.

–No, sólo lo he dicho para hacer una gracia, so idiota.

–¿Y por qué a un pozo?

–Porque eso era lo que quería que hiciera.

–¿Quién?

–El jefe.

–¿Cuál de ellos, el grande o el chico?

Aunque estuviera borracho, Deep comprendió que debía bajar la voz antes de contestar:

–El jefe calvo.

–Mierda –dijo Shallow, casi suspirando–. ¿En persona?

–En persona.

Una breve pausa.

–¿Y cómo fue?

–Un poco más terrorífico de lo acostumbrado, gracias por recordármelo.

Una larga pausa, marcada por el sonido de sus botas sobre el pavimento mojado, tras lo cual dijo Shallow:

–Mejor será no cagarla.

–Mis más efusivas gracias –dijo Deep– por tan penetrante perspicacia, porque eso de no cagarla es algo que siempre hay que tener en cuenta, ¿no te parece?

–Yo siempre lo procuro, lo que pasa es que hay ocasiones en que no lo consigo. Lo que quería decir es que no deberíamos cagarla. –Shallow bajó la voz hasta convertirla en un susurro–. Ya sabes lo que el jefe calvo dijo la última vez.

–No tienes por qué susurrar. No está aquí, ¿o es que no lo sabes?

–No lo sé. ¿Está aquí?

–No, no está aquí. –Deep se masajeó las sienes. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que algún día acabaría matando a su hermano–. Eso era lo que te estaba diciendo.

–¿Y si estuviera? Mejor sería actuar como si estuviera.

–¿Quieres cerrar la boca por un cochino *instante*? –Deep cogió a su hermano por el brazo y le empotró el paquete en la cara–. Es como hablar con un maldito…

Se quedó muy sorprendido cuando una silueta gris oscura se interpuso entre ambos y un instante después comprobó que ya no tenía nada en la mano.

Kiam corría como si la vida le fuese en ello. Lo cual era cierto.

–¡Tras él, maldición!

Escuchó el sonido de las ropas al viento, las pisadas y la carrera desenfrenada de los dos norteños que la perseguían por el callejón, demasiado cerca para su gusto.

–¡Es una chica, idiota!

Por grandes y torpes que fueran, se le estaban acercando rápidamente, las botas martilleando el suelo y los puños apretados. Si conseguían agarrarla…

–¿Y a quién coño le importa? ¡Hay que recuperar el chisme!

Silbaba al respirar, el corazón le latía con fuerza y los músculos le ardían, pero ella seguía corriendo.

Se perdió al doblar una esquina, y sus pies envueltos en harapos se pegaron a los húmedos adoquines del suelo. El camino se ensanchaba, y lámparas y antorchas creaban trasquilones imprecisos en la bruma, y por todas partes se veía a gente ocupada alrededor de ellos, entre ellos, caras que aparecían y desaparecían. El mercado nocturno de Blackside, con sus puestos, tiendas y gritos de los comerciantes, lleno de ruido, olores y bullicio. Kiam, tan ágil como un hurón, reptó bajo un carro; en medio de una lluvia de frutas, cayó entre un vendedor y un comprador; se deslizó por encima de un puesto cubierto de pescados resbaladizos mientras el vendedor gritaba e intentaba agarrarla, para atrapar simplemente aire, y acabó metiendo un pie en un cesto de berberechos para luego echar a correr, dando patadas a los moluscos por la calle. Aún podía escuchar los gruñidos y berridos de los norteños mientras apartaban a golpes a la gente que se encontraba en el camino que ella había tomado, tirando a un lado las carretas como si una tormenta absurda estuviera destrozando el mercado a su paso. Se lanzó entre las piernas de un hombre muy alto, dobló otra esquina y recorrió de dos en dos los resbaladizos escalones del estrecho camino que seguía el curso del agua, escuchando los chillidos de las ratas entre la porquería y los ruidos que hacían los norteños, que eran cada vez más fuertes, maldiciéndose el uno al otro y a ella. Aunque su respiración agitada casi no le permitiera tomar aire, siguió corriendo con desesperación, salpicando agua cada vez que pisaba.

–¡La tenemos! –La voz casi le pisaba los talones–. ¡Ven aquí!

Se metió como una flecha por el pequeño agujero practicado en una rejilla oxidada. Uno de sus afilados dientes metálicos le hizo un corte en el brazo que le dolió como una

quemadura y, por una vez, agradeció de todo corazón que la vieja Green nunca le hubiera dado bien de comer. Se abrió paso a patadas en medio de la oscuridad, manteniéndose agachada e intentando recobrar la respiración mientras apretaba con fuerza el paquete. Entonces aparecieron, y uno de los norteños tiró de la rejilla con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron blancos, y saltaron partículas de óxido. Kiam miró fijamente aquellas manos, preguntándose lo que le harían si hundían sus sucias uñas en su piel.

El otro norteño metió su rostro barbudo por el hueco, llevando un cuchillo de aspecto maligno en una mano, aunque ninguno de los cuchillos de la gente a la que se roba suele tener un aspecto benigno. La miró con ojos saltones y funció sus labios llenos de costras para gruñir:

–¡Tíranos el paquete y lo olvidaremos todo! ¡Tíranoslo ahora!

Kiam lanzó una patada y la rejilla gimió al doblarse.

–¡Estás muerta, mierdecilla! ¡Te encontraremos, ya lo verás!

Ella se arrastró entre el polvo y la podredumbre, retorciéndose para entrar por una grieta que había entre aquellas paredes que estaban a punto de caerse.

–¡Iremos a por ti! –decía la voz a su espalda.

Quizá fuese cierto, pero un ladrón no puede perder demasiado tiempo en preocuparse por el mañana. El hoy ya es lo suficientemente asqueroso de por sí. Se quitó la chaqueta y le dio la vuelta, mostrando una tela de color verde deslavado, se guardó la gorra en el bolsillo, se soltó el pelo, que había llevado recogido hasta entonces, y salió disimuladamente al paseo que estaba al lado del Quinto Canal, con la cabeza gacha y caminando deprisa.

Un bote de recreo pasó a su lado, todo él conversaciones, risas, el tintineo de las copas al brindar, la gente moviéndose despreocupada por la cubierta, tan extraños como espectros que se apareciesen en medio de la niebla. Y Kiam se preguntó qué habían hecho ellos para merecer aquella vida y qué había hecho ella para merecerse la que llevaba, pero nunca hay respuestas fáciles a esa pregunta. Y mientras sus luces rosadas se desvanecían en la niebla, Kiam oyó la música del violín de Hove. Se detuvo un momento entre las sombras, escuchando, mientras pensaba lo agradable que sonaba. Miró el paquete. La verdad era que no parecía gran cosa a pesar de todos los problemas que había ocasionado. Además, casi no pesaba. Pero no dependía de ella a qué ponía precio la vieja Green. Se restregó la nariz y caminó cerca de la pared, guiándose por la música, que sonaba cada vez más fuerte, hasta que vio a Hove de espaldas y el arco del violín que se movía y, acercándose por detrás, dejó caer el paquete en el bolsillo que él mantenía abierto.

Aunque Hove no lo sintió caer, sí que sintió los tres golpecitos en la espalda y también, en cuanto se movió, que su casaca pesaba más de lo habitual. No vio quién se lo había dejado, pero tampoco miró. Se limitó a seguir tocando el violín, aquella marcha de la Unión con la que solía comenzar sus actuaciones en el escenario en Adua o en cualquier otro escenario, para calentar a los espectadores antes de que Lestek hiciera su estelar aparición. Antes de que su mujer muriera y todo se fuese a la mierda. Aquellas notas alegres le recordaban tiempos pasados, y sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos hinchados, así que pasó a un melancólico minué que se adaptaba mejor a su estado de ánimo, sabiendo que la mayoría de la gente que le rodeaba no notaría la diferencia. Aunque a los naturales de Sipani les gustaba presentarse como amantes de la cultura, la mayoría eran borrachos, estafadores, asesinos baratos o una variada combinación de todos ellos.

¿Cómo había llegado a aquello? Era una pregunta que todo el mundo se hacía. Cruzó la calle como si sólo le importase la moneda que cualquiera podría darle por la

música que tocaba, y dejó que las notas se propagasen en la oscuridad. Cuando el puesto de empanadas quedó atrás y el aroma de la carne barata suscitó un gruñido en su estómago, dejó de tocar para quitarse la gorra y pedir en la cola. No le sorprendió que nadie le diera nada, así que tomó la calle que llevaba al Verscetti. Sorteó las mesas instaladas en ella, destrozó un vals de Ospria e hizo un guiño a los parroquianos que holgazaneaban sentados en ellas con una pipa o una botella, ya fuera jugueteando con copas de cuello largo, asidas con sus enguantados dedos, o mirando con desprecio a través de los orificios de sus máscaras decoradas con pequeñísimos fragmentos de espejos. Jervi estaba sentado cerca de la muralla, como siempre, y una mujer peinada con un moño alto ocupaba la silla situada enfrente de él.

–¿Un poquito de música, cariño? –preguntó Hove con voz cascada, inclinándose sobre la mujer y dejando que su chaqueta, abierta, quedara cerca del regazo de Jervi.

Jervi sacó un objeto del bolsillo de la chaqueta de Hove, frunció la nariz ante el olor a agua sucia que lo impregnaba y dijo:

–¿Por qué no te largas?

Hove le hizo caso y se marchó, llevándose consigo su horrible música, gracias a los Hados. Riseld levantó su máscara durante un instante para mostrar aquella cara suya suave y redondita que aparecía correctamente maquillada y tan aburrida como se estilaba.

–¿Qué estará sucediendo?

Su pregunta se debía a una especie de conmoción que recorría toda la calle. Estrépito, golpes, gritos en norteño.

–Malditos norteños –murmuró Jervi–, siempre creando problemas; habría que llevarlos con traíllas, como a los perros. –Se quitó el sombrero y lo dejó encima de la mesa, la señal acostumbrada; luego se echó hacia atrás en la silla para dejar subrepticiamente el paquete en el suelo. Un asunto desagradable, pero había que trabajar–. No tienes por qué preocuparte, querida.

Ella le sonrió de aquella manera distante y desganada que por alguna razón a él le parecía irresistible.

–¿Nos vamos a la cama? –preguntó, dejando un par de monedas para pagar el vino.

–Si te empeñas… –dijo ella, suspirando.

Y Jervi constató que el paquete acababa de desaparecer.

Sifkiss salió culebreando por debajo de las mesas y avanzó pomposamente, dejando que el bastón que llevaba en una mano repiquetease en los barrotes de la verja que tenía al lado y moviendo de un lado para otro el paquete que llevaba en la otra. Aunque la vieja Green le hubiera dicho que fuese sigiloso, hacía tiempo que Sifkiss no le hacía caso. Un hombre tiene que hacer las cosas con un estilo propio, y él ya había cumplido los trece años. No tardaría en dedicarse a asuntos más importantes. Quizá trabajar para Kurrikan. Cualquiera podía decir que tenía algo especial –había robado para su uso personal un sombrero de copa de esos que usaban los caballeretes de la ciudad–, y si la gente era lo bastante obtusa para albergar alguna duda, como, desgraciadamente, le pasaba a más de uno, él conseguiría que acabaran por ver las cosas desde una perspectiva más optimista. Muy optimista.

En efecto, todos tenían la mirada puesta en Sifkiss.

Comprobó que nadie le prestaba la menor atención y luego se deslizó entre la húmeda maleza y la grieta de la pared que quedaba oculta detrás de ella, saliendo, dicho sea de paso, un tanto magullado en el proceso, para llegar al sótano del antiguo templo, apenas iluminado por la luz que llegaba desde arriba de la escalera.

La mayoría de los niños ya habían dejado de trabajar. Dos de los más pequeños jugaban a los dados, una niña roía un hueso, Pens fumaba sin mirar a ningún sitio, y la nueva estaba hecha un ovillo en el rincón y tosía. A Sifkiss no le gustó cómo sonaba aquella tos. Estaba por asegurar que acabaría tirándola por las cloacas dentro de uno o dos días, lo cual le supondría un poquitín de dinero por hacerse cargo del cadáver. A la mayoría de la gente no le gustaba manipular cadáveres, pero a Sifkiss no le importaba. *Mala es la lluvia que no lava el problema de alguien*, como solía decir la vieja Green. Se encontraba en la parte de atrás, encorvada sobre su viejo escritorio, con una lámpara encendida, la larga cabellera gris cubierta de grasa y la lengua apretada contra sus encías vacías mientras veía acercarse a Sifkiss. Estaba con ella un individuo de aspecto avispado, vestido con un chaleco estampado de hojas plateadas, así que Sifkiss puso buena cara, intentando impresionar.

–¿Lo tienes, verdad? –preguntó la vieja Green.

–Claro –dijo Sifkiss, asintiendo con la cabeza de forma que su sombrero chocó contra una viga situada a poca altura, lo que le llevó a mascullar una maldición mientras trataba de ponérselo en su sitio. Con cara enfadada, dejó el envoltorio encima de la mesa.

–Puedes irte –dijo, sin más, Green.

Sifkiss parecía malhumorado, como si se quedara con ganas de añadir algo más. Aquel chico comenzaba a pensar demasiado y Green tendría que enseñarle el nudoso dorso de su mano antes de que se escapara.

–Aquí lo tienes, como te prometí –señaló con el dedo el envoltorio de piel bajo la luz que proyectaba la lámpara de la vieja mesa, la cual, aunque llena de grietas y de manchas, y sin barniz en muchos sitios, aún seguía siendo un mueble con carácter y bastantes años por delante. Lo mismo que la vieja Green, como ella solía pensar de sí misma.

–No parece gran cosa para tanto jaleo –dijo Fallow, arrugando la nariz y echando encima de la mesa una bolsa, que sonó con ese tintineo tan agradable que sólo hacen las bolsas repletas de monedas. La vieja Green la agarró con una zarpa, la abrió con otra y comenzó a contar.

–¿Por dónde anda esa chica, Kiam? –preguntó Fallow–. ¿Dónde está la pequeña Kiam, eh?

La vieja Green enderezó los hombros sin dejar de contar. Habría sido capaz de hacerlo en medio de una tempestad.

–Fuera, trabajando.

–¿Y cuándo volverá? Me gusta. –Fallow se acercó un poco más y añadió entre susurros–: Podría pagarte un precio condenadamente bueno por ella.

–¡Pero si es mi mejor aprendiza! –exclamó Green–. Puedes llevarte a los demás. ¿Qué tal ese chico, Sifkiss?

–¿Quién, el de la cara de mala leche que te trajo el paquete?

–Trabaja muy bien. Un chico fuerte. Muy valiente. Remaría muy bien en una galera, siempre lo he dicho. Incluso lucharía muy bien.

–¿En un foso? –Fallow lanzó una risotada–. ¿Ese mierdecilla? Me parece que no. Y creo que antes de tirar de un remo, necesitaría unos cuantos azotes.

–Para eso están los látigos ¿no?

–Supongo que sí. Si tengo que llevármelo, me lo llevaré. Y otros tres más. La próxima semana voy al mercado de Westport. Elígelos tú, pero no me des morralla.

–Yo no tengo morralla –dijo la vieja Green.

–Eso es lo único que tienes, maldita timadora. ¿Y qué les dirás a los restantes de la camada, eh? –Fallow puso una voz llena de afectación–. Que se van para servir a la gente bien, o a vivir con los caballos de una granja, o que han sido adoptados por el maldito emperador de Gurkhul, o algo parecido, ¿a que sí? –Fallow se guaseaba, y la vieja Green sintió la súbita necesidad de echar mano a su cuchillo; pero ciertas experiencias la habían convencido de que convenía ser más prudente.

–Les diré lo que tenga que decirles –dijo, rezongando, sin soltar aún las monedas. Aquellos malditos dedos ya sólo eran la mitad de ágiles que antes.

–Hazlo así, y ya vendré otro día a por Kiam, ¿qué te parece? –dijo Fallow, guiñándole un ojo.

–Lo que digas –dijo Green–, lo que digas. –Pero iba a conservar a Kiam. A muchos no los podía salvar, y no era tan ingenua como para querer hacerlo; pero si conseguía salvar a uno solo, en la hora de su muerte podría decir que había hecho mucho. Probablemente no habría nadie escuchándola, pero ella lo sabría–. Eso es todo. El paquete es tuyo.

Fallow lo recogió y salió de aquel maldito sitio que apestaba. Le recordaba demasiado a la cárcel. Por el olor. Y por los ojos de los niños, grandes y húmedos. No le importaba tener que comprarlos y venderlos, pero no quería verles los ojos. ¿Acaso el matarife está obligado a mirar los ojos de las ovejas que sacrifica? Quizá al matarife no le importe. Quizá se haya acostumbrado ya. Pero a Fallow le preocupaba mucho. Tenía mucho corazón.

Sus guardias estaban tumbados delante de la puerta principal, así que agitó una mano para que se levantaran y se preparasen, y luego se puso en medio del cuadrado que formaban los cuatro.

–¿Qué tal la reunión? –preguntó Grenti, mirando de reojo.

–No estuvo mal –contestó Fallow de mala gana, para evitar seguir con la conversación. *¿Qué quieres, amigos o dinero?*, había oído decir a Kurrikan en cierta ocasión, y la frase se le había quedado.

Desgraciadamente, Grenti no parecía darse por enterado.

–¿Nos vamos derechos a ver a Kurrikan?

–Sí –respondió Shallow, tan cortante como podía.

Pero a Grenti le gustaba darle a la lengua. Como, a fin de cuentas, a la mayoría de los matones. Quizá por todo el tiempo que pasaban sin hacer nada.

–Bonita casa la de Kurrikan, ¿no te parece? ¿Cómo se llaman esas columnas que tiene por delante?

–Pilastras –dijo, rezongando, otro de los asesinos.

–No, no, sé como son las pilastras, no. Me refiero al nombre que se le da a ese tipo de arquitectura, con las vides por encima.

–¿Rústica?

–No, no, eso sería la parte de albañilería tallada con el cincel; me refiero al diseño de conjunto… Un momento.

Durante un instante, Fallow se sintió muy aliviado por la interrupción. Luego se preocupó. Una figura se recortaba sobre la niebla delante de ellos. Ocupándola por entero. Hasta entonces, la chusma, los mendigos y los juerguistas que pasaban por aquel sitio se habían apartado a su paso como la tierra ante el arado. Pero aquel ni se movía. Era un tipo alto, tanto como el guardia más alto de Fallow, con una capa blanca y la capucha echada. Bueno, ya no era de color blanco. Nada era blanco por mucho tiempo en Sipani. Era gris, con manchas de humedad y otras más pequeñas, negras, en los bordes.

–Apartadle del camino –ordenó.

–¡Apártate del maldito camino! –gritó Grenti.

–¿Eres Fallow? –El hombre se echó la capucha hacia atrás.

–Es una mujer –dijo Grenti. Y lo era, aunque no lo pareciera por el cuello musculoso, la mandíbula angulosa y la corta cabellera de color rojo.

–Soy Javre –dijo, levantando la mandíbula y sonriéndoles–, la Leona de Hoskopp.

–Quizá sea una chiflada –dijo Grenti.

–Se habrá escapado del manicomio que está carretera arriba.

–En cierta ocasión me escapé de un manicomio –dijo la mujer. Tenía un acento extraño que Fallow no pudo localizar–. Bueno, era… una prisión para magos. Pero algunos de ellos habían enloquecido. Una distinción sutil, porque la mayoría de los magos son, cuando menos, gente excéntrica. Pero me estoy alejando de lo importante. Tenéis algo que necesito.

–¿Ah, sí? –dijo Fallow, empezando a sonreír. Ya estaba menos preocupado. Por dos motivos. Uno, porque era una mujer. Y dos, porque saltaba a la vista que se trataba de una chiflada.

–Sé que no podré convenceros, porque me faltan palabras amables… es una deficiencia que arrastro desde hace mucho tiempo. Así que será mejor para todos que me lo entreguéis voluntariamente.

–Ya verás lo que voy a entregarte voluntariamente –dijo Fallow, mirando a los demás mientras reía entre dientes.

La mujer no se reía.

–Es un paquete envuelto en piel, como… –levantó una mano enorme que abarcaba desde el pulgar al índice, ambos estirados al máximo– cinco veces la longitud de tu polla.

Si sabía algo de lo que contenía el paquete, entonces tenía un serio problema. Y a Fallow no le gustaba bromear acerca de su polla, que no reaccionaba a ningún ungüento. Así que dejó de sonreír y dijo:

–Matadla.

Le pareció que ella alcanzaba a Grenti en alguna parte del pecho, o quizá no, porque todo fue confuso. Grenti abrió unos ojos como platos, profirió un grito extraño y se quedó quieto, oscilando sobre las puntas de los pies, la espada medio desenvainada.

El segundo guardia –un tipo de la Unión, tan grande como una casa– la atacó con su maza pero sólo consiguió tocar su capa. Un instante después lanzó un gañido de sorpresa y cruzó volando la calle boca abajo, para estrellarse contra el muro y caer en medio de la rociada de polvo y de las láminas de yeso desprendidas de la destrozada mampostería que cubría su cuerpo exánime.

El tercer guardia –un tipo con dedos ágiles, natural de Ospria– sacó rápidamente un cuchillo de lanzar, pero antes de que se lo pudiera arrojar, la maza surcó los aires y fue a parar a su cabeza. Cayó sin hacer ruido, con los brazos muy abiertos.

–Se llaman columnas *in antis*. –La mujer apoyó un dedo índice en la frente de Grenti y, muy despacio, lo empujó hacia atrás. Él se derrumbó y cayó de lado en la mugre, silencioso y temblando, mirando con ojos protuberantes a la nada–. Eso ha sido con una mano. –Levantó la otra mano, enorme, y sacó de algún sitio una espada envainada cuya empuñadura brillaba con el color del oro–. Lo siguiente será desenvainar esta espada, forjada en el Tiempo Antiguo con el metal de una estrella fugaz. Sólo seis personas vivas han visto su hoja. Descubriréis que es muy hermosa. Y luego os mataré con ella.

El último guardia intercambió una mirada con Fallow, tiró su hacha y echó a correr

a toda velocidad.

–Uh –dijo la mujer, frunciendo ligeramente sus cejas pelirrojas como si se sintiera desilusionada–. Sólo para que lo sepas: Si huyes, te cogeré en… –Entornó los ojos y frunció los labios, mirando a Fallow de arriba abajo como si lo estuviera tasando. De una manera parecida a como él debía de tasar a los niños y a las niñas. Y Fallow descubrió que no le gustaba que le mirasen de esa manera– cuatro zancadas.

Fallow echó a correr.

Ella le atrapó en tres, y él se encontró repentinamente con la cara en el suelo, mordiendo los guijarros llenos de porquería y con un brazo retorcido por detrás de la espalda.

–¡No tienes ni idea de con quien estás tratando, furcia estúpida! –Intentó liberarse, pero ella le agarraba férreamente, así que chilló de dolor cuando le retorció más el brazo.

–Es cierto que no soy una gran pensadora. –Su voz no denotaba el menor esfuerzo–. Me gustan las cosas sencillas que se hacen bien, y no tengo tiempo para filosofías. ¿Quieres decirme dónde está el paquete, o tendré que sacudirte hasta que caiga?

–¡Trabajo para Kurrikan! –dijo, ahogándose.

–Soy nueva en la ciudad. Los nombres no me dicen nada.

–¡Te encontraré!

–Pues claro. –Reía–. No soy persona que se esconda. Me llamo Javre, la Primera de las Quince. Dama Templaria de la Orden Dorada. Javre, La Que Rompe Cadenas, La Que Rompe Juramentos, La Que Rompe Caras. –Y le asestó un golpe en la nuca que él no se esperaba, el cual, estaba muy seguro, le rompió la nariz contra el empedrado y saturó su paladar con el sabor salado de la sangre–. Para encontrarme, sólo tienes que preguntar por Javre. –Se inclinó encima de él y le habló en la oreja–. Sólo que, en cuanto me encuentres, las dificultades no habrán hecho más que comenzar para ti. Y ahora, ¿dónde está ese paquete?

Fallow comenzó a sentir en una mano algo que se parecía a un pellizco. Al principio pudo soportarlo, pero luego fue haciéndose más y más doloroso, como si algo al rojo vivo le quemase el brazo, de manera que sólo pudo decir, gimoteando como un perro:

–¡Ah, ah, ah, dentro de mi bolsillo, dentro de mi bolsillo!

–Muy bien.

Sintió que unas manos hurgaban entre su ropa, pero no consiguió moverse, y siguió gimiendo mientras sus nervios se calmaban. Estiró el cuello hacia todos lados para verla, y entonces descubrió sus dientes y dijo:

–¡Te juro por mis putos incisivos…!

–¿De veras? –dijo ella, justo cuando sus dedos daban con el bolsillo oculto y sacaban el paquete de él–. Te estás precipitando.

Entonces le metió el pulgar y el índice de su mano derecha en la boca y, haciendo fuerza, le partió los incisivos. Un truco que un anciano le había enseñado en Suljuk y que, como tantas cosas de esta vida, tenía que ver con el juego de muñeca. Lo dejó agachado en la carretera, intentando escupirlos.

–¡La próxima vez que nos encontremos, te enseñaré la espada! –dijo mientras se iba, guardando el paquete debajo de su cinturón. ¡Por los dioses, que blanda era la gente de Sipani! ¿No habría nadie más para ponerla a prueba?

Sacudió la mano resentida. Lo más seguro era que la uña se le pusiese negra y se le cayera, pero le crecería otra. A Fallow no le pasaría lo mismo con los dientes. Y no era la primera vez que se rompía una uña. Como aquella ocasión memorable en que perdió todas

las de las manos y de los pies por los tiernos cuidados del profeta Khalul. *Aquello* sí que fue una prueba. Durante un momento, casi recordó con nostalgia a sus interrogadores. Por supuesto, recordó con nostalgia la cara de su jefe, metida dentro del brasero cuando ella se fugó. ¡Menudo chisporroteo hacía!

Quizá el tal Kurrikan se sintiera lo suficientemente ultrajado para mandar tras ella un asesino decente. Y luego ella podría ir tras él. Aunque no sería como una de las grandes batallas de antaño, no estaría mal para recordarla en algún atardecer.

Hasta entonces Javre había caminado deprisa y en alerta, con los hombros echados hacia atrás. Le encantaba caminar. A cada zancada que daba, sentía su propia fuerza. Con todos los músculos relajados, pero listos para convertir la siguiente zancada en un poderoso *sprint,* o para echarse a rodar por el suelo, o para golpear mortalmente. Sin necesidad de mirar, sentía cómo eran las personas que la rodeaban, juzgaba la amenaza que representaban, predecía su ataque, imaginaba su respuesta; y el aire que la rodeaba estaba lleno de probabilidades calculadas; los alrededores estaban igualmente cartografiados; las distancias, medidas; todas las cosas importantes, reseñadas. Las verdaderas pruebas son aquellas que no ves venir, por eso Javre era el arma que siempre está afilada, el arma que nunca se envaina, la respuesta a cada pregunta.

Pero ninguna hoja se abalanzó sobre ella desde la oscuridad. Ninguna flecha, ningún resplandor de fuego, ningún chorro de veneno. Ninguna banda de asesinos que aparecieran repentinamente desde las sombras.

Qué pena.

Sólo un par de norteños borrachos que salían peleándose del establecimiento de Pombrine, uno de los cuales decía algo entre gruñidos acerca de no sé qué jefe calvo. No les prestó atención y subió al trote los escalones, ignorando a varios guardias con cara de perro que eran, incluso, de peor calidad que los hombres de Fallow, para luego recorrer el pasillo y llegar al salón central, adornado con mármol de pega, candelabros baratos y un mosaico en absoluto excitante, en el que podía verse una pareja entrada en carnes fornicando a estilo caballo. Era evidente que la afluencia vespertina de clientes aún estaba por llegar. Putas y putos, así como un individuo de cuyo sexo Javre no estaba completamente segura, holgazaneaban, aburridos, en aquel ambiente tan recargado.

Pombrine, que se entretenía amonestando a una de su rebaño por ir demasiado vestida, puso cara de asustado nada más verla.

–¿Ya has vuelto? ¿Qué salió mal?

–Todo. –Javre reía a mandíbula batiente. Entonces él abrió mucho los ojos y rió con más fuerza–. Para ellos. –Y, cogiéndole por la muñeca, le puso el paquete en la mano.

–¿Se lo quitaste? –Pombrine miraba aquel objeto informe cubierto con la piel de un animal.

La mujer le pasó uno de sus pesados brazos por encima de los hombros y le dio un apretón. Pombrine tragó saliva cuando sus huesos comenzaron a crujir. Aunque, sin duda, aquella mujer de un tamaño excepcional, apenas podía creer que tuviese tanta fuerza.

–No me conoces. Aún. Soy Javre, la Leona de Hoskopp. –Le miró de arriba abajo, y él tuvo la insólita y desagradable sensación de ser un niño travieso, indefenso cuando es sorprendido por su madre–. Si acepto un desafío, no me desentiendo de él. Pero ya lo aprenderás.

–Estoy ansioso por aprender cuanto antes. –Pombrine se retorció para liberarse del peso abrumador de aquel brazo–. ¿No… lo has abierto?

–Me dijiste que no lo abriera.

–Bien. Bien. –Se la quedó mirando, sonriendo a medias, porque apenas podía creer que hubiera sido tan fácil.

–Pues, entonces, págame.

–Claro. –Y cogió la bolsa.

–Que la mitad sea en carne –dijo ella, levantando una mano llena de callosidades.

–¿En carne?

–¿No es con lo que comercias en este sitio?

–La mitad será mucha carne –comentó, enarcando las cejas.

–Lo resistiré. Pienso quedarme por algún tiempo.

–Qué suerte la nuestra –musitó.

–Me llevaré a éste.

–Una elección excelente, si me…

–Y a éste. Y a este otro. Y a ésa. –Javre se frotó las encallecidas manos–. Me servirá para calentar a los muchachos, porque, con lo que estoy pagando, no creo que yo misma tenga que meneársela a todos ellos.

–Por supuesto que no.

–Soy una mujer de Thond y tengo grandes apetitos.

–Eso parece.

–Y, por el amor del Sol, que alguien me prepare un baño. Si ya huelo como una furcia en celo, no quiero ni imaginarme cómo oleré después. ¡Todos los gatos machos de la ciudad me perseguirán! –Y soltó otra carcajada.

Uno de los hombres tragó saliva. Otro miró a Pombrine con una expresión un tanto desesperada cuando Javre los condujo a la habitación más cercana.

–… tú, quítate los pantalones. Y tú, ayúdame con las vendas de las tetas. No te creerías lo fuerte que me las tengo que apretar para hacer las cosas…

Fue una bendición que la puerta se cerrase.

Pombrine cogió del hombro a Scalacay, su criado más fiel, y lo acercó a él.

–Vete a toda prisa al templo gurko del Tercer Canal, el que tiene las columnas de mármol verde. ¿Lo conoces?

–Sí, amo.

–Y le dices al sacerdote que canta en la entrada, que tienes un mensaje para Ishri. Que maese Pombrine tiene el artículo que estaba buscando. Es para Ishri, ¿lo recordarás?

–Para Ishri. Maese Pombrine tiene el artículo.

–¡Pues corre!

Scalacay salió corriendo y Pombrine se encaminó a su oficina casi con la misma premura, agarrando el objeto con una mano sudorosa. Se acercó a la puerta cerrada y giró la llave, de suerte que las cinco cerraduras quedaron echadas con un ruido metálico tranquilizador.

Sólo entonces se permitió respirar a gusto. Con una especie de temor reverencial, dejó el paquete encima del escritorio. Ahora que ya lo tenía, sintió la necesidad de dilatar aquel momento de triunfo. De considerarlo con la solemnidad que se merecía. Así que se dirigió al armario de los licores y lo abrió, tomando la botella de Shiznadze que su abuelo había puesto en el sitio de honor. Aquel hombre se había pasado la vida aguardando un acontecimiento por el que mereciera la pena descorcharla. Pombrine sonrió mientras alargaba la mano para coger el sacacorchos, y luego apartó del cuello de la botella el papel de plomo que la cubría.

¿Cuánto tiempo llevaba intentando poner a buen recaudo aquel maldito paquete?

Circulaban rumores de que había fracasado, cuando, de hecho, nunca había tenido tanto éxito. Saliéndole al paso a Carcolf una y otra vez hasta que, finalmente, ambos se acostumbraron a verse. Ingeniándoselas para que confiara en él, mientras aquella idiota pensaba que era un hombre de paja sin cerebro, escalando poco a poco posiciones hasta encaramarse en el sitio desde el que podría coger el paquete con sus ávidas manos, y entonces… ¡que mala suerte!, Carcolf que se escabulle, maldita zorra, dejando a Pombrine con lo puesto. Pero entonces… ¡qué buena suerte!, entran en escena las artes predatorias de esa mujer detestable, Javre, quien por arte de birlibirloque tiene éxito donde antes su genio quedó burlado de manera inmisericorde.

¿Acaso importaba cómo lo había conseguido? Su sonrisa creció a medida que tiraba del corcho. Tenía el paquete. Se volvió para contemplar el premio una vez más.

¡Pop! Un arco de vino espumoso que no consigue atinar en la copa va a parar a la alfombra de Kadir. Se queda boquiabierto, porque acaba de ver el paquete colgando de un gancho que se mueve por el aire. Atado al gancho se encuentra un hilo muy fino. El hilo desaparece por un agujero practicado en el techo de cristal encima de su cabeza, donde acaba de divisar una forma oscura que despereza sus miembros.

Pombrine da un salto desesperado, la botella y la copa caen al suelo derramando el vino, pero el paquete se le escurre de entre los dedos que intentan agarrarlo y desaparece rápidamente de su vista.

–¡Guardias! –exclama, agitando un puño–. ¡Al ladrón!

Un instante después reflexiona, y su rabia se convierte en un terror que le deja anonadado.

Porque Ishri está a punto de llegar.

Con un tirón de muñeca bien ensayado, Shev recoge el paquete con la mano enguantada que lo estaba esperando.

–Menuda pescadora –susurra mientras se lo guarda en el bolsillo y cruza el empinado tejado que la ha obligado a colocarse en las rodillas unas almohadillas con brea para no caerse. Con una pierna en cada vertiente del tejado, se escabulle hacia la chimenea, lanza la soga hacia la calle, llega al borde en un santiamén y desciende por la pared. *No pienses en el suelo, nunca pienses en el suelo. Es un sitio agradable, pero no quieres llegar a él tan deprisa…*

–Menuda escaladora –dice en voz baja mientras pasa por delante de una ventana grande que le permite ver un salón en penumbra y decorado de manera muy ramplona, y entonces…

Se agarra con fuerza a la soga y se detiene, balanceándose lentamente.

Por más que tenga unas tremendas ganas de que no la capturen los guardias de Pombrine, lo que acaba de ver en aquella habitación acapara toda su atención. Cuatro, incluso cinco o seis, cuerpos desnudos forman, en una escena de impresionante atletismo, una especie de escultura humana… una maraña de miembros que se agitan lentamente. Mientras mueve la cabeza de un lado a otro para encontrarle un sentido a todo aquello, la piedra angular de aquella composición, que en primera instancia le ha parecido un musculoso pelirrojo, clava su mirada en ella.

–¿Shevedieh?

Era evidente que de hombre nada, aunque lo de musculoso seguía valiendo. Musculosa. Incluso con el pelo cortado era inconfundible.

–¿Javre? ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

–¿No es obvio? –Enarcó una ceja al mirar los cuerpos desnudos que se entrelazaban

con el suyo.

Shev recobró la cordura al escuchar el tintineo metálico de los guardias que estaban por debajo, en la calle.

–¡No me has visto! –dijo, y se deslizó soga abajo mientras el cáñamo siseaba en sus guantes. Golpeó el duro suelo y echó a correr justo cuando un grupo de hombres armados doblaban la esquina a toda velocidad.

–¡Alto, ladrón!

–¡Cogedlo!

Y el gemido desesperado de Pombrine, con voz particularmente estridente:

–¡Mi paquete!

Shev dio un tirón de la cuerda que colgaba por la parte menos ancha de su espalda y sintió que la bolsa se abría para liberar los pinchos. Cuando estos se dispersaron tras ella, no tardó en escuchar los chillidos de una pareja de guardias que se desplomaban en el suelo. Por la mañana tendrían ampollas. Pero acudían más.

–¡Arrinconadlo!

–¡Disparadle!

Shev se echó hacia la izquierda y un instante después escuchó el cántico de una ballesta. El dardo rebotó en la pared que estaba junto a ella y se perdió en la noche. Se quitó los guantes mientras corría, uno de ellos aún humeaba debido a la fricción de momentos antes, y los arrojó por detrás de sus hombros. Dobló a la izquierda, tenía la ruta de escape bien estudiada de antemano, cómo no, y saltó por encima de las mesas instaladas en la terraza del *Verscetti*, pasando de una a otra con grandes zancadas, haciendo que cubiertos y cristalería salieran volando, que los clientes se levantasen, sobresaltados, para desplomarse de inmediato, y que un violinista andrajoso se arrojara al suelo para esconderse.

–Menuda corredora –susurra mientras salta de la última mesa, por encima de las zarpas del guardia que se lanza hacia ella por la izquierda y del juerguista noctámbulo que se le acerca por la derecha, enganchando el cordón, mientras cae, que sujeta el cartel que pone *Verscetti* y dándole un buen tirón.

Cuando ella se echa a rodar, se produce un destello tan intenso como un relámpago y, cuando se levanta, un sonido estruendoso. La lóbrega noche se ilumina de repente, pintando de blanco las fachadas de los edificios. Hay gritos, chillidos y una salva de detonaciones. Sabe que, a su espalda, unas flores de fuego púrpura deben de estar cruzando la calle, lanzando una rociada de chispas doradas, una ostentación muy apropiada para la boda de un barón.

–Es evidente que el tal Qohdam sabe preparar unos fuegos artificiales –musita, resistiéndose a la tentación de detenerse a contemplar el espectáculo para avanzar cautelosamente por una callejuela sombría, ahuyentando a un gato sarnoso, caminando agachada casi cuarenta pasos hasta entrar en un jardín estrecho, intentando respirar sin hacer ruido. Rasga cierto envoltorio que antes ha escondido a conciencia entre las raíces del sauce seco, saca la túnica blanca y se la pone, echando la capucha y aguardando entre las sombras, con la enorme vela votiva en una mano y los oídos atentos a los sonidos de la noche.

–Mierda –dice para sí. A medida que los últimos ecos de la distracción ígnea que ha preparado van desapareciendo, consigue distinguir, apagadas y lejanas, pero acercándose cada vez más, las voces de los guardias de Pombrine y los ruidos de las puertas que van abriendo una tras otra.

–¿Por dónde ha ido?

–¡Creo que por aquí!

–¡Me he quemado una mano por culpa de esos malditos fuegos artificiales! ¡Mira, no miento!

–¡Mi paquete!

–Vamos, vamos –dice ella en voz baja. Ser capturada por aquellos idiotas daría lugar a uno de los momentos más embarazosos de su carrera. Aquella vez, en Adua, cuando se encontró atrapada con un vestido de novia a media altura del edificio del gremio de los Merceros, con flores en el pelo, pero sin ropa interior, mientras una muchedumbre de mirones que crecía como la espuma se arremolinaba más abajo, a pesar de los golpes–. Vamos, vamos, vamos…

Entonces escuchó el cántico que llegaba de la otra dirección y sonrió. Las Hermanas siempre eran puntuales. Ya escuchaba sus pisadas, y el rítmico sonido de sus pies ocultaba el griterío de los guardias de Pombrine y el llanto de una mujer que se había quedado momentáneamente sorda por los fuegos artificiales. El sonido de las pisadas creció lo mismo que su cántico, y la procesión llegó al jardín, con todas aquellas mujeres vestidas de blanco, todas encapuchadas, todas asiendo con fuerza las velas encendidas que mantenían ante sí, espectrales en aquella oscuridad mientras avanzaban al unísono.

–Menuda sacerdotisa –susurra, y sale del jardín, abriéndose paso a codazos hasta colocarse en medio de la procesión. Inclina la vela hacia la izquierda para que la mecha toque la de su vecina. La mujer frunce el ceño y Shev le hace un guiño–. ¿Te importa darle un poco de luz a una chica?

Cuando la vela chisporrotea al encenderse, ella ajusta el paso, y su alegre voz se une a las demás que entonan aquel cántico. Luego bajan por la calle Caldiche y llegan al puente Fintine, donde los noctámbulos cubiertos con máscaras se apartan respetuosamente y las dejan pasar. El local de Pombrine, sus guardias, que cada vez la buscan con más frenesí, y los gruñidos enfurecidos de un par de norteños que discuten como salvajes van quedando atrás en la bruma, lo cual es todo un alivio.

Ya era noche cerrada cuando se deslizó silenciosamente por la ventana que había dejado abierta, con las cortinas mecidas por la brisa y se acercó sigilosamente al confortable sillón. Carcolf se había quedado dormida en él. Una brizna de cabello rubio aleteaba alrededor de su boca cada vez que respiraba. Con los ojos cerrados y el rostro tranquilo, despojada de esa sonrisa displicente que mostraba ante todos, parecía joven. Joven y muy hermosa. ¡Bendita sea la moda de los pantalones entallados! La vela suscitaba un brillo apagado en la pelusilla de sus mejillas, y Shev sintió la necesidad de acercarse a ella para acariciar su cara y pasar un pulgar por aquellos labios…

Pero, por más amiga que fuese del peligro, la jugada habría sido demasiado arriesgada, así que se limitó a gritar:

–¡Uhhh!

Carcolf dio un salto como si fuese una rana a la que acabaran de meter en agua hirviendo, chocó contra la mesa y estuvo a punto de caer al suelo, echándose a temblar y abriendo mucho los ojos.

–Por todos los diablos –musitó, tomando aire como si se ahogara–. ¿Tenías que hacer eso?

–¿Yo? No.

–Se me podrían haber abierto los puntos –Carcolf apretaba una mano contra su pecho.

–Eres increíble. –Shev se pasó la túnica por la cabeza y la tiró a un lado. –Apenas

penetró en la piel.

–Perder tu buena opinión me hiere más profundamente que la hoja de una espada.

Shev se desabrochó las correas que mantenían sujetas sus herramientas de ladrona y después las almohadillas para escalar, procediendo acto seguido a despojarse de sus negros ropajes, actuando como si no le importara si Carcolf miraba o no. Aun así, observó con cierta satisfacción que, sólo cuando empezaba a ponerse una túnica limpia, Carcolf decidió hablar, y con una voz algo ronca.

–¿Y bien?

–¿Y bien qué?

–Aunque siempre haya tenido la fantasía de que una Hermana de la Blancura se desnudase delante de mí, más bien me preguntaba si conseguiste encontrar el…

Shev lanzó el paquete y Carcolf lo cogió al vuelo.

–Sabía que podría confiar en ti. –Carcolf se sentía un poco mareada por el alivio y también más que un poco picada por el deseo. Siempre había tenido debilidad por las mujeres peligrosas.

Diablos, realmente se estaba convirtiendo en su padre…

–Estabas en lo cierto –dijo Shev, dejándose caer en el sillón del que apenas unos instantes antes Carcolf había saltado cuando la asustó–. Lo tenía Pombrine.

–¡Lo sabía! ¡Ese arrastrado! Qué difícil resulta encontrar hoy día un buen señuelo prescindible.

–Me parece que una no puede fiarse de nadie.

–De todas formas, nadie ha salido perjudicado, ¿eh? –Carcolf se levantó la camisa, mostrando los dos cinturones que usaba para guardar dinero y deslizando el paquete en el superior.

Ahora le tocaba mirar a Shev, así que disimuló mientras se servía una copa de vino.

–¿Qué hay en el paquete? –preguntó.

–Estarás más a salvo si no te lo digo.

–No tienes ni idea, ¿verdad?

–Tengo órdenes de no mirar –tuvo que admitir, finalmente, Carcolf.

–¿Y ni siquiera te has preguntado qué podría ser? Quiero decir que, si alguien me dijera que no mirase lo que fuese e insistiera en que no lo hiciera, más ganas tendría yo de mirar. –Shev se inclinó hacia delante, y sus ojos oscuros relucieron con una especie de hechizo invencible, de suerte que, por un instante, la cabeza de Carcolf se llenó con la imagen de las dos retozando juntas por la alfombra, riendo mientras destrozaban el envoltorio y lo abrían. La apartó con dificultad.

–Una ladrona puede hacerse las preguntas que quiera. Una mensajera, no.

–¿Puedes ser un poco más pedante?

–Tendría que esforzarme.

–Bueno, el paquete es tuyo. –Shev bebió un sorbo de vino–. Supongo.

–No, no lo es. Ahí está el problema.

–Creo que me gustabas más cuando ibas de criminal.

–Mentira. Paladeas la oportunidad de corromperme.

–No lo niego. –Shev se retorció en el sillón para que sus largas piernas morenas salieran por el borde de su túnica–. ¿Por qué no te quedas un rato? –Un pie tentativo encontró el talón de Carcolf y se deslizó suavemente por el interior de la pierna a la que pertenecía, subiendo y bajando lentamente–. ¿Para ver si te corrompo?

–Demonios, no sabes cuánto me gustaría –dijo Carcolf, tomando aire con tanta

fuerza que casi le hizo daño. La intensidad de aquella sensación la sorprendió y se concentró en su garganta, al punto de que durante un brevísimo instante sintió como si se ahogase. Durante un brevísimo instante estuvo a punto de tirar el paquete por la ventana para hundirse en el sillón, coger a Shev de la mano y compartir con ella las historias que no contaba desde que había dejado de ser una niña. Durante un brevísimo instante. Después volvió a ser Carcolf y se apartó de Shev, dejando que su pie cayera pesadamente al suelo–. Pero ya sabes cómo son las cosas en este negocio. Hay que aprovechar el momento. –Y cogiendo su chaqueta nueva se volvió para ponérsela, permitiéndose un poco de tiempo para parpadear, con objeto de eliminar cualquier rastro de lágrimas.

–Deberías tomarte unas vacaciones.

–Es lo que me digo al comenzar cada nuevo trabajo y, cuando termina, descubro que… sólo quiero empezar el siguiente. –Carcolf suspiró mientras se abotonaba–. No estoy hecha para quedarme sentada.

–Huh.

–No pretenderás ahora que tú eres diferente.

–No lo pretendo. He estado considerando irme a otro sitio. Quizá a Adua, o volver al Sur…

–Yo preferiría que te quedases aquí. –Cuando Carcolf fue consciente de lo que decía, movió despreocupadamente una mano como para quitarle importancia–. ¿Quién más podría sacarme de los líos en los que me meto? Eres la única persona de esta maldita ciudad en la que confío. –Por supuesto que era una mentira, porque no confiaba para nada en Shev. Una buena mensajera no confía en nadie, y Carcolf era la mejor. Pero siempre se sentía más cómoda mintiendo que afrontando la realidad.

Por el modo en que Shev sonreía, comprendió que ella también estaba perfectamente al tanto de la situación.

–Tan dulce. –En el momento en que Carcolf se marchaba, Shev la agarró con fuerza de la muñeca–. ¿Y mi dinero?

–Tonta de mí. –Carcolf le entregó una bolsa.

–¿Y el resto? –Shev ni siquiera había abierto la bolsa.

Carcolf volvió a suspirar y tiró otra bolsa encima de la cama. Cuando las monedas se dispersaron por las blancas sábanas, el oro brilló bajo la luz de la lámpara.

–Si no lo hubiera intentado, te habrías sentido defraudada.

–La preocupación que muestras por mis delicados sentimientos me resulta conmovedora. ¿Acertaré si digo que nos veremos la próxima vez que pases por aquí? –preguntó cuando Carcolf tocaba el picaporte.

–Contaré los instantes.

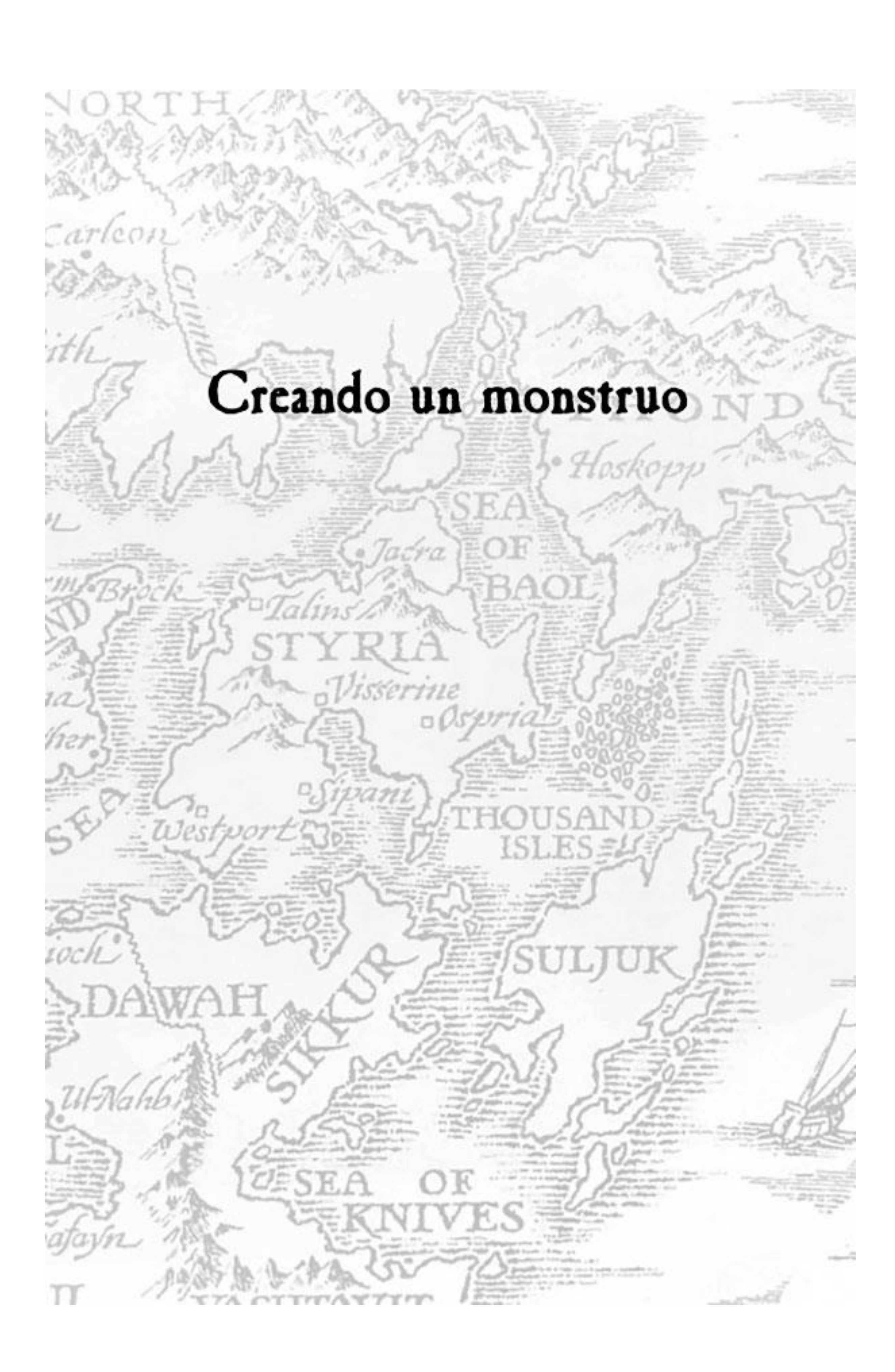
Entonces sintió que quería besarla antes que cualquier otra cosa del mundo, pero como no estaba segura de que la cosa quedase ahí, le lanzó un beso y cerró las puerta tras de sí. Se deslizó rápidamente por el patio en sombras y, abriendo la pesada puerta, salió a la calle, calculando que aún le quedaba algo de tiempo antes de que Shevedieh mirase más de cerca las monedas que contenía la primera bolsa. Quizá eso le hiciera incurrir en algún castigo cósmico, pero habría valido la pena sólo con imaginarse la cara que pondría al descubrir el engaño.

El día había resultado un maldito fiasco, pero pensó que aún hubiera podido ser mucho peor. Todavía tenía tiempo para llegar al barco antes de que cambiase la marea. Carcolf se cubrió con la capucha, haciendo una mueca al sentir el dolor del arañazo recién cosido, de aquella úlcera sin sentido y de la maldita costura que la rozaba y, sin caminar

demasiado deprisa ni demasiado despacio, se sumergió en la noche brumosa, completamente inadvertida.

Diantre, cuánto odiaba Sipani.

Creando un monstruo



Carleon, verano de 570

–Padre, ¿qué es la paz?

Bethod parpadeó al mirar a su hijo mayor. Con once años cumplidos, Scale apenas había conocido lo que era la paz. Quizá sólo a ratos. Retazos de paz en medio de una bruma de sangre. Mientras intentaba responder, Bethod cayó en la cuenta de que él mismo apenas recordaba lo que se sentía al vivir en paz.

¿Cuánto tiempo llevaba viviendo atemorizado?

Se sentó en cuclillas delante de Scale y recordó cuando su padre hacía lo mismo. Su padre, retorcido por la enfermedad y envejecido prematuramente. *Hay hombres que rompen lo que sea sólo porque pueden*, le dijo en cierta ocasión. *Pero, para un jefe, la guerra debe ser el último recurso. Si llegas a la guerra, ya habrás perdido.*

A pesar de todas sus victorias, de lo que había conseguido contra todo pronóstico, de todos los enemigos a los que había llevado al barro, de todos los rescates exigidos y de todas las tierras conquistadas, Bethod había estado perdido durante años. Y en aquellos momentos era consciente de ello.

–Hay paz –dijo– cuando todas las disputas quedan zanjadas y las deudas de sangre saldadas, y todos se sienten contentos con la manera como han quedado las cosas. Bueno, más o menos contentos. Hay paz cuando… ya no lucha nadie.

Scale pensó en lo que le decía y frunció el ceño. Aunque Bethod lo amase sin reservas, no tenía más remedio que admitir que el chico no era, precisamente, muy despierto.

–¿Y quién gana, entonces?

–Todos –respondió Calder.

Bethod enarcó las cejas. Su hijo menor era tan avispado como lerdo era el mayor.

–Eso es. Cuando hay paz, todos ganan.

–Pero Rattleneck juró que sólo habría paz cuando tú hubieses muerto –dijo Scale.

–Es cierto. Pero Rattleneck es una de esas personas que siempre jura a la ligera. A su debido tiempo, se lo pensará mejor. Especialmente con su hijo encadenado ahí abajo.

–¿Lo tienes? *¿Tú?* –terció Ursi desde el rincón de la habitación, dejando de cepillarse el pelo el tiempo suficiente para echarle una mirada de reojo–. Creía que era Nuevededos quien lo tenía prisionero.

–Nuevededos me lo entregará. –Bethod dijo esto a su mujer con cierto desenfado, como si algo así pudiera conseguirse sólo con chasquear los dedos y sin tener que hacer acopio de todo su coraje. ¿Qué jefe es aquel que teme pedir un favor a su propio campeón?

–Pues ordénale que te lo entregue. –Aquellas palabras, tan propias de un hombre, sonaron raras cuando las pronunció una voz atiplada, la de Calder–. Haz que te lo entregue.

–Eso no puedo ordenárselo. El hijo de Rattleneck es prisionero de Nuevededos. Lo tomó en combate, y los Mejores Guerreros hacen las cosas a su manera. –Eso sin mencionar que Bethod no estaba seguro de que Nuevededos fuera a obedecerle, ni de lo que él le haría si se negaba a entregárselo, y la posibilidad de tener que llegar a una confrontación le llenaba de terror–. Hay reglas.

–Las reglas son para quienes las siguen –repuso Calder.

–Las reglas son para todos, y más para quienes gobiernan. Sin reglas, las personas estaríamos desamparadas y sólo tendríamos lo que pudiéramos coger con una mano y agarrar con la otra. El caos.

–Ya lo entiendo –Calder asintió. Y Bethod supo que no mentía. Sus dos hijos se

parecían muy poco. Scale era robusto, rubio y peleón. Calder, esbelto, moreno y astuto. Cada uno de ellos se parecía a su correspondiente madre, tanto que, a veces, Bethod se preguntaba si habrían heredado algo de él.

–¿Y qué haremos con la paz? –preguntó Scale.

–Construir. –Bethod sonrió al pensar en sus planes, desbaratados con tanta frecuencia que había llegado a darlos por perdidos–. Mandaremos a los hombres de vuelta a sus tierras, a sus negocios, a sus familias, a tiempo de recoger la cosecha. Y entonces haremos que nos paguen impuestos.

–¿Impuestos?

–Es un invento del Sur –dijo Calder–. Dinero.

–Cada hombre entrega a su jefe parte de lo que tiene –explicó Bethod–. Y los jefes usamos luego ese dinero para talar bosques, excavar minas y levantar murallas alrededor de nuestras ciudades. Y después construiremos una gran calzada que conecte Carleon con Uffrith.

–¿Una calzada? –dijo Scale entre dientes, sin llegar a ver el encanto de una cinta de tierra batida.

–Los hombres podrán viajar por ella al doble de velocidad que ahora –le contestó Calder, que ya comenzaba a perder la paciencia.

–¿Esos hombres serán combatientes? –preguntó Scale, lleno de esperanza.

–En caso necesario… –respondió Bethod–, pero también viajarán por ella carretas y mercancías, ganado y mensajes. –Señaló la ventana, que brillaba en la oscuridad como invitándoles a vislumbrar el futuro a través de sus vidrios–. Esa calzada será la espina dorsal de la nación que construiremos. Unirá todo el Norte. Por más que yo haya ganado muchas batallas, sólo me recordarán por esa calzada. Es esa calzada lo que cambiará el mundo.

–¿Cómo puedes cambiar el mundo con una calzada? –preguntó Scale.

–Eres idiota –dijo Calder.

Scale le golpeó en una sien y lo tiró al suelo, demostrando así los límites de la inteligencia. Cuando Bethod oyó el grito entrecortado de Ursi, le dio a Scale el mismo trato que él había dado a su hermano y lo tiró al suelo, demostrando así los límites de la fuerza bruta. Un patrón de comportamiento, ciertamente desagradable, que los cuatro allí presentes solían repetir con frecuencia.

–A ver, los dos, en pie –les espetó Bethod.

Mientras se levantaba y se llevaba una mano a la boca manchada de sangre, Calder miró a su hermano de una manera siniestra. Scale le devolvió la mirada y también se llevó una mano a la boca. Bethod agarró a ambos por un brazo y, sujetándolos con fuerza, los acercó uno a otro.

–Somos familia –dijo–. Si no estáis el uno para el otro, ¿quién lo estará? Scale, algún día serás el jefe. Debes controlar tu temperamento. Calder, algún día serás la mano derecha de tu hermano, su representante y su consejero más fiel. Debes controlar tu lengua. Entre los dos tenéis lo mejor de mí y mucho más. Entre los dos podréis hacer que nuestro clan sea el más grande del Norte. Solos no sois nada. Recordadlo.

–Sí, padre –musitó Calder.

–Sí, padre –dijo Scale, rezongando.

–Ahora marchaos. Y si vuelvo a oír hablar de peleas, que sea porque entre los dos le habéis zurrado a alguien. –Puso las manos en jarras mientras ambos se quedaban junto a la puerta, para luego salir al pasillo y cerrar la puerta de golpe tras ellos–. Si apenas puedo

mantener la paz entre mis propios hijos –dijo en voz baja, meneando la cabeza–, ¿cómo podré pacificar a los líderes del Norte?

–Es de esperar que los líderes del Norte se comporten como hombres ya crecidos –dijo Ursi, y su vestido rozó el suelo al ponerse detrás de su marido y deslizar sus manos alrededor de su pecho.

Bethod lanzó una risotada cuando cogió las manos de ella para ponérselas encima del corazón.

–Me temo que eso sería esperar demasiado. En el Norte la gente admira a los grandes guerreros, y los grandes guerreros no suelen ser grandes líderes. Los hombres que no tienen miedo tampoco suelen tener imaginación. Usan la cabeza más para golpear con ella que para pensar. Aplauden a los que están llenos de rencor, de orgullo, de ira, y escogen como líderes a los miembros menos maduros del rebaño.

–Contigo tienen un líder de otra pasta.

–Conseguí que me escucharan. Y conseguiré que Rattleneck me escuche. Y también Nuevededos. –Pero Bethod se preguntaba si quería convencer a su mujer o convencerse a sí mismo–. Puede ser un hombre razonable.

–Quizá lo fuera antes. –Ursi le hablaba al oído, y su aliento le hacía cosquillas en el cuello–. Pero Nuevededos está ebrio de sangre. Se siente orgulloso de matar. A cada día que pase será cada vez menos amigo tuyo y menos podrás fiarte de él, menos hombre y más animal. Cada día que pasa es menos Logen y más Nuevededos.

–Algunos días está bastante tranquilo –dijo Bethod, haciendo un gesto de dolor que significaba que su mujer tenía razón.

–¿Y los demás? La semana pasada acabó con todo un rebaño de ovejas, ¿no lo sabías?

–Lo había oído. –El gesto de dolor de Bethod acabó convirtiéndose en una mueca.

–Porque le molestaba que balaran, dijo. Las mató con sus propias manos, una a una, con tanta calma que las otras ni lo notaron.

–Lo había oído.

–Y cuando la perra pastora que lo cuidaba ladró, él le aplastó la cabeza. Lo encontraron dormido, roncando entre los cadáveres. Está hecho de muerte, y lleva la muerte a donde va. Me da miedo.

Bethod se volvió para mirarla a la cara y posó una mano amable en una de sus mejillas.

–No tienes por qué tenerle miedo. Tú no. –Pero bien sabían los muertos que él sí que estaba asustado. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo atemorizado?

Ursi le cogió de la mano.

–Él no me asusta. Lo que me asusta son los problemas que puede causarte. Que te *causará*. –Su voz se convirtió en un murmullo cuando lo miró a los ojos–. Sabes que tengo razón. ¿Qué crees que pasará cuando firmes una paz precaria? Nuevededos no es una espada que se pueda colgar encima de la chimenea para contar historias acerca de ella después de cenar. Es Nueve el Sanguinario. Si le quitas los combates, ¿crees que dejará de luchar? No. Los buscará por su cuenta, y con el que esté más cerca. Porque él es así. Antes o después intentará luchar contigo.

–Pero yo se lo debo –musitó–. Sin él, nosotros nunca…

–La Gran Niveladora salda todas las deudas –dijo ella.

–Hay reglas. –Pero lo decía sin convicción, y por eso apenas se atrevía a mirarla a los ojos.

–Dile eso a los niños, por supuesto –dijo en voz baja–. Pero nosotros sabemos que las cosas son de otra manera. Sólo hay juicios: qué es mejor, qué es peor.

–Hablaré con él –volvió a decir, sabiendo lo poco convincente que sonaba. Incluso para él. Se soltó de su esposa y fue hacia la ventana–. Me entregará al hijo de Rattleneck. Comprenderá que tiene sentido. *Tiene* que comprenderlo. –Plantó los puños en el alféizar y agachó la cabeza–. Por los muertos, estoy cansado de todo esto. Enfermo de tanta sangre.

Ella se le acercó nuevamente, acariciándole en un hombro y en la nuca, y él suspiró al sentirlo.

–Nunca quisiste tanta sangre.

Al oírlo se echó a reír, pero sin alegría.

–Sí que la quise. La exigí. No tanta, porque nunca pensé que pudiéramos llegar tan lejos, pero eso es lo que ocurre con la sangre. Las heridas son fáciles de abrir, pero difíciles de cerrar. Y yo estaba ansioso por abrir muchas. Necesitaba un hombre que luchase por mí. Necesitaba un hombre que no se detuviera ante nada. Necesitaba un monstruo.

–Y encontraste uno.

–No –dijo en voz baja mientras apartaba la mano de su mujer–. Creé uno.

Era uno de aquellos días al comienzo del verano, cuando, a la manera de un astuto general, el cálido sol te hace salir y entonces te sorprende con un violento aguacero que no te esperabas. La paja de los aleros estaba empapada por la última lluvia que había caído, y el patio de la fortaleza pisoteado hasta quedar recubierto de barro y lleno de charcos que destellaban.

–Mal día para lanzar un ataque –dijo Craw que, pegado al hombro de Bethod, no dejaba de vigilar, dejando una mano en la empuñadura de su espada–. Y bueno para mantener una buena posición.

–No hay días malos para mantener una buena posición –dijo Bethod mientras cruzaba el patio, chapoteando en busca de suelo firme donde pisar, pero sin conseguirlo.

–Supongo que un buen líder mantiene una posición donde pueda, dejando que los hombres menos prudentes que él sean los que ataquen.

–Así es –confirmó Bethod–. ¿Mi posición te parece buena?

–No lo sé, jefe –respondió Craw, rascándose la barba de color castaño.

La cuarta parte del ejército de Bethod había acampado fuera de las puertas. Los hombres estaban sentados en corrillos alrededor de sus tiendas, cocinando y bebiendo, arrancándose las costras y jugándose a los dados los trofeos de la batalla del día anterior, haraganeando bajo la luz del sol. Cuando Bethod pasó a su lado, levantaron sus armas melladas para golpear con ellas sus escudos abollados y prorrumpieron en gritos de alabanza:

–¡El jefe! ¡Es el jefe!

–¡Bethod!

–¡Otra victoria más!

Se preguntó cuánto tiempo duraría aquel aluvión de vítores si las victorias comenzaban a escasear. No mucho, suponía. Meneó la cabeza ante aquellos pensamientos. Por los muertos, ¿es que no había ningún éxito que no pudiera considerar un fracaso?

La tienda de Logen estaba apartada de las de los demás. No era fácil decir si había decidido plantarla lejos de ellos, o si la había plantado donde le había parecido y los demás habían decidido mantenerse alejados de él. Fuera como fuese, estaba lejos. Al verla desde fuera, nadie hubiera pensado que era la tienda del hombre más temido en el Norte. Una cosa sucia, grande, informe, una lona mohosa que ondeaba bajo la brisa.

El Sabueso estaba sentado junto a un fuego ya apagado, cerca de la lona que no dejaba de moverse, pelando palos que se convertirían en astiles de flechas. Tan fiel como cualquier perro ante la puerta de su amo. A pesar de lo que la gente dijera, Bethod era un hombre compasivo, y en aquel momento sintió una pizca de compasión. Aunque se sintiera estrechamente ligado a Nuevededos, nunca podría estarlo tanto como aquel pobre desgraciado.

–¿Dónde está el resto de vuestra gente? –preguntó.

–Tresárboles se los llevó de descubierta –respondió el Sabueso.

–Quieres decir que se los llevó a donde no tuvieran que enfrentarse con su vergüenza.

El Sabueso levantó la mirada durante un instante, en absoluto intimidado, y repuso:

–Quizá, jefe. Supongo que todos tenemos vergüenzas.

–Aguarda aquí –gruñó Bethod, mirando a Craw para que no se apartase de su lado mientras levantaba el faldón de la tienda.

–No quisiera entrar ahí adentro –dijo el Sabueso, comenzando a levantarse.

–No tienes por qué –le espetó Bethod, a quien el tener que andar chapoteando le quitaba las ganas de volver en otro momento. Era el jefe, y se comportaría como tal. Echó hacia atrás el faldón de la tienda y exclamó:

–¡Nuevededos!

Sus ojos tardaron un instante en acomodarse a aquella penumbra que olía a falta de ventilación. Un instante en el que percibió el olor fuerte de cuerpos desaseados y escuchó una discusión, un gruñido y el ruido que hace una piel cuando alguien tira de ella.

Entonces vio a Nuevededos desnudo y arrodillado encima de un montón de pieles ya sin pelo, con los músculos de la espalda tensos como cuerdas y la cabeza torcida para mirar por encima de la gran losa que formaban sus hombros. La cicatriz nueva que tenía en la mejilla relucía oscura en un rastro de puntadas torcidas. Sus ojos estaban muy abiertos y los dientes descubiertos en un gruñido animal, y Bethod pensó por un momento que se lanzaría contra él para matarlo.

Justo entonces, su rostro lleno de cicatrices recientes estalló en una sonrisa sin malicia:

–Bueno, jefe, entra o sal, pero no te quedes ahí, porque la brisa me da en el culo.

Entonces Bethod vio a la mujer o, mejor, sus rodillas, detrás de Nuevededos, y la luz del día iluminó su cabello grasiento y una parte de su rostro llena de sudor.

Por mil razones, a Bethod le hubiera gustado muchísimo irse. Pero Rattleneck estaba de camino. Había que hacerlo, y hacerlo en ese momento.

–Lárgate –dijo Bethod, y aquella mujer, en lugar de levantarse de un salto y obedecer, se enroscó en Nuevededos, aguardando lo que éste decidiera.

–Ya has oído al jefe –comentó, encogiéndose de hombros.

Bethod podía ser el rey de Carleon y de Uffrith juntas y el vencedor de dos docenas de batallas, sin contar con que todos lo habían reconocido como el jefe guerrero más importante desde Skarling el Desencapuchado. Pero a Logen Nuevededos lo envolvía el aura de miedo que había cosechado en los últimos años. Un aura de muerte. Como la de Shama el Cruel, pero peor, porque después de cada duelo ganado y de cada hombre muerto no hacía sino empeorar.

Nueve El Sanguinario dominaba todo lo que se encontraba al alcance de su mano.

La mujer se levantó de la cama, retorciéndose como una culebra, y esquivó a Bethod, cogiendo, de paso, su ropa y largándose sin detenerse para ponérsela. Sólo los

muertos saben lo aliviada que se sintió. Sólo con dirigirle la palabra a Nuevededos, a Bethod se le aflojaban las tripas. No se atrevía ni a imaginar lo que sería tener que follar con él. Echó un último vistazo a la luz del día que ya comenzaba a echar de menos y dejó caer el faldón, replegándose en la oscuridad con su viejo amigo. Su viejo enemigo.

Nuevededos se había echado boca arriba encima de las mugrientas pieles, tan despreocupado como si estuviese solo, abierto de piernas y de brazos, y con la polla medio tiesa caída hacia un lado.

–Nada como follar por la tarde, ¿a que no? –preguntó al techo de la tienda.

–¿Qué? –Aunque Bethod se ufanase de que nunca podían sorprenderlo, últimamente parecía que todo lo que decía Nuevededos le cogía desprevenido.

–Follar. –Se apoyó en los codos–. Jefe, ¿has estado follando?

–He estado haciendo planes.

–Bueno, pero huele como cuando se folla.

–Eres tú.

–Uh. –Nuevededos se olisqueó un sobaco y enarcó una ceja marcada de cicatrices, como dando a entender que tenía razón–. Bueno, pues deberías follar. Por la tarde. Cuando quieras. Pareces preocupado.

–Estoy preocupado porque medio Norte me quiere muerto.

–Pues a mí me quiere muerto todo el Norte –dijo Logen, sonriendo–. ¿Me ves preocupado? Si algo tiene Logen Nuevededos es que siempre mira el lado bueno de las cosas. –Bethod rechinó los dientes, porque ya estaba cansado de escuchar aquella frasecita–. Cuando el otro día vi a tu mujer, me pareció que también estaba preocupada. ¿Cuándo fue, ayer? ¿Un día antes? Sin la jodienda, el matrimonio se queda en nada. Ése es el sentido de todo el asunto.

Bethod apenas sabía que decir. El olor de aquel sitio le estaba dejando mareado.

–¿Ahora me vas a dar lecciones acerca del matrimonio? ¿Tú?

–La sabiduría es la sabiduría, no importa de quien provenga, ¿o no? Lo que quiero decir es que si un hombre tiene que escoger entre follar y luchar, yo escojo luchar. Si algo tiene Logen Nuevededos es que es un luchador, pero follar alivia…

–Ya llega Rattleneck –dijo Bethod.

–¿Aquí?

–Sí.

–Creo que debería vestirme. –Nuevededos frunció el ceño.

–No estaría mal.

Pero, desgraciadamente, no se vistió. Acercó las rodillas a su cara y, tan veloz como una serpiente, se levantó de un salto, se irguió todo lo alto que era, abrió los brazos todo lo que pudo y movió los dedos. Esto es, los nueve dedos y el muñón.

Bethod tragó saliva. Hubiera jurado que aquel bastardo era más alto que antes. Él no era bajo, pero Nuevededos le sacaba media cabeza, una masa retorcida de cicatrices, músculos y tendones cincelados, como si fuese una máquina hecha para matar en la que los ingenieros que la habían creado no hubiesen escatimado nada. Sentía orgullo, odio y desprecio por el mundo y por todos los que vivían en él. También por Bethod, que se suponía que era su jefe.

Bethod volvió a preguntarse si se atrevería a hacer lo que Ursi quería. Matar a Nuevededos. Se lo llevaba preguntando desde Heonan, cuando Logen escaló los acantilados y derramó la sangre de los montañeses a pesar de sus órdenes. Mientras los necios se precipitaban a vitorear su audacia y a componer canciones mediocres acerca de su

destreza, Bethod había estado pensando cómo matar a aquel loco sediento de sangre. A quién podría enviar contra él y cuándo. ¿Sería muy difícil acuchillarlo en medio de la noche? Había que matar al perro rabioso antes de que mordiera la mano de su amo. O, quizá, antes de que le cortara la cabeza.

No obstante… no obstante… eran amigos, ¿o no? ¿No estaba Bethod en deuda con él? ¿Acaso no había reglas? Un hombre tiene que pagar sus deudas, como su padre solía decir.

Y luego estaba esa sensación de inseguridad que notaba en la nuca. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si Nueve el Sanguinario sobrevivía e iba a por él?

–¿Así que llega Rattleneck? –Nuevededos fue hacia una mesa hecha con una antigua puerta, y sus testículos golpeaban sus muslos a cada paso que daba–. ¿Qué andará buscando ese viejo bastardo?

–Yo le pedí que viniera.

Nuevededos se detuvo con la mano izquierda a medio camino de tocar la mesa.

–¿En serio? –Había encima de la mesa una jarra de vino y unas copas. También un cuchillo enorme justo al lado de una espada, clavado en la arañada superficie de la mesa, al alcance de tres de los dedos de Logen, y su hoja refulgía con frialdad bajo los pequeños rayos de luz diurna que se colaban por la tienda.

Bethod comprendió que sólo en una armería habría podido encontrar más armas que en aquella tienda. Una espada envainada yacía en el suelo, enredada con su cinturón, y otra, desenvainada, encima. Cerca de ella vio un hacha con una gran hoja manchada de algo marrón, y aunque Bethod esperaba que aquello fuera óxido, se temía que no lo fuera. También un escudo, tan mellado, dentado y surcado de arañazos que no había manera de saber si alguna vez había lucido encima algún dibujo. Y cuchillos. Cuchillos por doquier: entre las pieles, por las que asomaban los reveladores destellos de sus hojas y sus empuñaduras; clavados en las vigas de la tienda; enterrados hasta la empuñadura en el suelo. *Nunca se tienen suficientes cuchillos*, como solía decir Nuevededos.

Bethod se preguntó a cuántos hombres había matado. Si alguien podría contarlos. Mejores Guerreros, campeones, guerreros famosos, Thralls, shankas, campesinos, mujeres y niños. Todo lo que respiraba y que había dejado de respirar por su causa. El hecho de matar a Bethod no significaría nada para él. Cada momento que estaban juntos era un momento en que decidía no hacerlo. Y Bethod volvió a sentir, como sentía diez veces al día, lo débil que era el poder. Qué ilusión tan endeble. Una mentira que todos, por alguna razón desconocida, decidían tomar por verdad. Aquella espada encima de la mesa podía ponerle fin rápidamente, y también poner fin a Bethod y a todo aquello por lo que había trabajado. A todo lo que quería legar a sus hijos.

Nuevededos mostró una sonrisa ávida, de lobo, como si acabara de levantar el velo con el que Bethod revestía su autoridad y leyera sus pensamientos. Cogió con tres dedos la jarra de vino y preguntó:

–¿Quieres que lo mate?

–¿A Rattleneck?

–Sí.

–No.

–Oh. –Nuevededos pareció un tanto abatido y luego comenzó a echar vino en una copa–. Bien.

–Quiero firmar la paz con él.

–¿La paz? –Nuevededos se quedó quieto con la copa a medio camino de sus

labios–. ¿La paz? –Era como si rumiase aquella palabra dentro de su boca, tal y como hubiera podido hacer con una comida nunca antes vista. Como si aquella palabra no existiese en su idioma–. ¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? –Bethod parpadeó, perplejo.

–¡Jefe, puedo acabar con ese cabrón, créeme! ¡Puedo acabar con él *así*! –Y la copa que tenía en la mano estalló, sembrando de vino y de trocitos de cerámica las pieles que cubrían el suelo de la tienda. Nuevededos parpadeó al ver que el puño le sangraba, como si no tuviera ni idea de lo que acababa de suceder–. Uh. Mierda. –Buscó algo para secárselo, luego desistió y se lo limpió en el pecho.

Bethod dio un paso hacia él. Bien sabían los muertos que no quería. Bien sabían los muertos que el corazón le martillaba en el pecho. Pero, aún así, se acercó a él, lo miró y dijo:

–Logen, no puedes matar a todo el mundo.

Nuevededos sonrió siniestramente mientras alargaba la mano para coger otra copa.

–La gente siempre me está diciendo a quién no puedo matar. Pero los hombres fuertes, los débiles, los que tienen nombres sonoros y los que tienen nombres anónimos, todos mueren si se les hiere lo suficiente. ¿Te acuerdas de Shama el Cruel? Todos me decían que no luchase contra él.

–Yo fui uno de los que te lo dijo.

–Sólo porque tenías miedo de que perdiera. Pero cuando luché con él, y cuando viste que el vencedor sería yo… ¿me pediste que parase?

Bethod tragó saliva, tenía la boca seca. Recordaba muy bien aquel día. La nieve en los árboles, el aliento condensado de toda aquella gente, el estruendo de los aceros y el dolor de sus puños apretados, deseando que Nuevededos ganase. Quería que ganase desesperadamente, había depositado todas sus esperanzas en él.

–No –contestó.

–No. Y cuando me puse a destriparlo con su propia espada… ¿me pediste que parase?

–No –respondió Bethod. Recordó el vapor que desprendían sus entrañas, recordó su olor, recordó el gorgoteo de dolor que Shama el Cruel emitió al morir, y el rugido de triunfo que brotó de su propia garganta–. Te vitoreé.

–Sí. Entonces, si bien recuerdo, no querías la paz. Sentías… –Los ojos de Nuevededos brillaban enfebrecidos, sus manos se cerraron en el aire mientras buscaba la palabra–. Sentías… la *alegría* del momento, ¡no digas que no! Mejor que el amor. Mejor que follar. Mejor que todo. ¡No lo niegues!

Bethod tragó saliva antes de contestar.

–Sí. –Aquella alegría aún podía sentirla.

–Tú me mostraste el camino. –Nuevededos levantó el dedo índice y tocó suavemente el pecho de Bethod. A pesar de todo, al sentir su roce, todo el cuerpo de Bethod se quedó helado–. Fuiste tú. Y yo lo seguí. Sin que me importase adónde pudiera llevarme, cuán lejos tuviese que ir, cuán oscuro estuviera o todo lo que pudiese estar en mi contra, seguí tu camino. Permíteme que ahora sea yo quien *te* lo muestre.

–¿Y adónde nos conducirá?

Nuevededos levantó los brazos y señaló con la cabeza la lona sucia que se encontraba por encima de sus cabezas, la cual ondeaba lentamente bajo la brisa.

–¡A todo el Norte! ¡Al mundo entero!

–No quiero todo el Norte. Quiero la paz.

–¿Y qué significa la paz?
–Todo lo que tú quieras que signifique.
–¿Y si lo único que quiero es matar al hijo de Rattleneck?
Por los muertos, era peor que hablar con Scale. Era como hablar con un niño. Un niño terriblemente peligroso que acababa de plantarse en medio del camino que Bethod había decidido tomar.
–Escúchame, Logen *–cuidado, no te impacientes–*, si matas al hijo de Rattleneck, las disputas no terminarán. No terminará la sangre. En el Norte, todos estarán contra nosotros.
–¿Y a mí qué me importa? ¡Que vengan! Es mi prisionero. Yo lo capturé y yo decidiré lo que tenga que hacerse con él. –Su voz se hizo más fuerte, más ronca–. ¡Yo decidiré! ¡Yo lo diré! –Se golpeó el pecho con un dedo mientras la saliva le asomaba por la boca y los ojos se le abrían desmesuradamente–. ¡Es más fácil parar a Whiteflow que a Nueve el Sanguinario!
Bethod se le quedó mirando. Ebrio de sangre y orgulloso de matar, como había dicho Ursi. El egoísmo de un niño, el salvajismo de un lobo, la vanidad de un héroe. ¿Realmente podía ser el mismo hombre al que antaño consideró su amigo más íntimo? ¿El mismo que solía cabalgar a su lado, siempre riendo? ¿Señalando con el dedo la parte del terreno donde un ejército quedaría mejor asentado? ¿Cómo aprovecharían el terreno para convertirlo en una fortaleza, en una trampa, en un arma? Apenas lo reconocía como tal.
Durante un instante quiso preguntarle: *¿Qué te ha pasado?*, pero ya sabía cuál era la respuesta. ¿Acaso no había estado con él? Él mismo le había indicado el camino a seguir, tal y como decía Nuevededos. Y le había acompañado gustosamente. Había recogido la recompensa, riendo mientras lo hacía. Había creado un monstruo y ahora tenía que enmendarlo. Al menos, intentarlo. Por todos. Por Logen. Por sí mismo.
Bajó la voz y habló despacio, con calma. No atacaría, pero tampoco se retiraría. Era una roca.
–Pues claro que es tu prisionero. Tendrás que decidir. No tienes más remedio. Pero te lo estoy pidiendo, Logen. Como jefe tuyo. Como amigo tuyo. Permíteme que lo utilice. ¿Sabes lo que solía decir mi padre?
Logen parpadeó y frunció el ceño como un niño rencoroso. Y, al igual que a un niño rencoroso, la curiosidad le venció.
–¿Qué solía decir?
Bethod intentó insuflar en sus palabras toda la convicción de que disponía. Como hacía su padre, para quien cada palabra pesaba tanto como una montaña.
–Pues que antes de enviar a un hombre al barro, hay que asegurarse de que, si sigue con vida, ya no le servirá a uno para nada. Algunos aplastan cualquier cosa sólo porque pueden hacerlo. Son demasiado estúpidos para comprender que no hay nada que manifieste tanto poder como la compasión.
–¿Me estás llamando estúpido? –dijo Nuevededos, un tanto perplejo.
Bethod miró los pozos negros que eran sus ojos, observó el tímido reflejo de su rostro en sus comisuras y respondió:
–Demuestra que no lo eres.
Entonces se miraron el uno al otro durante lo que pareció una eternidad, lo suficientemente cerca para que Bethod notase el aliento de Nuevededos en la cara. Sin saber qué podría suceder. Sin saber si Nuevededos accedería. Sin saber si le mataría allí mismo. Sin saber nada.

Después, como la hoja de acero que sueltan repentinamente cuando dejan de doblarla, la boca de Logen dibujó una sonrisa.

–Tienes razón. Claro que sí. Sólo estaba bromeando. –Y, con el dorso de una mano, le dio a Bethod una fuerte palmada en un brazo.

A Bethod no le pareció que hubiera estado bromeando durante los últimos momentos.

–La paz es lo que necesitamos en estos momentos. –Logen, de buen humor, tamborileó con los dedos en la mesa y se sirvió más vino, derramando un poco sobre una pierna, pero sin notarlo apenas–. Lo que quiero decir es que el cadáver de ese bastardo no me sirve para nada, ¿verdad? Muerto no sirve para nada. Sólo es carne. Sólo barro. Devuélveselo a Rattleneck. Mándaselo de vuelta a papaíto. Es lo mejor. Terminemos con esto y volvamos a casa. A criar malditos cerdos o alguna otra mierda. Es tuyo.

–Gracias sean dadas a los muertos –musitó Bethod, que apenas podía hablar por lo deprisa que latía su corazón–. Has elegido bien. Créeme. –Respiró hondamente y se dirigió con paso vacilante hacia la entrada de la tienda. Pero antes de llegar a ella, se detuvo, dándose la vuelta.

Como su padre decía, un hombre debe pagar sus deudas.

–Gracias, Logen –dijo–. De corazón. No podría haberlo hecho sin ti. Estoy seguro.

–¿Y para qué están los amigos? –Logen rió. Y luego enarboló aquella sonrisa fácil que solía emplear, la de un hombre que no alberga ningún propósito retorcido, y en el corte reciente que se había hecho en una mejilla rezumó una estría de sangre–. ¿Adónde habrá ido esa chica?

Fuera el sol brillaba, y Bethod cerró los ojos y respiró con fuerza, secándose el sudor de la frente con el dorso de una mano.

Lo había conseguido. Sentía su sabor.

El de la libertad.

El de la paz.

Las hoces en los campos, los hombres construyendo y no destruyendo, los bosques talados para construir su gran carretera, y una nación que surgía del polvo y las cenizas. Una nación por la que todos los sacrificios habrían valido la pena…

Y lo único que había tenido que hacer era que un hombre que le odiaba por encima de todo viese las cosas de la misma manera que él. Respiró una vez más y suspiró.

–¿Te ha entregado el hijo de Rattleneck? –preguntó Craw, dejando de morderse la uña del pulgar para escupir los pedacitos.

–Sí.

El Sabueso cerró los ojos e imitó el suspiro de alivio de Craw.

–Gracias sean dadas a los muertos. Intenté decírselo. Lo intenté, pero…

–En estos tiempos, no es una persona con la que resulte fácil hablar.

–Cierto, no lo es.

–Retenlo aquí hasta que Rattleneck se haya ido –dijo Bethod–. Lo último que necesito es a Nueve el Sanguinario deambulando por las negociaciones con la polla húmeda colgando. ¡Y, por los muertos, que no cometa ninguna estupidez!

–No es estúpido.

Bethod volvió a mirar la oscura boca de la tienda de la que se escapaba el alegre tarareo de Logen.

–Pues, entonces, asegúrate de que no cometa ninguna locura.

–Quédate ahí –dijo Craw, poniéndose delante de Bethod y desenvainando su espada

a modo de advertencia.

–Por supuesto. –El desconocido no tenía aspecto de ser una amenaza ni siquiera para Bethod, que estaba acostumbrado a ver amenazas por doquier. Era un hombrecillo de apariencia corriente, cuyas ropas estaban manchadas por el viaje y que se apoyaba en un bastón–. Sólo le pido un momento de su tiempo, Milord Bethod.

–No soy de la nobleza –dijo Bethod.

El hombre se limitó a sonreír. A Bethod le pareció que había algo raro en él. Un brillo de malicia en sus ojos. Cada uno de un color diferente.

–Trata a todos los hombres como si fuesen emperadores y no ofenderás a ninguno.

–Entonces, acompáñeme –Bethod comenzó a caminar por el barro entre las tiendas en dirección a la fortaleza–, y podré dedicarle ese momento.

–Me llamo Sulfur. –Hizo una profunda reverencia mientras le seguía a toda prisa. Una muestra de las elaboradas costumbres del Sur que tanta gracia le hacían a Bethod–. Soy un emisario.

Bethod resopló. Por lo general, los emisarios no traían buenas nuevas. Nuevos desafíos, nuevos insultos, nuevas amenazas, nuevas disputas, pero raramente buenas nuevas.

–¿De qué clan?

–De ningún clan, mi señor. Me envía Bayaz, el Primero de los Magos.

–Uh –dijo Craw con un gruñido de descontento y con la espada aún medio desenvainada.

Y entonces Bethod supo qué era lo que más le inquietaba de aquel individuo. Que no llevase armas encima. En aquellos tiempos tan sangrientos era tan extraño como viajar sin cabeza.

–¿Y qué puede querer de mí ese mago? –preguntó Bethod, un tanto preocupado. La magia le desagradaba. Sólo le gustaba lo que podía tocar, predecir y en lo que podía confiar.

–No se trata de lo que él pueda querer, sino de lo que *usted* quiere. Mi señor es un hombre muy sabio y poderoso. Quizá el más sabio y poderoso de estos últimos tiempos. Sin duda podría ayudarle en sus… –Sulfur ondeó una mano de largos dedos mientras buscaba la palabra– dificultades.

–Por supuesto que aprecio cualquier ofrecimiento de ayuda –pasaron chapoteando entre los guardias y luego por la puerta de la fortaleza–, pero mis dificultades finalizan hoy.

–Mi señor no cabrá en sí de contento al saberlo. Pero, si me permite decirlo, el problema de las viejas dificultades que acaban por resolverse es que poco después comienzan a presentarse otras nuevas.

Bethod lanzó un bufido al escucharlo, justo cuando ponía un pie en los peldaños y miraba ceñudo hacia la entrada, con Craw a su lado.

–Eso es muy cierto.

Sulfur siguió hablándole al oído con voz tan queda como sutil.

–La puerta de mi señor seguirá abierta, por si sus dificultades comienzan a pesarle demasiado y no puede aguantarlas por sí solo. Cuando quiera, puede ir a visitarlo a la Gran Biblioteca del Norte.

–Dele las gracias a su señor, y dígale que no tengo necesidad de… –dijo Bethod, volviéndose, pero aquel hombre ya se había ido.

–Jefe, Rattleneck está de camino. –Pálido Como la Nieve recorría el patio a grandes pasos, la capa manchada de barro por la cabalgada–. ¿Tendrás a su hijo, no?

–Lo tengo.
–¿Nuevededos accedió a entregártelo?
–Sí.
–Bien por él. –Pálido Como la Nieve enarcó sus blancas cejas.
–¿Y por qué no iba a hacerlo? Soy su jefe.
–Claro que sí. Y también el mío. Pero, tal y como andan últimamente las cosas, no sé lo que ese bastardo loco puede hacer de un día para otro. En ocasiones lo miro y… –sintió un escalofrío– pienso que podría matarme sin más.
–Los tiempos duros requieren hombres duros –dijo Craw.
–Así es, Craw –dijo Pálido Como la Nieve–, y sin duda estos tiempos lo son. Bien saben los muertos que me he enfrentado a unos cuantos tipos duros. He luchado con ellos y contra ellos. Nombres importantes. Bastardos peligrosos. –Se inclinó hacia delante, en un agitar bajo el viento de su blanca cabellera, y escupió–. Pero nadie me ha asustado tanto como Nueve el Sanguinario. ¿Y a ti?
Craw tragó saliva y no respondió.
–¿Confías en él?
–Le confiaría mi vida –dijo Bethod–. ¿No lo hemos hecho todos en varias ocasiones? Y siempre ha respondido.
–Sí, y supongo que también respondió cuando secuestró al hijo de Rattleneck. –dijo Pálido Como la Nieve con una sonrisa–. La paz, ¿eh, jefe?
–La paz –contestó Bethod, dando vueltas dentro de su boca a aquella palabra, como si la saborease.
–La paz –musitó Craw–. Creo que volveré a mi trabajo de carpintero.
–La paz –dijo Pálido Como la Nieve, meneando la cabeza como si no pudiera creer que tal cosa pudiera suceder–. Entonces les diré a Huesocorto y a Costado Blanco que se retiren, ¿eh?
–Diles que se preparen –dijo Bethod. Le parecía oír un ruido de cascos de caballo al otro lado de la entrada–. Que sus hombres se dispongan para el combate. Todos.
–Pero…
–El jefe prudente confía en no necesitar su espada. Pero la mantiene afilada.
–Así debe ser, jefe. –Pálido Como la Nieve sonreía–. De nada vale tenerla embotada.
Los jinetes entraron por la puerta con un ruido atronador. Hombres agotados por el combate, montados en caballos listos para el combate. Hombres hechos a las armas y a las armaduras. Hombres que fruncían el ceño como blandían un arma. Al frente iba Rattleneck, casi calvo y entrado en carnes, pero aún un gran hombre, con anillas doradas en la camisa de cota de malla, anillos de oro en el pelo y oro en la empuñadura de la pesada espada.
Refrenó bruscamente su cabalgadura, salpicando de barro el patio y a todos los que estaban en él, y miró con enfado a Bethod, enseñándole los dientes.
Bethod se limitó a sonreír. A fin de cuentas, contaba con la ventaja. Podía permitírselo.
–Bienvenido, Rattleneck…
–Me parece que no –le interrumpió–. Es un mal encuentro. ¡Una mierda de encuentro! Vaya, el maldito Curnden Craw, ¿no eres tú?
–Sí –respondió Craw muy tranquilo, metiendo las manos en el cinturón de la espada.
Rattleneck movió la cabeza, diciendo:

–Jamás hubiera imaginado que un buen hombre como tú apoyaría a este tipo de gente.

–Cuando la pelea vale la pena, siempre hay buenos hombres en ambos bandos. –Craw se limitó a encogerse de hombros. A Bethod comenzaba a gustarle cada vez más. Su presencia daba seguridad. Era como una línea recta en una época torcida. Si existía alguien que fuese todo lo contrario de lo que era Nueve el Sanguinario, ese era él.

–Pues aquí no veo a muchos –le espetó Rattleneck.

Bethod había dicho a su mujer que en el Norte les gustaban los hombres llenos de rencor, de orgullo, de ira, y que escogían como líderes a los más infantiles del rebaño. Y allí se encontraba el mejor ejemplo de aquello, o quizá el peor, resoplando con unas fosas nasales más grandes que los ollares de su caballo.

Aunque a Bethod le hiciera gracia aquel pensamiento, su tono fue solemne cuando dijo:

–Honras mi fortaleza con tu presencia, Rattleneck.

–¿Tu fortaleza? –preguntó con sorna–. ¡El invierno pasado era de Hallum Browmstaff!

–Sí, pero como Hallum era un temerario, la perdió a mi favor, junto con la vida. De cualquier modo, me alegro de que hayas venido.

–Sólo lo hago por mi hijo. ¿Dónde está?

–Aquí.

–He oído que combatió contra Nueve el Sanguinario –dijo, pensando mucho las palabras.

–Y perdió. –Bethod vio que un destello de miedo cruzaba el arrugado rostro de Rattleneck–. La locura de la juventud, pensar que ganarás donde cien hombres mejores que tú acabaron en el barro. –Hizo una pausa para que aquellas palabras hicieran efecto–. Pero Nuevededos sólo le golpeó en la cabeza, que es el sitio menos vulnerable de tu familia, ¿eh? Se libró con apenas un arañazo. No somos los malditos bastardos sedientos de sangre que a lo mejor te imaginas. –Bueno, no todos–. Se encuentra a salvo. Se le ha tratado bien. Un huésped perfecto. Ahora está justo debajo de nosotros, en mi bodega. –Y para que no pareciese que cedía en todo, añadió–: Encadenado.

–Quiero que me lo devuelvas –dijo Rattleneck con voz áspera y temblor en las mejillas.

–Te entiendo. Yo también tengo hijos. Baja del caballo y lo discutiremos.

Con la mesa por medio, ambos se miraban fijamente. Rattleneck y sus Mejores Guerreros a un lado, fulminándolos con la mirada, como si en vez de negociar la paz se dispusieran a comenzar una batalla. Al otro, Bethod, flanqueado por Pálido Como la Nieve y Curnden Craw.

–¿Te apetece un poco de vino? –preguntó Bethod, señalando la jarra.

–¡A la mierda tu vino! –exclamó Rattleneck, apartando con un manotazo la copa, que cayó de la mesa y se hizo añicos contra la pared–. ¡Y a la mierda tu conversación y tus planes! ¡Quiero a mi hijo!

Bethod respiró profundamente y suspiró. ¿Cuánto tiempo malgastaba en suspirar?

–Puedes llevártelo.

Tal y como había esperado, aquellas palabras cogieron desprevenidos a Rattleneck y a los suyos. Se miraron atónitos unos a otros, fruncieron el ceño y rezongaron, observándole con desconfianza, intentando descubrir la trampa que encerraban.

–¿Eh? –fue lo único que Rattleneck pudo decir.

–¿Para qué lo quiero? Llévatelo con mis bendiciones.

–¿Y qué quieres a cambio?

–Nada. –Bethod se inclinó hacia delante, mirando fijamente la aturdida cara de Rattleneck–. Sólo la paz, Rattleneck. Es lo que siempre he querido. –Era una mentira, y lo sabía, porque siempre había estado buscando más batallas que nadie; pero una buena mentira es mejor que una mala verdad, como su madre siempre solía decir.

–¿La paz? –dijo con un bufido Dedo Negro, uno de los Mejores Guerreros de Rattleneck, que parecía tomarse el asunto muy en serio–. ¿La tendrá la gente de las cinco aldeas que quemasteis en el valle?

Bethod se enfrentó a su mirada ardiente con calma y sin perder la compostura. Era como una roca cuando respondió:

–Estábamos en guerra, y en la guerra la gente hace cosas que luego lamenta. Todos lo hacen. No quiero seguir lamentando nada. Así pues, Dedo Negro, quiero la paz, lo creas o no. Es lo único que quiero.

–La paz –murmuró Rattleneck.

A Bethod, que miraba su cara llena de cicatrices, no se le escapó. El gesto de anhelo. La boca que perdía algo de agresividad. Los ojos que se empañaban. Lo reconoció porque antes lo había observado en sí mismo; por eso supo que Rattleneck también quería la paz. Después de la sangre que se había derramado en los últimos años, ¿qué hombre en su sano juicio no la querría? Así que Bethod se agarró a la mesa con ambas manos y dijo:

–Haya paz, para que los Thralls regresen a sus granjas y los Carls a sus mansiones. Haya paz, para que sus mujeres, madres e hijos no tengan que luchar con la cosecha. Haya paz, para que podamos *construir* algo. –Bethod dio un golpe en la mesa–. Yo ya he visto demasiada desolación, ¿y vosotros?

–Yo nunca quise llegar a esto –terció Rattleneck.

–Lo creas o no, yo tampoco. Así que dejemos de luchar. Aquí. Ahora. Podemos conseguirlo.

–¿Vas a hacerle caso? –preguntó Dedo Negro a su jefe, subiendo el tono de voz hasta que se convirtió en un chillido, porque no se lo creía–. El viejo Yawl nunca querrá la paz, ¡y yo tampoco la quiero!

–¡Cierra la boca! –exclamó Rattleneck, lanzando una mirada a Dedo Negro que le obligó a guardar silencio, y luego otra a Bethod, mientras se peinaba la barba con aire pensativo. Daba la impresión de que la mayoría de los hombres de su séquito también habían abandonado parte de su hosquedad. Reflexionaban. Pensaban en lo que la paz podría significar–. Creo que Dedo Negro ha dicho algo importante. El viejo Yawl no querrá, y también hay que pensar en Dow el Negro, así como en muchos de los que están a mi lado a quienes les quedan cuentas por saldar. Quizá no acepten la paz.

–La mayoría la aceptarán. Y, en cuanto a los demás, a nosotros nos incumbe que la acepten.

–No querrán dejar de odiarte –dijo Dedo Negro.

–Pues que sigan odiándome –le replicó Bethod, encogiéndose de hombros–. Mientras me odien en paz. –Se echó ligeramente hacia delante y puso hierro en sus palabras–. Pero si me atacan, los aplastaré. Como hice con Tresárboles, Beyr y los demás.

–¿Y Nueve el Sanguinario? –preguntó Rattleneck–. ¿También quieres convertir a ese animal en granjero?

–Es posible. –Bethod intentó no mostrar ninguna duda al respecto–. Pero es mío. Y es mi problema.

–¿Crees que se limitará a cumplir lo que le digas? –le preguntó con sorna Dedo Negro.

–Esto es más grande que cualquiera de nosotros –respondió Bethod, aguantando la mirada de Rattleneck–, más que tú, yo, tu hijo o que Nueve el Sanguinario. Es algo que le debemos a nuestra gente. Habla con los demás clanes. Llama a tus perros. Diles que el territorio que he ganado en combate me pertenece, y también a mis hijos y a los hijos de mis hijos. Y que el que aún tenéis es vuestro. Vuestro y de vuestros hijos. Yo no lo quiero. –Se levantó y tendió la mano derecha, asegurándose de que su palma no estuviese hacia arriba ni hacia abajo, sino perfectamente vertical. Perfectamente imparcial. Una mano que no se tomaba libertades y que no hacía favores. Una mano en la que se podía confiar–. Dame la mano, Rattleneck, y terminemos con esto.

Rattleneck aflojó súbitamente los hombros. Cuando se irguió poco a poco, parecía un hombre cansado. Un hombre mayor. Un hombre al que ya no le quedan ganas de luchar.

–Lo único que quiero es a mi hijo –dijo con voz cascada mientras alargaba la mano para estrechar la de Bethod y, por los muertos, que fue un buen apretón–. Entrégame a mi hijo y, por mi parte, puedes tener mil años de paz.

La desacostumbrada alegría que Bethod sentía en el corazón se reflejaba en su caminar elástico. Como si le acabaran de quitar un gran un gran peso de encima. ¿Y por qué no? ¿Cuántos enemigos se había hecho, cuánta sangre había derramado, cuántas veces había superado lo imposible, y sólo para sobrevivir? ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo atemorizado?

La paz. Le habían dicho que nunca volvería a tener paz.

Pero era lo que su padre siempre había dicho. *Las espadas son muy útiles, pero las auténticas victorias son las que se ganan con palabras*. A partir de aquel momento tendría que prepararse para construir. Construir algo de lo que sentirse orgulloso. Algo de lo que su padre se hubiese sentido orgulloso. Algo de lo que sus hijos…

Entonces vio al Sabueso agazapado en el primer escalón, con una extraña expresión de culpa en su cara alargada, y Bethod sintió que un horror tan frío como el hielo anegaba todo su ser y congelaba hasta la muerte todos sus sueños.

–¿Qué haces ahí? –intentó preguntar entre susurros.

El Sabueso se limitó a menear la cabeza, y un revoltijo de largos cabellos fue de un lado a otro de su cara.

–¿Nuevededos está ahí abajo?

El Sabueso abrió unos enormes ojos lacrimosos y entreabrió la boca, pero sin decir nada.

–Te dije que no le dejaras cometer ninguna estupidez –dijo Bethod, hablando entre dientes.

–Sí, pero no me dijiste cómo.

–¿Quieres que baje contigo? –preguntó Craw con muy poco entusiasmo a Bethod, y éste no pudo recriminárselo.

–Prefiero ir solo –dijo, susurrando.

Tan a regañadientes como el hombre que se dispone a cavar su propia tumba, Bethod bajó los escalones de uno en uno, adentrándose en aquella oscuridad sepulcral. El túnel se alargaba más adelante, la luz de la antorcha relucía al incidir en la húmeda roca de su extremo más alejado y unas sombras se movían, furtivas, por la pared manchada de musgo, como si algo se desplazase por ella.

Aunque lo único que quería era salir huyendo, se obligó a seguir avanzando, un

paso tras otro, ahora respirar y luego resollar. Comenzó a oír unos ruidos extraños por encima del fuerte martilleo de su corazón. Alguien aplastaba y machacaba algo. Alguien tarareaba y silbaba. Alguien rezongaba y gruñía y, ocasionalmente, intentaba cantar fragmentos de una canción.

El aliento se arrastró por su garganta cuando se obligó a doblar la esquina y miró por la puerta de la celda abierta de par en par. Entonces, sintiendo un frío que le subía desde los dedos de los pies hasta las raíces del pelo, se quedó tan helado como un muerto.

Nuevededos estaba de pie, completamente desnudo, proyectando los labios hacia fuera mientras silbaba como ausente, retorciendo y flexionando los músculos, tan prominentes como nudos, mientras trabajaba, los ojos chispeantes de felicidad, la piel manchada y salpicada con algo oscuro de la cabeza a los pies.

A lo largo del perímetro de la celda, algo colgaba del techo, una especie de soga que destellaba mientras se resolvía en guirnaldas y festones, como los adornos de un festival diseñado por algún demente. Bethod comprendió que eran tripas. Tripas, desenrolladas y sujetas con clavos.

–Por los muertos –dijo con un susurro, tapándose la boca con una mano a causa del hedor.

–¡Ya está! –Nuevededos clavó en la mesa el enorme cuchillo y sostuvo la cabeza en alto, agarrándola por una oreja mientras la sangre seguía goteando de su cuello cortado a hachazos y manchando el suelo. La cabeza del hijo de Rattleneck. Agarró con la otra mano la mandíbula que colgaba y la movió de manera desmañada de arriba abajo, diciendo burlonamente entre dientes con voz aguda–: Quiero volver con mi papaíto. –Y añadió, riéndose–: Llevadme de vuelta con papi. –Y luego, partiéndose de risa–: Tengo miedo.

Entonces suspiró y arrojó la cabeza, frunciendo el ceño cuando llegó, rodando, a la esquina.

–Supuse que sería más divertido –dijo, mirando a su alrededor en busca de algo con lo que limpiarse las manos, manchadas de sangre hasta los codos, pero sin encontrar nada–. ¿Crees que Rattleneck aún lo querrá?

–¿Qué has hecho? –preguntó Bethod en un susurro, mirando fijamente aquella cosa que estaba encima de la mesa y en la que apenas se podía reconocer que antes hubiera sido un hombre.

Y Logen enarboló aquella sonrisa fácil que solía emplear, la de un hombre que no alberga ningún propósito retorcido, y se encogió de hombros.

–Cambiar de parecer.

Agradecimientos

Como siempre, a cuatro personas sin las cuales esta novela no habría visto la luz:
Ben Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola.
Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella.
Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos al pasar sus páginas.
Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.
Y, también, mi agradecimiento más cordial

A los editores de antologías que, algo difícil de creer, me pagaron para escribir algunas de estas historias que fueron publicadas en su momento: Lou Anders, Jonathan Strahan, George R. R. Martin, Gardner Dozois y Shawn Speakman.

A toda la gente tan encantadora como inteligente de mi editorial británica, Gollancz, y de su pariente Orion; sobre todo Simon Spanton, Sophie Calder, Jen McMenemy, Mark Stay y Jon Wood. Y, cómo no, a todos los que han contribuido a hacer, publicar, publicitar, traducir y, sobre todo, *vender* mis libros, en cualquier parte del mundo en que se encuentren.

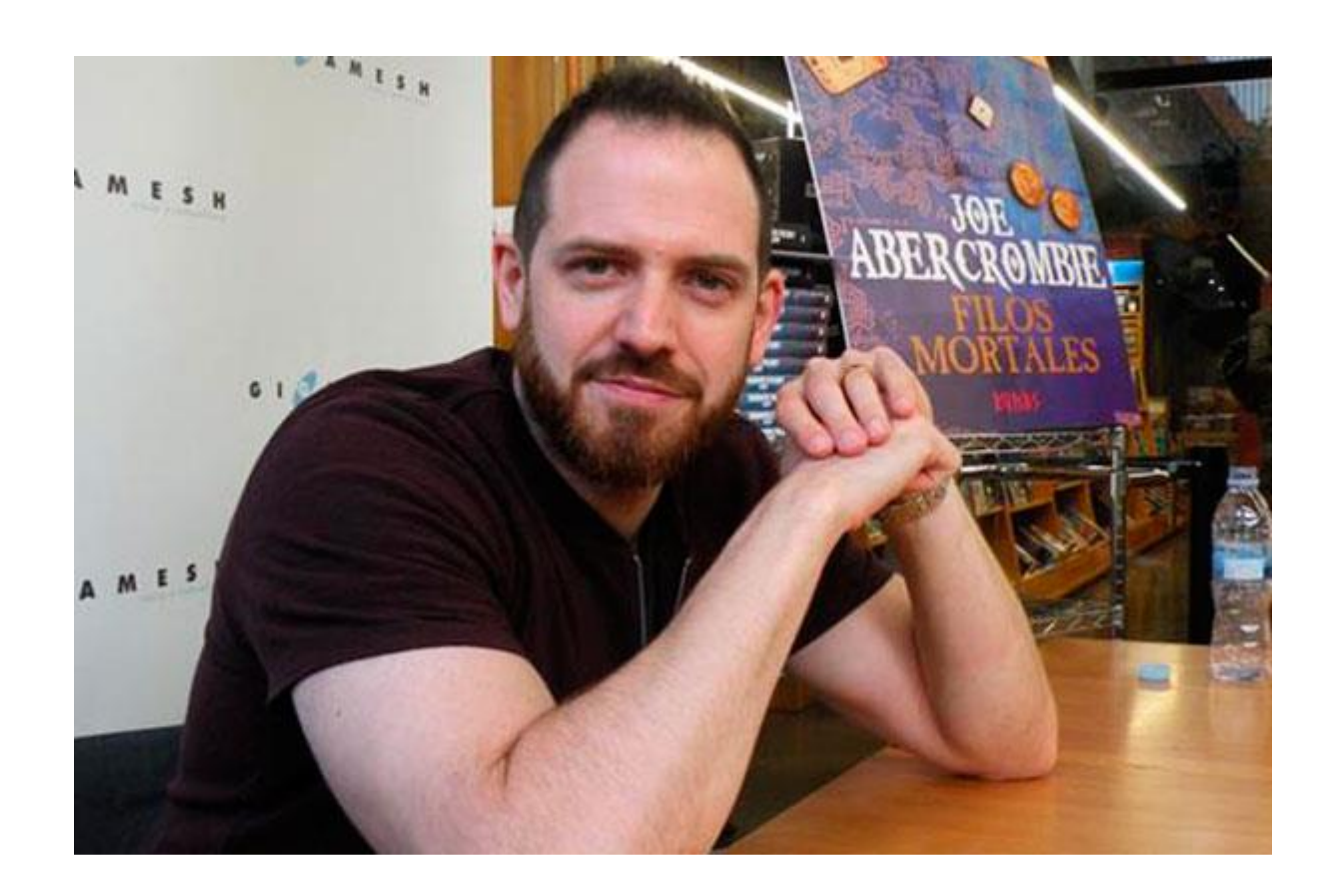
A los artistas responsables de hacerme parecer de algún modo elegante: Dave Senior y Laura Brett.

A quien mantuvo al lobo al otro lado de la puerta, donde debía estar: Robert Kirby.

A todos los escritores cuyos caminos se cruzaron con el mío, ya fuese en Internet, en el bar o, en algunos casos, en el tablero de D&D y en la sala de esgrima, ofreciéndome ayuda y risas, junto con un montón de ideas que valía la pena robarles. Ellos ya saben a quiénes me refiero.

Y finalmente, aunque hubiera debido decir primeramente:

A mi cómplice en los crímenes perpetrados contra el género *fantasy*, Gillian Redfearn. Porque no hay filo más mortal que la punta de su lápiz…



JOE ABERCROMBIE, Lord Grimdark, nació en Lancaster y estudió psicología en la Universidad de Manchester. Antes de dedicarse enteramente a escribir, trabajó para una compañía de post-producción televisiva. Es autor de la *Trilogía de La Primera Ley: La voz de las espadas, Antes de que los cuelguen y El último argumento de los reyes*, así como de los spin-offs *La mejor venganza, Los Héroes y Tierras Rojas*. También ha escrito la *Trilogía del Mar Quebrado*, más dirigida a un público juvenil y situada en un universo distinto. Vive con su familia en Bath.

Notas

[1] El autor juega con las palabras *succour* («ayuda, apoyo, socorro»), *sucker* («mamón, chupador») y *suckle* («amamantar»), de fonéticas similares. [N. del T.]. <<